

**Prensa y prácticas literarias santacruceñas en las primeras décadas
del siglo veinte: del “centro” porteño a la “periferia” patagónica (1900-
1930)**

Autora: Betina Ferrante (Universidad Nacional de La Patagonia Austral).

Directora: Gloria Chicote (Universidad Nacional de la Plata-CONICET).

Codirector: Juan Antonio Ennis (Universidad Nacional de la Plata-CONICET).

Agradecimientos

Agradezco en primer lugar a la Dra. Gloria Chicote y al Dr. Juan Antonio Ennis. La realización de este trabajo no hubiese sido posible sin la generosidad intelectual y las minuciosas correcciones con las que orientaron esta investigación.

En el plano institucional, al CONICET puesto que esta investigación se inició y continuó en el marco de las becas doctorales otorgadas por dicha institución. También al Dr. Alejandro Súnico, a la Lic. Gabriela Luque y demás autoridades de la UNPA (Universidad la Nacional de la Patagonia Austral) y a todos los integrantes de la Carrera del Profesorado y de la Licenciatura en Letras de esa universidad, especialmente a la Dra. Marcela Arpes.

Al Prof. Luis Milton Ibarra Philemon quien generosamente me permitió el acceso a materiales de archivo que fueron sumamente relevantes. A Cesar Armijo de la Biblioteca “Malvina Perazzo”. Al Dr. Aldo Enrici y al Prof. Carlos Perez Rasetti por la colaboración en los inicios de esta tesis y a la Mgr. Nora Muñoz y a la Prof. Mónica Musci quienes posibilitaron mis inicios en la investigación. Agradezco a Ariel Di Leo su colaboración en la edición de los materiales.

En lo personal, a mi mamá, Liliana, a Dani, Esteban, Juanma, Luchy y amigos de Río Gallegos y de La Plata que me acompañaron en esta instancia, en particular a Julieta Novau.

Muy especialmente, a Alejandro Schweitzer, por todos estos años que incluyeron la difícil etapa de escritura de una tesis.

Introducción

Y no es que Delia se demorara en la contemplación. Ni siquiera podría decirse que lo haya mirado. Ni siquiera pensaba, lo que siempre es previo a mirar. Volar era una ocupación absorbente para ella. Tanto, tan absorbente de vida, que se le hizo una convicción absoluta que no sobreviviría. ¿Y cómo iba a sobrevivir? Los giros contradictorios del viento la habían llevado, en dos o tres volteretas, a más de cien metros de altura. El círculo del horizonte cambiaba de posición como si el compás hubiera caído en manos de un loco. Los vientos parecían gritar, excitadísimos: "Tomala vos", "Dámela a mí", entre carcajadas escalofriantes. Y Delia saltaba de aquí para allá, vibrando, vibrando, como un corazón en los saltos y bajos de un amor, o en el vacío. "Son mis últimos segundos", se gritaba a sí misma sin mover los labios. Los últimos segundos de su vida, y después no habría más que la negra noche de la muerte... Su angustia era indecible. Hablar de segundos era una retórica, pero también una gran verdad. Esos vientos locos parecían tener cuerda suficiente para hacer de los segundos minutos, y hasta horas, y no estaba fuera de lugar decir días, si se les antojaba. Pero aun así serían segundos, porque la angustia comprime el tiempo, cualquier lapso de tiempo, a la dimensión dolorosa de los segundos. Debería aprovechar al menos esta experiencia, ya que no habría otra que la siga, pudo haberse dicho. Pero eso era de todo punto de vista imposible. Gozar es imposible cuando todo es imposible; además, no había punto de vista alguno; no lo tenía el espectáculo que estaba dando, sin nadie que lo viera (Aira 1993: 10).

En este pasaje de la novela de César Aira *La costurera y el viento*, Delia, la protagonista del relato, luego de experimentar una serie de circunstancias fortuitas, arriba a Santa Cruz. En cuanto llega, es sorprendida por fuertes vientos que la transportan por los aires ininterrumpidamente, dando lugar de este modo a un espectáculo carente de auditorio, en tanto no hay en el lugar nadie que pueda observar los enérgicos desplazamientos de los que es objeto. Fragmento paródico, exhibe las imágenes sobre la Patagonia que circulan con más frecuencia en el imaginario social: desierto, vastedad, soledad y viento se

entrecruzan en una narración en la que Delia vuela por la inmensidad de los cielos australes. Las significaciones imaginarias relacionadas con el espacio patagónico, que constituyen el intertexto probable del pasaje citado, se crean y recrean en operaciones escriturarias inscritas en distintos géneros y soportes: narrativa de viaje, literatura de frontera, crónicas, editoriales, relatos. La existencia de gran parte de ellas data de hace varios siglos y muchas perviven aún.

Este trabajo se propone indagar las representaciones sobre la Patagonia que durante las tres primeras décadas del siglo XX se traman en los textos periodísticos y literarios publicados en la prensa producida en Santa Cruz, pero también en textos que, enunciados desde Buenos Aires, hacen de la Patagonia su tema, y resultan así insoslayables para esta investigación, ya sea por su injerencia en la fundación de estas figuraciones (como en el caso de la literatura de los viajeros criollos y extranjeros), o porque resultan indispensables en tanto intertexto inmediato de las producciones patagónicas, que dialogan con ellas (artículos de periódicos metropolitanos y crónicas suscritas por escritores-periodistas). Las mismas imágenes cobrarán un valor diferente según la voz y las condiciones de enunciación en las que emergen. Así, por ejemplo, la categoría de “desierto” adquirirá significaciones incluso contradictorias según las operaciones discursivas en las que se encuentre situada.

Se establece en esta interacción entre la cultura metropolitana y la perteneciente a la región austral un movimiento que se considera a partir de las categorías de centro y periferia, las cuales delimitan tanto espacios territoriales como simbólico-culturales, ya que las transformaciones producidas en los centros urbanos lentamente se desplazan, en un proceso que no puede reducirse a la mera reproducción, hacia los territorios más distantes. Sin negar las divergencias entre los espacios, se adscribe aquí a los planteos sostenidos por Adolfo Colombres, quien en el marco de sus postulados sobre una teoría transcultural del arte propone que no puede definirse lo periférico como simple reverso de un centro y por tanto su alteridad no puede reducirse a una ausencia o falta (2004, 274)¹.

La Patagonia constituye un espacio que había sido objeto de simbolización ya en la narrativa de viajes del siglo XVI, cuando Antonio Pigafetta en su *Primer viaje alrededor del mundo* (1524) diera a conocer un vasto lugar poblado por gigantes, al que se sumarían

¹ Cf. con los postulados sobre la cultura popular expuestos en el capítulo 2.

luego imágenes de vacío y esterilidad consolidadas en los relatos de Charles Darwin e instituidas en el imaginario y retomadas por la cultura hasta la actualidad. Si bien la Patagonia presentó (y en algunos casos presenta aún) rasgos que permiten caracterizarla como desierto (paisaje estepario, escasa población, distancia geográfica y cultural de los grandes centros urbanos) estas características se han acrecentado en operaciones discursivas de hiperbolización acompañadas paralelamente por otras operaciones consistentes en la invisibilización de lo existente: en la narrativa de viajes, por ejemplo, se niega la existencia del indígena: ya sea porque se lo describe como parte de un *continuum* de elementos naturales o, si se le otorga entidad humana, se niega la organización política y cultural de su sociedad. Estas estrategias escriturarias son comunes a las representaciones de las tierras fronterizas como desierto. Así como los letrados decimonónicos como Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento describieron la pampa bonaerense omitiendo la existencia de aborígenes, y poblados², tanto en la literatura de viajes como en la prensa de las tres primeras décadas del siglo XX se reiteran las mencionadas operaciones de escritura.

La prensa y la literatura popular actúan como pilares fundamentales en estos procesos que en el período que concierne a esta investigación (1900-1930) se encuentran estrechamente ligados a las configuraciones discursivas del territorio patagónico (territorio en sentido tanto teórico como estrictamente administrativo, pues todavía no está provincializado): las huelgas obreras, los sectores latifundistas, la imagen del ciudadano nominal, las del estanciero y del peón, las de las mujeres, el matrimonio, el espacio fronterizo se traman en los textos sujetas a las voces y al contexto desde el que son enunciadas.

En el recorrido textual que abarca la narrativa de Pigafetta y los escritos de los letrados decimonónicos³ (quienes en las tensiones entre civilización y barbarie idean cómo poblar y civilizar los espacios aislados de los que las tierras australes forman parte), la Patagonia se configura como un área de frontera en el sentido de un espacio vacío que debe ser ocupado, pues el interés de los escritores es el correlato del interés de las potencias (principalmente Inglaterra) o del Estado-nación (en el caso de autores argentinos) por un

² La categoría de desierto como construcción se analiza en el capítulo 2. Escritores como Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento colaboraron con sus obras en la configuración del desierto y de las fronteras internas.

³ Sobre Sarmiento y la Patagonia véase Goyogana (2006).

área que parece desanexada del control estatal. Es en este sentido que una buena parte de los textos reunidos y analizados en esta investigación se pueden integrar en el corpus de la literatura de frontera, siguiendo en este aspecto la definición de David Viñas⁴, para quien los relatos que pueden nuclearse en ella se constituyen a partir de matrices dicotómicas entre lo propio y una otredad disímil y peligrosa.

Se organiza un recorrido desde los textos escritos por los viajeros ingleses, pasando por las crónicas de Roberto Payró y de Roberto Arlt, hasta la literatura producida por autores que habitan la región patagónica, y particularmente Santa Cruz. En este conjunto no sólo se describe la región como un confin sino que se delinean en la escritura lindes que demarcan alteridades con el objeto de excluirlas o de neutralizar las diferencias. La frontera, entonces, es importante en su calidad de límite, ya sea en esta circunscripción de lugares geográficos o en la delimitación de quiénes pertenecen a la región y la nación y quiénes no. La cuestión política del límite y la frontera atraviesa todo el corpus y encuentra su expresión más nítida en la figura de Roberto Payró, quien acompañado por Francisco P. Moreno recorre la Patagonia en 1898 durante uno de los conflictos limítrofes con Chile, y en su plan de anexión estatal este hecho cobra una significación que se plasma en la escritura, ostensiblemente impulsada por el afán de poblar la Patagonia e incorporarla al mapa nacional.

Por otra parte, más allá del referente común que otorga su cohesión al corpus, todos los materiales que lo integran pueden adscribirse, en diverso grado, al ámbito de la “cultura popular”, cuyos alcances y discusiones se analizan en el capítulo 2. La cultura popular se constituye como un terreno propicio para indagar significaciones imaginarias sobre el territorio patagónico y su relación con los movimientos hegemónicos y contrahegemónicos en cada uno de los momentos que conforman el marco de enunciación de los textos analizados.

La investigación indaga un corpus constituido a partir de todas las publicaciones santacruceñas de la época y algunas de circulación patagónica (como es el caso de la revista *Argentina Austral*) relevadas en archivos públicos y privados. La suma de estos textos dio lugar a un conjunto que no ha sido abordado con anterioridad como objeto de estudio, por lo que es propósito de este trabajo no sólo el análisis de estas discursividades a partir de los

⁴ Estos postulados de Viñas se retoman en el capítulo 1.

vínculos y cruces que la formación de este archivo hace que establezcan entre sí sino también la reunión de materiales que puedan ser utilizados en futuras investigaciones. Por eso mismo, se ha considerado necesario acompañar el trabajo con un apéndice compuesto de una selección de algunos de los textos más relevantes y de difícil acceso en este conjunto⁵. El corpus abarca tanto textos producidos por autores de la región como los escritos de viajeros extranjeros y criollos que configuran representaciones de la Patagonia, retomadas luego en operaciones de convergencia o desplazamiento en la prensa y literatura del territorio santacruceño. Por ello, se toman como momento inicial los escritos de algunos viajeros ingleses y criollos que instituyeron significaciones imaginarias duraderas sobre la región: Charles Darwin, George Musters, Thomas Falkner, William Henry Hudson, Francisco P. Moreno, Ramón Lista, Carlos Moyano y Estanislao Zeballos para analizar luego los escritos de los viajeros-periodistas Roberto Payró y Roberto Arlt y los textos que emergen en el marco de las huelgas obreras de la década de 1920. El capítulo tercero incluye artículos y notas relacionados con este conflicto, pertenecientes a periódicos santacruceños como *La Verdad*, *1° de mayo*, *La Unión*, *El Nacional* así como folletos que, producidos por los obreros, circulaban por la región. Asimismo se analizan los discursos de algunos tenientes y coroneles que comandaron la operación del Ejército durante las huelgas patagónicas y los artículos periodísticos aparecidos en publicaciones metropolitanas, como los diarios *La Nación* y *La Prensa* sobre las mismas que la Revista de la Escuela Superior de Guerra “Tte. Gral. D. Luis M. Campos”. “Bases para una investigación histórica sobre la campaña militar en Santa Cruz de RC 10 “Húsares de Pueyrredón” (1921/1922) al mando del Tcnl. D. Héctor Benigno Varela” publica en 1975 en lo que podría considerarse dentro de una política del archivo y de la memoria de la institución mencionada.

Los textos literarios seleccionados pertenecen a la revista *Argentina Austral*, a los periódicos *La Fronda*, *El Nacional* y *La Verdad*. Asimismo, se incorporan los folletines *La Venus del arrabal* de Belisario Roldán, cuyo referente es la Semana Trágica, que se publicó en el diario santacruceño *La Verdad* debido a su relación con el contexto sociohistórico de Santa Cruz: las huelgas obreras de la década de 1920. Las huelgas patagónicas motivaron asimismo la inclusión del folletín de Josué Quesada *La mujer que se acordó de su sexo*, el

⁵ Se consignarán los textos con la letra A y el número con el que figura la publicación en el anexo documental.

cual se publicó en *La Novela Porteña* en 1922, luego del viaje del escritor a Santa Cruz, territorio en el que estuvo durante el conflicto obrero como representante de la Liga Patriótica Argentina.

El objeto propuesto puede despertar cierto escepticismo, dada la improbabilidad de un corpus de prensa y literatura popular en la Patagonia Austral de las primeras décadas del siglo. Sin embargo, la búsqueda demostró la existencia de una amplia cantidad de publicaciones periódicas del territorio, que da cuenta de los ecos modernizadores que provenientes de los centros urbanos llegaron al sur. Teniendo en cuenta además que el archivo no se constituye sólo a partir de lo que dice sino que, parafraseando a Didi-Huberman (2007), se compone también de los silencios y de los huecos que posee en su ser horadado. Es un montaje de existencia y vacío que arroja restos de lo que pudo ser recuperado y restos también de la historia de ese archivo: censuras, pérdidas, recorridos.

El archivo como categoría teórica y metodológica aparece en algunas obras de Raúl Antelo en las que se acentúa el carácter heterogéneo de los materiales a partir de los cuales puede constituirse. El crítico literario, entonces, configura un corpus en el que tanto elementos de la cultura letrada como de la denominada cultura popular se entrelazan y establecen entre sí vínculos que usualmente no son analizados, por lo que la conformación del archivo incide en el sentido y en la interpretación que van cobrando estos cruces. En un artículo publicado en el año 2010, “A Literatura é um arquivo. (Os fantasmas de Link)”, Antelo relaciona los dos conceptos expuestos en el título a partir de una definición de Daniel Link en la que la literatura se homologa al archivo a partir de su carácter inclusivo: “Siempre la literatura está experimentando con nuevos lenguajes, nuevas tecnologías. La literatura devora todo, los lenguajes, las ideas, la época: la literatura es un archivo” (Link en Antelo 2010: 35).⁶

⁶En el libro dedicado a la obra de Duchamp se crea un archivo a partir de materiales diversos que se reiteran y que proponen “deshablar” la perspectiva de la crítica según la cual no existieron conexiones entre la estadía del artista francés durante 1919 en Buenos Aires y su obra. Antelo indaga las producciones de Duchamp a partir de un heteróclito conjunto de textualidades entre las que se encuentran publicidades de la época, en las que el crítico lee la relación entre la obra duchampiana y elementos considerados pertenecientes a un orden criollista-anarquista. Asimismo, incorpora en el archivo , a partir de un dato que pareciera ser en principio anecdótico: la visita de Duchamp a Robert Lehmann-Nitsche, las investigaciones que el etnógrafo alemán realiza en ese momento sobre la enramada como origen del *ethos* nacional e indaga, a partir de las ellas, las relaciones entre la obra del artista francés y la cultura criollista nacional a la luz del estudio del etnólogo sobre la enramada que será comparada por Antelo con el ready-made de Duchamp en tanto la

La reunión e indagación de un corpus hasta ahora no estudiado dio lugar a una serie de hipótesis y a diversas categorías que se recortaron del amplio marco teórico de la investigación para la formulación de ejes que permitieran abarcar los materiales heterogéneos que lo conforman. Este entramado textual formado por folletos, artículos periodísticos, crónicas y textos literarios publicados en la prensa santacruceña y en algunas publicaciones de circulación patagónica constituye un conjunto propicio para el análisis de varios procesos:

En primera instancia da cuenta de la existencia y de las características que tuvo el período de modernización periodística (comprendido en el marco de la modernización de la nación) en territorios apartados de los grandes centros urbanos como es el caso de Santa Cruz. Ya en el período de entresiglos comienzan las transformaciones culturales en una incipiente cultura masiva en el marco de la cual diarios y revistas van incorporando rasgos modernos. En los inicios del siglo XX las publicaciones periódicas tienen una gran incidencia en la ampliación del público, en nuevas competencias de lectura y en la modificación de los códigos y en las formas de producción, circulación y consumo. A su vez, la naciente profesionalización que allí emerge permite la incorporación de escritores provenientes de círculos intelectuales, estéticos e ideológicos diferentes. Es por eso que el periodismo resulta central para leer aspectos de la cultura modernizadora de comienzos del siglo, donde elementos asociados a la cultura letrada se entrelazan con la cultura del consumo, instancia de transformación de los lenguajes y de internacionalización cultural.

La proliferación de publicaciones plantea la revisión de la idea de vacío cultural asociada al “vacío” poblacional del territorio, que funcionó como presupuesto en el “centro” porteño. En relaciones de convergencia o desplazamiento, las transformaciones que se están operando en la cultura se expanden hasta el territorio austral e intervienen en las de las producciones locales. En lo que respecta a las publicaciones periódicas, durante el período comprendido por esta investigación la presencia de rasgos modernizadores se deja ver en la gran cantidad de diarios, periódicos y revistas producidas en (y para) Santa Cruz (algunas de alcance patagónico como es el caso de *Argentina Austral*) en la mayor parte de las localidades del territorio. Éste fue un fenómeno propio de esas décadas, al que sucedió

primera es una construcción europea de la cual el gaucho se apropia para traducir mejor su sociabilidad americana y conversadora (2006: 74-80).

un declive que llega hasta la actualidad, en la que sólo existen tres periódicos impresos editados en Río Gallegos, la ciudad capital y uno en Caleta Olivia, segunda ciudad de la provincia en peso demográfico. Asimismo, la pretendida objetividad de la prensa, las interrelaciones entre periodismo y literatura (publicación de folletines de escritores de los grandes centros urbanos nacionales e internacionales, producción de textos literarios de autores locales para diarios o revistas) y el crecimiento del peso de la pauta publicitaria comercial son otros de los rasgos propios de esta etapa que se observan en la prensa en Santa Cruz.

En segunda instancia, la consideración de los textos que conforman el corpus como pertenecientes a la cultura popular⁷ permite analizar los mismos a partir de las coordenadas teóricas que se establecen para esta categoría y que se relacionan principalmente con los procesos de recepción (relaciones y movimientos de influencia, apropiaciones, hegemonía y contra-hegemonía), los cruces entre el circuito popular y el letrado y los vínculos entre los textos de los grandes centros urbanos y las manifestaciones locales.

En tercera instancia, y en intrínseca relación con los procesos de recepción anteriormente mencionados, el corpus da cuenta de las representaciones producidas o retomadas por la prensa que circulan en el imaginario social, las cuales, si bien se modifican a lo largo de las tres primeras décadas del Siglo XX, pueden pensarse como una constelación de significaciones que se nuclean en torno a las imágenes de desierto, frontera y territorio desanexado del orden nacional. A su vez, estas figuraciones se engloban en la relación entre discursividades (en este caso la prensa y literatura) y dispositivos de configuración de cartografías de la nación (en los que se incluyen la red de textos tendientes a influir en los receptores para la conformación del orden estatal, los límites geográficos y culturales, la delimitación y los modelos de ciudadanía).

Estas consideraciones dan lugar a las siguientes hipótesis de lectura que trazan líneas de interpretación y guían el abordaje de estos textos:

1) Las discursividades que integran el corpus constituyen dispositivos⁸ que intervienen en las representaciones⁹ que conforman los imaginarios sociales. Concibo a los

⁷ Véase el capítulo 2.

⁸ El concepto de dispositivo recorre varias de las obras de Foucault, se citan aquí las características que expone en una conferencia brindada en 1984.

dispositivos de acuerdo con las características conceptualizadas por Foucault para los mismos como redes con una función estratégica y una inscripción en una relación de poder. El dispositivo se conforma entonces como una red de relaciones que se puede establecer entre elementos heterogéneos como discursos, instituciones, reglamentos, leyes¹⁰.

2) Estos dispositivos conformados por discursos periodísticos y literarios, trazan representaciones del territorio patagónico y a través de él de la nación en su conjunto. Surgen en esta amplia red configuraciones acerca de la región (que oscilan entre imaginerías de desierto y el potencial de desarrollo que ofrece la Patagonia) y de sus habitantes. También la nación es vista desde la perspectiva de quienes visitan o habitan esta zona que es una frontera interna, es decir, una región que debe ser poblada para que su incorporación no sea sólo legal sino cultural y efectiva. Estas significaciones constituyen redes dentro de las cuales fluyen movimientos de hegemonía y contrahegemonía ya sea en las tensiones entre centro y periferia (representaciones de la prensa nacional y regional) o entre distintos sectores del territorio patagónico. Pertenecientes al campo de la cultura popular, las publicaciones periódicas y los textos literarios constituyen un terreno propicio para el estudio de estos movimientos, de las representaciones circulantes en el imaginario social y de las estructuras del sentir que emergen en los distintos períodos¹¹.

3) En los textos de este período sobre o desde la Patagonia puede observarse también que dos de los momentos más relevantes de la inscripción de este espacio en la prensa metropolitana están constituidos por las crónicas de Roberto Payró y de Roberto Arlt, escritas luego de recorrer la región en 1898 y 1934 respectivamente. Las diferencias entre ambas crónicas pueden explicarse a la luz de dos momentos diferentes en el proceso de autonomización profesional de escritores y periodistas respecto del estado-nación.

En el caso de Payró, quien si bien representa una figura emblemática de la autonomía profesional del escritor, no deja de ofrecer una postura ambigua en ese aspecto

⁹ Roger Chartier define las representaciones colectivas como matrices de prácticas constructivas del mundo social (Chartier 1999: 56).

¹⁰ Tanto el concepto de *dispositivo* como el de *representaciones* serán desarrollados en el capítulo 2.

¹¹ Algunas representaciones que se han trazado o consolidado en los comienzos del siglo XX perviven en la actualidad, como la idea de la distancia geográfica-cultural y la de vacío y también la de la posesión de privilegios por nacimiento o por ser un *viejo poblador* santacruceño. Este supuesto derecho a obtener prerrogativas circula en el imaginario, sustentado en ocasiones con algunas medidas como el otorgamiento en el año 1999 de una cantidad considerable de puntos en la Junta de Clasificación Docente para quienes hubiesen nacido o residido en la provincia por más de diez años.

(postura que es señalada por la crítica)¹² traza, a través de la configuración del espacio patagónico, un plan político para la consolidación territorial del Estado-nación, revelando así que la figura de escritor y periodista moderno que representa se encuentra ligada aún con los círculos de poder y manifiesta la voluntad de participar de las decisiones políticas. A su vez, su escritura constituye una operación simbólica dentro del trazado de una cartografía de lo nacional¹³ ya que su plan escriturario procura la anexión de esta región al país. En este marco, busca consagrar el espacio como posible destino de habitantes que conformen una “nueva raza” y como lugar privilegiado por sus recursos económicos, por lo que la descripción del paisaje constituirá una operación de enaltecimiento de los rasgos potenciales y civilizatorios de la región.

La escritura de las aguafuertes de Roberto Arlt, en cambio, se desplaza de las operaciones del estado nacional y responde a los requerimientos del mercado con una escritura proyectada en función de los intereses los lectores relacionados con los espacios exóticos. Los sujetos y el paisaje patagónico en las crónicas arltianas se enmarcan en imaginarios de los viajeros ingleses y la literatura de frontera nacional decimonónica (Echeverría, Sarmiento, Mansilla) correspondiéndose con imágenes del desierto, vacío, exotismo, barbarie, alteridad, extranjería.

4) Asimismo, en torno a “lo nacional” se incluye o excluye de esta cartografía al ciudadano y al que no lo es: aparecen así figuras conformadas como otredades como por ejemplo el ciudadano nominal, el huelguista enemigo de la nación, el chileno, el indio o el poblador patagónico. Esta cartografía, y más específicamente la categoría de frontera que la motoriza, forma parte del dispositivo que configura un nosotros a partir de lo que excluye.

Las huelgas santacruceñas de la década del veinte serán un acontecimiento de gran relevancia en la prensa local y metropolitana, y darán lugar a una pugna de representaciones entre los diarios vinculados a los sectores latifundistas, aquellos periodistas que apoyaban a los huelguistas y los folletos emitidos por los obreros. La emergencia de estas voces constituirá un movimiento contrahegemónico novedoso para la

¹² Viñas (2003: 301), Dalmaroni (2006: 141-150).

¹³ La cartografía se corresponde con la capacidad de la literatura de representar territorios, límites, imágenes del vacío, pobladores incluidos o excluidos de la cultura nacional. Véase Andermann (2000), Rodríguez (2010), Fernández Bravo (1999), Livon-Grosman (2003). Se corresponde con la noción de topografía de Andermann quien la define como el conjunto de imaginaciones y memorias de espacios convencionalizados en tropos, en figuras retóricas, como mapa del territorio nacional (2000:18).

solidez del *statu quo* que exhibirá un debate que trasciende el conflicto puntual e instala en el imaginario una pugna por los modelos políticos y sociales para la región y la nación, originada a partir de imágenes relacionadas con tópicos como la salud y la enfermedad. Los textos literarios participarán también de la conformación de estos dispositivos de representación, incorporando como referente las huelgas de la década del veinte.

Las discusiones en torno a los derechos de ciudadanía de los habitantes de la Patagonia y la provincialización de los territorios serán también objeto de diálogo entre las publicaciones regionales y bonaerenses y entre las publicaciones de los territorios nacionales (así lo demuestra un congreso de publicaciones de los territorios nacionales realizado en Santa Rosa en 1917)¹⁴ y surgirán acompañadas de representaciones consagratorias del pionero y del territorio desplegadas tanto en textos periodísticos como literarios.

Estas consideraciones se abordan a lo largo de cinco capítulos. En el primero, se expone el marco socio-histórico de las tres primeras décadas del siglo XX en la Patagonia, contexto que incluye el referente textual de la narrativa de viajes y la literatura de fronteras. Ambas series son objeto de uno de los apartados de ese mismo capítulo, ya que la desanexión cultural de la región durante las citadas décadas (además del distanciamiento geográfico) genera características particulares en la literatura que la tematiza.

En el segundo capítulo se indagan las categorías y formulaciones teóricas desde las cuales un corpus textual en el que se integran materiales tan heterogéneos como artículos periodísticos, editoriales, folletos y los textos literarios publicados en revistas y diarios de la región, pueda abordarse, desde la amplia perspectiva de los estudios culturales, como un documento de cultura, como un corpus documental que, en tanto producto simbólico de la sociedad en la que fue enunciado, enseña las inscripciones que son propias de los textos pertenecientes a la cultura popular.

En el capítulo tercero se analizan *La Australia Argentina* de Roberto Payró, libro que compila las crónicas escritas por el escritor y periodista en su recorrido por la

¹⁴ El 9 de julio de 1917 se reunieron en Santa Rosa, cuarenta delegados de las publicaciones de las jurisdicciones político-administrativas de la Argentina que constituían territorios nacionales. Fueron convocados por los directores del diario *La Autonomía*, Marcos Molas y Arturo Castro y el colaborador de dicho periódico Lucio Molas, con la finalidad de realizar el Congreso de la Prensa Territorial y debatir en el marco del mismo la cuestión de la residencia del candidato a la gobernación de un territorio nacional en dicho lugar con anterioridad a su nombramiento, a la vez que se manifestaran al gobierno central y al resto del país los principales problemas que atravesaban estos territorios (Diez en Prislei 2010).

Patagonia y publicados en *La Nación*, y, por otra parte, las aguafuertes patagónicas de Roberto Arlt quien treinta años después viaja por algunas provincias del sur, travesía de la que resultaron las aguafuertes publicadas en *El Mundo* en la década de 1930.

La Patagonia es de este modo referente textual en la prensa metropolitana en dos autores emblemáticos en el proceso de la autonomización profesional del escritor, en dos momentos paradigmáticos de estas transformaciones que incluyen un progresivo distanciamiento de la prensa respecto de los partidos políticos y la inserción de las publicaciones en la lógica de mercado a partir del crecimiento del consumo y de la pauta publicitaria. En este marco, se da cuenta del panorama metropolitano en el marco de la modernización de la prensa argentina, y de la situación del periodismo en Santa Cruz en las décadas que van desde 1900 hasta 1930.

Si bien existen antecedentes en el estudio de estos dos textos, los mismos no han sido abordados en su conjunto desde una perspectiva comparativa como se propone en este tercer capítulo. Es interesante poner en relación la operación discursiva de Payró (quien ocupa un lugar que puede considerarse de inflexión, entre la función ideologizante del letrado, en el sentido de Rama (1984), y el intelectual autónomo), que diseña un plan de poblamiento y desarrollo para la región austral, y las expectativas incumplidas de Roberto Arlt, que retrata treinta años después una tierra de desolación. Asimismo, la indagación de estos textos permite ver las apropiaciones, traspasos e intercambios entre la cultura metropolitana y la regional en la conformación de representaciones culturales y categorías identitarias de la Patagonia en los dos extremos del arco temporal que contempla el presente trabajo. Al mismo tiempo, se procura analizar cómo las publicaciones locales presentan elementos autónomos o divergentes en torno tanto de estos imaginarios de la prensa central como de las significaciones ya modeladas en la narrativa de viajes, serie que ocupa un lugar fundacional para este corpus.

El capítulo cuarto se ocupa del relevamiento y análisis de un corpus integrado por artículos de publicaciones periódicas y folletos que se emitieron y circularon de manera coetánea a las huelgas cuyos hechos se designan como “La Patagonia Rebelde”. Se trata, por un lado, de publicaciones producidas por los obreros, y por otro, de los diarios y periódicos alineados con los grupos hegemónicos. Se indagan las configuraciones propias tanto de las publicaciones que responden a los intereses de los estancieros, que conformarán

imágenes del huelguista como bandolero, anarquista disruptor del orden y extranjero enemigo de la nación, mientras que en las antípodas de estas imágenes, los periódicos y manifiestos de los huelguistas o diarios alineados con su causa, construirán los sucesos en términos de conflicto laboral y reproducirán consignas relacionadas con doctrinas anarquistas y socialistas como el rechazo al patriotismo y la inculcación de la educación en los obreros. Así, los periódicos locales operarán discursivamente en la conformación de dos campos semánticos antinómicos detrás de los cuales existe una pugna por los modelos sociopolíticos para la región y la nación.

En el capítulo cinco, se analiza un corpus de textos literarios que circularon en la prensa santacruceña de la época y que no habían sido abordados hasta ahora por la crítica. Estos textos fueron publicados en la revista *Argentina Austral*, en los manifiestos obreros, en diarios locales como *La Verdad* y *La Gaceta del Sud*, entre otros. Se indaga además un conjunto de textos que pueden clasificarse como “literatura sentimental”, que se pone a su vez en relación con una serie de artículos dirigidos a un público de lectoras: las notas escritas para la *Argentina Austral* por Tamara, una autora chilena que residió en Punta Arenas y publicó artículos en muchos de los números de esta revista. Todos estos textos dan cuenta de representaciones acerca de la mujer, de su rol, del matrimonio y de la familia. Asimismo, el examen incluye necesariamente textos de autores metropolitanos reproducidos por los periódicos santacruceños. Las operaciones de selección y préstamos se vinculan en general con el contexto local, como sucede con la inclusión del folletín *La Venus del arrabal* de Belisario Roldán en *La Verdad*, o poemas de autores que apoyan la causa obrera, o el caso, en las antípodas ideológicas de este último, del texto de Josué Quesada, integrante de la Liga Patriótica. Este último, publicado originalmente en *La Novela Porteña* bajo el título de *La mujer que se acordó de su sexo* sitúa el transcurso de su acción precisamente en Santa Cruz, y remite a las huelgas obreras patagónicas, inscribiéndose en el universo de ideas circulante en la prensa que impugnaba el accionar obrero y lo configuraba como bandolero.

El marco teórico encuentra su anclaje en los estudios culturales, en particular en las formulaciones provenientes de los enfoques ingleses vinculados con el análisis de la producción y circulación de bienes culturales, principalmente las aportadas por Raymond Williams y Stuart Hall. Se incorporan asimismo herramientas teóricas de la sociología de la

cultura de Claude Grignon y Jean-Claude Passeron, y de la historia cultural de Roger Chartier. Asimismo, se retoman categorías intrínsecamente relacionadas con el estudio de la “cultura popular”, como las de hegemonía y contrahegemonía, representaciones, imaginario social (en un recorrido que abarca desde las clásicas concepciones de Antonio Gramsci sobre la cultura popular hasta los trabajos de García Canclini y Jesús Martín-Barbero). Con respecto a los estudios sobre prensa y literatura argentina, se abordan como trabajos fundamentales los análisis de Beatriz Sarlo, Sylvia Saítta, Adolfo Prieto, Jorge Rivera, Josefina Ludmer, Graciela Montaldo, Eduardo Romano, Jens Andermann y Fermín Rodríguez sobre la modernización de la cultura, los vínculos entre lo culto y lo popular y la construcción simbólica de la cartografía nacional en el período mencionado.

En cuanto al estado de la cuestión, muchos trabajos abordan las publicaciones periódicas bonaerenses y/o la vinculación entre prensa y literatura a partir del trabajo periodístico de escritores en los siglos XIX y XX; no ocurre lo mismo con las producciones culturales generadas en (o para) la Patagonia Austral durante ese período, razón por la cual esta investigación se propone cubrir un área de vacancia y realizar un aporte original y relevante al estado de la cuestión sobre las publicaciones periódicas argentinas de las primeras décadas del siglo veinte. Resulta difícil constituir un punto de partida general, una base sólida para un trabajo sobre un corpus y una época tan escasamente estudiados. Para el caso de las huelgas es fundamental la monumental y pionera obra de Osvaldo Bayer sobre el conflicto patagónico. En el libro *La Patagonia Rebelde*, el historiador analiza algunos de los folletos y diarios que circularon en Santa Cruz durante las huelgas y que forman parte del corpus trabajado en el capítulo citado. Por otra parte, algunos pocos trabajos abordan (con frecuencia de modo tangencial) temáticas vinculadas con la prensa y/o la literatura patagónica. Es el caso del estudio sobre las narraciones de la revista *Argentina Austral* abordada desde el análisis del discurso en una etapa posterior a los textos incluidos en esta investigación (Sayago 2006); y la descripción de los diarios y las revistas que circularon en Santa Cruz durante en el período comprendido entre las décadas de 1900 y 1930 que se registran en el discurso historiográfico (Baillinou 1985).

En cuanto a la metodología, se problematizaron y delimitaron, dentro del amplio marco teórico de la investigación, categorías vertebradoras que definieron ejes desde los

cuales indagar el corpus: cultura popular, prensa, hegemonía, estructura del sentimiento, representaciones, configuraciones espaciales (y dentro de las mismas las nociones de frontera y desierto) todo ello situado en el contexto cultural, periodístico y literario argentino de las primeras décadas del siglo XX. Asimismo, algunas obras críticas, muy diversas entre sí, se constituyeron como puntos iniciales y de referencia dentro de un panorama que, como ya se dijo, debido a la novedad del corpus y los escasos antecedentes, se presentaba en principio complejo. Por este motivo, *La larga revolución* de Raymond Williams (2003), *Literatura y frontera* (1999) de Álvaro Fernández Bravo y *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920* (1998) de Sylvia Saítta se convirtieron en textos señeros para el enfoque y la problemática que ocupan a este trabajo. Se procura entonces, teniendo particularmente en cuenta la novedad tanto de los materiales como de la constitución del corpus, realizar un aporte a la lectura de la cultura santacruceña (en sus constantes cruces con la cultura de los grandes centros urbanos y de otros territorios nacionales) en la etapa de modernización periodística, siguiendo la perspectiva desde la cual el estudio de los “márgenes” reconfigura las representaciones sobre la nación en su conjunto.

1. Contexto sociopolítico: Santa Cruz y la Patagonia durante las tres primeras décadas del Siglo XX

1.1. Antecedentes: territorio patagónico y literatura de frontera

Los territorios nacionales, caracterizados por su desanexión del poder central y su alejamiento geográfico y cultural, serán un objeto predilecto en los relatos que, tematizándolos, no solamente crearán significaciones que pervivirán en el imaginario social sino que además serán el lugar privilegiado para las disquisiciones y tensiones en torno a la antinomia civilización y barbarie, relacionada esta última, en general, con el *desierto*. Darán lugar a un corpus integrado tanto por los relatos de los viajeros (criollos y extranjeros) como por la literatura que tiene como objeto la pampa o el desierto (es decir, los lugares considerados como vacíos por los viajeros y los letrados del siglo XIX).

Se retoman aquí las nociones de frontera establecidas por los estudios geográficos y las definiciones de literatura de frontera provenientes de la crítica literaria para, en primer lugar, ubicar la Patagonia como frontera interna y en segundo lugar, situar los textos del corpus de esta investigación en la serie de esta literatura que comienza con la narrativa de viajes en el siglo XVI.

Tanto los relatos de los expedicionarios extranjeros y nativos que recorrieron la Patagonia, como los de periodistas y escritores que publicaron sus crónicas a partir de sus travesías por la región (como es el caso de Roberto Payró y de Roberto Arlt) pueden insertarse en esta serie de textos que David Viñas analizó a partir de la construcción de una alteridad que permite a su vez definir un “nosotros”, no obstante diferir en algunos casos de las connotaciones que el crítico les otorga a partir de su inserción en la ideología liberal nucleada particularmente en la figura de Julio Argentino Roca¹⁵.

¹⁵ Viñas (2003,54) plantea que:

El discurso del roquismo en los alrededores de 1879 no sólo aparece como un epílogo correlativo al *Facundo* de 1845, sino que ambos textos pueden ser leídos como capítulos de ese gigantesco corpus que, si se abre con el diario de Colón a fines del siglo XV, recorre trágica y contradictoriamente los siglos XVI, XVII, XVIII y primera mitad del XIX; sin notas al pie, pura andadura. Esa constante que si en su totalidad organiza una “literatura de frontera” encabalgada en la dialéctica de lo parecido y lo diferente, se va dramatizando entre lo que queda “de este lado” y lo que amenaza “desde el otro”, entre “lo que se muestra por nosotros” y “lo que por ellos se agazapa”. Entre “lo que pelagra aquí” y “lo que debe ser castigado allá” sin demasiados matices, tajante contraposición, drama elemental. Pura guerra.

Como se verá en este trabajo, los discursos tramados en torno a la Patagonia se construyen en esta lógica antinómica planteada por Viñas; la región y sus habitantes aparecerán como una otredad que varía de acuerdo al sujeto de enunciación pero que la mayor parte de las veces connota peligrosidad y exotismo. Asimismo, perteneciente a los territorios distantes que el estado nacional intenta insertar en los márgenes culturales de la nación, la Patagonia puede considerarse una de las regiones que conformaron sus fronteras internas hasta las primeras décadas del siglo XX, fronteras que ya desde 1893 fueron definidas por el geógrafo Frederick Turner¹⁶ (en su estudio sobre la ocupación del espacio norteamericano) como “lugares vacíos a ser ocupados” (citado en Clementi 1992: 5-10). Las teorías del geógrafo cobran relevancia a partir de su consideración en los proyectos de colonización norteamericana. La frontera ha sido objeto de varias definiciones: desde las acepciones más tradicionales que la describen como una línea arbitraria trazada sobre un territorio o un accidente geográfico, hasta su designación como existencia de un pueblo primitivo marginado dentro de una sociedad organizada, o desplazamiento de un pueblo agresivo sobre otro más o menos calificado instrumentalmente para defenderse. También puede hacer referencia a puestos de comercio aislados o al poblamiento de espacios despoblados y limítrofes, como en el caso de la Patagonia. La relevancia de esta frontera como espacio de interacción, y no solamente como límite jurídico, es señalada ya desde los estudios historiográficos (Clementi 1992: 20-25).

La frontera fue pensada por primera vez en América en 1893 como forma de interpretación de la historia americana en términos de expansión y colonización de los espacios vacíos. La colonización del espacio norteamericano basada en las teorías de Turner constituyó el paradigma al cual siguieron las políticas de fronteras en América del Sur, e influyó, asimismo, en la formación de la etnografía como disciplina científica.

Siguiendo los postulados de Hebe Clementi, el proceso de la frontera interna en esta época puede dividirse en tres instancias:

Y que mediante una suerte de coro polifónico, comenta, provoca, sintoniza y explica una de las marcas temáticas más densas de la historia de América Latina y de la Argentina. Sobre todo cuando intenta, como sistema de justificación, la búsqueda de un orden causal.

¹⁶ Frederik Turner es retomado por los trabajos críticos sobre frontera y literatura. Véase Batticuore, Laera y El Jaber (comps.)(2008). Los capítulos del libro indagan obras cuya temática es la frontera interna nacional, que aparece por ejemplo en sus formas de condensación de los males de la política gubernamental como en *Martín Fierro* o como lugar de tensiones entre los supuestos grupos pertenecientes a uno y otro lado de los lindes como es el caso de la trilogía de Estanislao Zeballos.

La primera, constituida por América desde el momento de su descubrimiento como un continente frontera para la expansión europea. En este marco, el territorio fronterizo será homologable a un espacio vacío. En correlación con la existencia de esta primera frontera aparece la idea de un límite en medio de la vacuidad casi absoluta, constituido por la situación geográfica, los accidentes del suelo, la situación cultural, la falta de adelantos tecnológicos, o la existencia de aborígenes que impidieran la ocupación estable.

La segunda frontera se corresponde con cierta regularización del espacio americano. España ha dejado de batallar a la vez contra Inglaterra, Francia y Holanda. Esta última ya no participaba del proceso de colonización, y Francia había perdido prácticamente todas sus colonias americanas. Se manifiesta por ello el temor de España a la proyección del poder portugués hacia el sur del Atlántico y al crecimiento de las colonias inglesas.

La tercera frontera (en la que puede incluirse el territorio patagónico) es la frontera interior; es la que señala lo que todavía no se ha instituido íntegramente. Si bien representa en principio un espacio libre, tiene una frontera constituida por el aborigen e incluye en su marco al conquistador, al hacendado, al funcionario, al misionero, al mestizo, al negro (Clementi 1987: 26-29). Representa la anexión del espacio despoblado a la civilización, y en este proyecto de incorporación se sitúa la literatura de frontera que, de este modo, toma a su cargo la inscripción simbólico-literaria de esos espacios configurados como vacíos, la cual precede a su incorporación efectiva. Estos relatos pueden considerarse parte de proyectos de colonización que persiguen la homologación de los límites geográficos con los límites de la nación y del estado. Asocian la representación verbal del paisaje con la identidad nacional.¹⁷

Álvaro Fernández Bravo señala al respecto que en estos textos la literatura configura representaciones espaciales del territorio, y esas imágenes territoriales son

¹⁷ Véase Jens Anderman (2000) quien analiza la literatura argentina del siglo XIX a la luz de perspectivas relacionadas con el paisaje y el espacio, y Fernando Williams (2010), que aborda el establecimiento de la comunidad galesa en la Patagonia a partir de tres tradiciones de estudios: la primera se vincula con la frontera concebida como espacio poroso y móvil distanciada de la idea de línea divisoria entre culturas; la segunda, corresponde a los estudios historiográficos que consideran la conformación del paisaje en su doble identidad de territorio y de representación icónica de los valores de una cultura determinada; y la tercera es la tradición sobre las colonias inmigratorias. La confluencia de estos discursos, plantea Williams, puede pensarse en los estudios que encuentran su punto en común en el enfoque cultural de temas en los que antes se privilegiaba el matiz político, económico o militar.

utilizadas para representar una cultura, identificando en ella rasgos de la identidad nacional (1999: 160-163).

En consonancia con el modelo estadounidense, la narrativa latinoamericana concibió la frontera como un espacio desde el cual evaluar semánticamente la totalidad de la nación. Ese territorio otro, fronterizo, vacío y fuera de los lindes que delimitaban lo conocido y civilizado, surge como textualidad plausible de exégesis de una identidad nacional. Objeto de múltiples disciplinas, el término es poseedor de un gran espesor semántico: es considerada un borde por la geografía, un límite entre países por la historia, un conjunto de habitantes con características compartidas por la antropología, un espacio de producción y circulación de la cultura escrita (en este sentido puede leerse por ejemplo la prensa obrera de la década de 1920) y en la literatura los rasgos de la frontera tienen una intervención preponderante en la conformación de la cultura nacional (Batticuore 2008: 7-21, 146).

La relación entre colonización escrituraria e identidad nacional se instituirá como un eje de demarcación entre los relatos de viajeros europeos y los relatos de los viajeros criollos. Los textos producidos por los primeros estarán orientados por un fin expansionista alejado de las interrogaciones sobre la identidad nacional de los relatos nacionales. Esta concepción de la escritura como modo de conocimiento acerca de una región y de colonización cultural anterior a la territorial, se halla fuertemente enraizada en la literatura de viajes desde su origen,¹⁸ por lo que la corrección, refutación y refundación de un espacio en manos de un viajero argentino es una forma de apropiación de un espacio descrito hasta ese momento casi exclusivamente por viajeros extranjeros.

En este sentido, Álvaro Fernández Bravo plantea:

El poder político pretendió insertar a estos relatos que llamaremos literatura de frontera en un plan de apropiación y homogeneización cultural

¹⁸ Véase el canónico estudio de Adolfo Prieto sobre los viajeros ingleses y su influencia en la literatura argentina decimonónica (2003). Se analizan allí las relaciones textuales y culturales entre las imágenes de la nación elaboradas por estos expedicionarios que recorrieron la Argentina entre los años 1820 y 1835 aproximadamente, y los textos publicados por escritores como Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Domingo F. Sarmiento y José Mármol, autores estrechamente vinculados con la fundación de la literatura nacional argentina.

nacionalista. La historia literaria también contribuyó en esta maniobra de territorialización, a través de su búsqueda por construir una doble genealogía que asocia territorio con literatura por un lado y literatura con nacionalidad por el otro. Según el discurso de la historia literaria nacionalista aquellos que narran episodios o describen regiones del pasado de una cultura pertenecen naturalmente a esa cultura (1999: 13).

Si bien estos textos cumplen una tarea que es funcional al poder político debido a su utilidad como elemento de integración territorial, muchas veces presentan desplazamientos de esta tarea estatal cuando narran las condiciones en que se hallan los espacios que describen. En el caso de Payró, toda su crónica se construye a partir de la descripción de las carencias vivenciadas en las localidades patagónicas que visita (debido a una inexplicable negligencia por parte del estado nacional) y de la postulación de un programa político para la región. Por su parte, Roberto Arlt, en su descripción de un espacio desolado y poblado por seres marginales, presenta también una denuncia de la realidad patagónica.

La definición de Turner sobre la frontera permite concebirla no solamente como espacio vacío sino también, en consonancia con esa acepción, como el punto de contacto entre la barbarie y la civilización; permite además pensar en el interés que causa la Patagonia en escritores y lectores. La frontera en estos relatos será entendida como rasgo topográfico, como región en la que interactúan diversas culturas, como espacio de enfrentamiento y asimismo de inclusión, como un espacio, un proceso, un discurso¹⁹.

¹⁹ Para un análisis de la relación entre literatura, frontera y violencia véase Cristina Iglesia (2002). La frontera aparece en muchos de los capítulos del libro como espacio de intercambios, desplazamientos, violencia o disociación. Así, por ejemplo, en las biografías de pasaje descritas en el *Facundo* sarmientino, tres figuras emplazadas en fronteras geográficas o culturales traspasarán los límites supuestos entre un espacio y otro, cruce que será leído en términos de traición al paradigma civilizatorio. El capataz de carretas, el capitán Prudencio Torres (quien a partir de la delación que comete se convierte, según el relato, en responsable de la toma por parte de Facundo de la Villa del Río Cuarto) y el Mayor Navarro, que proveniente de una aristocrática familia se convierte en contrabandista e indio, son los personajes que exhiben estos cruces. En los capítulos dedicados a Lucio V. Mansilla se describe la particular forma del escritor de presentar en el folletín autobiográfico *Una excursión a los indios ranqueles*, su estadía en la frontera, espacio que si bien disímil causa fascinación y seducción. Cristina Iglesia señala el posicionamiento de la figura de Mansilla en la obra: él es una lengua de contacto frente a ambos polos de la barbarie: los indios y Rosas.

Es a la vez un espacio que debe ser ocupado ya que se concibe como vacío y el lugar en el que se entrecruzan personajes e historias que se consideran pertenecientes a uno y otro lado del linde. Como espacio a poblar es objeto de las instancias de territorialización nacional, procesos en los que la escritura se torno fundamental en tanto constituye una colonización simbólica previa o paralela a una integración más efectiva.

1.2. Narrativas de viaje

Dentro de los discursos que se traman sobre la región fronteriza tienen un lugar primordial, debido a su carácter fundacional, los relatos de los viajeros. Las imágenes que se configuran y reconfiguran a través de un sistema de citas que vincula a la mayor parte de estos textos entre sí son las que mayor incidencia tendrán en el imaginario social. Todos los relatos que la crítica sitúa en la serie de literatura de frontera van conformando una red, en la que se interrelacionan entre sí mediante un proceso de lectura y cita, en la que trazan un imaginario de la Patagonia como desierto estéril, desolado y vasto casi hasta lo inabarcable, poblada por seres cuya humanidad está puesta en duda por una parte, bajo los postulados de la ciencia positivista y, por otra, por la mirada hiperbólica fabulatoria característica de estos textos. Estas significaciones se corresponderán con operaciones colonizadoras por parte de naciones extranjeras (principalmente Inglaterra) y como dispositivos de consolidación de la nación en el caso de los viajeros argentinos.

La crítica literaria ha señalado que la calidad de frontera en el sentido de espacio vacío, es lo que propicia el interés de las potencias imperialistas por la Patagonia (Livon Grosman 2003: 9-16 y Cassini 2007: 13-16). La expedición de Fitz Roy en la que viajó Charles Darwin es un claro ejemplo de ello: fue solventada por las clases dominantes inglesas en búsqueda de un asentamiento en la región. En este sentido también, pueden leerse los relatos que configuraron al nativo como un ser exterminable debido al peligro que representaba su estado de salvajismo. Estas crónicas proliferaron luego de la apropiación de las islas Malvinas concretada en 1833, y actuaron como dispositivo de sostenimiento del poder consolidado en ese espacio. Es en este período que se realizan los viajes de Fitz Roy

(1826 a 1836) y en los textos que se escriben a partir de ellos se instituye la imagen de barbarie y monstruosidad de los nativos que justifica la colonización.

El proceso de configuración simbólica del espacio patagónico comienza con Antonio Pigafetta (1520) y se extiende en los relatos de cronistas como Thomas Falkner (1774), Charles Darwin (1839), John Byron (1767), Georges Musters (1871) y Lucas Bridges (1874). La colonización de un espacio vacío, poblado por seres infrahumanos, se inicia ya con el cronista de Magallanes en 1520, quien inaugura el proceso de fundación escrituraria con la creación de la otredad como rasgo distintivo del paisaje y de sus habitantes, los “patagones.”

Desde la toponimia se cumplió con la función de disociación entre los habitantes autóctonos y el espacio que se recorre escrituraria y físicamente con miras a la anexión estatal: el topónimo de “Aoniken” que los tehuelches meridionales dieron al sur fue desplazado por el de *Patagonia* cuando Magallanes bautizó así a los nativos que avizó a su llegada. Silvia Cassini propone esta nominación como constructora de un modelo institucionalizador con el que se definió la región. La Patagonia, como designación de un espacio, es contemporánea con la idea de un sur excéntrico que se instituyó a partir de un conjunto de calificaciones de contigüidad semántica relacionadas con el fin del mundo, la vastedad, la desolación, el vacío y la presencia de habitantes extraños (Cassini 2007: 19).

Livon Grossman plantea tres etapas diferenciales en la narrativa de viaje, delineadas a partir de los desplazamientos escriturarios basados en cambios históricos nacionales e internacionales.

Una primera etapa se compone de los antecedentes no criollos de la zona. Como se plantó anteriormente, Antonio Pigafetta, en su libro *Primer viaje alrededor del mundo* (1524) inicia una de las imágenes relacionadas con el exotismo, característica que pervivirá a partir de entonces en los relatos de los viajeros. Instituye la imagen de desierto exótico que más tarde será consolidada por Charles Darwin. El espacio yermo representado en su escritura se encuentra poblado por gigantes, en cuya descripción se puede ver la antípoda cultural a partir de la cual se los representa. Los indios son gigantes con aspecto sobrenatural, hombres altos a los que los viajeros les llegan a la cintura. Si bien existen

referencias anteriores al gigantismo en la costa del sur,²⁰ es Pigafetta quien consolida la relación entre la asignación de esta característica, la región y sus pobladores, en particular, a partir del nombramiento del territorio. Esta imagen persiste durante varios siglos y es un lugar obligado del relato de viaje patagónico, viajes que hasta bastante avanzado el siglo XVIII se limitan a la costa y en los cuales el contacto con los indígenas, a causa del nomadismo de los tehuelches y a la errática frecuencia de las visitas europeas, es esporádico.

A su vez, muchos de los relatos británicos enaltecen ciertos rasgos en los tehuelches (sin desplazarse de las características relacionadas con el gigantismo) relacionados con la gentileza y la cordialidad. Estas descripciones se enmarcan en la preocupación por establecerse en una zona cuyo control suponen perteneciente a la corona española. Se persigue particularmente el dominio del estrecho de Magallanes. Una de esas narrativas es la de John Byron, quien describe su encuentro con los gigantes en *Voyage Around the World* (1767). En este libro, no sólo acentúa el gigantismo de los pobladores sino también el recibimiento amistoso del que es objeto. No obstante, es el texto de Pigafetta el que cristaliza los rasgos de la región y permite que el mito se inscriba en la literatura ya que no solamente denomina a los indígenas por primera vez sino que además les otorga ciertas costumbres, una psicología y una religión. El tópico de los gigantes que adoran al diablo y el de un territorio vasto y no colonizado, constituyen las bases sobre las cuales se funda la historia de la literatura de viaje de la zona que es también la historia del mito patagónico. A partir de la publicación de *Viaje alrededor del mundo* trasciende el mito y obliga a los viajeros de los siglos XVII y XVIII a adoptar una actitud respecto a él, ya sea impugnatoria o de validación. En este libro se instituye el nombre de la región. La elucidación del origen del nombre es aún incierta, aunque prevalecen aquellas explicaciones asociadas a la lengua materna de Magallanes, quien habría pensado en portugués en las palabras *patao*, *patán* o *patagao* como una imagen correspondida con la de los gigantes. Sin embargo, no hay en la detallada descripción de Pigafetta referencia alguna a sus pies, calzado o huellas.²¹ El

²⁰ Américo Vespucio los nombró en una crónica escrita en su recorrido por América en referencia probablemente a los Tupí guaraní (1919).

²¹ Posee mayor reconocimiento la explicación de María Rosa Lida (que figura en su artículo sobre la toponimia argentina) quien postula que el nombre es en referencia al *Primaleón*, una de las novelas del ciclo de los Palmerines que fuera publicada por primera vez en 1512 y reeditada al menos diez veces hasta

gigantismo de los pobladores se asocia asimismo a la vastedad del espacio, al que instituirá como exótico a partir de estos rasgos. Transmite en algunas páginas muchos de los rasgos que lo definen hasta la actualidad. Esta inconmensurabilidad del territorio se convertirá, paradójicamente, en un motivo de atracción para los interesados en relevar zonas ignotas; pero también será uno de los obstáculos físicos y simbólicos para la incorporación del mismo al resto de la nación. Es la primera formulación de un mito que seduce por su exotismo y que a la vez provoca cierta ambivalencia: por un lado el atractivo de un espacio ilimitado y por el otro la vastedad que impide itinerarios y asentamientos.

En la misma etapa que Pigafetta, Grosman sitúa la obra *A Description of Patagonia* (1774)²² del jesuita británico Thomas Falkner. Su narrativa se presenta moderadamente fragmentada producto de dos condiciones de su enunciación: los recortes decididos por el editor y las intermitencias de la memoria, ya que la escritura se sustanciará muchos años después del viaje. A su vez, su obra cobra relevancia dentro de la narrativa de viaje patagónica debido a la novedad que significó el hecho de tener como informantes a los indígenas a quienes pretendía catequizar. La cristianización de la Patagonia se vincula en principio con la etnografía a causa del contacto con los indígenas, pero el objetivo primordial consiste en la extensión del catolicismo ya que no se trata de ocupar un territorio sino de integrarlo a un sistema de expansión que tiene múltiples facetas y direcciones. Falkner comienza el trazado de la frontera Norte y aporta el primer relevamiento topográfico y etnográfico de la región, asimismo, fundará el primer puesto de frontera de la Patagonia Austral: la misión jesuita, que operará como zona de contacto entre indios y blancos.

Su escritura, así como la de Pigafetta, será fundante y programática en la serie conformada a partir de esta red de relatos de viaje cuyo referente textual es la Patagonia austral que se genera principalmente a partir de la cita y la reiteración de tópicos. El aporte que tornará a su libro como lugar insoslayable de referencia será la descripción de una realidad territorial cuyo proceso de conformación se representa como producto de testimonios de los indígenas. Dedicó especial énfasis a la descripción de la lengua, de las

1588. En una de sus aventuras Primaleón apresa al Patagón que se caracteriza tanto por su mansedumbre frente a las damas como por su monstruosidad y tiene figura humana pero rostro de perro (1952).

²² *A Description of Patagonia*, no obstante su título, incluye un capítulo dedicado a la Provincia de Buenos Aires, el puerto de Montevideo, parte de Córdoba y Santa Fe.

costumbres y en determinar su área de influencia. La incorporación escrituraria de los estudios sobre los indígenas que está sumamente presente en los siglos XVIII y XIX tiende a desaparecer en los relatos de viaje posteriores a la conquista del desierto.

Asimismo, Falkner presenta como objetivo de su plan de escritura la corrección de los mapas que precedieron a su edición y realiza por ello el trazado de un mapa que es parte de la primera edición de 1774. El diseño de estas cartas geográficas tiene como finalidad el relevamiento del Nuevo Mundo para la delimitación de las colonias y los territorios que, como la Patagonia, aparecen sólo nominalmente bajo control español, espacios que se saben inexplorados y sin un control efectivo por parte del virreinato. Si bien el prefacio de Robert Berkeley, editor del libro, menciona un intercambio comercial amistoso entre España e Inglaterra, la publicación del relato de Falkner se enmarca en un propósito expansionista de ocupación, o al menos de control del territorio patagónico.

Charles Darwin es el último de los viajeros de esta serie y será un antecesor de la etapa siguiente: la de simbolización de la Patagonia. Ofrece un sistema interpretativo científico, una teoría de la evolución que *a posteriori* del viaje proyecta su aura sobre el lugar como si algo intrínseco a la Patagonia fuera capaz de producir un sistema interpretativo como el que diera origen a su teoría de la evolución.

Una de las imágenes más arraigadas en el imaginario, la Patagonia como tierra maldita y estéril, es una figura que Darwin consolida y sobre la que volverán, para reproducirla o desplazarla de su sentido, casi todas las narrativas de viaje. Se convierte en una figura epigonal para los viajeros criollos inmediatamente posteriores a *The Voyage Of the Beagle*²³, como Estanislao Zeballos y especialmente Francisco P. Moreno, que ven en la ciencia una posibilidad de definir la nación a través del relevamiento del territorio y la constitución del museo.

Darwin publica en 1839 el libro escrito durante su itinerario por la región. Las relaciones entre las exploraciones, la búsqueda de un origen y la identidad americana y

²³ La primera publicación del diario apareció en 1839 bajo el título de *Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836, describing their examination of the Southern Shores of South America, and the Beagle's Circumnavigation of the Globe*. En la edición de 1845 se transformó en *Journal of Researches into the Natural History and Geology of the countries visited during Voyage of H.M.S. Beagle round the world under the Command of Capt. Fitz Roy*. Ediciones posteriores separaron los diarios de Fitz Roy de los de Darwin y fueron cambiando hasta llegar al título de *Voyage of the Beagle*. La primera publicación en castellano, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, es de 1899 de la editorial La España Moderna.

nacional lo convierten en una lectura atractiva para los letrados de Hispanoamérica. Livon Grossman plantea al respecto que los lectores americanos de la obra de Darwin (Rodó, Moreno y Andrés Bello) se muestran entusiasmados con el surgimiento de una literatura científica que a partir de viajeros como Humboldt y el mismo Darwin, propone una interpretación positivista del paisaje, basada en los estudios geológicos y la ambición clasificatoria y ayuda a formular una definición fundacional de lo americano (2003: 73). Otro de los factores que intervienen también en la relevancia que cobra el *Viaje alrededor del Beagle* es que la acción de coleccionar se considerará un proyecto genealógico. Todo, incluso los indígenas, es interesante y clasificable. Asimismo, la travesía se presenta como un viaje de descubrimiento personal, y por lo tanto, como una empresa individual y no como requerimiento y objeto de una institución o nación. De este modo, trata de distanciarse en la escritura del proyecto expansionista británico en el que se enmarca su relato.

Otra de las etapas delimitadas por Livon Grossman se corresponde con la publicación en 1893 del libro de William Henry Hudson: *Idle Days in Patagonia*²⁴, escrito a partir de la estadía de del viajero en Carmen de Patagones en 1870 y 1871.²⁵ El paisaje representa allí, en palabras del crítico, la posibilidad de una experiencia de revelación personal. La visión de Hudson sobre la relevancia de la naturaleza permite cierta inversión en la dicotomía civilización y barbarie, al revalorizarla y presentarla en el marco de la recuperación de lo primitivo. El vacío del espacio patagónico aparece en su obra como condición de plenitud, el paisaje es presentado a partir de un discurso con componentes religiosos y espirituales que lo reivindica como acceso a la revelación. Los habitantes de este espacio, aunque son evolutivamente inferiores en la descripción de Hudson, no son representados bajo el signo de la barbarie.

En sus primeras obras publica en su lengua para los lectores europeos seguidores de Joseph Conrad, de Rudyard Kipling y de Robert Cunninghame Graham, su paso (los de un naturalista aficionado) por espacios rurales alejados aún del ritmo de la explotación capitalista (Rodríguez 2010: 97).

²⁴ *Idle Days in Patagonia* se publica por primera vez en 1893 y la edición en castellano aparece recién en 1940.

²⁵ También para esta época (1865), recorre la región patagónica Teófilo Schmid quien realiza un estudio de los usos y costumbres de los indios patagones (1964).

Los relatos de Francisco P. Moreno, heterogéneo corpus producido en múltiples viajes por la región, forman parte de los textos que permiten reorganizar la formulación del mito patagónico. La tercera etapa propuesta por Grosman incluye a Moreno, Ramón Lista, Estanislao Zeballos y Roberto Payró, en tanto todos coincidieron en su tarea de relevamiento de las tierras obtenidas en el marco de la Conquista del Desierto. Esa tarea que ya algunos como Darwin habían comenzado se ve consolidada por estos exploradores que dan cuenta en términos cualitativos y cuantitativos de la situación de la región.

El imaginario de exotismo del espacio y de la otredad que lo habita consignado por los viajeros europeos se tornará, desde la visión de los científicos y letrados argentinos, en el lugar en el cual resolver el conflicto entre civilización y barbarie. Preocupados por la anexión de este territorio al conjunto de la nación, la Patagonia toma ahora un papel central, transformándose en el objetivo principal de estas narrativas criollas.

La narrativa de Moreno se presenta en este sentido como un proyecto conformado por múltiples capas, como la política, la científica y la diplomática. La Campaña del Desierto representará un punto de inflexión en su obra, compuesta de una heterogénea narrativa, que abarca la etnografía, las ciencias naturales y la política.

Moreno inicia sus viajes por la Patagonia cuando el país atraviesa una crisis en sus intentos por lograr una organización política centralizada, a la vez que trata de incorporar vastas zonas fronterizas. Propone una solución en este sentido: el relevamiento, entendido como acto de soberanía y como información pertinente para el fortalecimiento del Estado-nación, para lograr la integración de los territorios aislados de la centralización gubernamental. También, entre los aportes relevantes de Moreno se encuentra su participación como delegado del gobierno argentino para el peritaje de la zona en disputa con Chile. La exploración de la Patagonia y la formación del museo constituyen para el Perito la base sobre la cual proyectar el futuro de la nación.

La Patagonia se representa en su obra como un vasto espacio disponible de tierras fértiles y de materias primas, apto para la instalación de colonias agrarias y ciudades industrializadas. *Viaje a la Patagonia Austral*, publicado en 1879²⁶, relata viajes anteriores a la Conquista del Desierto, centrándose en el ascenso del Río Chubut que lleva a cabo a

²⁶ *Viaje a la Patagonia Austral* fue publicada varias veces. Las dos primeras son editadas en el año 1879 por la Imprenta de la Nación. En una cuarta edición (de Hachette de 1969) se incorporan fotos y una introducción a la obra de Francisco P. Moreno.

finis de 1876. Este hecho representa la superación del viaje que Darwin nunca logró realizar y Moreno procura demostrar con el logro del ascenso por este río, su superioridad respecto a la travesía y la obra del científico inglés. Legítima su proyecto no sólo con el prestigio de la ciencia como institución cultural sino con la experiencia personal atesorada en sus viajes.

Seguidamente, creará el Museo de Ciencias Naturales de La Plata dando lugar así a la institucionalización glorificada del relevamiento y ocupación del territorio patagónico; y actuará como perito en el conflicto limítrofe con Chile. El libro se estructura en base a dos núcleos: la recolección de insumos para la formación del museo por un lado, y, por otro, la relación que establece Moreno con los indígenas. La literatura de viajes no puede dissociarse de los círculos de poder ni de los proyectos gubernamentales y Moreno, en este marco, no será ajeno a estos grupos. Por ello, lo que comienza como una aspiración personal y científica (encontrar una prueba de que el hombre prehistórico vivió en la Patagonia y cristalizar elementos de una población en extinción) se convierte en parte del dispositivo estatal, al oponer, en sus representaciones, el “primitivismo” de los aborígenes a la civilización y la ciencia de las que se erige como representante. Bandieri plantea en este sentido que tanto Moreno como los demás expedicionarios argentinos formarán parte de un dispositivo estatal tendiente a la apropiación de tierras pertenecientes a los indígenas y a la consolidación de la nación en espacios desanexados. En las postrimerías del siglo XIX la convivencia de los modos de producción de las sociedades blanca e indígena se torna insostenible debido al posicionamiento de Argentina en el mercado mundial como productora de materias primas y la consecuente necesidad de aumento de la cantidad de tierras productivas. Estas circunstancias exigían la apropiación de nuevas áreas y un particular ordenamiento social, hechos ambos favorecidos por el poder de consolidación de la soberanía territorial del Estado que incrementó sus políticas ofensivas contra la sociedad indígena, basándose en el impedimento de la coexistencia de dos formas sociales que, de hecho, se habían vuelto incompatibles (2005:114).

Para Moreno el viaje a la Patagonia es el antecedente del museo y la instancia en la cual la Patagonia deja de revestir interés como territorio exótico y distante y se presenta como objeto de un proyecto cívico-científico. En su primer libro este territorio es una

fuerza inagotable de información antropológica, lo cual permitirá redimensionar la nación, dándole un prestigioso pasado prehistórico que supera incluso las proyecciones de Darwin.

Si bien no existen en su obra referencias directas a la necesidad de una campaña de exterminio, el museo se halla relacionado con la campaña militar. Moreno percibió que los planes políticos del momento de reorganización que estaba aconteciendo requerían un esclarecimiento de las líneas fronterizas, y la región patagónica presentaba una compleja situación en relación con dos fronteras indeterminadas: los malones indígenas que impedían la expansión al sur de la provincia de Buenos Aires y la falta de un acuerdo internacional que permitiera precisar la frontera con Chile. Jens Andermann sostiene en este sentido que la escritura meramente descriptiva del registro naturalista, es una de las instancias más poderosas de construcción de iconografías nacionales, que inventa e inventaría un territorio que sirve de escenario al Estado roquista. La teoría darwinista era, dentro de los nuevos saberes del Ochenta que con sus metáforas patológicas e higienistas intentaban subyugar las tensiones surgentes del cuerpo social, la que sostenía la mirada médica sobre la sociedad, evidenciada por los datos y elementos recabados en los museos naturalistas. Si, por un lado, la metáfora médica se constituía como normalizadora, la metáfora naturalista de la patria como biotopo generaba ficciones geológicas, botánicas, paleontológicas y antropológicas de cohesión que legitimaban las acciones expansivas del Estado-nación. Más adelante agrega cómo la escritura científica justifica la violencia y la precede pero desde una mirada que se presenta como ajena a toda postura y finalidad colonizadora, naturalizando la toma de posesión que esa mirada implica (2000: 121).²⁷

Andermann inscribe también el trabajo de Moreno como científico y escritor, en el rol de acreditación y aval de la Campaña del Desierto:

En las últimas décadas del siglo, pues, las ciencias naturales levantaban el registro de las tierras liminares, al mismo tiempo que los fusiles Remington las iban conquistando para la patria. La historia de las anexiones, conquista según la nomenclatura oficial, de la parte austral de la pampa, de la Patagonia y de las regiones limítrofes con Paraguay y Bolivia, no es por lo tanto, sólo

²⁷ Viñas señalará también esta tensión entre objetividad y connotaciones roquistas en la obra de Moreno, que se resuelve con su inscripción en el universo de ideas de los hombres del 80 (Viñas 2003: 234).

una historia militar y tecnológica, también se inscribe en una historia de la ciencia que se dinamiza a partir de la década del 70 con la institucionalización de las disciplinas naturales y exactas, la contratación de especialistas extranjeros y la fundación de instituciones de fomento y de distribución de los nuevos enfoques evolucionistas (2000: 122).

Este mismo autor expone en qué términos Moreno traza la anexión de los aborígenes al mundo laboral rural, que en los hechos constituyó una situación de esclavitud, y cómo son representados como sitio arqueológico cuando todavía no se encuentra extintos. Como su búsqueda tiene como fin poder establecer el origen en los antepasados aborígenes, las poblaciones vivas lo obstruyen. Invisibilizarlas es la primera operación mediante la cual se nacionaliza el escenario de la escritura naturalista (Andermann 2000: 120-127).

La ausencia de una formulación conceptual en el tratamiento de los indígenas que hace Moreno, parece estar condicionada por su ambigüedad como observador. Por un lado, invoca un tono científico pero por otro, pierde el distanciamiento propio de un observador objetivo manifestándose como parte de ellos.

En 1876, en su tercer viaje al Nahuel Huapi, se propuso llegar a Valdivia a través de los pasos que desde siglos atrás eran empleados para el traslado de hombres y ganados, pero no cumplió con su objetivo debido a que se interpuso el cacique Sayhueque quien se lo impidió. Los aborígenes ocultaban los datos sobre los caminos que debían seguirse para poder hacer efectivo el cruce. En 1879, en oportunidad de un nuevo viaje a la zona cordillerana, Moreno fue apresado por las tolдерías del cacique, escapando poco después. Las tensiones existentes se debían a los rumores de expediciones que procuraban la dominación de los grupos aborígenes de la región.

Moreno llegó a criticar en sus escritos más tardíos el tratamiento que se había dado a las tribus durante la llamada Conquista del Desierto particularmente a los grupos “menos belicosos” a pesar de estar imbuido de las ideas de la época sobre el inexorable avance de la “civilización” sobre la “barbarie”. Compartía de ese modo, como tantos hombres de la época, el doble carácter, muchas veces contrapuesto, de representar un rol muy activo en el nuevo proyecto estatal y asimismo manifestar un sentimiento paternalista hacia el indio. Fue así como, cuando los caciques Inacayal, Foyel, sus familias y algunos de sus hombres

fueron apresados en 1885 y enviados a Buenos Aires, Moreno decidió llevarlos a vivir al Museo de La Plata. Inacayal, quien había sido un poderoso cacique cordillerano, fue personal de maestranza del museo hasta su muerte, en 1888 (Bandieri 2005: 115,117).

Según Blengino, en el marco del cuarto viaje de Moreno pudo resolverse el conflicto limítrofe con Chile, ya que el arbitraje británico hizo lugar a sus argumentos. En esta expedición el gobierno había proporcionado a Moreno una pequeña embarcación, dos marineros, un grumete y un contramaestre. Estos medios comparados con otras expediciones científicas, la inglesa del *Beagle*, por ejemplo, eran relativamente modestos. Sin embargo, su expedición contaba con el prestigio de ser considerada una misión oficial, ya que había sido apoyada por la Sociedad Científica Argentina y por el presidente Avellaneda. La iniciativa surgía en el nuevo clima político y cultural: se atribuía una finalidad política a una misión de carácter científico.

Blengino atribuye la pasión de Moreno por la ciencia y por las exploraciones a los modelos culturales y literarios que habían encontrado en muchos jóvenes de su generación, de Europa y de América, un terreno particularmente fértil. En el primer capítulo del *Viaje* Moreno recuerda las lecturas que lo habían iniciado en los estudios y la investigación a la que dedicará su vida. Niño aún, la lectura de las aventuras de Marco Polo, de Simbad el Marino y de las relaciones de los misioneros en la China y el Japón publicadas en los *Anales de Propaganda Pide*, hecha en alta voz en el refectorio del colegio, había despertado en él el deseo de las travesías. Y, particularmente los fragmentos publicados por la prensa de los viajes y exploraciones de Livingstone, quien integró las ideas de Cristo con las de la ciencia, y las noticias de las expediciones enviadas en busca de Franklin, perdido entre los hielos del norte. Menciona también las novelas de Fenimore Cooper, Mayne Reid y Julio Verne que eran lecturas frecuentes entre los jóvenes argentinos. Este último era uno de los autores preferidos de Estanislao Zeballos que, al igual que ocurre con Moreno, leen aventuras escritas en Europa sobre caciques como Callvucurá y Catriel, a quienes luego conocerán y transformarán en protagonistas de sus relatos (Blengino 2005: 91).

Estanislao Zeballos escribe acerca de Callvucurá en el marco de su trilogía publicada en la década de 1880, cuyo eje son las dinastías aborígenes: *Callvucurá y la dinastía de los Piedra* (1884), *Painé y la dinastía de los zorros* (1886) y *Relmu, Reina de*

los Pinares (1888)²⁸. Estas obras pueden leerse en el marco del viaje que realiza en 1879, travesía inmediatamente posterior a la expedición de Julio Argentino Roca al Río Negro. Zeballos no acepta la invitación de formar parte de la misma y traza su propio itinerario en el cual realiza registros de datos climatológicos y geológicos, de fortines y poblados. Confecciona también cartas geográficas y acopia materiales para sus colecciones. Viaja en tren hasta Azul (provincia de Buenos Aires) y desde allí recorrerá a caballo los fortines y pueblos hasta arribar al territorio nacional de Río Negro escoltado por los soldados del coronel Levalle, comandante de la frontera militar sur. El punto más problemático del itinerario era Salinas Grandes, que había sido hasta la década de 1870 cuartel general de las tribus indígenas del sur, que se habían encontrado al mando del cacique Callvucurá. De esta región Zeballos exhibe el cráneo del cacique y algunas de las comunicaciones que dan cuenta del diálogo existente entre los caciques araucanos con el gobierno argentino. Con todo esto configura el primer libro de su trilogía que cuenta la historia de la consolidación de la frontera interior y a su vez de la poderosa Dinastía de los Piedra, derrocada definitivamente en 1879.

La obra, siguiendo a Claudia Torre, puede leerse como el testimonio de quien ha viajado al territorio “recién conquistado a los indios”. Señala además que las otras dos obras son muy diferentes: el narrador autobiográfico da lugar a la voz de un personaje, Liberato Pérez, que es un excautivo del cacique Painé y que relata cuarenta años después los tormentos sufridos durante su cautiverio. Este narrador y las técnicas del folletín y de la novela que incorpora Zeballos van distanciando a estas novelas de la primera que se aproxima al ensayo documental. Es decir que la relación entre indios y cristianos se va novelizando (Torre 2008: 266,267).

La trilogía de Zeballos se sitúa en una zona de borde en el sentido de si bien responde a una ideología civilizatoria con el consecuente rechazo a la barbarie, manifiesta la ausencia de una política colonizadora precisa por parte del estado argentino. Esa denuncia tácita, de una problemática que le resulta alarmante, atraviesa las tres obras. Graciela Batticuore la sitúa, a su vez, dentro del marco de las obras de frontera en la que ésta se constituye en un espacio de circulación y producción escriturarias, en las que

²⁸ En 1878 había publicado *La conquista de quince mil leguas* a pedido de Julio Argentino Roca, ministro en ese entonces del gobierno de Nicolás Avellaneda.

informes, cartas, mapas, archivos y libros son centrales en las vinculaciones entre indios y cristianos. La trilogía del escritor se habría originado en las memorias de Santiago Avendaño, cautivo de los indios ranqueles que luego de fugarse se convirtió en intérprete del gobierno a favor de las tribus indias (Batticuore 2008, 143-147).

Si bien separa a la “civilización” de la “barbarie” señala las divisiones internas de los araucanos evidenciadas en la amistad de la Dinastía de los Zorros (situada el área de Leuvucó al mando de los caciques son Painé, Mariano Rosas y Epumer) con los unitarios mientras los integrantes de la de los Piedra (instalados en Salinas Grandes y gobernados por Callvucurá, Catriel y Namuncurá) son federales. Al problema interno entre los habitantes del “desierto” y los cristianos se suman, luego de la Guerra del Paraguay, los de la frontera exterior, espacio de contacto entre Chile y el “desierto” argentino, codiciado por ambos países. Esto se deja ver principalmente en los intercambios económicos que se efectuaban entre indios chilenos e indios argentinos que involucraban la hacienda vacuna y lanar y que daba lugar al arreo periódico de ganado a Chile en perjuicio de la economía ganadera argentina (Torre 2008: 279).

La figura del museo es otra de las vinculaciones con Moreno. El Museo de la Plata recibe una donación de Estanislao Zeballos que cuenta, entre otros objetos, con trescientas calaveras. Zeballos las había profanado en cementerios indígenas durante el citado itinerario posterior a la campaña de Roca. Siguiendo a Fermín Rodríguez, para este ideólogo de la denominada Conquista del Desierto, la persecución de la “raza” y la ocupación de sus tierras por parte del ejército tienen su correlato en el plano científico con el desplazamiento de los cráneos de los indios a los museos y laboratorios (Fermín Rodríguez 2010: 403).

Otros viajeros nativos que formaron parte de ese proceso por el cual se organizaron, antes y después de la conquista militar de la Patagonia, una serie de exploraciones científicas con el fin de reconocer el terreno que se pretendía dominar fueron Ramón Lista y Carlos Moyano, quienes serían además autoridades de la región patagónica. Estos viajes eran encomendados a figuras de la época vinculadas al naturalismo, miembros de las más

importantes sociedades científicas del país, para obtener la información necesaria para la ocupación militar de la Patagonia²⁹.

Los viajes de Ramón Lista, realizados entre 1877 y 1892, permitieron un mayor conocimiento del interior de los territorios que estaban siendo incorporados al poder nacional: el Chaco y la Patagonia. Funcionario del Ministerio de Guerra y Marina, Lista tuvo como misión el acopio de todas las publicaciones, planos y documentos de la Patagonia, y participó luego de la vida de la región al ser gobernador del territorio nacional de Santa Cruz por dos períodos consecutivos, entre 1887 y 1892. Realizó, entre otras, las primeras expediciones de reconocimiento entre Punta Arenas y Río Gallegos, y entre los ríos Negro y Deseado, internándose en la meseta patagónica. Navegó además numerosos lagos y ríos del sur. Los resultados de sus expediciones permitieron finalmente confirmar las condiciones productivas de la zona, en especial para la crianza de ovinos, sentando las bases para la ocupación blanca definitiva de la Patagonia. Todo ello en el marco del horizonte de ideas de la época, en la que la “civilización” debía imponerse a cualquier costo sobre los pueblos de “menor evolución biológica y cultural”, según sus propias palabras.

Carlos María Moyano, a su vez, había sido funcionario de la Armada nacional, siendo también director de la Oficina de Límites Internacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores. Junto con Moreno, exploró las nacientes del Río Santa Cruz, navegando el lago Argentino, y acompañó a Ramón Lista en la búsqueda de las nacientes del río Chico. Reconoció en travesías posteriores varias áreas de la precordillera, navegando el lago San Martín. En 1878 fue designado subdelegado marítimo de Santa Cruz y en 1880 realiza un viaje de mucha importancia para los propósitos de la nación: cubrir la llamada “ruta pobladora” desde Patagones hasta Santa Cruz, trazando en 1882 el primer camino de la costa entre este último punto y Puerto Deseado. Fue el primer gobernador del territorio nacional de Santa Cruz, designado desde 1884 hasta 1887.

²⁹ Bajo el sesgo del positivismo imperante en la época (muy influenciado también por la teoría darwiniana) fue que Florentino Ameghino sostuvo en 1880 la existencia del "hombre fósil americano", así como de varias especies animales que surgidas en la Patagonia se habrían dispersado luego por el mundo. Como parte de este proceso se programó la expedición marítima de Giacomo Bove, encomendada por el gobierno de Buenos Aires en 1881, integrada por famosos científicos como Lovisato y Spegazzini. También Carlos Burmeister, uno de los más destacados ingenieros y naturalistas del país, recorrería en sus viajes extensos territorios de Río Negro y Chubut por encargo de los ministerios del Interior y de Agricultura (Bandieri 2005: 114,115).

Como retribución por su tarea, Moyano recibió del gobierno nacional tierras en la margen sur del río Negro, cerca de Río Colorado, donde formó su estancia "La Etelvina". Gran conocedor de la calidad de los terrenos patagónicos, hizo varios viajes a Malvinas y Punta Arenas, sitios en los que se contactó con las figuras más importantes de cada lugar, como las familias Fenton y Menéndez, sirviendo de intermediario para el arrendamiento o compra de tierras públicas en la Patagonia. Un decreto presidencial del año 1885, firmado por el presidente Roca, le había dado, en su condición de gobernador de Santa Cruz, amplias facultades para otorgar tierras de pastoreo (Bandieri 2005:118).

La red integrada por estos relatos se inicia con Antonio Pigafetta en 1520 y se continúa a partir de un sistema de citas que permite la contigüidad semántica formada en torno a núcleos relacionados con el desierto, la vastedad, la desolación, la esterilidad, el fin del mundo, la excentricidad, el exotismo y la frontera. Pigafetta inaugura esta serie como las imágenes asociadas al gigantismo de la región y sus pobladores en su *Viaje alrededor del mundo* que se convertirá en una referencia prácticamente obligatoria en estos relatos.

Charles Darwin en *Viaje alrededor del Beagle* leerá la Patagonia en clave científica naturalista y como lugar primitivo, originario, fundamental en su teoría de la evolución. Asimismo aportará a esta red las definiciones de este territorio como desierto estéril y tierra maldita. Su itinerario forma parte de las políticas exploratorias de Inglaterra con fines expansionistas. En este sentido también puede leerse la misión y el viaje del jesuita británico Thomas Falkner quien intenta extender el catolicismo evangelizando a los indígenas de la región, cuyos testimonios serán el principal aporte de su obra *A Description of Patagonia*.

William Henry Hudson revierte en parte la dicotomía "civilización-barbarie" enaltecendo en *Idle days in Patagonia* el paisaje y la naturaleza de la región a partir de la revelación personal que el viajero encuentra en el contacto con esa naturaleza.

En los textos de los viajeros criollos que, en general, son posteriores a la Conquista del Desierto se invierte el signo con el que se había revestido a la región en los relatos citados para dar lugar al relevamiento de la zona como forma inicial de la incorporación efectiva de la misma al marco de la nación. Así, Francisco P. Moreno, Estanislao Zeballos, Carlos Moyano y Ramón Lista viajan por la región, relevan datos y objetos que en el caso de Moreno y Zeballos se destinan al museo de La Plata fundado por el primero y participan

como peritos de los conflictos en las zonas limítrofes entre la Patagonia chilena y la argentina. Lista y Moyano serán gobernadores del territorio nacional de Santa Cruz. Las imágenes que se presentan en sus textos se distancian de la esterilidad señalada por los viajeros extranjeros para presentar una tierra fértil y proveedora de materias primas.

Las significaciones imaginarias creadas y recreadas en los relatos de viaje serán retomadas, ya sea para reiterar su sentido o desplazarse de él, por otros discursos que refuerzan su circulación en el imaginario social. Estos textos son, mayormente, periodísticos y literarios. Reaparecerán en la prensa, durante fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, un conjunto de imágenes que poseen contigüidad semántica y que se unen en un campo relacionado con el vacío, la esterilidad, la barbarie, el exotismo; y, en otros casos, como el de Roberto Payró, se revertirán estas significaciones presentando a la Patagonia como tierra promisoría.

1.3 Santa Cruz y la Patagonia en la etapa territorialiana³⁰

Como se señaló anteriormente, el hecho de que Santa Cruz fuese un territorio nacional durante la época abarcada por esta investigación, incide en las representaciones que configuraron tanto la prensa como literatura. El territorio perteneciente luego a la Provincia de Santa Cruz permaneció sin ocupación permanente hasta la segunda mitad del Siglo XIX. En principio dependió administrativa y jurisdiccionalmente del Gobierno de Buenos Aires para incorporarse posteriormente, en 1872, al flamante Territorio Nacional de la Patagonia con capital en Viedma. Si bien el espacio provincial empieza a ser poblado desde 1882 por colonos de origen británico procedentes de Punta Arenas y Malvinas, la ocupación efectiva por parte de las autoridades argentinas se sustanció después de firmarse el tratado limítrofe entre Argentina y Chile en 1881 y de crearse en 1884, por decreto presidencial, los cinco territorios patagónicos, las islas del sur y del Estrecho de Magallanes (Coronato 2010: 31).

³⁰ El término hace referencia a la etapa anterior a la provincialización de los territorios nacionales. Véase Leticia Prislei (2001).

Este proceso coincidirá con el final de la denominada *Conquista del Desierto*³¹, momento en el que el Estado nacional procuró la organización político-administrativa del territorio patagónico. Luego del exterminio de los indígenas, la intervención estatal se profundizó para consolidar su poder sobre este espacio y como medida para lograr el dominio se decidió dividir la vasta región que conformaba la Gobernación de la Patagonia a partir de lo establecido por la ley N° 1.532 promulgada en 1884, que inspirada en la legislación norteamericana estableció los territorios nacionales de Chaco, Formosa y Misiones en el norte, La Pampa en el área central y en el sur, por división de la citada gobernación, los de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego; estableciendo sus límites, administración y formas de gobierno. En 1900 se incorporó el territorio de Los Andes, una porción oriental de la puna de Atacama, en el Norte del país, como consecuencia de los acuerdos limítrofes de la Argentina con Chile y Bolivia. Hasta el momento de su provincialización (en la década del 50)³² éste será el ordenamiento de esas regiones.

Ya desde antes del exterminio de los indígenas, estos espacios distantes se conciben (y se configuran a través de la letra) como *desiertos*. Como expresa Blengino, desde las crónicas argentinas sobre la Campaña del Desierto iniciada en 1879 (campaña militar que obtura definitivamente la cuestión de la frontera y que elimina toda resistencia indígena, desde el extremo sur de Buenos Aires hasta la Patagonia central) con el término *desierto*³³ se designa no a un espacio deshabitado, sin vida, sino a los territorios de La Pampa y de la Patagonia ocupados por los aborígenes. La frontera es el dispositivo de consolidación nacional que se extiende por La Pampa y contribuye a hacer desaparecer físicamente a los indios que ocupan estos territorios y a modificar sustancialmente la naturaleza de estos

³¹ La conquista militar del espacio indígena se llevó a cabo a partir de una serie de campañas militares para someter a los grupos que habitaban la región pampeana y norpatagónica. Las estrategias fueron varias: desde la "zanja" defensiva ideada en 1876 por Alsina, ministro de Guerra del presidente Avellaneda, en el oeste de la provincia de Buenos Aires, hasta el avance definitivo sobre estas regiones llevado a cabo por su sucesor, Julio Argentino Roca, en el año 1879. Las áreas fronterizas que se iban conquistando se otorgaban en muchos casos a particulares que participaban de las campañas. Paralelamente a la ocupación de tierras patagónicas, se dictó, en el mes de octubre de 1878, la ley N° 954, por la cual se disponía la creación de la Gobernación de la Patagonia con jurisdicción sobre la zona comprendida entre el río Colorado y el cabo de Hornos, colocando a su frente coronel Álvaro Barros (Bandieri 2005: 142,143).

³² Chaco y La Pampa fueron provincializados en 1951, Misiones en 1953 y, los demás en 1955 y por último, Tierra del Fuego en 1990. El territorio de Los Andes se disolvió en 1943 distribuyéndose entre las provincias de Jujuy, Salta y Catamarca.

³³ Las consideraciones teóricas acerca del *desierto* como construcción discursiva se retoman en el capítulo 2.

espacios. Los observadores políticos, militares, religiosos y en particular los hombres de ciencia (naturalistas y antropólogos) describen a estos hombres y a esta naturaleza con plena conciencia de que lo que perciben está en una etapa de extinción. El presente, por tanto, situado efímeramente entre el pasado y el futuro, se traduce en la oposición entre prehistoria y modernidad. Se trata de un proceso que abarca toda América Latina (Blengino 2006: 27).

La ley 1.532 que intenta organizar estas regiones que la Conquista del Desierto ha “vaciado” de grupos indígenas, facultaba al estado central para designar a los gobernantes de estos territorios, cuyo mandato tenía una duración de tres años. Este estado tenía gran injerencia sobre las autoridades locales que cumplían la mayor parte de las veces disposiciones del gobierno central (las relacionadas por ejemplo con las rentas y los impuestos). Esta dirección concentraba y quitaba así eficiencia a las administraciones locales. Esta falta de autonomía de los gobernadores, que no tenían intervención directa sobre cuestiones concernientes a la educación, aduanas, cárceles, correos, telégrafos, tierras públicas ni vialidad, tenía como consecuencia que muchas obras básicas de crecimiento como la construcción de caminos fueran emprendimientos particulares de ganaderos y comerciantes. Además de atribuir todo el poder al estado central esta ley orgánica de los territorios, cuyo proyecto fue redactado por Federico Pinedo y avalado por el ministro del interior del presidente Roca, Bernardo de Yrigoyen, precisaba los límites territoriales a partir de divisiones cartográficas que no tenían en cuenta las particularidades de cada una de las regiones, ya que las mismas no eran de conocimiento de los gobernantes (Bandieri 2005: 155-164).

Los habitantes no tenían representantes en el Congreso Nacional y carecían de derechos políticos: sólo podían elegir jueces de paz y concejos municipales las localidades que llegaran a los 1000 habitantes, y, en ocasiones, a pesar de cumplir con este requisito, no se les otorgaba la facultad electiva. Tampoco se cumplió la ley cuando los territorios llegaron a tener 60 000 habitantes, requisito que posibilitaba su provincialización, aduciendo su falta de madurez política.³⁴ Un dato que destaca el alto porcentaje de población extranjera de los territorios patagónicos es que podían figurar en los padrones todos aquellos habitantes (argentinos o extranjeros) que fijaran domicilio en la región.

³⁴ La restricción de los derechos políticos y su relación con la prensa es retomada en el capítulo 4.

La paradoja en torno a la restricción de las facultades electivas se deja ver en el hecho de que un habitante territorialiano que se trasladase a una provincia podía votar todas las categorías, es decir, se convertía en ciudadano con plenitud de derechos políticos.

Por otra parte, la administración de la justicia ordinaria y federal estaba a cargo de un juez letrado que legislaba todo el territorio. Entendía en los fueros civil, comercial, correccional y criminal y ejercía funciones de superintendencia sobre escribanos y jueces de paz cuyas apelaciones resolvía.³⁵

En el año 1932 hubo un pronunciamiento oficial acerca de la necesidad de la modificación de ley que dio lugar en 1934 a la presentación de un anteproyecto realizada por el ministro del Interior del presidente Justo, Leopoldo Melo, que intentó, sin obtener resultados, modificar la ley orgánica que ese mismo año cumplía medio siglo de vigencia, en respuesta a compromisos asumidos en las instancias electorales³⁶. El anteproyecto tuvo en cuenta las recomendaciones de la Oficina de Territorios Nacionales, entonces a cargo de Eduardo Elordi, quien conocía la problemática de estas regiones, puesto que había sido gobernador de Neuquén por tres períodos consecutivos. La idea central era transformar los artículos concernientes al régimen administrativo y político de las áreas no provincializadas, y que ese régimen fuese integral y efectivamente practicado. Se intentaba ampliar el marco de participación de los habitantes, aunque seguía prevaleciendo el control del estado central. Una de las transformaciones venía a cubrir un reclamo que era de larga data en estos lugares: la exigencia de una radicación previa de cinco años para ser gobernador y de tres para ser secretario, representante o legislador.

Finalmente, los territorios se transformarán en provincias durante el transcurso de la década del cincuenta. En el caso de Santa Cruz este proceso se sustancia con la redacción en 1957 de la Constitución Provincial, luego de un largo recorrido que comienza en 1859 con los primeros intentos de asentamiento de población. Es en ese año que establece su base en la isla Pavón el navegante argentino Luis Piedra Buena (en la ciudad que

³⁵ Estos jueces eran elegidos por el Poder Ejecutivo, con aprobación del Senado y el único requisito solicitado era el título en abogacía (Bandieri 2005: 158).

³⁶ Los errores de la iniciativa fueron señalados de inmediato por quienes venían estudiando sistemáticamente el tema desde años atrás, en particular el conocido periodista patagónico Juan Hilarión Lenzi, quien escribió una serie de artículos en el periódico *La Unión* de Río Gallegos, en julio de 1934, en los cuales analizaba el anteproyecto. En ellos se sostenía que, después de medio siglo, los territorios no sólo no se veían como "futuras provincias" sino que se había acentuado su explotación como "colonias internas" (Bandieri 2005: 325).

actualmente lleva su nombre). En 1864 funda la pequeña población de *Las Salinas*, hoy una adyacencia de la ciudad de Puerto Santa Cruz. Luego, en 1873 Oscar Viel, gobernador chileno de Magallanes, instala en Río Gallegos una colonia a la que denomina Puerto Gallegos incorporándola a su país. Ante el reclamo argentino en 1875, esta colonia es abandonada por Chile. Un año más tarde, Francisco Pascasio Moreno establece una base en la ría de Puerto Deseado.

Como datos relevantes en cuanto a la constitución de la región pueden citarse la fundación de Río Gallegos en abril de 1883 y la primera gobernación del territorio que estuvo a cargo del capitán de fragata Carlos María Moyano a partir del año 1884, permaneciendo en el cargo hasta mayo de 1887. En este año se firma un decreto por el cual, sobre la base de accidentes naturales, Santa Cruz se subdivide en cuatro departamentos: Puerto Deseado, San Julián, Santa Cruz y Río Gallegos. Luego, en enero de 1888, el explorador y segundo gobernador del territorio, Ramón Lista, traslada la sede del gobierno a Río Gallegos, ciudad que sólo adquirió condición de capital el 20 de noviembre de 1897 al ser reconocida como tal por el Gobierno Nacional.

El Decreto de división administrativa de los territorios nacionales del 19 de mayo de 1904, creó el Departamento Coyle y pasó la capital a Río Gallegos, cuyo municipio data de 1907. En 1944 el presidente Farrell decide la creación de la Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia, conformada por departamentos del Sur del Territorio Nacional de Chubut y del Norte del de Santa Cruz (actuales departamentos de Deseado y Lago Buenos Aires) con capital en Comodoro Rivadavia. Se inicia de este modo un proceso de reestructuración espacial en la esfera política, de administración del territorio, al punto tal de cristalizar en una entidad política diferente. La provincialización se sustanció el 15 de junio de 1955 cuando el Congreso Nacional sancionó la Ley N° 14408 promulgada por el presidente Juan Domingo Perón el día 28, por la cual se crearon cinco provincias. Una de ellas será la Provincia de la Patagonia:

Artículo 1°: Decláranse provincias, de acuerdo con lo establecido en los artículos 13 y 68, inciso 14, de la Constitución nacional a todos los territorios nacionales con los límites que a continuación se expresan:

c) Se constituirá otra provincia, limitada al norte por el paralelo 46°S; al Este, por el Océano Atlántico; al Oeste, por la línea divisoria con la

República de Chile, y al Sur, con el Polo, comprendidos Tierra del Fuego, islas del Sur Atlántico y sector antártico argentino (Ley N° 14408).

Un año después, durante el gobierno de Pedro Eugenio Aramburu, mediante Decreto-Ley N° 21178 del 22 de noviembre de 1956, la Provincia de Patagonia fue limitada al territorio de Santa Cruz y tomó el nombre de Provincia de Santa Cruz, anulándose asimismo la Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia y restituyéndose los departamentos antes excluidos a los espacios de origen. Por el Decreto-Ley N° 4347 del 26 de abril de 1957 se facultó a los comisionados federales a convocar al pueblo de las nuevas provincias para que eligieran a los convencionales que procederían a dictar sus constituciones. La Constitución Provincial de Santa Cruz fue sancionada el 28 de noviembre de 1957 (Baillinou 1985:40-69).³⁷

1.3.1. Los conflictos limítrofes con Chile

En este proceso de poblamiento y provincialización tuvieron gran incidencia los múltiples conflictos limítrofes con Chile. Estos comenzaron a suscitarse tempranamente³⁸ y se sucedieron con distinto grado de relevancia a lo largo de los años. Un momento crucial fue la guerra del Pacífico, en la que Chile se enfrentaba con Perú y Bolivia. Este hecho infundió temor en algunos sectores de Buenos Aires puesto que, de ganar, como efectivamente sucedió luego, se consolidaría la situación de Chile en el Pacífico. De manera paralela a la campaña que el general Roca iniciaba contra la sociedad indígena en 1879, se vislumbrará la posibilidad de alcanzar una negociación directa y definitiva. Finalmente, el 23 de julio de 1881 se firmó el tratado que establecía la línea demarcadora: el paralelo 52° de la Cordillera de los Andes.

³⁷ Para un estudio de la historia santacruceña véase Godoy (comp.)(2000). Los dos tomos de esta historia de Santa Cruz incluyen artículos de distintos autores sobre historia, economía, turismo y problemática ambiental.

³⁸ Entre 1822 y 1833 las constituciones chilenas establecían el cabo de Hornos como su límite sur. Sin embargo a partir de 1840 Chile comenzó a utilizar la zona del estrecho de Magallanes, en reemplazo del paso de Drake, y estableció el asentamiento de Fuerte Bulnes (1843) que luego trasladó a Punta Arenas (1848) sobre el estrecho de Magallanes, que constituye un paso obligado entre los océanos Atlántico y Pacífico. Juan Manuel de Rosas, en 1847, reclamó ante las autoridades chilenas, considerando que pertenecían a Argentina (Rodríguez 1978: 10).

Este límite se extendería en esa posición por las cumbres más elevadas de dicha cordillera que dividieran las aguas y en los casos en que fuese problemática la delimitación se recurriría a peritos nombrados por ambas partes. Al norte del estrecho de Magallanes, el límite consistiría en una línea fronteriza que partiendo de Punta Dungeness se ampliaba por tierra hasta Monte Dinero, continuando hacia el oeste por las mayores elevaciones de colinas hasta llegar a Monte Aymond. El tratado, no obstante, no logró poner fin a los conflictos entre los dos países debido a que en algunos puntos geográficos no existían coincidencias entre las altas cumbres y la divisoria de aguas. Había divergencias entre Argentina y Chile que eran muy relevantes, a causa de que según la solución que se adoptase, Argentina podía conseguir salir hacia el Pacífico o Chile extender sus dominios hacia el este.

Con el objeto de dar solución a las diferencias surgidas se firmó en Santiago de Chile, en 1893, un nuevo Protocolo Adicional y Aclaratorio del Tratado de 1881. Según esta normativa, Argentina tendría el dominio absoluto de todas las tierras y aguas ubicadas al oriente de la línea de las más elevadas cumbres de la cordillera de los Andes que dividieran las aguas y como propiedad de Chile las situadas al Occidente. Se instituyó también el denominado “principio oceánico” según el cual cada uno de los países involucrados estaría imposibilitado de reclamar posesiones en el área marítima del otro, es decir, que se consagró el principio de "Argentina en el Atlántico" y "Chile en el Pacífico" (Bandieri 2005: 320). Con el fin de realizar las demarcaciones definitivas se designó a los peritos Francisco Moreno y Diego Barros Arana. Las líneas propuestas por ambos dieron lugar a la firma del Acta de 1898, posteriormente aprobada por los respectivos gobiernos. Al continuar las diferencias en algunos puntos específicos de la cordillera de los Andes, se acordó finalmente en 1896 someter estas cuestiones al arbitraje de la Corona británica.³⁹

Posteriormente, en 1899 se volvieron a generar tensiones a pesar del encuentro sostenido entre los presidentes Roca y Errázuriz en Punta Arenas. En tanto Chile organizaba la Guardia Nacional Territorial, la Argentina establecía el servicio militar

³⁹ En el proceso de demarcación algunas diferencias se dirimieron de manera muy particular, como ocurrió cuando Chile reclamó la posesión del lugar donde se encontraban emplazadas la Colonia 16 de Octubre y la localidad de Esquel. En esa ocasión, el delegado inglés Tomás Holdich solicitó una consulta popular. Realizado el plebiscito el 14 de abril de 1902, se decidió por votación de los pobladores acogerse a la soberanía argentina. La opinión de los grupos galeses, mayoritarios en el lugar, seguramente incidió en el resultado final del arbitraje (Bandieri 2005: 321).

obligatorio y el Ferrocarril Sud se extendía aceleradamente hacia la frontera. Desde 1898 hasta comienzos de 1902 la carrera armamentista parecía imparable.⁴⁰ Después de grandes controversias en las que participaron la sociedad de la época y la prensa de ambos países, el 28 de mayo de 1902 se firmaron en Santiago los llamados “Pactos de Mayo”, que pusieron fin a los conflictos, al menos en esta etapa. Ese mismo año, en el mes de diciembre, se conocía el fallo arbitral de Eduardo VII, que fijaba los límites en cuatro áreas: paso de San Francisco, la cuenca del lago Lácar, la región que se extiende desde las inmediaciones del lago Nahuel Huapi hasta el lago Viedma y la zona adyacente al seno de Última Esperanza. Según los especialistas, de 94.000 km en disputa, 54.000 le fueron concedidos a Chile y 40.000 a la Argentina.⁴¹

Estos conflictos inciden en la prensa de fines del siglo XIX. El viaje de Roberto Payró a la Patagonia se realiza en el marco de esta problemática y es compañero de viaje, en el Vapor transporte Villarino, de Francisco P. Moreno. Las imágenes que aparecen en las crónicas recopiladas en *La Australia Argentina* acerca de Chile y de inmigrantes chilenos en Argentina están atravesadas por estos sucesos.

Ya en el siglo XX, las figuraciones sobre el chileno y su lugar en hechos como las huelgas patagónicas son objeto de un grado importante de silenciamiento durante las primeras décadas. Recién en 1971 el escritor chileno, Francisco Coloane, reivindicará a los peones rurales configurando al protagonista de su cuento “De cómo murió el chilote Otey” como un héroe que salvó a muchos obreros del fusilamiento perpetrado por el ejército. Es la misma década en la que el Ejército formula su archivo, aquí se refuncionalizan los hechos

40 En este clima de época Roberto Payró viaja por la Patagonia acompañado del perito Francisco P. Moreno, que interviene en la demarcación de los límites. Véase el capítulo 3.

41 Durante el siglo XX se sucedieron más conflictos que tuvieron su punto más álgido en enero de 1978, cuando estuvo a punto de suscitarse una guerra por el diferendo en torno a la posesión de las Islas Picton, Nueva y Lennox, en el Canal de Beagle. La intervención del Vaticano, en la persona del papa Juan Pablo II y del cardenal Samoré, lo impidió, y se iniciaron largas negociaciones. Finalmente, en el año 1984, se firmó un tratado de paz y amistad entre ambos países luego de un plebiscito popular convocado por el presidente Alfonsín para aceptar o rechazar la propuesta papal. Se instituyeron así las bases para la solución pacífica de las problemáticas hasta entonces pendientes en el estrecho. En 1986, un nuevo diferendo en torno al área de Lago del Desierto llevará a la Argentina a fundar el pueblo de El Chaltén. En 1994 el diferendo quedará resuelto a favor de la Argentina, mediante laudo de un tribunal arbitral latinoamericano convocado a tal efecto. En los últimos años, la hipótesis de conflicto entre ambos países, especialmente emergentes en épocas de gobiernos militares, ha ido dejando paso a diversas formas de integración en el marco de los avances del proyecto de unión de los países del Cono Sur de América Latina para consolidar los intereses comunes de la región (Bandieri 2005: 321, 322).

desde una mirada que está en las antípodas de la de esa institución para enaltecer a los huelguistas especialmente al chileno.

1.3.2 La Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia

Este marco de desanexión estatal, distanciamiento cultural, carencia de población y riqueza natural convierten a la Patagonia durante las dos últimas décadas del siglo XIX en una *tierra de oportunidades* para muchos de los que se instalan en ella. Éste será el caso de los integrantes fundadores de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, entidad que constituirá el grupo hegemónico de la región durante fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

El grupo comercial que confluirá en la sociedad conocida como “La Anónima”⁴² y que regirá el comercio y la economía de la Patagonia austral chileno-argentina⁴³ durante el siglo XIX y parte del XX se consolidará a través de la participación de algunos hombres entre los cuales se destaca la figura de Mauricio Braun. De origen judeo-alemán (había nacido en Lituania, en ese entonces rusa, el 19 de agosto de 1865), hijo de Elías Braun y Sofía Hamburger, mantendrá la lengua y las costumbres de sus antepasados. Emigra junto a su familia (sus padres y a sus hermanos Sara y Oscar) a Sudamérica cuando tenía entre ocho y nueve años. Según testimonios recogidos por el historiador Ernesto Maggiore, sus más lejanos recuerdos de infancia siempre evocaban las persecuciones, el terror o la muerte de los pogroms de Rusia (Maggiore 2004: 208). Elías Enrique Braun había vivido en Talsen, y su esposa Sofía era natural de un pueblo de la Prusia Oriental. Se casaron en octubre de 1861 y al emigrar a América ya los acompañaban sus primeros hijos, de los cuales el mayor era Mauricio. Se instalaron en Buenos Aires en el año 1872; momento en el que se vivía en la ciudad una epidemia de fiebre amarilla. El viaje, entonces continuó y huyendo de la epidemia se radicaron en Paraguay, país en el que nació su otra hermana,

⁴² Se retoma aquí el estudio de Susana Bandieri sobre “La Anónima” publicado en su libro sobre la historia de la Patagonia (2005). Asimismo se extraen algunos datos de las crónicas escritas por Ernesto Maggiore sobre hombres que habitaron la frontera (2004).

⁴³ El tratado que estableció hasta 1912 la cordillera libre, el flujo de trabajadores que circulaban en localidades de los dos países, los similares grupos económicos que operaban tanto en la Patagonia chilena como en la argentina, permiten hablar de una región transfronteriza. Véase Laurelli y Schweitzer (2005).

Ana. La situación en Paraguay era compleja pues se encontraba en las postrimerías de la Guerra de la Triple Alianza; este hecho hizo que continuasen la marcha y que retornasen a Buenos Aires.

Al enterarse de las condiciones ofrecidas en Chile a los pobladores que arribasen a la zona austral del país⁴⁴, se embarcaron junto con 173 colonos más de distintas nacionalidades en el vapor “Sakkarah”. En búsqueda de un porvenir promisorio se radicaron finalmente en Punta Arenas, lugar en el que obtendrían 1 lote y 2 hectáreas situadas a 6 o 7 km. al Norte del pueblo. Éste sería el origen de un imperio sin precedentes. Las empresas, fortuna, e influencias de Mauricio Braun, junto con las de su socio Rodolfo Stubenrauch, estarían reconocidas como las más importantes de la región patagónica.

La vida de Mauricio Braun se relaciona intrínsecamente con el desarrollo económico, cultural y social del territorio Patagónico y se vincula asimismo con los fusilamientos de los obreros en las huelgas de la década del veinte.⁴⁵ En la ciudad de Punta Arenas, continuó junto a sus hermanos con sus estudios, abandonando un tiempo después la escuela, hecho adjudicado a la discriminación antisemita que habría sufrido allí. Renuncia entonces a la escolarización sistematizada a los 10 años y se convierte en autodidacta.

Desde su juventud, a la vez que continuaba sus estudios de lenguas extranjeras (alemán e inglés), comienza a trabajar en la firma Bloom, Schroeder y Cía. por recomendación de su padre. Los inicios de sus empresas y de su actividad como comerciante y estanciero tienen origen en Punta Arenas. En sus inicios en las actividades empresariales se vinculó con José Nogueira, comerciante y navegante⁴⁶ de origen portugués y cuñado de Braun⁴⁷, que en sociedad con Gastón Blanchard había adquirido en 1880 la nave “Rippling Wave” en las Islas Malvinas. Esta embarcación construida en 1869 en los astilleros de Nueva York, poseía un registro de 128 toneladas. Asimismo poseía entre sus propiedades una barca comprada en 1889 al armador noruego Ole Antón Olsen, para utilizarla como depósito flotante. Permanecía anclada y totalmente cargada de lana en el puerto de Punta Arenas. El 22 de abril de 1889 se produce una nueva concesión en la que

⁴⁴ El gobernador magallánico Oscar Viel ofrecía, en el marco de una operación de poblamiento, pasajes, 123 pesos chilenos, 2 vacas, una yegua y hectáreas conforme a un decreto firmado en diciembre de 1867.

⁴⁵ Véase el capítulo 4.

⁴⁶ Había comenzado su actividad marinera vendiendo cueros y aceite de lobos marinos a los barcos que por ese entonces cruzaban el Estrecho.

⁴⁷ José Nogueira es esposo de Sara Braun.

José Nogueira recibe unas 180 000 hectáreas en un área comprendida entre el litoral del Estrecho y hasta el 52° de Latitud Sud. Un tiempo después, también en 1889, mediante otro decreto se le otorgan 170 000 hectáreas y luego, en 1890, se realiza una nueva concesión de tierras, mucho más cuantiosa que las anteriores, a través de un decreto firmado el 9 de julio. La superficie concedida contiene 1 009 000 hectáreas. En todo este proceso Mauricio Braun será su testaferro, y con su primera concesión fundará la Compañía de Hacienda de Ovejas de Tierra del Fuego. En 1893 Nogueira instalará su primera casa de comercio.

Otra de las figuras sobresalientes en la conformación de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia (y por tanto de la historia de la región) será José Menéndez, quien se vincula con Mauricio Braun a partir del casamiento de éste con su hija Josefina Menéndez Behety, efectuado luego de su conversión a la fe cristiana.

José Menéndez se había radicado un tiempo en La Habana, Cuba, y allí había adquirido algunos conocimientos sobre el peritaje de joyas, lo cual le permitió desempeñarse en ese negocio. En la ciudad de La Habana, desde su llegada en 1860, ingresó en el círculo integrado por el sector más rico de esa sociedad, que fue incrementando sus capitales en la medida en que Las Antillas significaron una próspera fuente de riquezas para España. Por entonces, el tráfico comercial entre España y el Río de La Plata tenía por ruta a Las Antillas. Montevideo era una escala obligada para los navegantes de alta mar antes de la construcción del puerto de Buenos Aires y hacia este puerto se dirigió luego de su estadía en Cuba, en busca de nuevas oportunidades. En ese tiempo y en la Capital del Uruguay, conoció a María Behety, hija de Félix Behety y María Mercedes Chapitel, con la cual se casó en marzo de 1873. En 1874, a los 28 años se embarca en el vapor “Rosales” y viaja por primera vez a la Patagonia para radicarse en la región. Allí trabajará para la firma Etchart y Compañía y en ese marco conocerá a Luis Piedra Buena, cliente endeudado por entonces con esta empresa. Viajó un año más tarde a Punta Arenas, localidad en la que había un emprendimiento comercial de Piedra Buena (quien se había instalado desde 1869 con un negocio relacionado con el suministro de artículos navales) que endeudado aún con la empresa que Menéndez representaba y sospechado de ser agente de Argentina en un momento en el que había conflictos limítrofes entre ambos países, fue obligado a transferir sus instalaciones a la empresa, quedando Menéndez a cargo, quien hacía así su primera aparición en la zona magallánica.

Poco tiempo después de haber comenzado sus actividades comerciales en Chile, Menéndez hace prosperar el comercio, que se encontraba en situación de quiebra. En 1878 compra las primeras 500 ovejas malvineras a Mario Marius, que había fracasado con un emprendimiento en San Gregorio. En 1905, compra a Agustín Ross la Mina Loreto, un yacimiento de carbón ya descubierto por Sarmiento de Gamboa desde 1583. Sus empresas avanzan aceleradamente.

Menéndez y algunos de los integrantes de lo que luego se consolidaría como “La Anónima” logran reunirse con el presidente Julio Argentino Roca cuando el 15 de febrero de 1899 se produce el llamado “Abrazo del Estrecho” en Punta Arenas, ocasión en la que se reúnen el presidente chileno, Federico Errázuriz y el citado mandatario argentino. Este breve encuentro protocolar logró evitar la ruptura de relaciones diplomáticas entre los dos países. Esa misma noche ambos presidentes asistieron al ágape de honor que les ofrecía la gobernación, la Comisión de Alcaldes y los comerciantes locales. La familia Menéndez Behety no asistió porque guardaba duelo por la muerte de uno de sus miembros. No obstante, Menéndez pudo contactarse con el presidente argentino y ofrecerle hospedaje en su casa, una de las pocas mansiones en esa localidad, junto con la de Stubenrauch. Así fue como el Presidente Roca fue huésped de José Menéndez y se reunió al día siguiente con Mauricio Braun y Alejandro Menéndez Behety, a quienes instó a establecerse en la Patagonia Argentina para poblar sus campos, ofreciéndoles para tal fin el apoyo por parte de su gobierno.

En 1908 se formaría la “Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia”, con sede en Buenos Aires, con 24 sucursales en el territorio argentino, una flota comercial de bandera argentina y en 1911 se constituiría la “Sociedad Anónima Ganadera y Comercial Menéndez Behety” con residencia en Punta Arenas y con una flota de barcos de bandera chilena y propietaria de la Mina Loreto, más varios aserraderos en Magallanes y Tierra del Fuego. Entre Mauricio Braun y su suegro darían origen a un poderoso imperio comercial transfronterizo.

En 1892 se constituirá la compañía *Braun & Blanchard Comercial y Naviera*, aportando Mauricio Braun, quien se había incorporado a la compañía de José Nogueira, el 80% de las acciones. Con esta empresa comenzará la competencia entre las compañías navieras, siendo José Menéndez el empresario más importante en el ramo. La nueva

sociedad de pequeños vapores de carga atenderá las líneas de cabotaje entre los puertos. Los vapores “Lovart”, “Magallanes”, “Keel Row”. “Patagonia”, o “Cordillera”, se utilizarán además como transporte de pasajeros. Así, permiten la comunicación entre Comodoro Rivadavia, Puerto Deseado, San Sebastián, Coyle y demás puertos patagónicos. En forma paralela transportaban la mercadería y cumplían la función del traslado de pasajeros.

Cuando José Nogueira murió en 1897, Mauricio Braun se asoció con su hermano Juan y la firma que llevaba su apellido. Luego de su sociedad con José Menéndez, se iría transformando en una importante razón comercial cuya fama y capitales se extenderían hacia Argentina y Chile.

Comenzaron asimismo a reparar barcos en astilleros propios. Mauricio Braun intervino directamente en la organización de lo que fue Varadero y el Astillero Naval en Buenos Aires. Para 1896 trabajaban en la reparación del primer buque, el "Vilchuquen" de Braun & Blanchard, luego lo hicieron con el "Cabenda", el "Antonio Díaz", "Laurita", "Armando" y "Carlos", todos ellos remolcadores de su propia agencia marítima. Fallecidos los dos hermanos Bonacic, la firma quedó en entera propiedad de Braun & Blanchard. Junto al astillero emprendieron otro negocio: los talleres Minerva de fundición, mecánica y herrería. Superado ya el clima belicista de la guerra entre Chile y Argentina, el desarrollo naviero de Punta Arenas asombraba al mundo. La agencia naviera de Mauricio Braun brindaba apoyo logístico a las empresas inglesas de ultramar. En 1904 fue descubierto en Cutter Cove, sobre el canal Jerónimo en la península de Brunswick, un yacimiento de cobre. Mauricio Braun creó entonces Minera Cutter Cove y se construyó una instalación mecánica que permitía remover cincuenta toneladas diarias de material bruto. En esta empresa de extracción, trabajó con Julio Popper⁴⁸. Fundó ese mismo año la “Socio

⁴⁸ Julio Popper, ingeniero rumano, cuenta en su libro *Atlanta* (2003) su estadía en la Isla Grande de Tierra del Fuego, lugar al que arribó con un grupo de expedicionarios en el año 1886, descubriendo en esa oportunidad el más importante yacimiento aurífero que registró la actividad minera en territorios australes sobre el litoral Atlántico. Creó un pueblo al que llamó *Atlanta*, cerca de donde hoy se encuentra la ciudad de Río Grande. Este poblado iba a constituir el puerto de entrada hacia la Antártida en 1890. Acuñó su propia moneda, el “popper” y explotó el yacimiento. Es conocido asimismo como uno de los “cazadores de onas” por su participación en el genocidio de estos indígenas.

Magallanes”, enviando sus barcos a la caza de la ballena azul y otras especies. En 1907, la crisis económica mundial afectó el funcionamiento de las empresas navieras.

La “Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia” es fundada en 1908 por Braun y Menéndez, quienes unieron sus capitales para formar la empresa que a partir del año 1910 establece su domicilio legal en Buenos Aires. Así se integraron todas las sucursales que poseían. La presidencia de esta empresa comercial fue ejercida por José Menéndez (hasta su muerte en 1918), sucediéndolo Mauricio Braun hasta 1931. Las sucursales de la firma se extendieron por el sur Patagónico.⁴⁹ Este grupo societario, además de ejercer el monopolio de los negocios de importación y exportación a través de la ya mencionada Sociedad Anónima, se convirtió en prestamista y acreedor de las demás empresas regionales. En 1911 adquieren los vapores "Asturiano" y "Argentino" de 3 500 toneladas de registro bruto. Luego vienen el "Atlántico", el "Americano" y el "José Menéndez".

Como consecuencia de la guerra el precio de la lana aumentó debido a que se compraba como insumo de indumentaria para las tropas, lo que benefició sustancialmente a la sociedad. Además, el 23 de abril de 1900 se creó una entidad bancaria propiedad de “La Anónima” que se instaló en Punta Arenas bajo la gerencia de Enrique Pettersen. En 1919, cuando el radio de acción del banco se amplió, se lo denominó Banco de Chile y Argentina. Las sucursales se instalaron en Buenos Aires, Río Gallegos, Santa Cruz y San Julián, y en, en Valparaíso, Castro y Puerto Natales del lado chileno. La Presidencia estaba a cargo de Mauricio Braun, desde la casa principal en Punta Arenas.

Como consecuencia del crecimiento de la industria ganadera del sur y la necesidad de industrializar la producción de carne, la Sociedad South American Export Syndicate Ltd (creada en 1905) instaló en Río Seco un frigorífico. Mauricio Braun en asociación con su cuñado Alejandro Menéndez Behety, participó en los frigoríficos de Río Grande (1907) y Puerto Deseado (1922) y luego en los que se instalaron en Chile en Puerto Bories y

⁴⁹ Sus sucursales en principio se encontraban en Trelew, Puerto Madryn, Comodoro Rivadavia, San Julián y Puerto Santa Cruz. Al tiempo se abrieron más sucursales en San Antonio Oeste, Ingeniero Jacobacci, Maquinchao, Viedma, General Roca, Dolavon, Dique F. Ameghino, Talagapa, Gastre, Esquel, Sarmiento, Cañadón Lagarto, Caleta Olivia, Puerto Deseado, Las Heras, Lago Buenos Aires, Cañadón León, Río Chico, Comandante Luis Piedra Buena, Laguna Grande, Puerto Coyle, Lago Argentino, Río Turbio, Río Grande y Ushuaia. En la actualidad la empresa se ha instalado asimismo en Resistencia, Chacabuco y Chivilcoy.

Puerto Natales⁵⁰, Asimismo pertenecieron a la sociedad integrada por Braun la Compañía de seguros “La Austral” que inició sus actividades en Punta Arenas en 1915, la Compañía Telegráfica de Magallanes, constituida en 1918 y la empresa telefónica de San Julián. Participó activamente en la Compañía de Electricidad de Punta Arenas, desde la cual apoyó financieramente a las empresas de alumbrado eléctrico de Río Gallegos y Puerto Santa Cruz. A comienzos de la década de 1960 las superficies en explotación que los Braun Menéndez poseían eran de 934.000 hectáreas en propiedad en Chile y 313.000 en Argentina.

Los integrantes de esta sociedad están ligados estrechamente a la historia de la Patagonia y de Santa Cruz particularmente, no sólo por la influencia económica que tuvo la empresa sino porque ocuparon un lugar principal en la matanza de peones ocurrida durante las huelgas del veinte, como se verá en los capítulos 4 y 5, en lo que concierne a la revista editada por este grupo comercial: *La Argentina Austral*.

Las condiciones de los territorios nacionales que integran la Patagonia como espacios autónomos desvinculados del poder central, sumados a las imágenes que consolidan e hiperbolizan estos rasgos y los del desierto dan cuenta en parte de la construcción de un orden regido por el sector nucleado en torno a la “Sociedad Anónima” que generará dispositivos como la revista *Argentina Austral* o el diario *La Unión*⁵¹ desde los cuales defenderá este orden como el más conveniente para la población. Las categorías teóricas que se expondrán a continuación: hegemonía, imaginario, dispositivo, estructura del sentir y cultura popular permiten indagar las operaciones simbólicas que se entretajan en la red textual ligada a este sector.

⁵⁰ Con una significativa diversificación de sus inversiones, Braun incursionó fuertemente en la industria frigorífica de Punta Arenas, asociándose a los empresarios ganaderos del sur de Chile y Santa Cruz, que entonces comercializaban mayoritariamente la carne ovina a través del estratégico puerto magallánico. Prueba de ello es que los caminos que unían las estancias de la región con Punta Arenas y Puerto Natales eran más numerosos y transitados que los que las acercaban a Río Gallegos. Integró asimismo el cuerpo directivo del Banco de Punta Arenas, con sucursales en Santa Cruz, intermediario muy importante en la comercialización de la lana (Bandieri 2005: 253).

⁵¹ Analizados en los capítulos 4 y 5.

2. Líneamientos teóricos para el análisis de la cultura literaria en la Patagonia

2.1. El campo de lo simbólico en el análisis del orden histórico y social. Significaciones imaginarias

A la luz de las ya clásicas formulaciones de Raymond Williams acerca de las relaciones entre cultura y sociedad y de su definición de la “estructura de sentimiento”, el corpus textual introducido en el capítulo anterior, se convierte, desde la amplia perspectiva de los estudios culturales, en un corpus documental en el que pueden cifrarse las marcas de la sociedad de la que emergió como práctica simbólica. En obras canónicas como *Marxismo y literatura* y *La larga revolución*, Williams define y operativiza como matriz de análisis el concepto mencionado:

Estructura de sentimiento: es tan sólida y definida como lo sugiere el término estructura pero actúa en las partes más delicadas y menos tangibles de la actividad humana. En cierto sentido, esa estructura de sentimiento es la cultura de un período: el resultado vital específico de todos los elementos de la organización general. Y en este aspecto, las artes de un período, si se considera que incluyen enfoques y tonos característicos de la argumentación, son de la mayor importancia, puesto que la expresión de esa característica es más probable en ellas que en cualquier otra parte (Williams 2003: 57).

Esta estructura interactúa con el carácter social, sistema valorado de comportamiento y actitudes, y el “patrón de la cultura” (selección y configuración de intereses y actividades), es la experiencia concreta a través de la cual éstos se viven (Williams 2003: 56). Analiza en *Marxismo y literatura* los periódicos y la ficción popular publicada en la prensa en Inglaterra en 1840. Retoma un trabajo de Dalziel sobre la ficción popular de los periódicos para contraponer la aparición en ella de los supuestos y elementos que integran el carácter social con aquellos que permiten vislumbrar la estructura de sentimiento de la sociedad de la que emergen. De este modo, supuestos esperables sobre la sociedad de clases y pertenecientes por tanto al carácter social dominante: la visión sobre la

culpabilidad de la pobreza de quienes la padecen y la santidad del matrimonio conviven con elementos emergentes, vinculados con la estructura del sentir, como por la concepción de las soluciones individuales y casi siempre mágicas (herencia, muerte del villano, etc.) a los problemas sociales de la época (Williams 2003: 70-77).

La categoría tiene un desarrollo conceptual más extenso en el libro citado, obra escrita desde la convicción de un resurgimiento del marxismo en la teoría cultural. La estructura del sentimiento se planteará a la luz de las formulaciones sobre la naturaleza de los cambios sociales y su relación con los campos artístico y literario. Estos cambios no consisten en un grupo de elecciones deliberadas sino en transformaciones generales como las que se suceden, por ejemplo, en el idioma, las costumbres, la vestimenta, la edificación y otras formas similares de la vida social. A partir de ellos se analiza y se propone definir la cualidad particular de la relación y la experiencia social históricamente distintas entre las diversas generaciones o períodos. Los cambios, de este modo, son asumidos como experiencia social antes que como experiencia “personal” o como el “pequeño cambio” simplemente superficial o incidental de la sociedad. Son sociales pero se diferencian del sentido reducido de esta palabra ya que su significado no se reduce al orden de lo institucional y lo formal, ya que son transformaciones de presencia y porque aunque son emergentes o preemergentes no necesitan esperar una definición, una clasificación o una racionalización antes de ejercer presiones palpables y de establecer límites efectivos sobre la experiencia. Los cambios se definen como tales en las estructuras del sentir.

Este planteo implica una diferenciación respecto de los conceptos más formales de “concepción de mundo” o “ideología”. La categoría descrita intenta abordar los significados y valores tal como son sentidos y vividos activamente y las relaciones existentes entre ellos y las creencias sistemáticas o formales. Williams propone que una definición alternativa podría ser la de “estructuras de la experiencia”, pero esta categoría se torna conceptualmente problemática ya que uno de sus sentidos involucra el tiempo pasado, que es un obstáculo para el reconocimiento del área de la experiencia social, que es la que está siendo definida.

La experiencia social a la que alude el crítico se halla en proceso y tiene sus características emergentes, conectoras y dominantes y, ciertamente, sus jerarquías específicas. Desde una perspectiva metodológica, por tanto, una “estructura del sentir” es

una hipótesis cultural derivada de los intentos por comprender los elementos de una generación o período.

Estas formulaciones señalan la interrelación intrínseca entre esta categoría y el arte y la literatura, esferas en las que el contenido social, en un número significativo de casos, no puede ser reducido a sistemas de creencias, instituciones o a relaciones generales explícitas, aunque puede incluir a todas ellas como elementos vividos del mismo modo que incluye elementos de la experiencia social o material. La esfera del arte y la literatura integrará un orden que abarca elementos (ritmos y sentimientos) que no aparecen en otros sistemas formales.

Las estructuras del sentir pueden ser definidas entonces como experiencias sociales en solución, a diferencia de otras formaciones semánticas sociales que han sido precipitadas y resultan más evidentes y más inmediatamente aprovechables. No todo el arte se relaciona con una estructura del sentir contemporánea, sino que la mayor parte del llamado verdadero arte se relaciona con formaciones sociales que ya son manifiestas, dominantes o residuales y es originariamente con las formaciones emergentes con las que la estructura del sentimiento se relaciona como solución (Williams 1997:150 -158).

María Elisa Cevasco, en el libro *Para leer a Raymond Williams*, dedicado al pensamiento del crítico inglés, plantea que la estructura del sentimiento es crucial para un analista de la cultura interesado no sólo en formas consagradas sino en la emergencia de lo nuevo, en aquello que puede constituir transformaciones en la cultura y la sociedad. El hecho de que no exista una ideología omnipresente ni una base material inmodificable, demuestra la posibilidad del cambio cultural. La *estructura del sentimiento* es entonces una respuesta a los cambios determinados en la organización social, es la articulación de lo emergente, de lo que escapa a la fuerza aplastante de la hegemonía, que trabaja sobre el emergente en los procesos de incorporación, a través de los cuales transforma muchas de sus articulaciones, para mantener la centralidad de su dominación (2003: 166).

En Argentina, este concepto, así como toda la teoría del “materialismo cultural inglés” (Williams y Richard Hoggart fundamentalmente), son “importados” por la revista *Punto de Vista* a partir de 1979 en un movimiento al que Miguel Dalmaroni llamó “la

operación Raymond Williams”⁵². Estos autores permitían no solamente volver a establecer conexiones entre la cultura⁵³ y la política en un proceso de retorno al sujeto, a la historia y a la experiencia, (por esto el concepto es caracterizado como “esperanzador” por Beatriz Sarlo,⁵⁴ puesto que connotaba la posibilidad de oír durante la dictadura militar argentina las señales que devendrían en quiebres)⁵⁵ sino que también inciden en algunas de las obras de los miembros de la revista. Beatriz Sarlo expone las conexiones entre *El imperio de los sentimientos* y de *The uses of Literacy* de Hoggart donde se lee la cultura popular con el aparato crítico adquirido a través de la frecuentación e interpretación de la cultura letrada. Este libro de Sarlo que analiza la circulación de los folletines a comienzos del siglo XX en Argentina y su apropiación por parte del público indaga los textos desde el concepto willemsiano de “estructuras del sentimiento”.⁵⁶

Este acercamiento teórico a la categoría intenta situar su importancia en este trabajo puesto que el amplio grupo de textos que analizaré, y que englobo bajo el teorizado binomio de *cultura popular* (cuyas tensiones teóricas trataré más adelante) constituye una discursividad privilegiada, pues está incluida en la esfera del arte para la aprehensión de lo que Williams denomina “resultado vital específico de todos los elementos de la

⁵² Sigo aquí el trabajo de Miguel Dalmaroni en el que discute la importación del materialismo cultural inglés realizada por *Punto de vista* como “profilaxis” de las teorías francesas (Dalmaroni 1997:3).

⁵³ La cultura en las formulaciones williamsianas, al igual que la economía y la política, es un tipo específico de fuerza productiva. Cevasco, en su libro dedicado al crítico, sostiene que para un materialista como Williams no era posible pensar el marxismo sin una idea de determinación. El sentido que imputará entonces a este concepto –por medio del cual saldrá de la posición vigente en Inglaterra– será el de ejercer presión e imponer límites, en tanto la determinación es histórica y expresa la intención de una clase dominante en un período histórico determinado. La cultura, entonces, ya no se piensa como reflejo de la economía, sino como un espacio de lucha donde coexisten fuerzas en pugna que debaten, interpelan y resisten el modo de vida impuesto por la dominación. La reapropiación del concepto de “hegemonía” de cuño gramsciano será el punto nodal de resolución de este asunto: la hegemonía es la determinación en proceso. Esto es, lo hegemónico es dominante pero no lo abarca todo: siempre existe el conflicto y los antagonismos, en tanto los sujetos de la hegemonía son sujetos activos que no reproducen meramente la desigualdad social, sino que también resisten y luchan. (Cevasco 2003).

⁵⁴ En “Historia de la cultura”, publicado en *Clarín* (1997:6).

⁵⁵ Williams aclara, no obstante, que en algunos casos la literatura no opera en el sector emergente sino que contribuye a la cultura dominante (1977: 44-45).

⁵⁶ Para una lectura actualizada sobre el concepto y una crítica del libro de Cevasco acerca de la obra williamsiana véase Dalmaroni (2004: 42-46). Asimismo el sentido de esta categoría se inscribe también en la obra de Josefina Ludmer *El cuerpo del delito*, conjunto de textos que se relacionan con el delito concebido como frontera móvil e histórica. Ludmer formula las relaciones entre cultura, vida y sociedad cuando expresa en la introducción de su *Manual* que los discursos seleccionados no solamente pertenecen al orden de la literatura sino que se encuentran en la cultura nacional. Se sitúan entre texto y contexto, entre literatura y cultura, es decir, entre la “literatura y la vida”, en uno de los espacios que las conectan. Porque estas escrituras son las narraciones que “podemos contar entre nosotros: son las conversaciones de una cultura” (Ludmer 1999:15-16).

organización general” y para el análisis de las representaciones (en el sentido otorgado al término por Chartier) circulantes en el imaginario social.

Roger Chartier define las representaciones colectivas como matrices de prácticas constructivas del mundo social (Chartier 1999: 56).⁵⁷ La categoría de representación permite y articula dos dimensiones de análisis: una que piensa en la construcción de las identidades sociales como resultantes siempre de una relación forzada entre las representaciones impuestas por quienes poseen el poder de clasificar y designar y la definición sumisa o resistente que cada comunidad produce de sí misma; y la otra dimensión que considera la división social objetivada como la traducción del crédito acordado a la representación que cada grupo hace de sí mismo, por lo tanto, de su capacidad de hacer reconocer su existencia a partir de una exhibición de unidad. Como sostiene el historiador, al trabajar en las luchas por la representación, la historia cultural regresa sobre lo social ya que establece su atención sobre las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que construyen, para cada clase, grupo o medio un ser constitutivo de su identidad (Chartier 1999: 56-57). Baczko⁵⁸, en este sentido, estableció claramente la relación entre los imaginarios sociales y la hegemonía (asociada a los grupos dominantes) al homologar el ejercicio del poder, particularmente del político, con la posibilidad de controlar el imaginario colectivo. Así, profesar un poder simbólico no consiste en añadir lo ilusorio a un poderío “real” sino en multiplicar y acrecentar una dominación efectiva por la apropiación de símbolos, por la conjugación de las relaciones de sentido y de poderío (Baczko 1984:16 - 17).

⁵⁷ También esta categoría es en *La historia o la lectura del tiempo* (2007:39-48) en el marco del análisis sobre el estatuto de la verdad en el discurso histórico y en las divergencias con el literario. Chartier plantea que la historia pretende dar cuenta de representaciones de una realidad que fue y ya no es mientras que la ficción no procura representar lo “real”.

⁵⁸ Para una lectura acerca de la concepción de Baczko sobre la imaginación y el orden social véase el artículo de Carlos Altamirano en *Punto de Vista* (1990:11-15) quien indaga a partir de este autor, de Raoul Girardet y de Cornelius Castoriadis la relación entre lo imaginario en el análisis sociohistórico, la ideología y la cultura política.

2.1.1 El imaginario patagónico: representaciones del territorio austral

En esta línea, este corpus se propone como archivo en el que leer las significaciones imaginarias⁵⁹ en torno a la nación y la región patagónica (como órdenes cartográficos, políticos, socioculturales) y a sus habitantes durante las tres primeras décadas del siglo XX. Las representaciones puestas a circular en el imaginario social se relacionan con la cartografía nacional de un espacio cuya pertenencia y características se tematizan ya en la obra de los viajeros ingleses y en la literatura nacional decimonónica. En este marco, Roberto Payró y Roberto Arlt, en dos momentos clave de la modernización periodística y literaria, debaten la inclusión del territorio austral. En el caso de *La Australia Argentina* se presenta un espacio cardinal para el desarrollo del país y para poder combatir la aglomeración de las metrópolis. En las aguafuertes patagónicas arltianas, si bien se expone la denuncia de abandono por parte del estado central, se enfatizan las diferencias respecto de la metrópoli configurando de ese modo una alteridad.

Los textos producidos por los grupos hegemónicos que circulan en la Patagonia trazan asimismo una cartografía al situarse como una periferia a la que el estado nacional ha abandonado. Esta operación es paradójica, pues se reclama la anexión y los derechos sociales, políticos y civiles, pero, a su vez, se configura una imagen de orden autónomo⁶⁰ regido por estos grupos. Este *statu quo* encuentra resistencia en 1920 en un movimiento contrahegemónico que se plasma en el plano simbólico a partir del diario y los panfletos de los huelguistas de la “Patagonia Rebelde”.

Se analizan así figuraciones producidas por los habitantes patagónicos, pero también las construcciones generadas desde Buenos Aires. Entre estas redes simbólicas se producen intercambios, apropiaciones y relaciones de convergencia o tensión. No obstante, las mayores divergencias no se alinean bajo oposiciones entre un centro y una periferia geográficas como podría esperarse, sino en torno a los grupos sociales que participan de la configuración de representaciones desde la región santacruceña.

⁵⁹ Castoriadis postula que las mismas “no son simple reflejo de lo percibido, ni simple prolongamiento ni sublimación de las tendencias de la animalidad, ni elaboración estrictamente racional de los datos” (Castoriadis 1983: 254).

⁶⁰ Esta representación tiene una larga trayectoria que comienza con los viajeros ingleses que vislumbran un espacio proclive a la colonización y tiene hitos fundamentales como el caso del mencionado expedicionario Julio Popper.

En la prensa santacruceña, durante el período correspondiente a esta investigación (1900-1930), se presenta un discurso hegemónico proveniente de los sectores latifundistas que poseían el monopolio de los medios de producción. Las imágenes consagratorias del pionero, las de la desanexión estatal, el abandono, el reclamo parlamentario y el reclamo por la tierra pública son representaciones vinculadas con este sector. El emisor aparece configurado como agente del conjunto de la población, y cuando emergen enunciadores alternativos no representan ya a esa sociedad sino que son caracterizados como enemigos de la nación (como es el caso de los huelguistas o las voces metropolitanas que no adhieren a su proyecto: por ejemplo el gobierno yrigoyenista bajo la perspectiva de la revista *La Argentina Austral*). La ruptura de esta concepción se configura como ataques o perjuicios contra el bien común. El intento de abrir fisuras en el orden impuesto por este grupo se corresponde con un movimiento cultural contrahegemónico: el surgimiento de la voz de los obreros de Santa Cruz, apoyados por un sector de la prensa metropolitana y por una parte de la población local.

Asistimos así a una batalla por el imaginario social, espacio privilegiado para la disputa simbólica, ya que lo hegemónico no es nunca absoluto. El concepto gramsciano de hegemonía,⁶¹ definido como la capacidad de un sector o grupo de sectores de una clase social de generar consenso favorable para sus intereses y hacerlos equivaler como intereses generales⁶² es retomado, décadas después, por Raymond Williams, quien lo integra en una tríada conceptual en la que incluye las nociones de contrahegemonía y de hegemonía alternativa. Lo hegemónico se instituye como una “cultura”, pero una cultura que debe ser considerada asimismo como la vívida dominación y subordinación de las clases particulares. No se instala de modo pasivo como forma de dominación. Debe ser continuamente renovada, recreada, defendida y modificada. Asimismo, es continuamente

⁶¹ Ernesto Laclau dedica varios trabajos a la categoría gramsciana, y sostiene que todo discurso político tiene como objeto la articulación de demandas sociales insatisfechas que trasciendan su particularidad inherente para formar nociones más universales. En ese contexto, destaca la necesidad de todo discurso de constituir una cadena equivalencial de significantes que logren "vaciar" de manera tendencial para articular un espacio más amplio que trascienda su inscripción originariamente particularista para hegemonizar el espacio social. En otros términos, subraya la necesidad inherente de todo discurso de generar palabras o imágenes trascendentales (orden, justicia, libertad, etc.) que trasciendan su contenido sectorial para articularse con otras demandas sociales de inscripción equivalente (Laclau 2003, 2005).

⁶² Gramsci reconoce dos grandes planos superestructurales: la sociedad civil y la sociedad política o el Estado. Este último posee dos medios para ejercer el poder: la hegemonía ejercida por el grupo dominante en la sociedad civil y política (especialmente en aquellas zonas en las que existe indiferencia jurídica como la moral), y el dominio que se expresa en el gobierno jurídico y el aparato represivo (Gramsci 1976).

resistida, limitada, alterada, desafiada por percepciones que de ningún modo le son propias. Por lo que en su difundido sentido político y cultural la hegemonía jamás es dominante de un modo total o exclusivo. En todas las épocas las formas alternativas o directamente opuestas de la política y la cultura existen en la sociedad como elementos significativos y en la medida en que son significativas, la función hegemónica es controlarlas, transformarlas o incluso incorporarlas (Williams 1997: 134). Williams distingue a la hegemonía de la dominación. Siguiendo a Cevalco puede decirse que el crítico advierte sobre el riesgo de imaginar la hegemonía como algo estático porque consiste siempre en un proceso activo, gobernado por la interacción de elementos residuales, emergentes y dominantes (2003:157).

En esta línea, la cultura popular (en especial la literatura popular) puede actuar como vehículo de las concepciones y valores hegemónicos o puede conformar un signo de resistencia. Las relaciones e intercambios son fluctuantes y complejos pues, retomando a Gramsci, si por un lado se puede cuestionar que la cultura dominante produce y limita sus propias formas de contrahegemonías culturales, por otro, la importancia de las prácticas de la cultura popular (aunque afectadas por los límites y presiones hegemónicas) pueden dar lugar a rupturas significativas, que si bien pueden ser neutralizadas, reducidas, reapropiadas e incorporadas, suelen instituir elementos activos que se manifiestan independientes y originales (Gramsci 1976).

La literatura publicada en diarios y revistas santacruceñas se ofrece como terreno propicio para el análisis de estas tensiones. Los sectores dominantes tematizan en la revista *La Argentina Austral* (publicada por la Sociedad Anónima Exportadora e Importadora de la Patagonia a partir de 1930) las huelgas obreras. Este referente se deja ver en los personajes de los huelguistas a quienes se les impugna el método de lucha que eligen para realizar reclamos válidos o en narraciones protagonizadas por siniestros seres asociados al anarquismo. En esta línea, los estancieros representados en los relatos son enaltecidos y postulados como elemento de desarrollo de la región, e incluso las cuestiones comerciales son objeto de estas operaciones⁶³: en las publicidades se trazan pequeñas narraciones en las que familias de hacendados quiebran por comprar productos a casas que no pertenecen a la

⁶³ La simplicidad y explicitud de estas operaciones permiten pensar en el tipo de lector al que se dirijan estas publicaciones, puesto que, siguiendo a Chartier, en los propios textos aparecen inscriptos los rasgos del público al que se apunta (1999: 60). Estas consideraciones se retoman en el capítulo 2.

citada sociedad anónima o se mencionan en los cuentos los beneficios de los créditos que otorgan las entidades financieras relacionadas con esta sociedad. Asimismo, se configuran imágenes del ciudadano de la región: este es el caso de los artículos de la escritora chilena Tamara, quien se dirige a la mujer sosteniendo un modelo de moral asociado a la visión imperante en la época.

En otra línea, periódicos alternativos a estos grupos presentan narraciones y poemas con visiones alejadas de la exaltación de los estancieros y demás habitantes ligados *al statu quo*, en los que el sacrificio se sitúa del lado de aquellos que pertenecen a los sectores medios o a los más vulnerables. Asimismo, durante el acaecimiento de las huelgas patagónicas, el diario *La Verdad* reproduce folletines de autores bonaerenses que tematizan la Semana Trágica, conflicto obrero sucedido en Buenos Aires en 1919, estableciendo, mediante esta incorporación, analogías entre estos sucesos y los ocurridos en la Patagonia.

También las crónicas de Payró y Arlt son parte de la literatura popular que vehiculiza imágenes de la Patagonia y de sus ciudadanos. Escritas para otro público (el de los grandes centros urbanos) y circulantes en soportes prestigiosos de grandes tiradas, establecen diálogos, aunque de manera indirecta, con las publicaciones locales a partir de los tópicos y las imágenes que recrean y de su inserción en el linaje de la narrativa de los viajeros. En una operación explícita articulada a través de relatos didácticos, Payró “invita” a los lectores a instalarse en las prometedoras regiones australes, mientras que Arlt denuncia un orden en el que la otredad del paisaje y de los habitantes hace peligrar un territorio que se encuentra separado geográfica y culturalmente de la nación.

Así, discursividades heterogéneas forman un mismo entramado a partir de su ubicación simbólica en una red que opera, siguiendo los planteos de Foucault, como un dispositivo que inscribe en los cuerpos de los individuos prácticas, saberes e instituciones que dan un sentido a los pensamientos y comportamientos.

Foucault define el dispositivo como una red que se establece a partir de las interrelaciones entre diversos elementos que pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho⁶⁴: discursos, instituciones, leyes, proposiciones filosóficas y morales, etcétera (Foucault 1984:1). Establece la naturaleza de los vínculos posibles entre este heterogéneo

⁶⁴ Por esto se diferencia de la *episteme* que es un dispositivo exclusivamente discursivo (Castro 2011:114).

conjunto de elementos.⁶⁵ Por ejemplo, el discurso puede funcionar como programa de una institución, como elemento para justificar u ocultar una práctica, como interpretación *a posteriori*. Además de definirse por la heterogeneidad que lo compone, se concibe por su génesis. Foucault distingue dos momentos esenciales en el surgimiento del dispositivo: el predominio del objeto estratégico y la constitución del dispositivo propiamente dicho. Su pervivencia está supeditada al lugar que ocupe en un proceso de sobredeterminación funcional: cada efecto, positivo o negativo, buscado o no, entra en resonancia o contradicción con otros y exige un reajuste (Castro 2011: 114).

El dispositivo consiste en una formación que tiene, en un momento determinado, la función de responder a una urgencia, cumpliendo de este modo una función estratégica. La noción de dispositivo en tanto herramienta de poder se relaciona con las nociones foucaultianas de biopoder y de la biopolítica. El primer concepto incluye al segundo ya que el biopoder se relaciona con las formas de ejercicio del poder que tienen como objeto la vida biológica del hombre y la biopolítica se concibe como el poder ejercido sobre la población o especie (Castro 2011:55).

En *Vigilar y castigar* (1975) describe la formación y el funcionamiento del dispositivo disciplinario: una forma de ejercicio del poder que se inscribe en los cuerpos individuales para su disciplinamiento político y económico. En *La voluntad de saber* (1976), cuyo objeto es el dispositivo de la sexualidad, analiza otra forma de ejercicio del poder que también tiene por objeto al cuerpo pero el de la población, el cuerpo colectivo: la biopolítica.

Con la publicación de *Seguridad, territorio y población*, se agrega al análisis del dispositivo disciplinario y de sexualidad, el estudio de los dispositivos de seguridad. A través de ellos se describe la formación de una de las piezas esenciales de la biopolítica. Las tres primeras lecciones de este curso abordan, precisamente, las características generales del dispositivo de seguridad, comparándolo con los mecanismos de la soberanía y de la disciplina. Para describir los dispositivos de seguridad, Foucault estudia la formación

⁶⁵ Esta categoría se relaciona con la biopolítica y el biopoder definido como aquella estrategia que hace del hombre una especie, una raza, es aquel entramado de medidas que retratan al hombre como un ejemplar de un conjunto biológico. Aunque no el único, uno de los ejes centrales de ese poder será la vigilancia del medio en que el hombre habita. La consideración de las relaciones entre la especie humana, los seres humanos como especie, como seres vivientes, y su medio (Foucault 1997: 221-222). Para el análisis de una deriva semántica del término biopolítica véase *Espacios* (2011).

y la problemática de las nociones de medio (especialmente urbano) de población y de normalización.⁶⁶

La hegemonía es así disputada a partir de los elementos nucleados en redes que intentan cumplir las funciones que los sectores sociales que enuncian estos materiales tienen por objeto. Para ello los dispositivos requieren una posición hegemónica en el orden simbólico que les permita la persuasión del cuerpo social en pos de su ideario.

2.2 Intervenciones teóricas en torno a la cultura popular

2.2.1 Conceptualizaciones

Una de las categorías intrínsecamente vinculadas con los procesos de configuración y circulación concernientes a la hegemonía y al imaginario social es la de cultura popular. Este concepto, objeto de profusas teorizaciones, es un dispositivo y vehículo privilegiado de esta capacidad, analizada particularmente por Gramsci, de un sector o grupo de sectores de una clase social de generar consenso favorable para sus intereses y lograr que las clases subalternas los reconozcan como intereses generales (1986). El teórico italiano subraya que este consentimiento se logra incluso si aquello que se hegemoniza se opone a los propios beneficios y es logrado a través del prestigio que ha obtenido la clase dominante por su posición y función en el mundo de la producción.⁶⁷ En este sentido, la cultura popular como forma de propagación y la cultura letrada como modelo de las clases dominantes son insoslayables en el análisis de los procesos culturales, ligados inexorablemente con la hegemonía. El carácter de oscilación de la hegemonía, que debe ser constantemente recreada porque es continuamente resistida y alterada, se relaciona también con el campo

⁶⁶ Para un análisis del concepto de dispositivo formulado por Foucault véase el artículo de Giorgio Agamben (2011) quien lo analiza en la obra del filósofo a partir de mediados de la década de 1960 en vinculación principalmente con las formulaciones sobre la “gubernamentalidad” o el gobierno de los hombres.

⁶⁷ En este sentido, podría ser pertinente el concepto de *habitus* de Bourdieu, a través del cual este autor explica el proceso por el que las estructuras objetivas (representación de lo social) concuerdan con las subjetivas. La incorporación de las mismas no depende de la influencia consciente de mensajes ideológicos sino que la acción ideológica más decisiva para constituir el poder simbólico está dada por relaciones de sentido no conscientes que constituyen el *habitus* (Bourdieu 1988: 170-171).

de fuerzas cambiantes que se entrelazan en el plano cultural, ya que las relaciones entre la “alta” y la “baja” cultura son heterogéneas y variables.

Otro de los aspectos que me interesan en cuanto a este concepto (que para algunos autores constituye un oxímoron, pues lo popular se concibe en oposición a la “verdadera cultura”, entendida ésta como formas alejadas y elevadas respecto de lo vernáculo) es que permite la agrupación de los heterogéneos materiales que conforman el corpus objeto de esta investigación, ya que existen coincidencias en los autores en considerar la prensa y la literatura publicada en ella como parte de la cultura popular.⁶⁸

Este binomio es objeto de tensiones teóricas concernientes a diversos órdenes. Las líneas podrían agruparse en aquellas que tratan de deslindar una definición del término (o de cada uno de ellos), las que se centran en los efectos que causan las simbolizaciones englobadas en esta cultura (las discusiones teóricas oscilan entre la manipulación, la resistencia y la apropiación), las relaciones entre esta cultura y la cultura letrada (con el establecimiento de relaciones de apropiación, rechazo, imbricación) y la metodología para estudiarlas (todos los debates en torno al abordaje de este objeto que se plantean, por ejemplo, en el campo de la sociología). En general, los mismos autores analizan cada una o la mayor parte de esas líneas. Debido a la amplitud del campo teórico de la cultura popular, seleccionar categorías implica siempre una opción teórica y metodológica.⁶⁹

Tanto el término “popular” como el de “cultura” son objeto de una dilatada bibliografía que intenta definirlos. Adhiero aquí a la definición sostenida por Stuart Hall,⁷⁰ quien designa lo popular (luego de una extensa disquisición sobre otras posibles acepciones) como “formas y actividades cuyas raíces están en las condiciones sociales y materiales de determinadas clases, que hayan quedado incorporadas a tradiciones y prácticas populares.” Hall señala asimismo que lo fundamental en la definición de la cultura popular son las relaciones que la definen en tensión continua (relación, influencia y antagonismo) con la cultura dominante; esta dialéctica es la que posibilita su definición. En

⁶⁸ Hall sitúa la prensa obrera, definida como aquella que el capital destina a un público lector perteneciente a sectores proletarios, en un lugar central como objeto para el estudio de las vinculaciones entre el pueblo y la cultura popular (1984, 3).

⁶⁹ Oscar Blanco propone que las perspectivas teóricas sobre la cultura popular, abrevando en los mismos trabajos canónicos, han recortado distintas categorías que consideran centrales y han surgido diversas interpretaciones que instalan periódicas polémicas (2004:17).

⁷⁰ La elección de esta definición tiene que ver con el hecho de que Hall indaga y problematiza particularmente el término “popular” convirtiéndolo en una noción muy productiva para este análisis.

esta línea, lo esencial de la cultura popular está en la lucha contra las formas hegemónicas y sus múltiples signos, por lo que el foco principal de atención es la relación entre cuestiones de cultura y cuestiones de hegemonía, relacionada ésta con las formas y actividades culturales que cambian constantemente (Hall 1982: 102).

En lo que concierne a los “efectos” de la cultura popular, diversas perspectivas coinciden en señalar la manipulación como uno de los resultados del proceso de recepción de la misma. No obstante, subrayan que el mismo no está exento de resistencias y reconfiguraciones por parte de los receptores. En este sentido, Stuart Hall postula que la dominación cultural surte efectos reales, aunque éstos no sean omnipotentes ni exhaustivos. Las industrias culturales tienen efectivamente el poder de adaptar y reconfigurar constantemente lo que representan; y mediante la repetición y la selección, imponer e implantar aquellas definiciones de nosotros mismos que más fácilmente se ajusten a las descripciones de la cultura dominante:

El estudio sobre la cultura popular tiene su centro en las relaciones que de modo constante estructuran las formas dominantes y subordinadas, es decir, las cambiantes y desiguales relaciones de fuerza que definen el campo de la cultura. (Hall 1984: 103-104).

Así, Hall, sin desconocer los efectos manipulatorios de la cultura popular, niega la pasividad absoluta del receptor. La cultura popular se define en tensión continua (relación, influencia y antagonismo) con la cultura dominante. Por ello, cobra singular relevancia la relación entre cultura y cuestiones de hegemonía.⁷¹

Su definición se basa en la idea de pugna. Los significados en la cultura y por ende en la cultura popular, no poseen un valor fijo ni estatizado, sino que dependen del contexto o campo en el que se sitúan y de las relaciones que establecen con otros objetos y prácticas de ese campo. Hall dirá que lo que cuenta es la “lucha de clases en la cultura y por la cultura” (Hall 1984: 104). Su lectura permite, por un lado, complejizar el proceso de recepción, pues no se trata de simple y directa manipulación, y por otro, la cultura popular

⁷¹ Podría pensarse como punto de partida para los estudios referidos a los cruces entre lo letrado y lo popular en canónico el trabajo de Bajtin sobre Rabelais, en el que propone la parodia como forma de apropiación mediante la cual la cultura popular incorpora elementos provenientes del campo letrado (1987).

se define en un intersticio, en un campo de fuerzas del que participa constantemente y en el que las relaciones van divergiendo como consecuencia de estas fuerzas.

En resumen, el corpus de este trabajo se configura desde las perspectivas nucleadas en torno al amplio campo de los estudios culturales como un objeto propicio para el análisis de las representaciones y significaciones imaginarias que la prensa y la literatura (en constantes reenvíos a otras discursividades como la narrativa de viajes) crean, recrean e instituyen en el imaginario social. Estos procesos se hallan intrínsecamente vinculados a las nociones de hegemonía, contrahegemonía y hegemonía alternativa, ya que las representaciones de los distintos sectores (correlacionados en general con los binomios “cultura letrada” y “cultura popular”) establecen pugnas en el orden simbólico, demostrando en estos procesos las fisuras de aquello que está instituido, puesto que, en términos de Raymond Williams, existe en las sociedades una *estructura de sentimiento* que da cuenta de los procesos emergentes. Así, por ejemplo, en las luchas simbólicas establecidas entre estancieros y obreros surgen dos órdenes sociopolíticos en disputa; o, en el capítulo 5, un periodista escribe obras literarias en torno a los atentados sobre la libertad de prensa oponiéndose de este modo a las representaciones hegemónicas sobre un orden armónico; en esta línea también se encuentran los intentos de Payró por *exorcizar* las imagerías de desierto y esterilidad configuradas en los escritos de los viajeros ingleses.

2.2.2 Tensiones en el campo sociológico, historiográfico y antropológico: posibles formas de abordaje

Una de las líneas que exponen las tensiones en torno a la metodología y abordaje de la cultura popular proviene de la sociología y puede esquematizarse del siguiente modo: la cultura popular como objeto de estudio plantea una oscilación entre un etnocentrismo desde el cual esta cultura se concibe desde la falta, la carencia o la imitación deformada de lo culto o “alto” y un relativismo cultural “populista” en el sentido de que para exacerbar esta cultura se la torna inmanente, desligada de las relaciones de dominación. Esta segunda perspectiva se basa en la hipótesis de la autonomía simbólica de la cultura popular, fundamentada por la tendencia por la que todo grupo social tiende a organizar sus

experiencias en un universo coherente; ninguna condición social, por más dominación que exista, puede impedir completamente el trabajo de organización simbólica: aun dominada, una cultura funciona como tal.

Ambas posturas son debatidas en el marco de la sociología y puntualizadas en el libro de Grignon y Passeron *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura* (1991). Podría considerarse, retomando el concepto de campo de fuerzas que le interesa a Hall, que la postura sociológica de Passeron y Grignon establece correspondencias con las conceptualizaciones mencionadas más arriba en cuanto a que consideran que estas fuerzas no pueden ser desestimadas como ocurre con la perspectiva del “populismo” (1991: 16, 17).

Estos autores plantean que para evaluar una cultura dominada es necesario restituir las fuerzas que actúan en la realidad social, argumentando que los sujetos que practican una forma de cultura popular, se encuentran objetivamente evaluados en la realidad de las relaciones sociales, tanto en la escuela como en cualquier instancia de interacción cotidiana, según los criterios de la cultura dominante. Asimismo, manifiestan que el olvido de la dominación es sólo uno de los principios de la actividad de la simbolización popular, pero es un principio que la sociología no puede olvidar ni confundir, sin embargo, con el de denegación o contestación y menos con el de aceptación o resignación, principios que se refieren todos directamente a las relaciones de dominación (1991:20, 21).

Otra de las perspectivas teóricas desde las que se piensa la cultura popular, sus efectos y relaciones con la “alta cultura” es la del antropólogo Néstor García Canclini, quien conceptualiza lo popular desde su relación con las masas planteando que lo popular masivo no es lo que el pueblo es o tiene sino lo que le gusta o aquello que le resulta accesible. La noción de lo popular concebida desde los medios es lo que se vende masivamente, lo que gusta a las multitudes. El mercado, por ello, prioriza la popularidad, no lo popular relacionado con la tradición. A diferencia del folclore, lo popular es dado desde afuera. El antropólogo integra y traza un continuum histórico entre lo popular y los medios masivos y revisa así la creencia de los medios de comunicación masiva como amenaza de las tradiciones populares, puesto que desde sus postulados el proceso de homogeneización de las culturas autóctonas de América comenzó antes de la existencia de los medios masivos: conquista, educación monolingüe, formación de los estados

nacionales, organización moderna del espacio urbano. La industrialización, la urbanización, los sindicatos fueron reordenando según leyes masivas la vida social del siglo XIX, antes de que aparecieran la prensa, la radio y la televisión. La noción de cultura masiva surge cuando ya las sociedades estaban masificadas⁷² (García Canclini 1990: 237, 238).

Sostiene asimismo que en cierto modo los medios continúan lo popular-tradicional al representar teatralizaciones imaginarias de lo social: relatos de terror, crónicas, telenovelas. Existe un conjunto de elementos en común y por ende un paralelismo entre la cultura masiva y la cultura vernácula: “las estructuras narrativas del melodrama, el humor negro, la construcción de héroes y antihéroes, los acontecimientos que transgreden el orden natural de las cosas, son otras tantas coincidencias que hacen de la llamada cultura masiva se haga competidora del folklore” (García Canclini 1990: 239).

Desde una perspectiva diferente, García Canclini presenta algunos puntos de contacto con Hall en cuanto a que los efectos hegemónicos no son absolutos ni siempre exitosos. Los sectores populares coparticipan de las redes de fuerza, ya que resemantizan los mensajes que reciben.⁷³ A su vez, no presenta como excluyentes a los medios y a la cultura vernácula, por el contrario sostiene que las tecnologías comunicativas y la reorganización industrial de la cultura no sustituyen las tradiciones ni las masifican homogéneamente sino que cambian las condiciones de obtención y renovación del saber y la sensibilidad. Los medios de comunicación masiva ponen en escena de un modo distinto lo popular y, según sostiene Canclini, ignoramos casi todo sobre cómo los sectores populares asumen esta transformación.⁷⁴ Define, en resumen, lo popular como las posiciones de determinados actores, las que los sitúan ante los sectores hegemónicos, no

⁷² Para un análisis de la relación entre masificación de las sociedades y medios masivos véase Martín-Barbero (1987), quien aborda los procesos de constitución de lo masivo teniendo en cuenta que si bien existen elementos constitutivos asociados con el enmascaramiento de la desigualdad social y dispositivos de integración ideológica, la comunicación masiva es un proceso muy complejo que no siempre es homologable a la manipulación de los receptores.

⁷³ Michel de Certeau define en un sentido parecido la cultura contemporánea a partir de una concepción de las prácticas cotidianas como cultura popular. Las mismas permiten la hibridación cultural entre lo masivo, lo popular y lo alto y constituyen un espacio de libertad creado por las tácticas populares de microrresistencia y apropiación, dentro de los márgenes de lo hegemónico. Véase (de Certeau 1990) y (de Certeau 1999).

⁷⁴ Los medios, desde esta perspectiva, se conciben como modos de la pervivencia y difusión de la cultura popular. en este sentido Canclini retoma a Aníbal Ford en sus planteos sobre los medios como forma de incorporación a la cultura hegemónica de la aventura, del folletín, del misterio, de la fiesta, del humor, toda una zona mal vista por la cultura letrada (1988: 36-38).

exclusivamente bajo la forma de enfrentamientos. No obstante, tampoco plantea la posibilidad de una contrahegemonía absoluta:

Es evidente que en radios indígenas y periódicos locales, en movimientos populares urbanos y comunidades de base, en agrupamientos para defender sus propios intereses en la producción y en el consumo, los sectores populares hablan y actúan. Pero sería engañoso limitarse a hilvanar estas manifestaciones y declararlas contrahegemónicas. No puede ignorarse que aun en las experiencias más directas y autogestionarias existe acción y actuación, expresión de lo propio y reconstitución incesante de lo que se entiende por propio en relación con las leyes más amplias de la dramaturgia social, como también reproducción del orden dominante (García Canclini 1990:261).

Otra línea fundamental en torno a la cultura popular, particularmente vinculada con la recepción, es la de Roger Chartier, cuyas proposiciones acerca de la “apropiación” de formas discursivas pertenecientes a la cultura letrada por parte de los sectores populares y los modos que se operan en la materialidad y contenido de los textos por parte de los escritores y editores constituyen una relevante intervención en el terreno de las teorías de la cultura.⁷⁵ Este concepto pone el punto de atención en las relaciones entre lo “alto” y lo “bajo”.⁷⁶ En su estudio sobre las modificaciones editoriales que se operan en los textos de la Biblioteca Azul,⁷⁷ expresa que todo el trabajo de adaptación (que abrevia los textos, los

⁷⁵ Expone a modo de ejemplo las representaciones de las obras de Shakespeare en la América del siglo XIX, mezcladas con formas de teatro provenientes de la farsa, el melodrama, el ballet y el circo, lo cual implicaba una extensión del público, que no solamente estaba constituido por la élite burguesa y letrada. Chartier compara estos dispositivos de representación del drama shakespeariano con las transformaciones “tipográficas” operadas por los Editores de la Biblioteca Azul en Francia entre los siglos XVII y XIX, sobre las obras que incluían en su catálogo: unos y otros intentan lograr una pluralidad de apropiaciones a partir de la inscripción del texto en una matriz cultural diferente de la de sus primeros destinatarios (Chartier 1999).

⁷⁶ Siguiendo a Bajtin, Chartier insiste en los cruces entre la cultura letrada que se nutre muchas veces de lo popular, y la cultura vernácula. Por ejemplo, los textos de la Biblioteca Azul que pertenecientes originariamente a la alta cultura, son “intervenidos” por los productores para acceder a otro público (1992, 35).

⁷⁷ La *Bibliothèque bleue* es un término empleado para referirse a la literatura popular francesa entre los siglos XVII y XIX. Durante más de dos siglos se imprimió en Troyes. La impresión era de mala calidad y la cubierta estaba hecha con papel azul. Era una literatura destinada a la población de escasos recursos y era vendida por buhoneros.

simplifica, los divide, los ilustra) depende de la forma en que los libreros-impresores especializados en este mercado se representen la capacidad de sus compradores, y que las estructuras mismas del libro están gobernadas por la forma de lectura que los editores creen propia de la clientela que buscan conquistar. Plantea que el estudio hermenéutico debe reconocer la relación intrínseca entre la interpretación de un texto y las condiciones de su publicación⁷⁸. Metodológicamente, estos planteos representan un aporte sustancial al presente trabajo, dado que permiten el análisis del tipo de lector prefigurado por los emisores de las publicaciones periódicas objeto de esta investigación (1999: 112-117).

Parafraseando a Chartier, los dispositivos formales de edición (textuales o materiales) consignan en sus estructuras mismas las expectativas y facultades del público al que van dirigidos, por lo cual se organizan a partir de una representación de la diferenciación social. Por ello, más que las divisiones cristalizadas y previas, son los objetos culturales los que demarcan el campo social de recepción (1999: 60).

La separación entre alfabetizados y analfabetos, que constituiría la división cristalizada más evidente, es esencial pero no agota las instancias de análisis: todos aquellos que pueden leer no lo hacen de la misma forma y existe una gran diferencia entre los lectores virtuosos y aquellos que no lo son y se ven por ejemplo obligados a oralizar lo que leen o están cómodos únicamente con ciertas formas textuales o tipográficas. Existen divergencias también entre las distintas normas de lectura que definen para cada comunidad de lectores los usos del libro, las formas de leer y los procedimientos de interpretación. Deben tenerse en cuenta, por último, los contrastes entre las diversas expectativas e intereses frecuentemente contradictorios que proyectan los distintos grupos de lectores en la práctica de la lectura. De estas características que reglamentan las prácticas, dependen las formas en que los textos pueden ser leídos por lectores que no disponen de las mismas herramientas intelectuales y que no tienen una misma relación con lo escrito (1999:108).

Chartier analiza el concepto de “apropiación” luego de retomar la discusión en torno a la oscilación entre la autonomía absoluta de la cultura popular o su conceptualización desde la carencia postulada por Grignon y Passeron y expuesta anteriormente. En un artículo titulado “Cultura popular” retoma estos postulados desde sus proposiciones en el estudio de la “materialidad” del libro y del texto para ensayar una respuesta a los dos

⁷⁸Véase la conferencia “Materialidad del texto, textualidad del libro” (2006).

extremos criticados por Chartier. Opone así el concepto de “apropiación” a la dicotomía instituida en la historia cultural que establece para la cultura popular dos grandes modelos de descripción y de interpretación. Un primer modelo que concibe la cultura popular como un sistema simbólico coherente y autónomo, que funciona según una lógica absolutamente extraña e irreductible a la de la cultura literaria y un segundo que la concibe en sus dependencias y carencias en relación a la cultura de las clases dominantes. Tenemos por un lado, así, una cultura popular que constituye un mundo aparte, cerrado en sí mismo, independiente. Por el otro, una cultura popular enteramente definida por la distancia con respecto a una legitimidad cultural de la que está privada. Con unas estrategias de búsqueda, unos estilos de descripción y unas proposiciones teóricas opuestas, estos dos modelos de inteligibilidad han atravesado todas las disciplinas relacionadas con la investigación de la cultura popular: la historia, la antropología y la sociología (Chartier 1994: 43-62).

Los fragmentos que el historiador francés retoma del libro de Grignon y Passeron constituyen el punto de partida para la demostración de que no es posible metodológicamente intentar identificar ni conceptualizar la cultura popular por medio de algunas distribuciones de objetos o modelos culturales. Su distribución resulta siempre más compleja de lo que en principio aparenta, como es asimismo compleja la utilización que se hace de los bienes simbólicos por parte de grupos o individuos. Por ello, Chartier subraya que una sociología de tal distribución, que implica que la clasificación de los grupos sociales se corresponde estrictamente con una clasificación de prácticas o productos culturales, no es abarcativa del fenómeno de la cultura popular, ya que la apropiación de textos, códigos o valores en una sociedad dada puede ser un factor más distintivo que la siempre ilusoria correspondencia entre series de artefactos culturales y niveles socio-culturales específicos. Lo “popular” no se encuentra intrínsecamente situado en un conjunto de textos o costumbres, que principalmente necesitan ser identificados, listados y descritos. Postula esta apropiación⁷⁹ (no determinada previamente) como forma de acceso al estudio de la cultura popular, alternativa a las dos posturas objetadas por Grignon y Passeron. Esta categoría se corresponde con una historia social de los varios usos (que no son

⁷⁹ Para una ampliación del concepto de apropiación véase Jean-François Botrel, quien lo analiza desde sus modalidades instrumentales, sociales y vitales (Botrel 1998).

necesariamente interpretaciones) de discursos y modelos, volviendo a sus determinantes fundamentales e instalándolos en las prácticas específicas que los producen.

Desde esta perspectiva, la "cultura popular" puede indicar una especie de relación, una manera de utilizar productos o códigos culturales compartidos, en mayor o menor grado, por todos los miembros de la sociedad, pero comprendidos, definidos y usados en forma variable. Tal argumento, evidentemente, cambia el trabajo del historiador (o del sociólogo) ya que implica identificar y distinguir no conjuntos culturales, definidos en sí mismos como populares, sino las diferentes maneras en que estos conjuntos culturales comunes son objeto de apropiación. Esta es la razón por la cual la noción de apropiación se sitúa en el centro de una aproximación cultural histórica.

Focalizando diferentes prácticas y usos contrastados de los mismos textos, códigos, modelos, etc., tal concepto puede permitir superar la dicotomía entre las dos definiciones de cultura popular: cultura popular como un mundo simbólico completamente autónomo y cultura popular como un ente moldeado y manipulado por la alta cultura (Chartier 1994:43-62).

2.2.3 Literatura popular

Una de las formas más representativas de esta cultura es la literatura popular, ya que en las discursividades que pueden integrarse en este conjunto se cifran valores estéticos y políticos que la transforman en uno de los campos más propicios para su estudio.

Como fenómeno perteneciente a lo que venimos describiendo como cultura popular, tanto la definición como los efectos de esta literatura son objeto de una dilatada bibliografía que se centra, particularmente, en las respuestas y derivaciones que provoca en los lectores y que se configuran también como proyecciones sociales. Son estos posibles efectos en el cuerpo social los que vuelven *peligrosas* las novelas y folletines. Ilustra esta situación la encuesta que el diario *La Razón* realizó en 1923 a las figuras de la esfera cultural más emblemáticas del momento. Titulada "Literatura pornográfica, ñoña o cursi. Nuestra encuesta para averiguar por qué el público, los autores y las casas editoriales facilitan su

incremento”, la encuesta de esta publicación conservadora esconde bajo acusaciones estéticas el temor a la pérdida del *statu quo* de los sectores hegemónicos.⁸⁰

En este mismo sentido, Adolfo Prieto en su libro sobre el criollismo señala que la reacción de los miembros de la elite cultural ante la profusión de los folletines de Eduardo Gutiérrez en la década de 1880 pareció oscilar entre la fascinación y el enojo (Prieto 2006: 20, 21).

La función de la novela popular fue concebida, primariamente, como entretenimiento para lectores situados en la base de la pirámide social que accedían frecuentemente a estos textos luego de haber sido parte de las campañas de alfabetización masiva en el marco de los procesos de urbanización. También esta función de entretener se consideró vinculada a otra por la cual en la ficción se canalizaban los deseos y los actos incumplidos del lector que encontraba en los actos de arrojo y en la determinación inflexible del héroe una compensación del desasosiego de la vida propia. Gramsci señala que la novela-folletín reemplaza y al mismo tiempo excita la imaginación del hombre de pueblo; es un verdadero sueño despierto. En este caso puede decirse que la imaginación popular depende de un complejo de inferioridad (social) que desencadena interminables sueños sobre la idea de venganza o de castigo de los responsables de los males soportados. Eco, a su vez, citando a Gramsci, encuentra una “estructura de la consolación” en *Les Mystères de Paris*, de Eugenio Sue, con sus conflictos en apariencia irresolubles, resueltos sin embargo por la intervención oportuna del superhombre protagonista, con sus reiteraciones afirmadoras de un orden tranquilizador, con su red de personajes sometidos a escrupulosas y previsibles normas de redención, premio o castigo. También existiría una tercera función en la novela de Sue: exacerbar el incorfomismo de muchos de sus lectores, lo que los habría llevado por ejemplo a las barricadas revolucionarias de París en 1848 (Eco 1971). En relación con estas consideraciones, Moufflet sostiene que la novela de folletín se origina en la necesidad de ilusión con la cual rutinarias existencias intentaban romper con la monotonía a la que se veían condenadas. Así, los efectos producidos por la lectura del

⁸⁰ Responden la encuesta Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, José Ingenieros, Pedro Sonderegger, Atilio Chiappori, Alfredo Bianchi, Juan Agustín García, Alejandro Cánepa y Eduardo Carrasquilla Mallarino. Algunas de las respuestas entran en tensión con los supuestos del diario según los cuales la “literatura barata” “adormece” las conciencias de los lectores. Véase Pierini (2003).

folletín oscilan entre el esnobismo y las aspiraciones democráticas para estas ilusiones particulares (citado por Gramsci 1986: 141).

Gramsci establece una clasificación para la novela popular, cuyas formas, según plantea, si bien no aparecen en estado puro, se presentan como formas de características generales definidas. La primera tiene carácter ideológico y político; la segunda es de tipo sentimental, no político en sentido estricto, pero en el cual se expresa lo que se podría llamar “una democracia sentimental”; luego expone en la tipología a la novela de intrigas pura, que tiene un contenido ideológico conservador reaccionario. La cuarta es la novela histórica que además de su carácter histórico tiene un carácter ideológico-político pero menos evidente, siguen la novela policial y la novela tenebrosa (fantasmas, castillos, etc.), la novela científica de aventuras geográfica, que puede ser tendenciosa o simplemente de intriga y, por último, la que representa una tentativa inconsciente por satisfacer las exigencias culturales de algunos estratos populares culturalmente más complejos (Gramsci 1985: 131, 132).

En cuanto a la retórica y efectos de lectura de estas narraciones, Beatriz Sarlo (2000), en su estudio sobre la novela semanal de las primeras décadas del siglo XX, sostiene que los dos grandes temas de la literatura del siglo XIX (la insatisfacción frente a la incompleta vida cotidiana y la oposición individuo-cuerpo social) son prácticamente inexistentes en estas narraciones. La felicidad se logra con la falta de imprevistos, en una economía discursiva ajustada a la trama sentimental. El lector no es interpelado ni el proceso de lectura implica un trabajo. Los efectos eran altamente satisfactorios: el placer de la repetición, del reconocimiento y el encuentro con matrices conocidas. Designa a estas narraciones como *regionales* definiéndolas a partir de la hegemonía de un mismo referente y la insistencia en el tratamiento de una misma temática referida a la subjetividad, a las emociones como el amor, el deseo y la pasión. Estos tópicos exponen a su vez las expectativas del público para el que se producían.

En consonancia con los planteos precedentes sobre este tipo de literatura como “somniafero social” Sarlo señala que estas narraciones muestran un mundo poblado de una injusticia que siempre es puntual, como por ejemplo un oponente que no permite el amor. Si bien las causas de estos obstáculos a la felicidad del mundo íntimo surgen en el seno del orden social, la literatura semanal no se plantea el cambio de sus reglas.

A modo de resumen, las perspectivas teóricas sobre la literatura popular oscilan (como en la cultura vernácula) entre manipulación y subordinación por un lado y agitación revolucionaria por otro. En cuanto a las primeras, se concibe a la literatura popular como un producto destinado a entretener a los lectores. En este sentido, la misma ofrece un modo de consuelo y de realización en el mundo de la ficción frente a los males soportados y los sueños incumplidos en la vida; por ello, la oposición entre individuo y cuerpo social no se refleja en sus tramas. Las formas de las mismas recurren a la repetición y el encuentro con matrices conocidas como uno de los mecanismos para lograr el placer de la lectura. El segundo grupo de perspectivas teóricas, en oposición, vislumbra la posibilidad de una toma de conciencia y consecuente rebeldía, así como de un modo de influencia sobre la conducta en general, como efectos de lectura. Dan cuenta del segundo enfoque las posturas de rechazo y temor de las élites dirigentes en determinados períodos ante ciertos textos como por ejemplo, los de Eduardo Gutiérrez.

2.3. Cultura popular, naciones imaginadas y ciudadanía: dispositivos y artefactos. La Patagonia Austral en el marco de las ficciones identitarias nacionales

2.3.1. La nación como artefacto

La prensa y la literatura, discursividades privilegiadas en el análisis de las relaciones entre cultura y sociedad,⁸¹ han sido consideradas como formas de vehiculización por antonomasia de configuraciones territoriales. Ideas sobre la nación, sus límites y las ficciones identitarias inclusivas o expulsivas de ciudadanos son referentes comunes textualizados tanto en los artículos periodísticos, editoriales y la literatura popular publicada en la prensa santacruceña como en los textos pertenecientes a la cultura de la metrópoli que tematizan la Patagonia. En este marco se incorporan los relatos de Roberto Payró y de Roberto Arlt y las discursividades periodísticas y literarias formuladas en la

⁸¹ Sarlo define claramente la relación entre literatura y sociedad, por ejemplo en el prólogo a su libro *El imperio de los sentimientos* (1985), uno de los estudios señeros de lo que hoy llamamos estudios culturales en América latina. En esta obra acerca de las novelas sentimentales de entrega periódica presenta una frase que resume las posturas teóricas contenidas en estos estudios: “pensar la literatura desde la cultura, y, también, la cultura desde la literatura” (2000: 12).

región patagónica, los cuales colaboran en la conformación de imágenes acerca de la nación, la región, el espacio, el territorio.

La intervención de los discursos en los procesos de conformación y delimitación de las naciones y en las configuraciones identitarias se relaciona con las designaciones de “artefacto” y “construcción” para la nación y el nacionalismo. En este sentido, Benedict Anderson en un libro ya clásico sobre la cuestión, enfatiza el lugar de la imaginación en la emergencia de las naciones (que el historiador sitúa a partir del siglo XVII) partiendo del axioma según el cual la nacionalidad o “la calidad de nación” (prioriza la segunda noción debido a las variadas significaciones de la primera) así como el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular.

La nación en términos de Anderson es una comunidad imaginada como inherentemente limitada y soberana. Atribuye la creación de estos artefactos a la compleja confluencia de fuerzas históricas discretas. Una vez creados, se tornaron artefactos “modulares”, capaces de ser trasplantados, con grados variables de autoconciencia, a una gran diversidad de terrenos sociales, de mezclarse con una diversidad correspondientemente amplia de constelaciones políticas e ideológicas. Explica asimismo que la deconstrucción de estos procesos permite dilucidar los motivos por los que las naciones han generado apegos tan profundos. A su vez, se conciben como imaginadas debido a que sus integrantes (por más pequeñas que sean) no conocerán jamás a la mayoría de los demás habitantes, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión (Anderson 1993:21-23).

El rasgo de “imaginada” no es homologable al resultado de operaciones ideológicas. Según sostiene Elías Palti, Anderson distingue el carácter “imaginado” de la nacionalidad de la noción *fuerte* antigenealógica de la nación (el subrayado es de Palti), que la concibe como un producto de la manipulación ideológica, ya que la “construcción imaginaria” de una comunidad admitiría las condiciones para la plausibilidad o no, en cada caso, de las apelaciones ideológicas respectivas de los nacionalistas, pero se distingue de ésta, puesto que la precede. Así, la idea de comunidad imaginada no refiere a la nación en tanto construcción ideológica, sino que remite al sujeto de tal construcción (Palti 2002: 113). La soberanía se atribuye a que el concepto nació en una época en la que la Ilustración y la Revolución estaban deslegitimando el reino dinástico jerárquico divinamente ordenado

y la idea de *comunidad* se atribuye al hecho de que independientemente de la desigualdad y la explotación que pudieran existir y por disímiles que sean las relaciones sociales, la nación recrea una confraternidad profunda y horizontal.

Las nociones asociadas con la imaginación y las prácticas discursivas no desconocen la “materia objetiva” que está en la base de las naciones. Resultan interesantes en este sentido los planteos de Ramón Máiz, quien en el prefacio de la compilación *Nación y literatura en América latina*, sostiene una definición de nación que se distancia tanto de una epistemología realista extrema, que concibe una nación previamente cristalizada en el tiempo, constituida a partir de un conjunto de rasgos diferenciales objetivos como “raza”, lengua, cultura, historia, tradición, territorio, y de la generación de una identidad colectiva en torno a los intereses nacionales comunes; como del constructivismo posmodernista radical, que considera que la realidad, en este caso la nación, no es más que el resultado, el invento de prácticas discursivas nacionalistas. Máiz propone, desde una epistemología constructivista realista, que aquello que se denomina realidad nacional implica un complejo de fenómenos que existen independientemente de nuestros recursos hermenéuticos, conceptuales y discursivos y, por tanto, imponen límites (económicos, políticos, geoestratégicos) al contenido de nuestro conocimiento e interpretación del mundo; sin embargo, se convierten en hechos significativos en la medida en que son interpretados desde algún marco de sentido, habida cuenta de que no hay un mundo nacionalitario, objetivo, exterior, enteramente al margen de nuestros marcos conceptuales y culturales. Esto implica que las naciones no son ni están ahí, sino que se hacen, esto es, no constituyen datos empíricos, hechos objetivos, sino resultados contingentes de procesos sociales, políticos y significantes abiertos e indeterminados. De esta suerte, las precondiciones diferenciales de la narrativa nacional (lengua, historia, tradiciones, mitos y símbolos) constituyen tan sólo una materia prima reelaborada, seleccionada, sobresignificada por los intelectuales y los movimientos nacionalistas (Máiz 2007:9-10).

Por otra parte, la idea de demarcación está dada por las fronteras, que aunque móviles, son el elemento que convierte a las naciones en limitadas, pues las contienen y separan de otras naciones: ninguna nación, plantea el historiador, se imagina con las dimensiones de la humanidad (Anderson 1993: 24-25). En este marco, *La Australia Argentina* y las aguafuertes arltianas proyectan representaciones acerca de la frontera

interna de la nación y de la identidad de sus habitantes. Los huelguistas de la década de 1920, por su parte, discuten el concepto de patria, mientras los sectores latifundistas les imputan enfrentar su orden y ser enemigos de la nación. La literatura regional santacruceña configura imágenes del poblador local y de órdenes políticos de la región y la nación mientras que se debaten en la década de 1930 los derechos políticos del ciudadano. Estas operaciones se relacionan con la frontera simbólica que está en la base de toda consolidación de una nación ya que la misma se conforma también a partir de lo que excluye. En este sentido, y siguiendo a Bhabha (1990), la nación se define por su afuera y es esa exterioridad la que garantiza una identidad en la comunidad. La cultura, en tanto conjunto de prácticas ligadas a saberes y a experiencias de aprendizaje y estéticas, es la gran frontera que permite identificar lo que no ingresa al espacio de la ciudadanía. Así, el binomio nación-extranjería tiene su correlato en la oposición cultura- incultura: reconocidos la ciencia, el gusto, la belleza universal, se busca la forma nacional de esas categorías. De este modo, la nación se constituye principalmente por aquello que se excluye. Los procesos de homogeneización nacionalizadora intentan eliminar la “incultura”, es decir, el conjunto de prácticas comunitarias que quedan fuera de las instituciones tradicionales del saber. Los conflictos y divergencias políticas se presentan como diferencias culturales. La cultura lo abarca todo porque la modernidad, como nunca antes, procura la experiencia extendida de la política como resolución del conflicto. En este marco, en las postrimerías del siglo XIX el estado argentino delimita la cultura, y los intelectuales tienen un rol protagónico en este proceso (Montaldo 2010: 26-31).

Resultan interesantes para esta investigación, no sólo las formulaciones que analizan los procesos constructivos nacionales como simulacros y artefactos sino también la relación que establece Anderson entre la emergencia de una conciencia nacional y la intervención de la imprenta (particularmente la difusión de periódicos en Norteamérica y América Latina). A pesar de que se han publicado numerosas revisiones⁸² de los postulados del autor, estas ideas en torno a la prensa permiten pensar los textos del corpus como parte de las significaciones que acceden al imaginario colectivo e integran los modos de propagación de ideas sobre lo nacional a través de folletos, artículos periodísticos y manifestaciones literarias.

⁸² Véase François-Xavier Guerra, Annick Lempérier y otros (1998).

Según expone Anderson, en Brasil, EEUU o en las antiguas colonias de España, la lengua no era un elemento de polémica ni era distinta de la de sus conquistadores. Los habitantes criollos, compartían una lengua y una ascendencia comunes con los imperios colonizadores. Según sostiene Juan Antonio Ennis, es recién cuando la generación siguiente a la de la independencia se plantea el problema de pensar la nación que surge el problema de la lengua:

(el íntimo vínculo de la política y las letras) combinado con el decidido rechazo de todo lo que proviniera de la antigua metrópoli, de todo lo que pudiera significar una forma de subordinación a la misma, actúa como disparador de la postulación de una necesidad de la lengua propia, de la propia autoridad sobre la lengua, de acuerdo a los fines específicos de su ideario sociopolítico y cultural. Así, no se trata simplemente de un caso de negligencia frente a las desviaciones con respecto a la norma peninsular de parte de los responsables del cuidado de la lengua, sino de una voluntad de cambio: en la generación del '37, el cambio lingüístico deja de ser entendido solamente como algo que ya ha tenido lugar en la historia y espera a ser legitimado para constituirse en programa, en una proyección del cambio lingüístico como proyecto a ser desarrollado a partir de ese momento, como proceso agentivo y futuro (2008: 102).

Tampoco el nacionalismo surgió por la necesidad de incluir a las clases bajas en la vida política, uno de los factores decisivos que impulsaron inicialmente el movimiento para la independencia de Madrid; en casos como los de Venezuela, México y Perú, existía un fuerte temor a las movilizaciones políticas de estas clases, como los levantamientos de los indios o los esclavos negros (Anderson 1993:77-80). En *Comunidades imaginadas* la respuesta a la temprana idea de nacionalidad en los estados americanos (temprana puesto que el autor concibe que surgió antes que en la mayor parte de Europa)⁸³ y de la fragmentación en dieciocho estados diferentes es entonces la de la difusión de ideas a través

de la imprenta, principalmente del periódico. Si bien esta causa es fundamental, no se desconocen los dos factores más comúnmente aducidos, que son el fortalecimiento del control de Madrid y la difusión de las ideas liberalizadoras de la Ilustración en la segunda mitad del XVIII. No obstante, lo que cobra importancia es cómo los organismos administrativos crean un significado. Es relevante asimismo la existencia de significativas diferencias entre criollos y españoles que van creando en los primeros esta idea de *comunidad*. Los habitantes de las colonias (los criollos) estaban condenados a la subordinación debido a su carácter de americanos. La constelación de ideas circulantes, como las de Herder y Rousseau,⁸⁴ justificaba las divergencias y la separación entre los peninsulares y los criollos, los cuales, nacidos en un hemisferio “salvaje”, eran considerados inferiores. Eran esenciales para la estabilidad del imperio, constituían a la vez una comunidad colonial y una clase privilegiada y aunque disponían en principio de los medios políticos, culturales y militares necesarios para independizarse, estaban económicamente sometidos. (1993:81- 93)⁸⁵.

Elías Palti, por su parte, centra la definición de identidad nacional en dos premisas interrelacionadas: la unidad y la exclusividad. En su libro sobre las líneas historiográficas que se ocuparon de la “cuestión nacional” define la identidad de la nación a partir de estos dos rasgos. La unidad, es decir, la existencia de ciertos rasgos comunes que pueden reconocerse por igual en los connacionales de todos los tiempos, regiones y clases, y la exclusividad: que tales rasgos distinguen a éstos de los miembros de las demás comunidades nacionales. Existe asimismo un principio que identifica la propia nacionalidad y explica su transcurso efectivo. Dicho principio debe encarnar valores irrefutables que justifiquen por sí mismos su existencia y su defensa ante cualquier peligro interior o exterior y posee un carácter decididamente autocelebratorio.⁸⁶ Sostiene asimismo que resulta paradójico que Anderson afirme que en América Latina las “comunidades de criollos desarrollaron tempranamente concepciones de la nacionalidad mucho antes aun que

⁸⁴ Anderson cita las obras de estos pensadores como principales ejemplos sobre las concepciones acerca de la influencia que tendrían sobre el carácter y la naturaleza humana, tanto el clima como el paisaje (Anderson 1993: 95)

⁸⁵ Véase el libro de Dardo Scavino en el que estudia cómo los criollos se rebelan contra la hegemonía del gentilicio *americano* en alusión a los españoles de América. La Independencia en este marco se lee como un proceso que implica la renuncia de que cada criollo sea contado como un español (2010: 241).

⁸⁶ Ernest Gellner plantea en esta línea que es el nacionalismo el que engendra las naciones por lo tanto éstas no lo preceden (1992: 55).

en la mayor parte de Europa” ya que el alumbramiento de un concepto de nacionalidad será un fenómeno tardío y sumamente complicado (2002: 132, 133).

La nación, en consonancia con las consideraciones anteriores, será configurada no sólo a partir de aquello que la constituye y que queda dentro del ámbito de sus lindes, sino también por las exclusiones que se encuentran en el seno de su conformación.

2.3.2. El rol de la Imprenta y la prensa escrita en la emergencia de ficciones identitarias

La imprenta cobra relevancia como factor interviniente en la constitución de una conciencia identitaria en América durante el siglo XVIII. En el transcurso de los dos siglos anteriores, el uso de la misma había permanecido bajo el control estricto de la corona y la Iglesia.⁸⁷ Entre 1761 y 1820 se publicaron aproximadamente 2000 periódicos, 461 de los cuales sobrevivieron más de diez años. En Estados Unidos el periódico surge principalmente como fuente de ingreso de los impresores. Así, el impresor-periodista fue en principio un fenómeno esencialmente norteamericano. Este impresor se aliaba con el administrador de correos para hacer circular los periódicos. Los periódicos fueron apéndices del mercado. En la América española ocurrieron hechos similares, aunque en forma más lenta y esporádica, que en la segunda mitad del siglo XVIII dieron lugar a las imprentas locales. Estos periódicos fueron tramando una configuración de lectores, una comunidad imaginada, ligada por el interés y la recepción de la información que esas publicaciones hacían circular: noticias sobre la metrópoli, informaciones comerciales, nombramientos políticos, matrimonios, etc. Por otra parte, los lectores de periódicos de México, Buenos Aires y Bogotá, aunque no leyeran los diarios de otras ciudades, estaban muy conscientes de su existencia. Así se explicaba la conocida duplicidad del temprano nacionalismo hispanoamericano, su alternación de gran alcance y su localismo particularista (Anderson 1993: 97, 98).

⁸⁷ Hasta fines del XVII sólo había imprentas en México y en Lima y su producción era casi exclusivamente eclesiástica (Anderson 2007: 96).

Si bien es innegable el rol relevante que tuvo el capitalismo impreso en el desarrollo de los estados nacionales, los planteos de Anderson para la situación histórica latinoamericana han sido objeto de reformulaciones en cuanto al grado de influencia de la cultura escrita en Latinoamérica. Según sostiene Myers,⁸⁸ en las sociedades latinoamericanas el alto grado de analfabetismo y el poco desarrollo del espacio público hacen que la influencia del capitalismo impreso no haya tenido la misma magnitud que en Estados Unidos o el norte de Europa, regiones en las que tanto un público lector extenso y socialmente complejo como una densa red de instituciones y prácticas que daban cuerpo a la sociedad civil ya estaban firmemente consolidados al momento de producirse la ruptura revolucionaria.⁸⁹

Estas correspondencias entre configuraciones espaciales y discursividades se encuentran en el germen de las naciones y en su consolidación, principalmente en la incorporación simbólica de los territorios internos que figuran en el trazado de mapas pero se desplazan de las cartografías simbólicas de los espacios reconocidos como nacionales, ya sea porque se desconocen o porque sus habitantes son percibidos como alteridades. En este caso la prensa y la literatura operan en el develamiento de estos espacios para los centros urbanos o en los procesos de homogeneización de sus habitantes. Jens Andermann expone en este sentido que:

La territorialidad nacional es un artefacto producido en el discurso: es el efecto de narrativas dramáticas donde se cuentan escenas de producción de los límites pero en el momento de emergencia de las nuevas naciones americanas surgía un nuevo sujeto, recién cuando terminaron las guerras fronterizas y se consolidó el espacio nación empezó a cargarse con una identidad residual propia (2000: 17).

El discurso sobre la nación y el nacionalismo en la línea de Anderson, encuentra en Argentina un terreno más propicio en la etapa de modernización más que en la de la

⁸⁸ Cf. Chiaramonte (1997).

⁸⁹ Claudio Lomnitz señala que la temprana consolidación de un aparato burocrático-administrativo altamente formalizado y posicionado en un imaginario que poseía ya una idea de “nación” es un rasgo de la cultura política iberoamericana relevante en este análisis (2001).

independencia debido al desarrollo del capitalismo impreso. Uno de los períodos clave en este proceso es el del Centenario, momento en que se articulan estrechamente las relaciones entre intelectuales, literatura e identidad nacional y los escritores adquieren, en consecuencia, un lugar central en la conformación de los imaginarios patrióticos. En este marco, la generación del 900 intervendrá en las operaciones ligadas al nacionalismo cultural y referidas particularmente al *Martín Fierro* como poema épico y a su protagonista como arquetipo de argentinidad. Las conferencias dictadas por Leopoldo Lugones en el Teatro Odeón en 1913, la encuesta de la revista *Nosotros* acerca del estatuto de poema épico de la obra y la fundación (y discurso inaugural de Ricardo Rojas) de la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras se ubican en esta lógica de pensamiento, inscrito principalmente en el temor a la inmigración que constituye ahora la nueva barbarie, mientras que el término “criollo”, antes denostado, se va revistiendo de virtudes en contraposición a la figura del extranjero. A comienzos del siglo XX, la inmigración es concebida como un agente anárquico y disolvente de la vida social, sobre todo por las elites criollas. En este marco es que la figura del gaucho aparece dotada de una nueva función cultural. La tradición es invocada como la reserva de las *lo nacional* y así el gaucho Martín Fierro se convierte en el héroe épico edificante (Altamirano y Sarlo 1997: 161-211). Es a partir de esta entronización que la figura del gaucho se sitúa en el centro de las vinculaciones entre escritura e imaginarios sobre la nación.

Estos conceptos permiten pensar los textos del corpus en su calidad de enunciación de operaciones discursivas en los procesos de identidad nacional, de homogeneización o de exclusión. La literatura, y dentro de ella una de las manifestaciones más representativas de la literatura popular: los folletines, se presenta como objeto y dispositivo privilegiado en estos procedimientos.

Una mirada crítica relevante para este trabajo sobre el rol de la prensa y la cultura escrita centrada en Argentina y en la época de la modernización (período correspondiente a este trabajo) es la de Adolfo Prieto en su análisis canónico sobre los folletos “criollistas”, una de las manifestaciones más importantes de la cultura popular en Argentina durante el período comprendido entre 1880 y 1910, y su funcionamiento como discursividades reguladoras de modulaciones que influyeron en las creencias y comportamientos de los habitantes de la nación tanto criollos como inmigrantes.

Las campañas de alfabetización propulsadas por el modelo liberal actuaron como uno de los factores principales para el ensanchamiento de la franja del público lector (que comenzó a incorporar a los sectores populares antes iletrados) y la proliferación de la prensa, que fue el objeto cultural por antonomasia de estos nuevos grupos de lectores. A su vez este fenómeno se constituyó como nivelación de los códigos expresivos con que concurrían los distintos segmentos de la articulación social.

El criollismo codificó un saber que actuó como objeto simbólico del cual nutrirse para incorporarse al orden de “lo nacional”. Los distintos sectores sociales se apropiaron (en el sentido de Chartier) de diversas maneras (incluso opuestas) de este objeto. En este sentido, Prieto señala los usos que hicieron del mismo los distintos grupos. Para los sectores dirigentes de la población nativa, ese criollismo pudo significar el modo de afianzamiento y legitimación de la identidad argentina y un modo de impugnación del inmigrante. Para los sectores populares de esa misma población, desplazados de sus lugares de origen e instalados en las ciudades, pudo ser una expresión de nostalgia o una forma sustitutiva de rebelión contra la urbanización, y, finalmente, para muchos extranjeros pudo ser una forma de asimilación, un modelo a ser emulado para acreditar ciudadanía (Prieto 2006: 14-18).

La literatura popular de signo criollista constituyó para los sectores populares una forma de civilización que influyó en la mentalidad y en la conducta de muchos de sus miembros puesto que actuó como un espacio en el que se codificaban y se proyectaban símbolos de identificación con “lo nacional”, que incidían en las costumbres de un gran espectro del cuerpo social,⁹⁰ mientras que para determinados grupos pertenecientes a la burguesía la literatura popular significó solamente un objeto de cultura. La literatura fue el vehículo mediante el cual se difundió el caudal expresivo del criollismo, por eso en ella se encuentran las marcas de su función y competencia en el proceso. Y si a través de estas marcas internas se intenta una segunda descripción de los dos espacios de cultura, esta segunda descripción descubrirá las líneas de conflicto, los préstamos y contaminaciones,

⁹⁰ “Grupos de jóvenes de ambos sexos y origen étnico diverso se reunían en los centros criollos para reproducir una atmósfera rural a la que se asistía como modo de adquisición de un sentimiento de nacionalidad, en el marco de la necesidad de supervivencia a la xenofobia o al crecimiento urbano que acompañaron el proceso de modernización. Estos grupos integrados por extranjeros, sus hijos o gente proveniente de las provincias se expresaban y comportaban en el interior de estos centros con las modalidades del habla y la conducta provenientes del universo literario presidido por la imagen del payador Santos Vega” (Prieto 2006:145).

los mensajes cruzados, los elementos paraliterarios de presión pero también de regulación y control social que no fueron visibles para la primera.

Los signos del criollismo trascendieron el orbe de la literatura para integrarse al devenir de la vida cotidiana o para calificar, con sus términos propios, diversos gestos y actitudes del cuerpo social. Como expresa Prieto, ni antes ni después en la literatura argentina, en cualquiera de sus niveles, se logró semejante poder de plasmación. En este marco, el más notorio de los personajes de Eduardo Gutiérrez, Juan Moreira, será modelador de una cultura cívica, exaltada o execrada en su nombre, proveedor de una imagen estereotípica. Otro ejemplo de la magnitud de estos procesos es el de *El gaucho Martín Fierro*, del que se vendieron 48000 ejemplares durante los seis primeros años debido a un tipo de lectura de identificación absolutamente espontánea y contagiosa (Prieto 2006: 53).

La formulación de ese programa coincide, si es que no es su resultado, con la profunda alteración de las pautas de convivencia social sufridas en este período. Las concentraciones urbanas y la incipiente industrialización reproducían por entonces en Argentina el mismo clima de violencia que se vivía en Europa. Las manifestaciones y las huelgas, se multiplicaban en el escenario internacional. En el caso argentino muchos creyeron advertir en ese ejercicio de violencia y desorden, la desintegración de una sociedad que aún no estaba cohesionada.

Para 1880 (según datos extraídos del anuario publicado por Ernesto Quesada) los nuevos contingentes de lectores formados en las campañas de alfabetización eran consumidores regulares de la prensa periódica, la cual se constituía como una de las discursividades privilegiadas en el proceso de alfabetización. Ante esas circunstancias el libro era el gran marginado en una sociedad en la que el dominio de los códigos de lectura y escritura se expandía (Prieto 2006: 44, 45).

Otro claro ejemplo del modo de articularse el capitalismo impreso, los procesos de apropiación de la cultura letrada y la cultura popular y la imaginación de la nación es el que ofrecen las empresas editoriales llevadas a cabo por José Ingenieros y Ricardo Rojas.⁹¹

⁹¹ Otra muestra de este proceso de imbricación entre cultura y nación es la publicación de libros como los de Juan Agustín García, Agustín Álvarez y José Ramos Mejía, todos herederos de Sarmiento; que desde la historia, el derecho, la sociología y la psiquiatría, y su interpretación de la Argentina, plantean todos los temas en términos de cultura nacional, desde la ciencia hasta la belleza. Colecciones, museos, academias, libros de

Tanto la “Biblioteca Argentina”, proyecto de Rojas, como “La Cultura Argentina”, publicada por Ingenieros, fueron planes consistentes en la reimpresión de clásicos nacionales, prologados y revisados críticamente desde posiciones contrapuestas. En un ámbito social donde la letra ocupaba un lugar central en los procesos de construcción simbólica, la reimpresión de estos clásicos representaría para Rojas un programa efectivo para articular un imaginario capaz de poner freno a toda ofensiva desestabilizadora y, por tanto, un dispositivo privilegiado en la conformación de la ciudadanía: los textos del pasado argentino, jerarquizados y leídos de acuerdo a una lógica específica, debían operar como elementos de constitución de una identidad política y cultural legítima. Por su parte, José Ingenieros, a través de su colección retrospectiva, se opone al programa de Rojas al constituir una versión del pasado argentino en la que los contenidos ideológicos jacobinos y socialistas tuvieran un lugar central. En una acelerada carrera por la conquista del público, para diciembre de 1915, fecha en que Rojas lograría publicar por fin el primer tomo de su “Biblioteca Argentina”, la colección de Ingenieros había logrado ya una tirada que jamás lograría igualar la de su adversario. La “Biblioteca Argentina” y “La Cultura Argentina”, en tanto proyectos canonizadores, plantearían no sólo la cuestión de a quién leer, sino también la de cómo y dónde leer; más allá de un contenido específico, las tradiciones y textos en competencia necesitaban de disciplinas y dispositivos epistémicos específicos para imponer y consolidar su lugar institucional y social (Degiovanni 2005: 3-5).⁹²

Esta relación entre prensa y construcción de ciudadanía fue un fenómeno de gran relevancia en Santa Cruz y en la Patagonia en general durante las tres primeras décadas del siglo XX. Esta importancia se debe particularmente a que la región formaba parte de los territorios nacionales en los que los habitantes eran (en términos de Martha Ruffini) ciudadanos nominales⁹³ debido a que su derecho al voto estaba restringido. En términos de Marshall⁹⁴ no eran ciudadanos, ya que para ser considerados tales, deberían poseer plenos derechos sociales, civiles y políticos pues la ciudadanía posee, a pesar de su densidad

historia, corpus de literatura nacional, universidades, pintura, todo comienza a caer indefectiblemente en la órbita de la nación (Montaldo 2010: 31).

⁹² Retomado luego en *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina* (2007).

⁹³ El término se refiere la situación de desigualdad y privación de derechos políticos del que eran objeto los residentes de las zonas no provincializadas (Ruffini 2006: 4).

⁹⁴ Marshall establece un modelo tricotómico de ciudadanía ya que su institución plena se encuentra supeditada a la posesión de derechos cívicos, sociales y políticos (1992:76).

semántica, un núcleo duro que se refiere a derechos y está inextricablemente ligada a la cuestión de la igualdad.

Los territorios se regían por la ley 1532 sancionada en 1884, mediante la cual se crearon nueve divisiones administrativas fuera de los límites atribuidos a las provincias y se estableció que cuando alguna tuviera 30 000 habitantes constituiría su propia legislatura y cuando alcanzara 60 000 podría ser declarada provincia. Las poblaciones de más de 1000 habitantes tendrían concejo municipal electivo, el resto, comisiones de fomento designadas por el gobernador, representante y delegado nombrado por el poder ejecutivo nacional. La ley apuntaba a fusionar los intereses locales, evitar los principios de división, de manera de subordinar el interés regional al nacional y lograr así la homogeneización de la futura sociedad. Para esto se consideró indispensable llevar a cabo una acción unificadora por parte del gobierno central. Esta legislación, que surge y se manifiesta con carácter provisorio, regirá hasta la década del cincuenta, década en la que se provincializan los territorios nacionales (1955 en el caso de Santa Cruz)⁹⁵. La dilación del otorgamiento de facultades políticas se fundamentó principalmente en la falta de ejercicio cívico, y, por ende, de capacidad política de los territorianos. De este modo, de la restricción a las facultades de los pobladores estuvo fundamentada en una conceptualización de los mismos que se asienta desde el inicio en la situación de “incapacidad” y “minoridad” política que se les atribuía.

La prensa de Santa Cruz se erigirá en esta etapa como portavoz de los habitantes y en este sentido puede plantearse un proceso de conformación de ciudadanía por parte de los periódicos de la región, oscilando entre el reclamo por la provincialización y por el derecho al representante parlamentario. A su vez, las representaciones sobre la Patagonia actúan como artefactos y dispositivos de configuración de la nación en un debate constante acerca de la anexión de este territorio fronterizo al espacio nacional, acerca del orden que debe imperar en esta región y sobre la inclusión o no de los pobladores como ciudadanos según el sector que formule o recree las significaciones.

⁹⁵ La ley del 15 de junio de 1955 que lleva el número 14.408, creó las provincias de Formosa, Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz.

2.4. Prensa, literatura popular y construcción del paisaje en la Patagonia Austral.

Las categorías teóricas relacionadas con el espacio (en su relación con los dispositivos de configuraciones territoriales) como las de territorio, frontera y desierto resultan pertinentes para el análisis de la Patagonia, una región que constituyó parte de la frontera interna de la nación.⁹⁶ En este sentido, es relevante en cada capítulo la inclusión o exclusión de sus habitantes como ciudadanos nacionales. Así, en las crónicas de Payró y de Arlt se debate cuán argentinos o cuán incorporables son los habitantes que habitan esta región, o en palabras de Andermann, cuándo el que habita la frontera interna ya no es amenaza y cuándo se transforma en ícono identitario. Durante las huelgas de la década de 1920 se construyen imágenes de los obreros como enemigos de la nación invisibilizando el hecho de que su lucha es la amenaza al *statu quo* y al orden impuesto en la región por los grupos hegemónicos de la Patagonia; en las décadas del 1920 y 1930 la prensa juega un importante papel en las deliberaciones y pedidos de derechos políticos y del otorgamiento de la categoría de ciudadanos para los habitantes de los territorios nacionales. En este marco, la literatura se hace cargo de imaginarios asociados al reclamo por la anexión de la Patagonia, la inclusión de esta región y el cese del abandono del estado central.

La profusión de las narrativas de viajes tanto extranjeras como nacionales cuyo referente es la Patagonia, se debió en parte a la situación de desanexión estatal de este espacio. Esta situación promovió textualidades de viajeros foráneos, principalmente ingleses, que describían y construían un territorio fuera de toda jurisdicción, plausible por lo tanto de ser objeto de la apropiación imperial. Los viajeros criollos como Francisco Moreno o Roberto Payró también estaban motivados por este rasgo de disgregación de los

⁹⁶ Véase Hebe Clementi. En el cuarto y último volumen de la colección dedicada a la frontera americana, Clementi (1988) indaga la historia de Argentina y Brasil a partir del análisis de la ocupación de tierras y por tanto, de la formación y consolidación de la frontera interior. Asimismo, en su ya citada obra *F.J. Turner* (1992) publica los postulados más relevantes de las teorías del historiador norteamericano Frederick Jackson Turner sobre la ampliación, especialmente hacia la zona oeste, de la frontera interior de Estados Unidos considerando este proceso como resolución de problemáticas vinculadas con la absorción de inmigrantes y la unidad identitaria nacional.

confines⁹⁷ y por eso trazaban configuraciones consagratorias de esta región como potencial económico del país y exponían planes escriturarios que actuaban como parte de los dispositivos dirigidos a su incorporación simbólica, previa a la efectiva. Las reflexiones en torno a la Patagonia como potencial económico surgieron en el marco de las reflexiones sobre lo americano con el objeto de implantar los modelos europeos del advenimiento de la modernidad (Livon-Grosman 2003:10).⁹⁸

Muchas de las narrativas surgidas a partir de los viajes que se realizan por las provincias que integran la Patagonia tienen el propósito de dar a conocer este espacio ignoto. Perspectivas decimonónicas como las de Payró se centran en el potencial de la región más allá de las características alternas de la población y del paisaje. Otros escritores, como es el caso de Roberto Arlt, hacen ostensible la otredad que constituye una zona que dista geográfica y culturalmente de los centros urbanos. Esto expone el grado de elasticidad de los confines y el hecho de que los límites geográficos trazados en los mapas no se homologan siempre a las topografías nacionales.⁹⁹

Estas operaciones de textualización sobre los espacios permiten trazar correspondencias entre el territorio como artefacto y las formas estéticas de representación del mismo. El territorio actúa como lugar instituyente de las modulaciones culturales establecidas por los discursos identitarios. Siguiendo a Andermann puede decirse que el artificio de estos discursos consiste en suprimir del territorio (del mapa y del paisaje) los vestigios de la intervención humana y naturalizarlo, representando el espacio como una realidad autoevidente para que en un momento posterior lo sea también la comunidad nacional que lo habita (Andermann 2000: 16, 17). La configuración espacial entonces implica operaciones que procuran ocultar las intenciones y el carácter de construcción que tiene un territorio. En este sentido, Mitchell expone que el paisaje se reviste de una doble función respecto de nociones como la de ideología: naturaliza una construcción cultural y social, “representando a un mundo artificial como si éste estuviera dado e inevitable y

⁹⁷ En consonancia con estos planteos, Livon-Grosman manifiesta que la historia de un país es, entre otras, la historia del desplazamiento de sus fronteras y de su definición como territorio (2003: 12).

⁹⁸ La Patagonia ejerce sobre los naturalistas del siglo XIX una fascinación basada en los restos paleontológicos y las riquezas de la región, que la transforman en un lugar privilegiado para la investigación científica. El desarrollo económico de la Patagonia es una posibilidad de la que no se duda, se la considera comprobada antes de cualquier instancia de verificación (Blengino 2005: 89).

⁹⁹ Andermann define la topografía como el conjunto de imaginaciones y memorias de espacios, convencionalizados en tropos, en figuras retóricas. Una topografía es un mapa del territorio nacional, una topografía, del espíritu de la nacionalidad (2000:18).

vuelve operativa esta representación interpelando a su portador desde su supuesto carácter de videncia visual y espacial” (Andermann 2000:17). El paisaje implica redes de poder; actúa como dispositivo de poder cultural.¹⁰⁰

Las fronteras fueron muchas veces interpretadas como un límite inalterable, ahistórico y natural, como si las fronteras de la nación hubiesen estado trazadas desde siempre, como un testimonio de la morfología inveterada de la patria, sólo bastaba que la ciencia determinara su itinerario y la literatura lo revelara públicamente para desvanecer toda sospecha acerca de su localización. Así también podría despejarse toda incertidumbre acerca de las fronteras estatales, preocupación crecientemente alarmante para los custodios de la soberanía. Las zonas linderas cobran una vital importancia porque el territorio es una red de límites y jerarquías seccionales superpuestos cuya complejidad se acrecienta hacia los confines. Los lindes, siguiendo a Andermann, representan el lugar en el que una territorialidad se va desestabilizando hasta confluir con la otredad extraterritorial, al mismo tiempo que avanza sobre esta hasta incorporarla en el espacio identitario (2000:19).¹⁰¹

Otras perspectivas dirigidas a obturar los rasgos de peligrosidad de la frontera se encuentran en el historicismo que se sitúa en el pasado para trazar desde allí una interpretación totalizadora de su papel. Existe una analogía entre EEUU y Argentina cuando Turner declara (como Mitre en 1898 al prologar *La Australia Argentina*) el fin de la Historia desde Wisconsin¹⁰², y esta clausura de las fronteras internas señala una nueva instancia transnacional de la expansión norteamericana. En este marco de ocupación, la llamada lucha contra el indio se homologa con la ampliación del territorio nacional y la inexorabilidad de su exterminio se construye como conquista civilizatoria.¹⁰³ En el caso de

¹⁰⁰ En esta línea, Graciela Silvestri concibe que el paisaje es una construcción que articula subjetividad y “naturaleza”, representación que relaciona el alma y las formas a través de una “tonalidad espiritual” (2011: 21).

¹⁰¹ Vanni Blengino vincula la expansión de la frontera interna con el tema la identidad nacional en cuanto compromete la organización territorial, social y económica y porque la solución del problema de la frontera condicionará la composición étnica de una nación que se dispone a recibir a una gran cantidad de inmigrantes europeos, muchos de los cuales deberán colonizar los territorios ocupados por los indios (2005: 30).

¹⁰² Wisconsin y el río Mississippi constituyeron el límite de los territorios del Medio Oeste originalmente pertenecientes a EEUU en 1783 luego de su Independencia de Inglaterra.

¹⁰³ Montaldo plantea en este sentido que la construcción del estado consiste en el trazado de un nuevo mapa desplazando las fronteras hacia el sur. Si por un lado esta operación estatal significó producir un territorio propio (contra los colonizadores ingleses que se asentaron en la Patagonia desde el siglo XVIII) por otro, significa la colonización de un espacio ajeno, el de los indígenas, a los que se elimina con la violencia de

Argentina, Bartolomé Mitre prologa el libro de Payró caracterizándolo como un necesario tratado sobre un espacio vacío (como consecuencia de la denominada Campaña del Desierto o por corrimiento de los indígenas debido a la ocupación por parte los colonos como fue el caso de Santa Cruz) que por tanto debe anexarse a los lindes nacionales y sobre el que deben recopilarse datos históricos, poblacionales, geográficos y particularmente económicos:

Por esto su libro, como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi mudo, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para dilatarla y vivificarla. Ese territorio, mal apreciado por los viajeros como una región estéril, considerado durante siglos como *res nullius*, y que ha dado origen a cuestiones internacionales de límites, felizmente solucionadas, ha sido al fin bien explorado por los geógrafos y naturalistas argentinos, que han descubierto en él una región bien articulada y colmada de riquezas naturales que prometen un vasto campo a la actividad nacional, por medio de su colonización sistematizada, así como a la inmigración y a la aclimatación de todas las razas de la tierra. El argumento de su obra es la Patagonia y la Tierra del Fuego del dominio argentino, en su estado actual, a lo largo de su litoral marítimo sobre el Atlántico y sus canales orientales desde el punto de vista de su explotación y de su colonización, apuntando los medios de hacerlas prosperar; y comprende a la vez, por vía de ilustración, la historia y la geografía de aquellas comarcas y su descripción a grandes rasgos y de detalle, señalando a la vez sus necesidades y sus recursos de producción, a los efectos de su ocupación definitiva por el hombre. Considerado bajo este aspecto, su libro llenará cumplidamente su objeto, en bien del país y para honra de su amor. Los antecedentes históricos y geográficos que el asunto comporta, así como los que se relacionan con la historia natural, están presentados con amplitud y buena crítica, habilitando al lector para darse cuenta de su importancia en el pasado y de su valor en el presente. Las consideraciones económicas sobre la situación del territorio en cuestión, en sus relaciones con la colonización y la explotación agrícola y rural, están ilustradas con abundantes datos estadísticos, que contienen los elementos necesarios para resolver los problemas que él encierra como factor de la riqueza y de la grandeza nacional en el futuro (Mitre en Payró 1982: 9,10).

También el territorio patagónico se vincula con la constelación semántica nucleada en torno a la categoría de desierto. Esta noción vertebral no sólo la historia de la literatura

una conquista imperial. La dominación definitiva de un territorio implica explorarlo, conocerlo y atravesarlo (2004 54-56).

argentina decimonónica sino la historia política de la nación con los proyectos que Halperín Donghi (1980) denominó como *una nación para el desierto argentino*. Así como los procesos territoriales son precedidos o acompañados de configuraciones simbólicas, también lo fue el desierto, construido en base a significaciones imaginarias que fueron base y fundamento de estos proyectos.¹⁰⁴ Como plantea Fermín Rodríguez, se configuró un imaginario de desierto¹⁰⁵ a pesar de la existencia de población, constituyéndose éste como:

un bien territorial y textual que el estado y la literatura argentina no han dejado de repartirse desde su fundación. Así el desierto se configura como una ausencia de política, una operación discursiva con el poder de atrapar la imaginación al evocar, en negativo, la plenitud ausente de un estado nación por venir: donde había virtualmente un desierto (multiplicidades salvajes sin orden ni medida, mundos posibles, pueblos futuros) el estado nación debía advenir como si se tratase de la ejecución de una orden (Rodríguez 2010:15).

Álvaro Barros sostenía que suprimir a los indios y las fronteras no implicaba en otros términos sino poblar el desierto (1975:137). Proyectos como los de Domingo Sarmiento y Estanislao Zeballos se organizan también a partir de este supuesto. El espacio aparece entonces descrito desde la insuficiencia: sin árboles, sin cultivos, sin montañas, sin límites naturales, sin habitantes permanentes, sin viviendas, sin espíritu de progreso, sin vías de comunicación, sin instituciones, sin sentido de la autoridad, sin tradiciones, sin historia. Así la geografía se va amalgamando con las imágenes creadas y el desierto actúa como dispositivo en los procesos de ocupación territorial.

Las textualidades periodísticas sobre la Patagonia, producidas tanto en Buenos Aires como en Santa Cruz, confluirán en dispositivos tanto de poblamiento para un territorio cuya configuración se corresponde con la de un espacio fronterizo y desértico como de

¹⁰⁴ El ensayo del historiador no problematiza la conformación de un espacio sobre el que se hicieron estos proyectos. Como expone Hernán Pas, “el clarividente trazado de un plano sobre el país que describe agudamente el historiador deja fuera precisamente la operación primaria que realizaron los letrados románticos sobre el territorio, y no cuestiona la idea de un espacio homogéneo que permitiría la adecuación discursiva a la *traza* misma de esa cartografía política” (2008:58).

¹⁰⁵ La tradición ha definido algunos espacios como desiertos mediante prácticas de vaciamiento que precedieron la apropiación posterior. Pero “las naciones” que eliminaban (primeramente en el discurso) eran múltiples y por tanto lo eran también las leyes, las lenguas y costumbres. El pretendido desierto estaba colmado de gente y de accidentes geográficos (Montaldo 2004: 52-56).

homogeneización, puesto que esta situación lo convierte en un espacio disgregado y habitado por extranjeros y nativos ajenos a la cultura nacional.

A modo de conclusión, integradas en el amplio campo de la cultura popular, las producciones de la prensa y la literatura cuyo referente es la Patagonia (durante el período comprendido entre 1900 y 1930) forman parte de dispositivos intervinientes en los imaginarios sociales. El dispositivo, concebido como red de relaciones, permite establecer cruces, préstamos, tensiones; en fin, un diálogo indirecto (pues sus emisores no en todos los casos se leyeron mutuamente) entre textos que nos hablan de una región que es, durante esa época, centro de debates que giran en torno a la anexión estatal y a los conflictos internos (como es el caso de las huelgas obreras) que se suscitan en un orden que durante mucho tiempo se manifestó sin fisuras.

Las representaciones que trazan (que oscilan entre imagerías de desierto y el potencial de desarrollo que ofrece la Patagonia) delinean configuraciones acerca de la región y de sus habitantes y formulan estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que instituyen, para los distintos sectores geográficos o sociales, modos constitutivos de su identidad. A su vez, la descripción de esta zona que es una frontera interna, es decir, una región que debe ser poblada para que su incorporación sea consolidada, participa de definiciones identitarias de la nación en su conjunto, en tanto la mirada sobre el margen devuelve imágenes de la totalidad estableciendo tensiones, pugnas o coincidencias en movimientos de hegemonía y contrahegemonía entre los textos del corpus. Estos pueden tanto reproducir y sostener modelos imperantes como dejar entrever (como las manifestaciones de los huelguistas, las denuncias de habitantes como José María Borrero a los latifundistas o los reclamos al gobierno nacional) los quiebres de un sistema, mostrando de este modo lo que Williams denominó “estructura del sentimiento”, categoría que releva en la esfera del arte la emergencia de lo nuevo, aquello que puede constituir transformaciones en la cultura y la sociedad.

Los textos que representan la mirada “foránea” se corresponden con dos momentos diferentes en el proceso de autonomización profesional de escritores y periodistas respecto del Estado. En el caso de Payró, su escritura se centra en el realce de las posibilidades económicas de la región y del surgimiento de una “nueva raza” que encauce ese potencial. Entreteje en sus crónicas un plan político para la consolidación territorial del Estado-

Nación que revela los nexos todavía pervivientes entre el periodista moderno y las élites gobernantes. En el marco de esta consolidación, su escritura se sitúa como parte de operaciones discursivas participantes del trazado de una cartografía simbólica sobre la nación. Por otro lado, tres décadas después, la visión esperanzadora sobre la Patagonia da lugar a la descripción de un paisaje y una forma de vida que se corresponde con imágenes de viajeros ingleses o escritores argentinos decimonónicos (Echeverría, Sarmiento, Mansilla) sobre el desierto. Las aguafuertes de Roberto Arlt se desplazan de las operaciones del estado nacional y responden a los requerimientos del mercado con una escritura proyectada para colmar la avidez de exotividad de los lectores. No sólo representa un cambio en procesos culturales (entre estado, literatura y periodismo) sino que la imagen de la Patagonia como potencial ha ido variando.

La intervención de los discursos en los procesos de conformación y delimitación de las naciones y en las configuraciones identitarias se relaciona con las miradas sobre la nación como constructo. La prensa y la literatura son dispositivos importantes en los procesos de germinación y consolidación de los estados y la conquista de las fronteras internas. La ocupación de la Patagonia durante la Conquista del Desierto se fundamentó mediante el uso de estos dispositivos que mostraban por ejemplo la eliminación del aborígen como única forma de poblar esta frontera y de acabar con el “vacío”. La imagen de desierto y de “vacío” se construye sobre un lugar habitado, esta operación data desde el inicio de la literatura nacional y muestra tanto para viajeros foráneos como para escritores nacionales la plausibilidad de la ocupación y dominio de la región.

En este marco, en las tres primeras décadas del Siglo XX, también se trazan representaciones acerca del ciudadano y de quien no lo es. Así aparecen como otredades las figuras del ciudadano nominal, el huelguista enemigo de la nación, el chileno, el indio o el poblador patagónico. Los textos de los grupos hegemónicos de la Patagonia participan de esta discusión al situarse como una periferia a la que el estado nacional ha abandonado. Esta operación es paradójica pues se reclama la anexión y los derechos sociales, políticos y civiles, pero, a su vez, se configura una imagen de orden autónomo regido por estos grupos. Los retratos que enaltecen al pionero, las imágenes de la desanexión estatal, abandono, reclamo parlamentario y reclamo por la tierra pública son representaciones vinculadas con este sector. El emisor borra sus huellas y habla en nombre del bienestar general de la región

austral y cuando emergen enunciadores alternativos no representan ya a esa sociedad sino que son caracterizados como enemigos de la nación (como es el caso de los huelguistas o las voces metropolitanas que no adhieren a su proyecto: por ejemplo el gobierno yrigoyenista bajo la perspectiva de la revista *La Argentina Austral*).

Este *statu quo* encuentra resistencia en 1920 en un movimiento contrahegemónico que se plasma en el plano simbólico a partir del diario y los panfletos de los huelguistas de la “Patagonia Rebelde”. Estas huelgas serán de gran relevancia en la prensa local y metropolitana, y darán lugar a una pugna de representaciones entre los diarios latifundistas, los de sectores que apoyaban a huelguistas y los folletos emitidos por los obreros.

Otro tema que tendrá repercusión en la aparición de la prensa a nivel nacional es el de la lucha por integrarse al país efectivamente (tener derecho a votar, provincializarse, tener representantes parlamentarios, etc.). Se reclamarán en la prensa regional los derechos de ciudadanía. Este debate será motor de un diálogo entre las publicaciones santacruceñas y bonaerenses y entre las publicaciones de los territorios nacionales en el congreso de 1917 en Santa Rosa anteriormente mencionado.

La literatura publicada en diarios y revistas santacruceñas participa especialmente en esta pugna por las representaciones. Aparecen, por ejemplo, en la revista *La Argentina Austral* (publicada por la Sociedad Anónima Exportadora e Importadora de la Patagonia a partir de 1930) narraciones en las que oblicuamente se tematizan las huelgas obreras y se enaltece a los estancieros como propulsores del desarrollo regional y que forman un sistema con otras manifestaciones literarias de la época, escritas por habitantes patagónicos. Estos textos, que podemos clasificar como literatura popular, pueden ser vistos (en cuanto a los efectos de lectura) como entretenimiento, como “estructura de consolación” para canalizar y eliminar el descontento social, como evasión o como fuente de inspiración para una conducta más comprometida y revolucionaria.

En tanto literatura popular, todos los textos del corpus (las crónicas de Payró y Arlt, los folletines y manifestaciones literarias de autores patagónicos, los artículos producidos por los obreros y aquellos escritos por los latifundistas) son dispositivos privilegiados para la circulación de significaciones en el imaginario. Estas representaciones se asocian en su mayoría a la cartografía simbólica nacional ya que configuran identidades, establecen el trazado de límites geopolíticos, construyen mapas de pertenencia conformados a partir de la

inclusión o exclusión de ciudadanos, crean y resignifican imágenes sobre el territorio y sus pobladores e intervienen en la pugna por los órdenes políticos, sociales y culturales para la región.

3. Emergencia de la Patagonia como espacio simbólico en la prensa metropolitana

El territorio patagónico es referente de crónicas periodísticas publicadas en la prensa metropolitana por reconocidos escritores en dos momentos paradigmáticos de la autonomización profesional. En 1898, Roberto Payró es enviado a la Patagonia por el diario *La Nación*, dirigido en ese momento por Bartolomé Mitre, en el marco de una serie de viajes realizados por el escritor a tierras prácticamente ignotas para el público lector urbano.¹⁰⁶ Treinta años después, Roberto Arlt viaja por la región (aunque su recorrido no llega hasta Tierra del Fuego como en el caso de Payró) y escribe las aguafuertes patagónicas, inscritas en la serie de las aguafuertes porteñas. Estos textos se anclan en el proceso de modernización periodística nacional que comienza en los grandes centros urbanos y se extiende a espacios distantes como es el caso de la Patagonia, en donde la prensa comienza a proliferar y a cobrar un rol relevante en la sociedad a partir de fines del siglo XIX.

3.1. La prensa santacruceña en el marco de la modernización periodística

Desde 1903 se editan en Santa Cruz publicaciones periódicas que circulan por la región y que se producen no sólo en la capital del territorio, Río Gallegos, sino también en localidades muy pequeñas. Esta profusión sumada a algunas otras características permite ver los ecos que el proceso de modernización periodística de los grandes centros urbanos nacionales tiene en la región austral. Estos rasgos tienen que ver por ejemplo con el paulatino incremento de la publicidad, si bien hasta la década del XX los periódicos están muy vinculados al estado, como es el caso de *El Radical* y *El Nacional* ligados al gobierno yrigoyenista o a los sectores latifundistas que detentan el poder económico como por ejemplo *La Unión*, van postulando, sobre todo desde la enunciación de sus propósitos de objetividad, un distanciamiento. Asimismo, se van incorporando en las publicaciones notas

¹⁰⁶ En este marco, recorrerá el interior de la provincia de Buenos Aires y el Litoral. Véase *En las tierras del Inti (1909)*.

de color con frecuencia de carácter social (casamientos, viajes, personalidades que visitan la región), relatos escritos por autores locales y se publican folletines durante la década del veinte.

La relevancia que cobrarán algunos diarios en determinados contextos sociales se deja ver por ejemplo en los hechos de violencia que sufren sus instalaciones debido a la peligrosidad que algunos sectores perciben en los textos que se publican. Es el caso por ejemplo del incendio de la imprenta del periódico *La Verdad* en el marco de las huelgas obreras.

A su vez, diarios y revistas como *La Argentina Austral* son fundamentales para leer estas décadas y para ver los rasgos modernizadores que en grado diverso y con desplazamientos temporales emergen en el territorio austral.

3.1.1. Los inicios del periodismo moderno

La modernización periodística se origina en Europa durante el Siglo XIX y tendrá en América y Argentina ecos que generarán procesos denominados por la crítica como “modernización periférica”, entre cuyas causas se encuentran las transformaciones en la prensa.

En el análisis de la economía mundial durante la era del Imperio (1875-1914) Hobsbawm establece como una de las características más relevantes de esa economía¹⁰⁷ (se centra en Europa y Estados Unidos) la notable transformación del mercado de los bienes de consumo, que varían tanto cualitativa como cuantitativamente. La progresiva urbanización y el aumento de la población y de los ingresos dan lugar al desarrollo del mercado de masas, que pasó de ser un mercado destinado sólo a los productos básicos de subsistencia a convertirse en uno integrado por usuarios de bienes de consumo. Este rasgo se une a otras características que consisten en la ampliación geográfica del proceso de industrialización, la revolución tecnológica con la incorporación a la vida moderna del teléfono y la telegrafía sin hilo, el fonógrafo y el cine, el automóvil y el aeroplano, la concentración de capitales y racionalización de la producción.

¹⁰⁷ Las otras características son la ampliación geográfica del proceso de industrialización, la revolución tecnológica con la incorporación a la vida moderna del teléfono y la telegrafía sin hilo, el fonógrafo y el cine, el automóvil y el aeroplano, la concentración de capitales y racionalización de la producción.

Este fenómeno, analizado a largo plazo, tuvo mayor incidencia que el gran aumento del consumo en las clases ricas, cuyos esquemas de demanda no variaron esencialmente. Fue el modelo de Ford y no el de Rolls-Royce el que revolucionó la industria automotriz. A su vez, una tecnología revolucionaria y el imperialismo fueron los factores que dieron lugar a la emergencia de una serie de productos y servicios nuevos para el mercado de masas, desde las cocinas de gas compradas por familias de clase obrera durante este período, hasta la bicicleta y el cine, que se constituyeron como bienes de consumo a partir de la década de 1880. Una de las derivaciones más relevantes fue la creación de medios de comunicación de masas que, por primera vez, merecieron ese nombre. Un periódico británico logró una venta de un millón de ejemplares por primera vez en 1890 mientras en Francia eso ocurriría recién en 1900 (Hobsbawm 2007: 59-64).

Por su parte, Raymond Williams señala la transformación provocada en la prensa inglesa (entre 1770 y 1830) a partir de una severa represión gubernamental que tuvo como consecuencia los primeros intentos de establecimiento de una prensa con una base social diferente en la clase obrera que estaba comenzando a organizarse políticamente. En su forma directa, esos intentos fueron derrotados, pero en los hechos se estableció, de otra manera, una prensa con un público popular. Williams atribuye este logro fundamentalmente a las incorporaciones y cambios introducidos en y por el periódico dominical que, particularmente desde la década de 1820, tuvo un carácter y una función que divergían de los de la prensa diaria. El principal material de estas publicaciones no será político sino una miscelánea muy ligada en su forma a la literatura popular, ya que se conformaba por baladas, *chapbooks*, almanaques e historias de asesinatos y ejecuciones. A partir de 1841, el diario de mayor venta fue uno u otro de estos periódicos dominicales baratos (de un penique) y no la prestigiosa publicación *The Times* (Williams 2003: 173).

Jorge Rivera, centrandó el análisis en las transformaciones producidas en el seno de la literatura y en la figura del escritor, sitúa a la Europa de fines del siglo XVIII y mediados del XIX como escenario privilegiado de una enriquecedora serie de cambios y progresos tecnológicos en el terreno de las llamadas artes gráficas, intrínsecamente relacionadas con el desarrollo de la prensa y la literatura:

Relativamente estática, desde los viejos días de Gutenberg, la imprenta experimentó un vuelco significativo con las primeras prensas de hierro de Didot (1773) que fueron superadas a su vez, por las impresoras de cilindros de König (1811), verdaderos prodigios para la época, que permitían una mayor velocidad de operación y consecuentemente un tiraje muy superior al alcanzado hasta entonces por las primitivas prensas de tórculo (Rivera 1998:5).

Según expone, durante la primera mitad del siglo XIX se sucederán sin pausa las transformaciones, alentadas por la configuración y el desarrollo, cada día más pujante, de un periodismo de características ya modernas, tanto por sus aspectos formales y temáticos como por el nuevo tipo de público al que se dirige. Como hitos significativos de este proceso aparecen la difusión de los tipos universales de Bodoni (1818), la industrialización de la pasta de madera para la fabricación de papel, conseguida por Keller en 1843, las máquinas rotativas de Hoe (1855) y, ya sobre el final del siglo, la revolucionaria linotipo de Ottomar Mergenthaler patentada en 1884.

En Francia, en el marco de las profundas transformaciones que desencadenaron los episodios de 1789, se enaltecieron los beneficios de la libertad de prensa y se produjo la emergencia en el escenario público y literario, de dos formatos novedosos (que en cierta medida desarrollan y perfeccionan las experiencias precursoras del liberalismo italiano y de la prensa inglesa): la hoja política cotidiana y el periodista. Esto significa un nuevo tipo de prensa de tono informativo pero al mismo tiempo (y muy especialmente) predicativo, y un nuevo tipo de escritor, que será en forma simultánea “filósofo y político, ideólogo y poeta, idealista y pragmático, hombre público y hombre de oposición, marcando una fuerte tipología que tendrá sus epígonos y su copiosa falange de continuadores y detractores” (Rivera 1998:6).

El lapso comprendido entre la Europa “iluminista” y la Europa “romántica”, que son también los años del tránsito de la Revolución Industrial y de consolidación del poder político y económico de una nueva burguesía, expone por una parte el desenvolvimiento progresivo de la tecnología gráfica, que suministra los medios materiales para la presencia de un periodismo masivo, de bajo costo; y por otra la configuración (prácticamente

concluyente) de las tipologías temáticas, ideológicas y formales de ese mismo periodismo, e inclusive la configuración de un tipo de “periodista” y de la vasta gama de características que se advertirán convencionalmente en la prensa y en los hombres que se dedicaban a esta profesión. Empiezan a circular las críticas de quienes consideraban asistir a un deterioro cualitativo de la literatura producido por su “masificación” no obstante se evidencian los beneficios de una información heterogénea y utilitaria que llega a más lectores en menos tiempo aunque se pone en relieve también la distancia entre los grandes modelos de la cultura clásica y humanística y las nuevas manifestaciones de la peyorativamente llamada “cultura tipográfica”.

Luego del éxito popular de autores y novelistas como Fielding, Richardson, Cleland, Smollet, Rousseau y Goethe, y el apogeo de la nueva prensa periódica, la figura clásica del mecenas comienza a ser suplantada por la del editor, que tiene a su cargo las ventas y suscripciones.

Paralelamente a la profusión de los testimonios de quienes sienten desaliento y frustración por los requerimientos e intereses de la “literatura industrial”, se inicia una etapa en la que la escritura comienza a ser una fuente de ingresos que permite vivir de ella. Pero para la consolidación de este proceso será necesario esperar hasta la década de 1830, durante la cual hombres de prensa franceses como Bertin, Girardin y Dutacq afianzarán y perfeccionarán los dispositivos y trucos del periodismo masivo, con diarios como *Le Siècle*, *La Presse* y *Le Constitutionnel*, que brindan una nueva fórmula enciclopédica y folletinesca de seguro impacto comercial. Se va consolidando además la novedosa figura del escritor-periodista (como Sue, Dumas y Balzac) que depende de un trabajo vinculado con una nueva mercancía: la literatura de entretenimiento.

Rivera sostiene que en los días de la Restauración y de la monarquía francesa de Julio la idea de la escritura como oficio y como actividad rentable adquiere nueva fuerza, a raíz de los avances de la imprenta, el incremento de los tirajes, los bajos costos de producción y el redimensionamiento de un público de nuevos lectores que comienza a consumir bienes simbólicos. No obstante esto, los ingleses Steele, Addison, Defoe y Swift ya habían perfilado a comienzos del siglo XVIII la figura del escritor que puede vivir de su oficio, pero que al mismo tiempo persigue objetivos sociales, pedagógicos, políticos o morales (1998: 7).

La prensa moderna se vincula entonces con una ampliación del mercado de bienes de consumo (consecuencia de la urbanización, del aumento de población y de los ingresos) y con las transformaciones técnicas que permiten acceder (mediante la publicación masiva de diarios y periódicos) a ese público que está en expansión y que es heterogéneo puesto que los sectores obreros y medios van incrementando su capacidad de consumo.

La ampliación del público incide en las transformaciones de las características formales y temáticas de las publicaciones periódicas, que serán misceláneas integradas no sólo por noticias sino también por notas de color, que intentan atraer a los nuevos lectores.

3.1.2. La prensa en el Río de la Plata en las primeras décadas del Siglo XX

Los estudios sobre la prensa rioplatense de fines del XIX y primeras décadas del siglo XX plantean la emergencia de un proceso de transformaciones en las publicaciones periódicas que comienza durante las últimas dos décadas del siglo XIX, en las que la prensa es todavía partidaria¹⁰⁸, para dar lugar a una etapa de modernización en el período comprendido entre 1900 y 1930, en que los periódicos se van distanciando de los partidos políticos y comienzan a depender de la venta de ejemplares y por tanto, del mercado. Beatriz Sarlo estudia este proceso en el cual tiene un lugar muy relevante la ampliación del público lector en el cual comienzan a incorporarse los sectores medios y populares, por lo que la prensa no es ya solamente consumida por un público ilustrado. Este hecho colabora en la consolidación de un campo editorial y en los cambios en las modalidades de los periódicos que se van adecuando a los nuevos lectores. El formato tabloid permite que la lectura se pueda hacer en cualquier lugar, los artículos ya no son extensos, se incorporan crónicas policiales, novedades, notas de la cotidianeidad, cine deporte, historietas, notas de costumbre que lo hacen atractivo para el público masivo (2003: 17- 22).¹⁰⁹

La *Guía periodística Argentina* de 1913, cuya información es retomada por Sylvia Saítta (1998: 28), es una fuente que permite dar cuenta del estado de las publicaciones y de

¹⁰⁸ Fabio Espósito (2009) expone una diferenciación de la prensa decimonónica respecto a los periódicos modernos del siglo XX, fundamentalmente, a partir de la caracterización de los primeros como *prensa partidaria*, es decir, los periódicos creados por los partidos políticos como sus órganos de publicidad.

¹⁰⁹ Se retoman en este apartado los siguientes trabajos sobre la prensa rioplatense: Fabio Espósito (2009) Jorge Rivera (1998) Eduardo Romano (2004) Sylvia Saítta (1998) Julio Ramos (1989) Paula Alonso (2004) Beatriz Sarlo (2003).

su circulación y consumo: aproximadamente circulaban en 1913, 52 000 ejemplares diarios, lo que deja ver la gran cantidad de nuevos lectores surgidos en parte por el impacto de la enseñanza pública y las campañas de alfabetización, diferenciados de los lectores tradicionales de prensa y literatura.

La *Guía* señala a *La Prensa* como el emprendimiento periodístico más poderoso del Sur y Centro de América y una de las primeras publicaciones del mundo por sus instituciones, su capital y su tiraje diario de 160.000 ejemplares. Es el diario que, tanto por su alto tiraje como por la incorporación de técnicas de impresión y novedosos servicios, será una empresa señera durante la primera parte del siglo XX. Asimismo, cuenta con la mayor cantidad de lectores, los cuales pertenecen a distintos estratos socioculturales.

Se ubica en una segunda instancia a *La Nación*¹¹⁰, que cuenta con edificio e imprenta propios. Ramos señala que si bien el diario *La Nación*, particularmente hasta 1874, será tradicional en el sentido de que sigue teniendo características de lo que Halperin Donghi denomina “periodismo faccioso”¹¹¹, comienza a relativizar su autonomía y a modernizarse progresivamente, tanto en términos de la tecnología de la publicación como en lo que concierne a la racionalización y especificación de funciones ligadas con la información y la publicidad comercial (Ramos 1989: 97).

Otras de las publicaciones mencionadas en la *Guía Periodística Argentina* son los matutinos: *La Argentina*, fundado en 1907, *La Gaceta de Buenos Aires*, de 1910, con imprenta propia y un tiraje de 80 000 ejemplares, *Sarmiento*, *Última Hora*, fundado en marzo de 1908 con imprenta propia y un tiraje de 35 000 ejemplares; *El Nacional*, fundado en junio de 1907 con dos ediciones diarias de 25 000 ejemplares; y *La Tarde* fundado el 16 de agosto de 1912 por Emilio Morales, con un tiraje de 16 200 ejemplares en dos ediciones diarias. Una de las omisiones de la guía es el matutino *La Mañana*, continuador de *El País*, fundado por Pellegrini el 1° de enero de 1900, propiedad de Francisco Uriburu y que cuenta como director con Mariano de Vedia. Aparece hasta 1919, fecha en que es reemplazado por *La Fronda*, diario de la tarde fundado también por Francisco Uriburu el 1° de octubre; otra de las publicaciones que no figura es *El Diario*.

¹¹⁰ Se ampliará la información sobre *La Nación* y *El Mundo* en el capítulo 3.

¹¹¹ Así denomina el autor al periodismo partidario en su análisis de la obra periodística de José Hernández (2006:220-223).

Sáitta caracteriza a los diarios de la tarde (*La Razón*, *Última hora* y *La tarde*) como precursores en lo que concierne a las transformaciones operadas en el formato y la diagramación. Los cambios respondían a la necesidad de atraer lectores. *La Nación* y *La Prensa* mantenían en cambio un modelo tamaño sábana (63 x 47 cm. de 7 columnas de 6,3 cm.) con la tapa y las primeras páginas cubiertas por avisos clasificados. El rasgo que nuclea a las publicaciones de la tarde es el distanciamiento formal del poder político, causado principalmente por ser fundadas y dirigidas por periodistas y no por hombres vinculados al gobierno. En estos diarios de la tarde se irán evidenciando los rasgos preeminentes del nuevo periodismo norteamericano: predominio de la noticia por sobre la opinión, pretendida objetividad en el criterio editorial, incorporación de ilustraciones.

En 1913 se incorpora en este campo de la prensa rioplatense el diario *Crítica*. Mientras que el espacio de la mañana aparece contenido manifiestamente por *La Nación* y *La Prensa*, entre los vespertinos no existe aún una publicación predominante. *Crítica* es el diario que introduce en la década del veinte el estilo sensacionalista inaugurado en EEUU por Joseph Pulitzer y William Hearst, caracterizado por el desarrollo pormenorizado de relatos de crímenes y conflictos, y la organización de campañas de denuncia de actos de corrupción o de las precarias condiciones de vida de parte de la población (Sáitta 1998: 34-38).

Más tarde, en 1928 entra en escena el diario *El Mundo*, que competirá con *Crítica* por el público vespertino. El formato tabloid, las variadas secciones dirigidas a distintos sectores del público, la incorporación de narraciones, artículos de color, notas de costumbres, historietas e ilustraciones, otorgan al diario un marcado perfil moderno que conservará durante la década del treinta (Sarlo 2003: 20).

El estudio de las publicaciones periódicas a comienzos del siglo XX nos remite a la cuestión del mercado editorial y del público. En América Latina no se establece este mercado precisamente hasta esa época. De ahí que algunas funciones de la novela en Europa como la representación del nuevo espacio urbano fueran cumplidas en América Latina por formas relacionadas con el periodismo como por ejemplo la crónica (Ramos 1989: 84).

La existencia de este mercado se debe en parte a la ampliación del público. Entre los años 1880 y 1910 emerge en Argentina un nuevo tipo de lector: aquél que surge de las

campañas de alfabetización con que el poder político buscó asegurar su estrategia de modernización. Estadísticas señaladas por Adolfo Prieto evidencian que en menos de 30 años se redujo el porcentaje de analfabetismo a un 4 por ciento (si bien el dato es relativo porque según testimonios y censos esa cifra no representó una efectiva alfabetización). La prensa periódica, en este marco actuó como fuente de lectura inicial para ese público recientemente alfabetizado y creció cuantitativamente en relación con éste, si bien el conjunto de lectores de las publicaciones periódicas estaba integrado también por los consumidores regulares de la alta cultura letrada. Representó por ello una zona de lectura compartida y de alguna manera esto posibilitó la tendencia a la nivelación de códigos expresivos (2006: 27-34).

Entre otros factores entonces, el desarrollo del mercado editorial y la aparición progresiva de un público de lectores de publicaciones periódicas, posibilitan la modernización del periodismo en un marco de modernización más abarcativo. Se evidencian, en este sentido, y siguiendo a Ramos, dos etapas en el periodismo de fines del XIX y principios del XX cuyo límite divisorio se dibuja en el marco de una transformación con respecto a la relación entre el periodismo y la literatura y el sistema político estatal: el periodismo entre el período de la emancipación y la consolidación de los estados nacionales, hacia el último cuarto de siglo, había sido el medio básico de distribución de la escritura. En la República de las Letras el periodismo era el lugar en el que se diferenciaba la civilización de la barbarie, un espacio de formalización de la vida pública en vías de racionalización. Colaboraba durante esta fase en la constitución de imágenes identitarias de nación. Actuaba como dispositivo pedagógico en la formación de ciudadanía, en particular, en aquellos nuevos lectores recientemente alfabetizados.

Hacia el último cuarto del siglo cambia el lugar del periódico en la sociedad: en el proceso de consolidación de las naciones y de autonomización del espacio político el periódico comienza a distanciarse, si bien sigue asumiendo posiciones políticas, de una función meramente estatal (Ramos 1989: 84,87).

Algunos de estos rasgos modernizadores se expanden desde Buenos Aires hacia los territorios alejados en los que la prensa es atravesada por las transformaciones mencionadas. Si bien las publicaciones periódicas de Santa Cruz no reproducen el proceso

de modernización de las publicaciones de los grandes centros urbanos, éste incide en su profusión, circulación y características.

3.1.3. La prensa periódica en Santa Cruz (1900-1930)

La profusión de publicaciones fue un fenómeno que durante el período de modernización de la Argentina no se produjo solamente en las grandes urbes. En Santa Cruz, si bien con divergencias importantes como se señaló anteriormente, se asistirá a comienzos del siglo XX a ecos modernizadores que llevan a que la cantidad de publicaciones de ese momento sea la mayor de la historia, y a que se vayan incorporando las innovaciones que transformaron la prensa en los grandes centros urbanos nacionales e internacionales. En una población con muchos menos habitantes que en las décadas siguientes (los censos de 1914 y 1920 señalan respectivamente 9 948 y 17 925 pobladores en todo el territorio de Santa Cruz) circulará la mayor diversidad de publicaciones. Para esta misma época, el discurso historiográfico¹¹² y los datos recabados y periódicos encontrados en esta investigación señalan la existencia de los órganos de prensa que se señalan a continuación.¹¹³

El primer semanario de cuya existencia se da cuenta es *El Censor*, fundado en 1903. Su director y redactor fue el capitán Juan Carlos Castex y su editor Rafael Almazán, quien introdujo la imprenta en Santa Cruz y colaboraba esporádicamente con notas de carácter hilarante. No fueron muchos los números, pero los ejemplares editados se destacaron por la belicosidad y vehemencia con que Castex defendía las opiniones vertidas en el semanario.

Es reemplazado por *El Antártico*, cuyo primer número aparece en marzo de 1904, con la aparente dirección de Enrique Cáceres, pero producido verdaderamente por Castex. Salió hasta el año 1921, sufriendo durante su existencia además de problemas económicos, algunos atentados como el ataque a balazos a la imprenta cuyos responsables no fueron descubiertos. Apareció en formato pequeño (el mismo que su antecesor): cuatro páginas de

¹¹² Los datos consignados fueron extraídos del libro sobre la historia de Río Gallegos compilado por Baillinou (1985), el cual aporta en muchos de sus artículos datos sobre la prensa santacruceña durante la primera mitad del siglo XX y de la compilación de Iurno y Crespo sobre los territorios nacionales patagónicos (2008).

¹¹³ Se ampliará la información sobre muchas de estas publicaciones en los capítulos 4 y 5.

veinte por veinticinco centímetros. El contenido, aunque breve debido a las dimensiones, era muy variado y estaba integrado por un editorial, comentarios, avisos y noticias locales. Cuando a Castex le fueron levantadas las interdicciones penales que pesaban sobre él, decidió regresar a Buenos Aires y entonces León Meneses se encargó personalmente de la redacción. Meneses era originario de España y ya había ejercido allí el oficio de periodista. Además de problemas económicos la publicación padeció la persecución de las autoridades. Durante las huelgas de Santa Cruz el local de la imprenta fue objeto de disparos. *El Antártico* dejó de editarse en el año 1921 como consecuencia de la muerte de Meneses.

Casi contemporáneo del anterior fue *La Unión*, periódico cuyo primer número apareció en noviembre de 1906. Fue fundado por Silvano Picard, que contó con el apoyo intelectual del Dr. Domingo Guglielmelli, juez letrado del territorio, y del gobernador Mariano Candiotti. El taller estaba a cargo de José Rodríguez Algarra que había sido tipógrafo en *La Prensa* y que, como experto, había intervenido en la compra de la imprenta. La correctora de pruebas y cronista social fue Flora Middleton, hermana política de Picard y primera mujer santacruceña que actuó en el periodismo. La tendencia de esta publicación fue de apoyo al gobierno de Edelmiro Falcón dentro de una orientación conservadora. Auspició la ganadería, el comercio y la industria. En cambio, *El Antártico* se aproximaba más a las tendencias populares. Operaban en una contienda constante en el marco de esta etapa en la que el periodismo era por excelencia combativo.

Las huelgas obreras de la década de 1920 constituyeron también una causa de proliferación de periódicos: *La Gaceta del Sud*, dirigida por Víctor González reemplazada luego por *La gaceta obrera*, que dejó de salir a causa de las persecuciones de las que González fue objeto, *La Verdad*, dirigida por José María Borrero y *El Austral* que estaban a favor de la causa de los obreros. *La Verdad* fue en esta época objeto de un atentado (robo e incendio) que se denuncia en sus páginas al igual que la detención de su director.

Por otra parte, la clásica oposición entre el juez letrado y el gobernador suscitó además de material periodístico, el origen de algunas publicaciones, como fue el caso de *La nueva era*. Se editó también un periódico de carácter satírico: *El Herald*. Por breves períodos y esporádicamente circularon los semanarios *El Mentiroso*, *El Mosquito* y *La prensita*, también de carácter satírico. Asimismo, comenzaron a circular también durante las primeras décadas del siglo, *La opinión española*, *El Combate*, *El Imparcial* y *El*

Radical. La primera editada por la comunidad española de Río Gallegos se publicó durante varios años. *El Radical* (perteneciente al partido) circuló durante la década del veinte.

En cuanto a los diarios, en 1921 apareció *El Nacional*. Es la primera publicación cotidiana que se haya publicado de Bahía Blanca al sur. Su director fue Arturo Brissighelli y su último ejemplar fue entregado al público en junio de 1931, año en que se fusiona con *La Unión*.

En 1924 aparecieron *El Comercio* y *La Tribuna*; en 1925 *La Unión* comenzó sus ediciones diarias y en 1928 comenzó a publicarse *La Fronda* de Francisco Carbó que fue el introductor de la linotipo en Río Gallegos

Amador Víctor González publicó durante los años 1929 y 1930 la revista *Letras patagónicas*. En esos años también comenzó a circular la revista *La Argentina Austral*. Según lo expresado por el equipo editorial de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora, su objetivo fue “publicar una revista para utilizarla como propaganda, a distribuirse gratuitamente ante la clientela y cuyo costo se cubriría fácilmente con los avisos de los proveedores”.

La tirada inicial fue de 5.000 ejemplares, los que eran distribuidos de manera gratuita principalmente en las sucursales comerciales de la empresa. Se presentaba como una revista de interés general, orientada a la difusión de información referida a la región patagónica: noticias, biografías de determinadas personalidades históricas, características de la geografía local, acontecimientos sociales y notas y artículos referidos a lo que se presentaba como las principales necesidades de la zona. Dentro del lapso de 39 años en el que fue producida y puesta en circulación (1929-1968), su publicación se vio interrumpida durante dos años (desde junio de 1939 hasta julio de 1941) (Sayago 2008).

En otras localidades de la provincia también se evidencia la existencia de numerosos ejemplares: *La semana*, *El Eco* y *El avisador comercial*, en San Julián; *La Mata* en Las Heras; *La Cordillera* en Perito Moreno, *El orden* en Puerto Deseado.

En Argentina, los ecos modernizadores de la prensa no solamente llegan a los grandes centros urbanos sino que también, sin que sea una reproducción exacta de sus características, se extienden a la periferia. En el caso de Santa Cruz la modernización tendrá su correlato en la gran cantidad de periódicos que circularon durante las tres primeras

décadas del siglo XX¹¹⁴ y en formatos que empiezan a incorporar crónicas policiales, textos literarios, notas destinadas a la mujer, publicidades ilustradas. Por otro lado, la relación entre publicaciones periódicas y política, si bien se va moderando, seguirá siendo considerable.¹¹⁵

El hecho de que Santa Cruz y las demás provincias patagónicas hayan sido durante la época citada territorios nacionales otorgó a la prensa características y prerrogativas importantes, pues se consolidó como portavoz de los habitantes de la región. Además, el referente del que se ocupan las publicaciones: territorios configurados como lugares desanexados del poder central y como *desiertos* (que debían anexarse a la nación o a otro país dependiendo de la nacionalidad de quien enunciara los textos) incorpora a la prensa en un corpus que nace con los viajeros, continúa en la literatura de frontera nacional y se extiende al periodismo producido en Buenos Aires y en la región y a las prácticas literarias de autores santacruceños.

3.2. El espacio patagónico como referente textual en dos momentos del proceso de modernización periodística: las crónicas de Roberto J. Payró en *La Nación* y las aguafuertes de Roberto Arlt en *El Mundo*

Como ya se expuso, Roberto Payró y Roberto Arlt escriben crónicas sobre el territorio sur de Argentina que emergen en los viajes de los escritores por esta región. Más allá de las evidentes diferencias contextuales, las divergencias entre ambas discursividades pueden explicarse a la luz de dos momentos distintos en el proceso de autonomización del escritor y en el posicionamiento de la prensa en la lógica de mercado que se desarrolla en la primera década del siglo XX.¹¹⁶

Si bien Payró es una figura precursora y representativa de la profesionalización del escritor, debido tanto a su profusa actividad periodística como al reclamo de derechos que

¹¹⁴ En la actualidad existen sólo tres periódicos, publicados todos en Río Gallegos.

¹¹⁵ Los diarios estarán muy vinculados a partidos políticos como el caso de *El Radical* o a sectores hegemónicos, por ejemplo *La Unión*, dirigido por un hombre ligado a la Sociedad Anónima, Edelmiro Correa Falcón.

¹¹⁶ Ramos (1989).

preconiza, hay cierta ambigüedad en lo relativo a su relación con la política, dimensión insoslayable en el proceso de profesionalización del escritor señalado por la crítica.¹¹⁷

Roberto Payró se presenta como el ejemplo más ilustrativo del nuevo tipo de escritor “profesional” que adviene a fines del siglo XIX tanto por su carácter de testigo y protagonista del largo proceso comprendido entre 1880 y 1926¹¹⁸, como por las reflexiones que dedica al tema. Si bien ejerce el periodismo, el lamento por la necesidad de esta práctica (distante de sus pretensiones artísticas) para sobrevivir será un tópico reiterado en sus escritos: así en el ensayo dramático *Triunfador*, el cuento *Mujer de artista* y la obra teatral *El triunfo de los otros*, dan cuenta del intelectual que se debate entre “las empujadas ilusiones que suscita la obra artística y el nombre literario, y el fracaso rotundo (o la postergación) a la que suele condenarlas el ejercicio *mercenario* de la pluma” (Rivera 1998: 30, el destacado es del autor). A su vez, la citada obra teatral expondrá las ambivalencias de los intelectuales que quieren autonomizarse de la esfera política, pero expresan, no obstante, el anhelo de ser quienes guíen a los gobernantes.¹¹⁹

En este marco, el escritor traza, a través de la descripción del espacio patagónico, un plan político para la consolidación territorial del Estado-Nación, revelando así que la figura que representa se encuentra ligada aún con los círculos de poder y manifiesta la voluntad de participar de las decisiones políticas. Este plan forma parte de los dispositivos discursivos que intervienen en las cartografías de lo nacional, ya que procura la incorporación de un espacio. Estos trazados simbólicos intentan homologar los límites geográficos con los límites culturales, anexando las áreas alejadas del territorio nacional. El título *La Australia Argentina*¹²⁰ se inscribe en esta operación al trazar analogías entre la región patagónica y una geografía distante aunque identificable para el lector. La vastedad, la aridez, el problema de la escasez de habitantes y el poblamiento como factor que debe potenciarse son tópicos comunes a ambos territorios. Por ello, Payró exalta los recursos económicos y las oportunidades que tienen aquellos que acepten poblarlo, y realiza una descripción del paisaje que constituirá una ponderación de los rasgos potenciales de este espacio.

¹¹⁷ Viñas (2003: 299- 304), Dalmaroni (2006: 141-150).

¹¹⁸ Jorge Rivera plantea que otros escritores paradigmáticos de este período (sitúa en las décadas mencionadas el proceso de crecimiento de la industria cultural en Argentina) podrían ser José Álvarez o Eduardo Gutiérrez pero la figura de Payró se destaca por su experiencia y por los escritos que dedica al tema (1998:28).

¹¹⁹ Véase Dalmaroni (2006: 141-151).

¹²⁰ En adelante LAA.

Las aguafuertes de Roberto Arlt escritas tres décadas después no sólo dejan ver las transformaciones en la imagen de la Patagonia como promesa económica, sino que están atravesadas también por la consolidación de la autonomización del periodismo, proceso en el que los textos van respondiendo cada vez más a la lógica del mercado. La escritura de Roberto Arlt en este marco se desplaza de las operaciones ligadas al estado y se sitúa en el horizonte de lectura de los receptores del diario y sus intereses entre los que se encuentra el gusto por lo exótico.

Así, las veintidós aguafuertes patagónicas que escribe para el diario *El Mundo*, publicadas luego en *En el país del viento. Viaje a la Patagonia (1934)*, tienen como principal propósito entretener y causar extrañamiento mediante la configuración de un espacio extraño. La Patagonia ya no es la promesa que Payró había presentado, sino un territorio desagregado y alterno respecto de los centros urbanos. Su extravagancia hace que sea descriptible mediante recursos y citas provenientes del cine y de la literatura, y que se recurra a imágenes canónicas identificatorias de la región como la del desierto. Los sujetos y el paisaje patagónico se describen con representaciones similares a las aparecidas en los diarios de los viajeros ingleses y en la literatura nacional decimonónica de frontera (en las obras de escritores como Echeverría, Sarmiento y Mansilla) correspondiéndose con imágenes del vacío, exotividad, barbarie, alteridad, extranjería. Estas crónicas breves distan de la recopilación de datos geográficos, económicos, históricos y políticos que encontramos en *La Australia Argentina*.

En la escritura de Payró predomina todavía lo que Rama denominó la función ideologizante,¹²¹ si bien el autor de LAA se adecua al público para lograr acceder a él, esta proyección masiva tiene como principal fin la transmisión de valores ideológicos a través de narraciones pedagógicas.¹²² En las aguafuertes, en cambio, aunque presentan un tono de denuncia, la función ideologizante se ve atenuada por el que parece ser el mayor propósito: captar la atención del lector y entretenerlo.

¹²¹ Rama denominó “función ideologizante” a la nueva forma de participación política de los intelectuales latinoamericanos durante el período de modernización comprendido entre los años 1870 y 1920. Parafraseando al crítico, a estos letrados, debido a su condición de ideólogos, les cabía la conducción espiritual de la sociedad, mediante una superpolítica educativa que se diseñó contra la política cotidiana (1984:118).

¹²² Sarlo plantea en el Prólogo a las *Obras Completas* del escritor que la narración es el vehículo más apropiado para la transmisión pedagógica y sitúa a las crónicas patagónicas dentro del género folletinesco (Payró 1984:21).

Estas crónicas surgidas a partir de sus viajes por las tierras australes¹²³, intervendrán como dispositivos de configuración de la fundación discursiva del espacio patagónico en la prensa nacional. Si bien los primeros relatos de viajes por la zona pertenecen a los viajeros ingleses que transitaron la región, a partir de las crónicas de Payró y de Arlt, se produce la emergencia de este espacio como nuevo referente textual para el público lector de los grandes centros urbanos nacionales. Para hacer posible la percepción de este paisaje ignoto y disímil, se adecua el discurso y se establecen metáforas en la descripción de la naturaleza patagónica que remiten a imágenes propias de la ciudad moderna (Saítta 1997:13). Se consustancian, así, imaginarios de convergencia o desplazamiento respecto de los conformados por los relatos de los viajeros.

La porosidad de estos textos, y la extensión, heterogeneidad y vastedad de los elementos que los constituyen, trazan un mapa escriturario en el que alternan lo ficcional y lo no ficcional, el discurso científico, el discurso historiográfico, la crónica periodística, el relato de viajes, la etnografía, las obras fundacionales de la literatura argentina, los conocimientos geográficos y los cuadros de datos poblacionales, económicos y de población.

Cumplen así con una función cardinal de la prensa: su institución como dispositivo no sólo en el sostenimiento de los imaginarios colectivos sino en su creación.¹²⁴ En este sentido, las crónicas de Payró constituirán una intervención ineludible sobre el espacio patagónico en la cultura del entresiglos. Si bien en la obra se denuncia al poder gubernamental por el abandono en el que se encuentra sumido el territorio, la escritura del periodista cumplirá un rol que se corresponde con el objetivo estatal: anexar al mapa de la nación (de manera simbólica mediante el relato) los espacios apartados física y culturalmente de su centro.

Mediados por distancias temporales, políticas y culturales, ambos escritores ocupan lugares privilegiados en la etapa de modernización y proliferación del periodismo, etapa en

¹²³ Este territorio había sido representado anteriormente en el libro *En el Mar Austral* de José Álvarez. A diferencia de los cronistas nombrados, Fray Mocho no recorre la región que es objeto de su obra. Payró cita este libro entre sus abundantes reenvíos a relatos de viaje.

¹²⁴ De acuerdo con Baczkó, esta función de la prensa es utilizada desde el poder, que se rodea de representaciones, símbolos, emblemas que lo legitiman y que son necesarios para asegurar su protección (1994: 8).

la que se va consolidando el proceso de profesionalización del escritor y la autonomización de la esfera cultural.

En términos de intervención literaria y cultural dentro del mapa nacional, las crónicas de Payró y Arlt presentan una doble relación de reenvío: por un lado, a los relatos de los viajeros ingleses que describen las tierras australes (Pigafetta, Darwin, Falkner entre otros), y por otro, a las obras canónicas de los letrados argentinos del siglo XIX, en las que la frontera actuará como referente textual literario y como eje desde el cual formular un programa político para la nación. La serie cultural en la que puede inscribirse cada uno de estos textos, y las circunstancias de enunciación en las que se producen, inciden profundamente en la configuración de la Patagonia en torno al tópico dicotómico de civilización y barbarie, oscilando entre ambos polos y sus matices de manera diferenciada en ambos periodistas.

Las crónicas de Roberto J. Payró muestran la conformación del espacio patagónico como un territorio dotado de rasgos de civilidad, y, particularmente, como una región cuya anexión al mapa civilizado es posible debido a su gran potencial económico, el cual hace plausible su postulación como zona que constituye el futuro del país en términos de posesión de riqueza natural. Payró se preocupará por ello de desmentir la configuración darwiniana que recrea al paisaje sureño como desierto estéril. El periodista, guiado principalmente por uno de los intereses centrales de su plan escriturario (la atracción de inmigrantes extranjeros y de los conglomerados urbanos argentinos en pos del poblamiento de la región) reformula las caracterizaciones precedentes para mostrar un lugar en que el asentamiento es una opción de progreso económico. En cambio, la escritura arltiana puede ubicarse en la progenie del naturalista inglés a partir de significaciones imaginarias del espacio patagónico relacionadas con la esterilidad, la desolación, la ignorancia y la marginalidad, rasgos que pueden englobarse en un relevante tópico de la cultura argentina: la barbarie, que aparece plasmada en la mayor parte de las descripciones y las narraciones que constituyen las crónicas. En ellas, se representan el retraso cultural y la marginalidad física del territorio; marginalidad que se proyecta no sólo en el paisaje sino también en los pobladores que lo habitan, que son personificados como una disímil otredad.

3.2.1. Roberto J. Payró en *La Nación*

Cuando Roberto J. Payró publica en *La Nación* las crónicas que integrarán luego LAA, el diario ya se presenta como un dispositivo fundamental en la modernización y renovación técnica de la cultura¹²⁵: las nuevas linotipos y rotativas permiten menores costos y más cuantiosas tiradas para una mayor cantidad de público, cambian los formatos bajo la incidencia del modelo norteamericano (el formato de página será de 83 por 47 en siete columnas para la época en que se publican las crónicas) comienza la circulación de vespertinos y aparece el telégrafo, que será fundamental para la obtención inmediata de la noticia. Todas las transformaciones características de la modernización finisecular crean en el diario nuevas modulaciones tanto técnicas como escriturarias.

Fundado por Bartolomé Mitre el 4 de enero de 1870, proponiéndose como el sucesor de *La Nación Argentina* de José María Gutiérrez, el diario se presenta con el objeto de orientar la política nacional y guiar a gobernantes y ciudadanos. En este marco, intenta atraer a los nuevos públicos masivos para hacerse extensivo a capas de lectores que no se restringieran sólo a los partidarios de los programas mitristas.¹²⁶

Este carácter de elemento modernizador es destacado por la crítica a pesar de la pervivencia de rasgos tradicionales como la función partidaria aún subsistente¹²⁷:

¹²⁵ Véase Julio Ramos (1989). *Desencuentros de la modernidad en América latina*. México: FCE y Mogillansky, Gabriela “Modernización literaria y renovación técnica: *La Nación* (1882-1909)”. En: Zanetti, Susana (coord.) (2004). *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires 1892-1916*. Buenos Aires: Eudeba.

¹²⁶ *La Nación* disputa el campo periodístico con diversas publicaciones que van modificando sus formatos en búsqueda del nuevo público lector. En 1896 (dos años antes de la publicación de LAA) el *Anuario de la Prensa Argentina* registra seis diarios en Buenos Aires: los matutinos *La Prensa*, *La Nación* y *El Tiempo* y los vespertinos *El Diario*, *La Voz de la Iglesia y Tribuna* (citado por Saítta 1998: 28). Alejandra Laera señala la adecuación de los periódicos a la lógica de mercado mediante la utilización de estrategias de captación de lectores como las campañas de publicidad, los folletines, la inclusión de polémicas. Esta adecuación es independiente de las tendencias ideológicas de las publicaciones, diarios tan disímiles como *La Patria Argentina*, *La Crónica* y *Sud América* hacen uso de los mismos dispositivos para atraer al público (Laera 2004:62).

¹²⁷ Fabio Espósito destaca la diferencia existente en torno de la modernización periodística entre los estudios provenientes del campo historiográfico y los realizados en el campo literario. Los primeros analizan el periodismo como una práctica política que interviene en la formación de la esfera pública por lo que subrayan la dependencia de la prensa respecto de la política. Los segundos, conciben la modernización de la prensa y la literatura como un proceso de autonomización respecto de la política, en concomitancia con la ampliación del público lector; si bien reconocen la dependencia existente, hacen hincapié en los atisbos de autonomización literaria que tienen lugar en las páginas de los diarios (Espósito 2009: 71).

(...) a lo largo de las dos últimas décadas del siglo, *La Nación* continuó siendo un periódico muy híbrido, que mantenía vestigios del periodismo tradicional, a la par que modernizaba radicalmente su organización discursiva. Más en la tradición del periodismo francés que del ya emergente “amarillismo” norteamericano, *La Nación* nunca limitó sus funciones a la información noticiera. Tampoco puede hablarse de su organización discursiva en términos de una “industria cultural”, distintiva del capitalismo avanzado. Sin embargo, tampoco podemos subestimar la modernización que el periódico precisamente proponía, no sólo como su proyecto empresarial, sino como un modelo de transformación general para la Argentina, muy en línea de la ideología desarrollista del propio Mitre (Ramos 1989: 100).

Dirigido en un principio por el general Mitre, contará luego, de manera sucesiva, con la dirección de sus hijos: Bartolomé Mitre y Vedia entre 1882 y 1893, y Emilio Mitre a partir de ese año. “Bartolito” será una figura más asociada a la promoción cultural y Emilio se focalizará en la militancia política, sin realizar tareas de periodista. *La Nación* contará entre sus colaboradores con prestigiosas figuras provenientes de distintos sectores y estéticas: Rubén Darío, Manuel Ugarte, Roberto Payró, Alberto Ghirardo, Gómez Carrillo, José Martí, Paul Groussac, Julio Piquet entre otros. Las transformaciones surgidas a partir de 1880 se evidencian en el paso de escritores como Miguel Cané, Lucio V. Mansilla, Eduardo Wilde y Paul Groussac a literatos provenientes de las masas inmigratorias. Los corresponsales se radicarán, a diferencia de otras publicaciones, principalmente en París.¹²⁸

En el plano cultural el diario se posiciona como orientador de tendencias, propagador de novedades y lugar de debate. La relación entre la publicación y la literatura tendrá varios frentes: por un lado, la inserción de escritores y, por otro, los debates estéticos como las disputas en torno al naturalismo y al simbolismo. El eclecticismo literario se justifica en la expectativa de un público heterogéneo que se percibe en las elecciones de la publicación: las crónicas de Rubén Darío o José Martí junto a los folletines de Dumas o las novelas costumbristas.

¹²⁸ Por el contrario, *La Prensa* cuenta con cronistas españoles como Leopoldo Alas y Emilia Pardo Bazán.

Roberto J. Payró, cuyas crónicas se caracterizaron por denunciar los problemas políticos y sociales del país, fue el colaborador argentino de más larga trayectoria en *La Nación*. Ingresó en 1882 a través de Julio Piquet y llega a ocupar los cargos de secretario del periódico y director de la Biblioteca. Su primera corresponsalía es en el interior de la provincia para investigar el cuatreroismo; producto de este viaje publica la serie “Viaje de un hijo de esta tierra que sabe decir la verdad” con el seudónimo de Julián Garay. Junto a Darío y a otros jóvenes escritores forma parte de las nuevas figuras del campo cultural, aunque sin pertenecer al modernismo.

Su posicionamiento como figura señera en este proceso de renovación de la prensa y de autonomización literaria, se debe principalmente a su trabajo como presidente de la primera sociedad de escritores, fundada en 1906, y a su copiosa producción de notas en torno al trabajo del escritor. Sus comienzos en la prensa se remontan a su participación como corrector de *El Comercio*. En 1885 publica su novela *Entre amigos* en el folletín de *La opinión* y dos años más tarde aparece *Scripta*, un libro de cuentos editado por Peuser.

Además de su destacada y prolífica participación en *La Nación* escribió para los diarios *La patria argentina*, *La libertad*, *Sud América*, *La Razón*, *El interior*, y fundó su propio órgano de prensa en 1889 en Bahía Blanca: el diario *La tribuna*. Financiado con fondos provenientes de una herencia paterna, quiebra dos años después. Luego de ello regresa a Buenos Aires y trabaja como secretario de redacción de *El argentino* y como colaborador de *La Prensa* y *El pueblo argentino*, hasta que en 1892 se incorpora definitivamente a *La Nación*. Allí se hará cargo de la dirección de la Biblioteca en 1901 junto a José María Drago. Entre sus tareas (entre las cuales tendrá gran importancia la de orientar las lecturas populares)¹²⁹ estará la de traducir obras de autores extranjeros, práctica novedosa para la época con la que se imitan los modelos periodísticos de EEUU y Francia.

Entre los libros de Payró se destacan: *Novelas y fantasías* (1888), *La Australia Argentina* (1898), *El falso Inca* (1905), *El casamiento de Laucha* (1906), *Pago Chico* (1908), *Violines y toneles* (1908), *En las tierras del Inti* (1909), *Divertidas aventuras del*

¹²⁹ Margarita Merbilhaá ha estudiado las estrategias de lanzamiento de la Biblioteca desde las páginas del diario y los objetivos declarados de la colección: “La necesidad de asociar un criterio de didactismo cívico o moral a la difusión de los bienes culturales entre sectores ampliados traduce un deseo, propio del sector ilustrado de comienzos del siglo XX, por un lado, de contribuir a una orientación (inclusive a un control) de las lecturas populares y, por otro, de desviar la tendencia criollista de los folletines y novelones gauchescos” (Merbilhaá 2006: 34).

nieto de Juan Moreira (1911), *El capitán Vergara* (1925) y *El Mar dulce* (1927); entre sus obras de teatro *Alegría*, *Canción Trágica*, *Marco Severi*, *Mientraiga*, *Sobre las ruinas*, *Vivir quiero conmigo* y *El triunfo de los otros* (estrenada en 1907). A esto se suma la extensa lista de reseñas, traducciones y artículos que a lo largo de casi medio siglo firmó con su nombre y con los seudónimos de “Magister Prunum”, “Tomasito Buenafé”, “Loreto Cartucho”, “León Manso”, “Julián Gray”, “Gustavo Colline”, entre otros. Las crónicas patagónicas integran un vasto corpus de relatos de viaje producto de su trabajo como periodista en *La Nación*: una serie de notas sobre la situación en el campo bonaerense en 1897, un año después *LAA*, en 1899 *En las tierras del Inti*, informe periodístico de una expedición a las provincias del norte, en 1900 describe las inundaciones correntinas y en 1903 cruza el Río de la Plata para cubrir la insurrección de Aparicio Saravia en el Uruguay.

A comienzos de siglo, vive exclusivamente de su trabajo literario y periodístico pero, como señala Rivera, de un trabajo rutinario y tedioso de traducciones, artículos, correcciones. Hasta su muerte en 1928, Payró se consagrará a la doble profesión de escritor y periodista (Rivera 1998: 27-30). La tensión y ambigüedades entre sus posicionamientos ante la industria cultural y sus trabajos son señaladas por el crítico:

Desde el punto de vista ideológico, las admoniciones de Payró, cuyo pensamiento reformista y cuya intencionalidad pedagógica y eticista son bien conocidos, no se apartan en este sentido de las grandes líneas de crítica social del siglo XIX: las censuras de Nisard y Nettement a propósito de la “literatura industrial” y la defensa que hace Sainte-Beuve del “arte utilitario”, aunque también aflore paradójicamente una sublimación de la idea del arte “desinteresado” y de la categoría “trascendente” del artista, que se contrapone a los nuevos valores del mundo mercantil e industrializado y es heredera directa de la vieja teoría del arte por el arte. L’art pour l’art.

Más allá de las duras verdades que desnudan estos textos, puede acotarse que buena parte de la obra de Payró relativiza o pone bajo otra luz sus ácidas diatribas contra el periodismo y la naciente industria cultural. Es suficiente con recordar, en este sentido, su pasable fortuna como autor dramático o tener en cuenta que libros como *La Australia Argentina* y *En las tierras del*

Inti aparecieron originariamente en los folletines de *La Nación*, como tarea eminentemente periodística (Rivera 1998: 30).

Las polémicas en torno a los cambios que atraviesan la esfera cultural y las paradojas vividas por los intelectuales en este marco (como en el caso de Payró) son recurrentes en este período debido principalmente a que el aumento del público lector de diarios y revistas (en las que muchas veces publican los periodistas como Payró a pesar de manifestar en ocasiones posturas apocalípticas respecto de la incipiente industria cultural) no es correlativa con un crecimiento del público de las obras literarias de autores nacionales, consideradas prestigiosas por las instituciones legitimadoras de esta etapa.

Un caso análogo al de Payró, en este sentido, es el representado por Rubén Darío, cronista también de *La Nación*. No solamente por su trabajo en la prensa sino porque los dos libros que publica en Buenos Aires fueron solventados por Carlos Vega Belgrano, director de revistas y periódicos en cuya producción literaria pocos creían y por Ángel de Estrada y algunos de sus adinerados amigos (Romano 2004:39):

Adolfo Prieto señala para esta misma época, basado en los testimonios de los protagonistas o de los recopiladores de anuarios de publicaciones literarias, las escasas oportunidades de publicación y los pocos ejemplares que se vendían, citando como casos paradigmáticos a Rubén Darío¹³⁰, Manuel Gálvez y Lugones (Prieto 2006: 50-52).

Como señala Miguel Dalmaroni, son importantes en el análisis de su rol en esta etapa, las “Crónicas del día” publicadas en *La Nación* entre agosto y diciembre de 1906. En las mismas predominan como referente textual las cuestiones concernientes al teatro nacional y su público, y la situación del escritor (Dalmaroni 2006: 141-150). No obstante, algunas de sus obras dejan entrever las ambigüedades y tensiones que se suscitan en el período. Miguel Dalmaroni analiza el drama *El triunfo de los otros* (analizado asimismo por David Viñas 2003: 301) publicado como folletín en *La Nación* entre el 13 y 23 de enero de 1907. Payró ficcionaliza en la obra numerosos tópicos del discurso de los intelectuales

¹³⁰ Darío manifiesta en su *Autobiografía*: “Cuando yo vivía allí, publicar un libro era una obra magna, posible sólo a un Anchorena, a un Alvear, a un Santamarina: algo como comprar un automóvil, ahora, o un caballo de carrera. Mis *Raros* aparecieron gracias a que pagaron la edición Ángel de Estrada y otros amigos; y *Prosas profanas*, gracias a que hizo lo mismo otro amigo, Carlos Vega Belgrano. ¿Editores? Ninguno” (Citado por Prieto 2006: 50).

de entresiglos acerca de sí mismos y de su relación con la sociedad y con el estado en vías de modernización, y las tensiones de esa relación. El crítico concluye en que:

En términos de prácticas materiales y de sujetos, la clase de autonomía que Payró imagina aquí para las letras se sustenta en una especie de ventriloquía, un programa en que los nuevos líderes del estado moderno son la voz del escritor artista (...) Este pacto se organiza en Payró según el imaginario del reformismo socialista: una revolución pacífica, llevada a cabo por un político pobre, guiado por discursos que escribe el artista (Dalmaroni 2006: 150).

Viñas señala esta ambigüedad respecto de la presunta autonomía de los grupos de poder en las crónicas patagónicas de Payró. Plantea que en las configuraciones del pionero y del indio, el escritor exalta a los primeros y existe en su escritura una justificación velada de la Conquista del Desierto. Esta falta de un posicionamiento explícito sería consecuencia, según los postulados del crítico, del pacto entre Mitre (director de *La Nación*) y Roca (Viñas 2003: 300).¹³¹ Otras posturas, en cambio, lo mencionan como uno de los escritores que a diferencia de las voces que fundaron la conquista de la frontera en EEUU, representan un nuevo tipo de escritor profesional despojado de los vínculos orgánicos con los estamentos gubernamentales (Andermann 2000: 130).

La crítica posiciona frecuentemente a Payró en un lugar denostado debido a su “primitivismo formal, moralismo y afán pedagógico” (pecados capitales para el gusto literario moderno). Los términos pertenecen a Sergio Pastormerlo quien los atribuye a varios artículos y capítulos dedicados al escritor. Estos “cargos” hacen que la prensa, que en tiempos de Sarmiento había sido el lugar privilegiado de la literatura nacional se convierta, a fines del siglo XIX, en su forma degradada. No obstante, siguiendo los planteos de Pastormerlo (2008), Payró logró conectarse con su nuevo público sin obedecer a sus gustos.¹³² Puede concluirse en que la voluntad pedagógica del escritor no

¹³¹ Asimismo, hace referencia a la relación entre Payró y la tarea periodística en *Literatura argentina y realidad política II*. Allí, en un breve apartado dedicado al escritor señala el alejamiento del periodista de su rebeldía inicial como consecuencia de su ingreso a *La Nación* (Viñas 1996:43-44).

¹³² Es interesante en este sentido, la omisión de Eduardo Gutiérrez, el autor de Juan Moreira, en la nómina redactores de *La Patria Argentina* que enumera Payró en “Crímenes a granel”. Esta postura antimoreirista

fue sólo un requerimiento propio del periodismo moderno, sino que él mismo fue moderno, tanto como podía serlo un escritor-periodista nacido en la década de 1860. Las ambigüedades que la crítica plantea (expuestas anteriormente) se explican –según los planteos de Pastormerlo– en el hecho de que Payró reunió en su figura la profesionalidad del periodista con un mito residual propio del letrado decimonónico: aspirar a ser guía espiritual en cuestiones públicas, por lo que no pudo dejar de lado la intención pedagógica.

3.2.2. *La Australia Argentina*

Las crónicas patagónicas de Payró pueden considerarse el primer texto periodístico publicado en un diario de Buenos Aires que presenta exhaustivamente datos etnográficos, históricos, geográficos, económicos, sociales, políticos y culturales de la región. *La Nación* le encomienda en 1898 informar sobre la situación en que se encontraban los ignotos territorios del sur. La travesía del periodista por la Patagonia dura tres meses, del 12 de febrero al 10 de mayo, durante los cuales escribe y publica a manera de folletín las crónicas de viaje que aparecerán en el tabloide entre el 15 de mayo y el 26 de septiembre, y que serán recopiladas casi simultáneamente en un volumen de 700 páginas con el título *La Australia Argentina*. Recorre las actuales provincias de Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, que aparecen por primera vez representadas exhaustivamente en la prensa metropolitana.

Inscritas en la tradición de la narrativa de viajes, estas crónicas se conforman en base a una hibridez genérica en la que intervienen formas del discurso científico y del discurso historiográfico, relatos ficcionales, cartografía, la iconografía de paisaje, los daguerrotipos, las descripciones de los habitantes primigenios, datos poblacionales, estadísticas y cuadros, junto con un inventario ponderativo y pormenorizado de los recursos económicos de la región. Asimismo, se reproducen a lo largo de sus páginas muchas

puede interpretarse a la luz de la función del letrado tradicional que dejó persistir en su rol de nuevo periodista (Generani 2002:66).

transcripciones directas de entrevistas con pobladores¹³³, que reflejan la cercanía del viajero con el lugar que describe y algunas de las fuentes de las que se nutre su vasto relato. Payró había tenido un primer acercamiento con la situación regional en 1885 cuando se publicaron en *La Nación* los textos de su autoría sobre el conflicto limítrofe entre Argentina y Chile en momentos en que estuvo a punto de desencadenarse una guerra. En estas crónicas intentó apaciguar la pasión antichilena (Generani 2002:65).

En este marco, los ignotos territorios de la nación incipientemente moderna (e integrada, por una parte, por centros concentrados poblacionalmente; y por otra, por vastos espacios ocupados por escasos habitantes) constituirán para los lectores de las urbes un referente textual considerablemente atractivo debido al exotismo y a la novedad que representan. La Patagonia aparecerá así como un espacio donde confluyen diversos factores: la implementación de nuevas tecnologías, la emergencia de nuevos actores sociales (como las etnias aborígenes) la presencia de viajeros y colonos, la redefinición del espacio del campo y de las ciudades, las comunidades heterogéneas de ‘pioneros’, los asentamientos de pobladores nativos y extranjeros en tierras de frontera, la escasa presencia del Estado. Todos estos elementos, sumados a la lejanía del ‘centro’, promueven discursividades de fabulación y aventura que resultan afines a las necesidades del periodismo moderno y a la avidez de exotismo y curiosidad de los lectores urbanos.

Las crónicas de Payró, escritas en un contexto de enunciación cuyo marco es un estado de expansión colonial, particularmente británica, y el conflicto limítrofe con Chile, se instituyen como los primeros intentos simbólicos de anexión del espacio patagónico al estado-nación y el comienzo de la homologación entre los límites de uno y otra. Si bien Payró no recorrió en profundidad el territorio patagónico, visitó sus centros poblados más importantes y entrevistó a pioneros, indios, autoridades y aventureros. En el prólogo a la edición de 1963, Raúl Larra plantea el escaso grado de conocimiento que se tenía de estos territorios hasta la visita de Payró y la publicación de sus crónicas, representados hasta entonces como un desierto seco, yermo, cruel para la vida humana. Sus conclusiones no son suficientes para desvirtuar un pasado de falsas ideas, falta “la difusión en alta voz de la

¹³³ Mary Louise Pratt propone, pensando en los relatos de viaje, la categoría de “zona de contacto” definida como la presencia conjunta espacial y temporal de sujetos, anteriormente separados por divisiones geográficas e históricas (Pratt 1997: 35). Payró se incorporará en una zona de contacto al ingresar en la Patagonia y entrevistar a sus pobladores.

ingente riqueza que guarda la Patagonia. La prodigalidad que encierra dentro de sí como un cuerno de la abundancia, presta a derramarla ante el esfuerzo tenaz y continuado” (Larra 1963:8).

Mitre, en la carta que prologa la publicación, especifica la tarea de completar un espacio del mapa de la nación que estaba vacío, incorporarlo simbólicamente a los límites estatales mediante una operación escrituraria. Al mismo tiempo que destaca su carácter de tratado sociológico exponiendo los cuantiosos datos que la obra recopila, critica la extensión de los sucesos de viaje que le dan a la obra un viso de novela. Como en *Facundo*,¹³⁴ el género se problematiza desde el comienzo (siguiendo este razonamiento la figura de Mitre puede homologarse con la de Alsina) y el director del diario le asigna el lugar de tratado estadístico de la región, que se contrapone a los sucesos ficcionales, de matiz pedagógico que se deslizan en LAA:

Por esto, su libro como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi mudo, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para dilatarla y vivificarla (Mitre en Payró 1982:9).

Más adelante, luego de otorgarle la función de comentario del mapa geográfico, censura la extensión de las anécdotas:

La narración del viaje es amena y animada; las aventuras y las escenas que se suceden le dan a veces el interés de la novela, aunque a veces, también, pequen por minuciosas y demasiado largas, defecto fácil de corregir en una revisión (Mitre en Payró 1982:10).

De este modo destaca, por un lado, la función estratégica que tiene la obra de Payró: estudiar y dar a conocer una región para incorporarla al marco de la nación y por otro,

¹³⁴ Sarmiento contesta a Alsina en la carta que prologa la edición de 1851, justificándose (y aceptando así el carácter erróneo de la ficcionalización), al decir que la falta de documentación con la que el crítico amonestaba el *Facundo* era producto de encontrarse el autor “lejos del teatro de los sucesos” y del propósito “de acción inmediata y militante” (Sarmiento 2008: 68).

señala el género de este texto, la crónica, como una discursividad alejada de la novela y por lo tanto de la ficción, con rasgos más cercanos al tratado sociológico.

3.2.3. El viaje

En las primeras páginas, en la descripción de su arribo, Payró hará mención a un nombre y a una situación en el puerto que sitúa su escritura entre el periodismo y la ficción, entre el realismo y la crónica y en un período cultural particular: la etapa de modernización finisecular en la que en la industria cultural incipiente se entrecruzan el periodismo y la literatura:¹³⁵

Y apretones de manos, saludos afectuosos y conmovidos, conversaciones entrecortadas por el ir y venir de visitantes, pasajeros, vendedores de libros y de baratijas:

- La última novela de Zola.
- Cigarros y cigarrillos.
- ¡La Nación, La Prensa!
- No deje usted de escribirme...
- ¿para cuándo es el regreso?

Diarios y novelas transitan por el mismo circuito' se entrecruzan en el mismo mercado, reflejo de la incipiente industria cultural, y los nuevos circuitos de las obras propiciados principalmente por los emergentes públicos de lectores y la nueva posición del escritor letrado. El propio Payró en "La Nación y su influencia en la cultura argentina" publicado el 4 de enero de 1920 en el *Suplemento del cincuentenario La Nación*, explicita los cruces entre la cultura letrada y la cultura popular que se producen en las páginas del diario:

A la par de todo esto [la alta cultura] el diario no olvidaba a los aficionados, y sobre todo aficionadas, a las lecturas más amenas y corrientes, y, aunque no

¹³⁵ Generani señala que la perspectiva periodística que Payró adopta se nutrió, en parte, de la obra de Zola (2002:65).

de una manera continua y sistemática, ofrecía folletines a la curiosidad de sus lectores, novelas de esparcimiento, pero no del género vulgarizado por los folletinistas profesionales sino elegidas entre las obras de autores reputados que realzan el interés de la narración o de la intriga con las galas del ingenio, la observación o el estilo (Citado por Mogillansky 2004: 90).

Asimismo, la mención a la novela de Zola posiciona su escritura en un lugar de combate y de denuncia y manifiesta uno de los fenómenos ocurridos en el marco de la prensa en esta etapa: la inserción del naturalismo. Desde 1880, aparecen numerosos debates sobre el naturalismo y sus obras, muchas las cuales (cinco en el caso de Zola) se publican en forma de folletín.¹³⁶

La reconfiguración del imaginario patagónico a partir de la escritura de estas crónicas (realizada en una operación de desplazamiento respecto de las construcciones de los viajeros extranjeros) permite al escritor y periodista moderno una intervención no sólo en el espacio cultural sino también en el político. *La Australia argentina* es un texto programático tanto en el plano cultural y literario (como tratado sociológico-económico y como cuantioso relato de viaje, quizá el que más recopila a los viajeros anteriores) como en el plano político, ya que Payró expone en él un plan de desarrollo para la zona sur del país y, por ende, para la nación.

La refundación se manifiesta como el propósito que tutela su plan escriturario y le da unidad a un heterogéneo conjunto de piezas en el que conviven la descripción etnográfica, la ficción didáctica, las transcripciones directas de relatos de habitantes autóctonos y el diario de viaje.

El proyecto que expone Payró para la región se sustenta en la credibilidad que debe darse a los datos que surgen de la presencia del escritor en el lugar que describe: “en mi calidad de periodista viajero que quiere y debe verlo todo” (Payró 1982: 467). Este rasgo propio de la literatura de viaje se enfatiza en la escritura con la exposición pormenorizada de las características geográficas, económicas, culturales y sociales de la región y las

¹³⁶ Eduardo Romano, en su análisis de la tendencia realista de la literatura de Payró, menciona la relación existente entre el naturalismo decimonónico argentino y el discurso científico: “A esos aportes de las ciencias naturales y biológicas hay que agregar las ciencias histórico-sociales e incluso la política, en el caso de la novelística de Emile Zola, algunos de cuyos textos constituyen verdaderos alegatos contra la situación del obrero industrial y la inmoralidad de la alta burguesía financiera” (Romano 2004: 36).

entrevistas a múltiples pobladores así como también con la cita de prácticamente toda la bibliografía existente sobre la zona, en su mayor parte de autoría de viajeros nacionales y extranjeros como Darwin, Bridges, Lista y Moreno.

Desde un paradigma positivista de progreso basado en el orden y el trabajo, postula el inexorable desarrollo de la Patagonia si nuevos factores se incorporan a su vida: las comunicaciones, el acceso a las tierras por parte de pobladores que contribuyan al desarrollo brindando facilidad para la venta de las tierras fiscales y la libertad de derechos a la importación y exportación:

Apenas se ha explorado una región desconocida, y apenas se sabe en las oficinas públicas que hay en ella terrenos aprovechables, cuando esos terrenos se solicitan por la especulación, que los obtiene sin dificultad aunque ellos estén poblados desde muchos años atrás por hombres de trabajo y sacrificio, que tendrán que desalojar a la intimación de los nuevos poseedores (Payró 1982: 70).

La formación positivista filosófico-científica y naturalista de Payró influyó en su obra. Fue un socialista-evolucionista que creyó en la educación como progreso. Como plantea Generani, el positivismo y el darwinismo social son discursos que constituyen una parte importante del tramado ideológico del escritor. Como el positivismo, Payró también concibe una noción de sistema que es universal, lo que le permite comparar, relacionar y unificar procesos que pertenecen a contextos dispares; en el mismo orden se encuentra su creencia en que hay leyes universales, naturales, que proyectan el futuro del mundo (Generani 2002: 69, 70).¹³⁷

Con ecos sarmientinos, propone el poblamiento como la base del desarrollo al que inexorablemente está destinada la Patagonia. Las medidas económicas que presenta para la atracción de habitantes argentinos y extranjeros, son el otorgamiento de tierras a los pobladores y el consecuente fin de la especulación, la libertad de comercio en las exportaciones e importaciones y el desarrollo de transportes y comunicaciones que actúen

¹³⁷ Para un estudio del positivismo en Argentina en ese período véase Oscar Terán (2000).

como el soporte material de la anexión del espacio que su escritura quiere incorporar en el plano simbólico:

Sería menester, si realmente se desea fomentar el sur de la república o bien aumentar el número y la capacidad de los transportes nacionales, lo que produciría gastos enormes al gobierno, o bien subvencionar una línea de vapores, interviniendo en sus tarifas de carga y pasajeros (Payró 1982: 24).

El progreso asociado a la libertad de importación y exportación aparece enunciado en las crónicas:

La importación y exportación libres de derecho, es una condición imprescindible de progreso para la Patagonia, tanto más, cuanto que lo contrario es perfectamente inútil. Para impedir el contrabando, el fisco tendría que gastar en un año diez veces más que el producto de todas las aduanas de sur, y todavía se vería burlado y defraudado. En cambio, con la libertad aduanera, ganaría la formación rápida de pueblos como el que me ocupa, toda vez que los gobiernos de territorio no se opusieran inconscientemente a ello (Payró 1982: 103).

El programa que despliega demuestra un anhelo de formar parte de la *intelligentzia* que traza el proyecto nacional. Prevalece en su plan la preocupación más inquietante para los escritores del siglo XIX: la del poblamiento. La necesidad de atraer habitantes incidirá en varios planos imbricados en el relato: uno de ellos consiste en la refutación del imaginario patagónico como desierto estéril e inhabitable consolidado por los viajeros (particularmente ingleses) y el otro es la propuesta de fundación, no sin ambages, de una nueva “raza” para las tierras australes, diferente de las del resto del país, debido a la diversidad de su origen. Asimismo, denuncia las condiciones que obstaculizan el arribo de pobladores y el progreso de la región:

Y este trasporte [ya ha hablado de sus múltiples falencias] en el que vamos navegando ya en pleno Atlántico, es el símbolo de lo que el Gobierno se ha

limitado a hacer por la Patagonia, creyéndolo suficiente, y aun demasiado, cuando no basta para las necesidades de hoy, y no acusa la más vaga visión del porvenir. Aquí vamos, rolando y cabeceando a merced de la ola mansa, amontonados casi estibados, los pasajeros que no cabríamos con comodidad en un vapor de doble tamaño (Payró 1982: 23).

El abandono por parte del gobierno es denunciado en múltiples facetas de las privaciones que sufren los habitantes: desde cuestiones edilicias hasta la falta de agua y la incomunicación. Por ejemplo, se destaca la carencia de hilo telegráfico, que, es para la época, un indicador de progreso.

Las palabras del epílogo del libro en el que se compilan las crónicas actúan como *racconto* de las posturas de Payró, de sus propuestas, de las intenciones del libro y de los lectores para los que escribe:

Tengo la esperanza de que el gobierno y los hombres de empresa fijen su atención en las regiones que recorrí, el uno para incorporarlos definitivamente a la existencia nacional, los otros para llevar a ellos sus iniciativas y sus esfuerzos acelerando su progreso, que es el destino al que está llamada la patagonia (Payró 1982: 492).

Inmersas en un contexto en el cual se procuraba la homologación entre los límites de la nación y los del estado, las crónicas que integran LAA pueden pensarse como parte de los dispositivos de anexión simbólica de espacios desintegrados de la nación. Siguiendo los planteos de Benedict Anderson, puede postularse que Payró plasma y moldea simbólicamente en las páginas de estas crónicas algunas configuraciones relativas a la nación, ya que si ésta es un artefacto cultural y una “comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson 1993:23), LAA actúa como dispositivo en la creación de imágenes y límites nacionales. En esta operación simbólica Payró busca (y la imagen se refuerza por una situación material: el acompañamiento de Moreno examinando los orígenes del Río Santa Cruz para establecer el límite con Chile) establecer la frontera y delimitar el territorio argentino. Anderson destaca la demarcación como una característica inherente a la calidad de nación: “la nación se imagina *limitada* porque incluso la mayor de

ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones” (Anderson 1993:25). Asimismo, la concibe como artefacto de una clase en particular; este grupo es, entonces, quien procura el dominio de la hegemonía en el conjunto de la nación. Payró representa entonces, la voz de una clase. Como se ha mencionado anteriormente, la crítica adopta diferentes posiciones en cuanto a esto, que van desde la independencia de los estamentos estatales hasta el señalamiento de ambigüedades en torno a las figuras gubernamentales y del socialismo al que adscribe.

No obstante las ambivalencias, se manifiesta el punto de evolución que representa su escritura en torno de descripciones de los aborígenes hechas en los relatos anteriores (como por ejemplo Moreno) y el carácter de denuncia que adquieren las crónicas. Su postura política recorre la obra en las imágenes de los pobladores, la injusticia denunciada por la extinción y las condiciones de vida del indio y la reivindicación de su cultura, y los intensos y combativos señalamientos que hace al gobierno nacional debido a la situación del sur. Más allá de las ambigüedades y del carácter positivista que en parte muestra como inexorable la extinción, su postura de criticidad y denuncia y su pertenencia al socialismo trasuntan estas crónicas.

Para inscribir un territorio en la imaginación nacional, es necesario integrarlo y hacerlo visible a través de dispositivos como el mapa, el museo y el censo. Anderson los designa como las tres instituciones que moldearon el modo en que el estado colonial imaginó sus dominios: la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios y la legitimidad de su linaje (Anderson 1993: 228- 229). Estas instituciones permitieron clasificar y demarcar, estableciendo lo que pertenecía o no a la nación y justificando su incorporación o exclusión:

entrelazadas entre sí, entonces, el censo, el mapa y el museo iluminan el tipo de pensamiento en el estado colonial tardío, acerca de su propio dominio. La “urdimbte” de este pensamiento fue una red totalmente clasificatoria, que podía aplicarse con interminable flexibilidad a todo lo que se encontrara bajo el dominio real o supuesto del estado: pueblos, regiones, religiones, lenguajes, productos, monumentos, etc. El efecto de la red sería ser capaz de decir siempre de algo, que era esto y no aquello; correspondía aquí y no allá.

Estaba limitado, determinado, y por tanto –en principio–era contable (Anderson 1993: 257).

La figura del museo adquiere especial relevancia en las crónicas de Payró en la figura de Moreno, quien lo acompaña en el vapor “Transporte Villarino” en el que el escritor recorre la Patagonia, efectuando uno de sus tantos viajes al territorio austral. El objetivo de esta nueva empresa es establecer el *divortium aquarum*, para determinar el origen de río Santa Cruz y establecer de este modo límites permanentes con Chile. Como se ha señalado anteriormente, Moreno será una figura cardinal asimismo en lo que respecta a la formación del museo, ya que recolectará elementos de las tierras australes que actuarán en el proceso de la búsqueda de un origen y de la formación identitaria de la nación.

LAA puede considerarse también dentro de este proceso de recopilación y clasificación ligado a la búsqueda de una identidad nacional, puesto que el relevamiento exhaustivo de datos etnográficos, geográficos, poblacionales, económicos, políticos y culturales de la región cristalizará en el horizonte nacional un espacio desconocido hasta ese entonces.

3.3. La tierra desierta

El territorio austral reaparece en la prensa metropolitana cuando Roberto Arlt escribe para el diario *El Mundo* las aguafuertes patagónicas, originadas en su viaje por el sur.

Estas crónicas se publican entre el 11 de enero y el 19 de febrero de 1934 y se recopilan posteriormente en el libro *En el país del viento. Viaje a la Patagonia*, recién en 1997. Las proyecciones decimonónicas de Payró sobre el territorio patagónico no se consustancian en las descripciones con que tres décadas después modeliza el espacio otro periodista y escritor. Desplazadas del género de la crónica naturalista, en el que se incluía información exhaustiva del territorio y citas a las discursividades de viajeros y científicos e historiadores como en LAA; las aguafuertes de Arlt se circunscriben al carácter de texto periodístico, que, si bien recopila conocimientos sobre la zona y, como en Payró, se denuncian las negligencias gubernamentales, tiene como principal propósito escriturario

despertar el interés de los lectores urbanos y amenizarlos con las anécdotas del periodista-viajero en una tierra ignota para los receptores del diario *El Mundo* y para el propio Arlt.

3.3.1. Arlt y el periodismo

El proceso de escisión de la esfera cultural, particularmente en el campo periodístico, se ha profundizado respecto del momento de escritura de Payró y se hace manifiesto en la declaración programática del diario *El Mundo*, soporte en el que Arlt publicará las crónicas patagónicas, aparecida en la nota “He aquí nuestro diario” el 14 de mayo de 1928:

(...) queremos hacer un diario ágil, rápido, sintético, que permita al lector percibir la imagen directa de las cosas y por la crónica sucinta y a la vez suficiente de los hechos, todo lo que ocurre o todo lo que, de algún modo, provoca el interés del público. En una palabra, queremos hacer un diario viviente (...) Pero este sentido objetivo de los sucesos, que es un sentido esencialmente periodístico, adaptado al ritmo de celeridad que caracteriza a nuestro tiempo, no alejará de nuestro espíritu el concepto fundamental que debe dirigir a un órgano que busca el contacto con las masas populares y desea una difusión persistente y amplia (Citado por Sylvia Saítta en Jitrik 2009: 247).

Según plantea Sylvia Saítta, la declaración manifiesta de la inclusión de las “masas populares” dentro del público al que se dirige la publicación es muestra del avance en el proceso de incorporación de esta franja de lectores, comenzado a fines del siglo XIX y principios del XX. No obstante, el diario será considerado por la crítica como una publicación destinada a las capas medias, con un “tono medio” (2000: 60).

La agilidad, rapidez y síntesis que se reclaman en el manifiesto periodístico pueden verse plasmadas en las aguafuertes de Arlt tan diferentes formal y temáticamente del

tratado sociológico (ficcional) escrito por Payró. De Diego señala las modificaciones que de manera concomitante ocurrieron en el campo editorial:

Los procesos de cambios demográficos, económicos y políticos de la primera mitad del XX incidieron de un modo determinante en el desarrollo de la actividad editorial. La creciente urbanización, agudizada con la masiva llegada de inmigrantes y las primeras oleadas de migración interna unidas a las campañas de alfabetización, genera en pocos años un público lector que se va ampliando progresivamente. La prensa escrita se multiplica en nuevas empresas, ya no se trata de periódicos y de revistas de circulación restringida entre los miembros de la elite letrada, sino de emprendimientos sensibles a esta realidad cambiante y que van adecuando a ella su formatos, su lenguaje, las modalidades de difusión y comercialización. Correlativamente, un campo profesional de escritores, periodistas, imprenteros y tipógrafos descubre que ese nuevo público constituye un mercado que no sólo significa un medio de vida, sino también la oportunidad de acceso a una capa de lectores cuya demanda modificaba significativamente las pautas tradicionales (De Diego 2009: 265).

El Mundo es considerado como el primer tabloid editado en la Argentina, que de manera deliberada incorpora las transformaciones periodísticas introducidas en los años inmediatamente anteriores: desde la diagramación hasta la redacción de la noticia, desde la definición de las secciones, la titulación y el material gráfico hasta el lugar y las prerrogativas que asegura a sus periodistas (Sarlo 2003: 30).

Este diario de formato tabloid será uno de los más importantes en el panorama cultural de la década del veinte. Conforme a la modernidad en la que se enmarca y que expresa, publica artículos que por su brevedad, como los poemas de Girondo, pueden ser leídos en un viaje en el tranvía o en el tren. El formato tabloid, la cantidad de material gráfico obtenido por reporteros del diario e incorporado a la diagramación desde la primera

plana, la variedad de secciones, artículos de color, notas de costumbre, historietas; le dan muy rápidamente el perfil que tendrá durante la década del treinta.¹³⁸

El cuerpo de redacción estará conformado por intelectuales y escritores más que por políticos. Tanto *El Mundo* como *Crítica* se convierten en una fuente de ocupación para los escritores recién llegados al campo intelectual y también para los de origen patricio como Borges, quien durante un periodo muy breve, dirige el suplemento *Color de Crítica*.

Jorge Rivera presenta del siguiente modo el panorama periodístico de la década del treinta:

Subsisten los grandes diarios tradicionales, *La Nación*, *La Prensa*, *La Capital*, *La voz del interior*, *El día*, *La Razón*, etc. Algunos de ellos en vías de convertirse en centenarios, junto con un diarismo popular y sensacionalista que comienza a perder terreno como sucederá gradualmente desde 1930 con *Crítica*.

Las fundaciones que se verifican son pocas, aunque algunas como la de *Clarín* (1945) tendrán proyecciones futuras. En 1928 ha aparecido *El Mundo*, con su novedoso formato tabloid y en 1931 se produce a su vez la fundación de *Noticias gráficas*, a la que se sumaran más tarde las de *Democracia*, *El líder*, *El laborista*, o la transitoria conversión de *La Vanguardia* (1939) en un diario informativo y de interés general (Rivera 1998:112).

Rivera señala como características del periodismo tradicional argentino la seriedad y muchas veces el tono solemne. La fundación de *Crítica* en 1913, por obra del uruguayo Natalio Botana (quien había realizado su experiencia periodística en las páginas de *La Razón* y de *Última hora*) dará origen a un nuevo tipo de periodismo en el que estará generalmente ausente la solemnidad y tendrá en cambio un espíritu que rinde permanente culto a las formas amenas, atrevidas y libres de comunicación (1998:74). Según la caracteriza Beatriz Sarlo: una publicación de sabor rioplatense pero en muchos sentidos

¹³⁸A partir de mayo de 1928 competirá por el público del vespertino *Crítica*, que había modificado de raíz todas las modalidades del periodismo rioplatense. Notas extravagantes, vida cotidiana, deporte, curiosidades, críticas de cine, configuran el nuevo panorama del periodismo para sectores medios y populares.

tributaria de los modelos técnicos de la *Yellow press* norteamericana de Pulitzer y Hearst (Sarlo 2003: 20-22).¹³⁹

El Mundo se inscribe asimismo en este marco (contexto en el que es de gran importancia la aparición de *Crítica*) en el que el nuevo periodismo y la nueva literatura están vinculados por múltiples nexos y son responsables del afianzamiento de una variante moderna del escritor profesional (Sarlo 2003: 20-22).

Roberto Arlt comienza a ejercer el oficio de periodista en 1925 en la revista *Don Goyo*, dirigida por Conrado Nalé Roxlo, su amigo de la adolescencia.¹⁴⁰ Éste se convertirá en su primer trabajo pago y estable en el mundo del periodismo. *Don Goyo* era una publicación semanal de entretenimientos de la editorial Haynes, que tenía por modelo a la ya clásica *Caras y Caretas*. En el marco de este trabajo, entrega una nota quincenal, antecedente de sus *Aguafuertes porteñas*: relatos breves, escritos en primera persona, con marcado acento autobiográfico, características que se harán extensivas a las notas patagónicas. Estos textos aparecerán en la columna del diario desde 1928 hasta el momento de su muerte en 1942 y se caracterizarán por el registro descarnado e irónico de una serie de tópicos, personajes, situaciones e historias que dan cuenta de la cultura urbana de la época. El término “aguafuertes” designa el sentido icónico, visual, según una tradición que remite a nombres como los de Rembrandt y Goya (Retamoso 2002:301).

Se incorpora luego a la redacción del diario *Crítica* y participa allí como cronista de la página de policiales. Entre sus compañeros de redacción se encuentran Edmundo Guibourg, quien estaba a cargo de las críticas de teatro, y Luis Góngora, que escribía acerca de los espectáculos del Colón. Es a partir de ese momento que vivirá de su trabajo como escritor. Su labor como periodista de crónicas policiales será el origen de historias y personajes que reaparecerán luego en su obra literaria.

¹³⁹ Los medios de comunicación escritos de carácter masivo se agregan a la trama cultural de una ciudad donde también el cine se difundió a un ritmo comparable con el de los países centrales (Sarlo 2003:27).

¹⁴⁰ Sigo aquí los datos consignados en la biografía de Arlt de Sylvia Saïtta (Saïtta 2000). Véase también Borré, Omar (1996). *Arlt y la crítica* (1926-1990). Buenos Aires: Ediciones América Libre.

3.3.2. Crónicas patagónicas

La travesía de Roberto Arlt por la Patagonia en 1934, en la que recorre algunas ciudades de Chubut, Neuquén y Río Negro, no es el primer viaje que hace el escritor en el marco de su trabajo de periodista. Había viajado antes a Brasil, donde había permanecido dos meses, y también al Litoral argentino. En cada uno de los recorridos, no sólo registra el paisaje, sino que busca datos que le permitan dar cuenta sobre la situación sociocultural de estas regiones que consisten generalmente en áreas de frontera. Las ciudades brasileñas reaparecen en las aguafuertes patagónicas en analogías entre ellas y las localidades sureñas. Arlt, quien se consagra como un periodista de alcance masivo, prefigura un lector que sigue sus crónicas en *El Mundo*.

La dinámica inclusión de las publicaciones en la lógica de mercado se manifiesta en el uso de estrategias en pos de la captación del público masivo. En el orden de estas operaciones los diarios comienzan a incorporar saberes alternativos¹⁴¹ que despiertan interés y curiosidad entre los lectores: principalmente los saberes populares de la técnica y de las ciencias “ocultas”. De este modo, Roberto Arlt los incorpora considerablemente en sus textos en un intento por fundar conocimientos propios y contrarrestar con ello la carencia de cultura legitimada que lo diferencian de escritores de origen ilustre.¹⁴² En estos saberes, denominados por Beatriz Sarlo como “saberes del pobre”, Arlt encuentra su banco de pruebas porque allí se apropia y aprende a utilizar discursos ajenos. Excluido de otros círculos de iniciación, recurre por ejemplo al de la sociedad teosófica que le ofrece un modelo de sociedad cerrada (Sarlo 2003: 55).

Los tópicos y el vocabulario provenientes de la ciencia y la técnica se manifestarán no sólo en su novelística y dramaturgia sino que también constituirán un elemento

¹⁴¹*Crítica* organiza campañas de difusión o de denuncia del curanderismo o la falsa videncia, que coexisten con presentaciones del espiritismo y la parapsicología, y *El Mundo* (considerado de tono más solemne) también los incorpora. Sarlo plantea que los periodistas de esta publicación se disponen a escribir notas con la inclusión de inventos, hipótesis, experiencias en el límite de la parapsicología y el ocultismo. Ambos diarios mezclan la información técnica, la difusión de saberes prácticos, el servicio pedagógico de las secciones especiales con las opiniones de sus columnistas y la ampliación de los datos arrojados por los cables internacionales (Sarlo 1997: 68-70).

¹⁴² Su condición de hijo de inmigrantes junto con la escasa escolarización formal le ocasionan grandes dificultades con el uso de la lengua (además de una relación difícil con la considerada alta cultura). En más de una ocasión expresará que escribir una novela y escribir en castellano fueron dos aprendizajes paralelos (Prieto 2006: 266).

importante en sus escritos periodísticos. Incorporados no sólo como referentes sino en el nivel del estilo y en las inclusiones léxicas representan una novedad¹⁴³ que dará un matiz de originalidad a la escritura arltiana. Estos rasgos escriturarios que aparecen ya en las aguafuertes porteñas se proyectarán también en las crónicas patagónicas.

La ciudad y la técnica actúan como matrices de percepción que permiten la descripción de la ciudad moderna en Arlt. Esta percepción, sin embargo, se proyecta cuando el sujeto de enunciación se traslada a espacios alejados de la metrópolis, a los que describe siguiendo los parámetros utilizados para las grandes ciudades (o para el constructo que crea para tal fin).¹⁴⁴ Así, en la configuración de la Patagonia austral utilizará el procedimiento que Silvia Saítta denomina el “mirar de formas geométricas, generalmente mecánicas, que tornan familiar y transmisible el nuevo referente” para caracterizar descripciones arltianas como “Patagones tiene el color verdoso del cemento Pórtland” o “El cielo aparece enrejado por romboidales entrecruzamientos de ramas” (Saítta 1997: 13).

La mirada del cronista es urbana pese a describir un espacio natural. Así, los paisajes se construyen a partir de analogías con las ciudades y los materiales como el metal y el acero, característicos de la narrativa urbana de Arlt, se intercalan en la visión del enunciadador de los elementos de la geografía patagónica:

Miro hacia abajo. Entre hondas barrancas, como un tajo inmenso cortado en la montaña, aparece una cinta ancha con reflejos de acero, que se desliza velozmente.

–¿Y esto? – pregunto, mientras chillan los frenos sujetando al coche sobre el mismo borde de un salto mortal sin cuento.

–Esto es el Limay (Arlt 1997: 59).

Los saberes de las ciencias ocultas que Arlt había textualizado exhaustivamente en “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires” reaparecen en las aguafuertes patagónicas en una operación discursiva que además de enfatizar los rasgos de barbarie

¹⁴³ Sarlo menciona las imágenes expresionistas creadas por Arlt con la inclusión de elementos y de léxico provenientes del universo de la técnica (Sarlo 1997: 53).

¹⁴⁴ Sarlo plantea que Arlt textualiza una ciudad futura, configurada a partir de un montaje de lo que cree saber de América del Norte (Sarlo 1997:44).

asignados al paisaje (como se verá en el último apartado) se presentan como notas de color y de atracción de la curiosidad de los lectores:

Los territorios del sur son terrenos magníficamente abonados por la negligencia de las autoridades, para el ejercicio del curanderismo. La policía no existe sino de nombre. Es una creación teórica, destinada a abastecer de vituallas a tres milicos estólidos y a un comisario violeta, que cuenta las costillas de los perros que pasan.

A su vez, el público es tan excesivamente crédulo, que las curanderas han cometido verdaderas herejías en los físicos de sus confiados clientes (Arlt 1997: 71).

No obstante las diferencias con las crónicas de Roberto Payró (y a pesar de las declaraciones que Arlt haría a los lectores “Me está prohibido meterme en política”)¹⁴⁵ aparece el tono de denuncia presente en LAA:

La verdad es que, en las estancias del sur, el personal ha quedado reducido en un setenta por ciento. Estancias que trabajaban con dos capataces y veinte hombres, lo hacen en la actualidad con ocho y un capataz y en algunas, no se les paga casi jornal, limitándose los peones a trabajar por el sustento. Los que pagan los platos rotos son los niños, la tuberculosis los diezma (Arlt 1997:120).

En este sentido Roberto Retamoso señala que estas crónicas no se limitan a registrar “antropológicamente” los espacios sino que representan intervenciones en los órdenes de lo social y lo político (2002: 302,302).

Algunos tópicos de la novelística arltiana trasvasan su obra literaria y se dejan ver en las crónicas; tal es el caso de la exposición del binomio dominador-dominado, como forma de relación entre iguales. Oscar Masotta en su ensayo sobre Arlt, plantea que ese será “el tema rector de esta obra, hacia donde confluye lo más específicamente arltiano”: el odio

¹⁴⁵ Citado por Saitta (2000:60).

entre los que se parecen, que se ve tanto en la delación de Astier al Rengo como en la dupla Erdosain-Barsut (Masotta 1982-78). Esta característica que Masotta señala en la novelística, predomina también en las relaciones que aparecen en las aguafuertes patagónicas:

Berta Drassler tiene 45 años de edad y ha nacido en Texas, EEUU. De pequeña la trajeron a Neuquén y se mal casó con un chileno que le dejó cuatro chicos.

Ella y el chileno se emborrachaban y luego armaban la de Dios es Cristo, hasta que al final el hombre arañado y harto se fugó un día y ella no supo más de él (Arlt 1997: 77,78).

Las aguafuertes arltianas se definen así en el cruce con otros discursos: trazadas con pinceladas que reflejan los espacios que el cronista recorre, presentan la visualidad de la pintura. También confluyen con la literatura arltiana¹⁴⁶ en sus tópicos, las complejas y perniciosas relaciones entre iguales; y en su forma, como lo es el caso de la mirada urbana sobre paisajes naturales. La incorporación de los “saberes del pobre”, es decir, de las ciencias ocultas y la técnica, es otro de los mecanismos narrativos compartido por sus textos literarios y periodísticos.

Aunque en la observación y textualización de la realidad hay denuncia, estas breves crónicas se adecuan a la avidez de exotismo de aventura de los lectores de diarios. Este hecho marca una diferencia respecto de otras crónicas de la Patagonia como las de Payró, quien, si bien las publica en *La Nación*, deja entrever en la propia matriz narrativa que sus principales destinatarios son los posibles pobladores de la Patagonia y las élites políticas.

¹⁴⁶ Para una lectura de las crónicas en el marco de la literatura de Arlt véase Retamoso en Jitrik (2002).

3.4 Configuraciones de civilización y de barbarie en las crónicas patagónicas

Las crónicas patagónicas de Payró y de Arlt presentan caracterizaciones divergentes en cuanto al binomio fundacional de la literatura argentina.¹⁴⁷ La escritura de Payró, situada en el marco del positivismo y en su plan escriturario de atracción de pobladores a las tierras australes, presentará al territorio austral imbuido de características civilizatorias presentes o potenciales, revirtiendo las imágenes fronterizas de barbarie de la literatura decimonónica. En las crónicas de Arlt, en cambio, reaparecerán algunos tópicos, que si bien divergen en cuanto a la función que tenían en los escritos de los letrados del siglo XIX y en la narrativa de viajes, se inscriben en ellos, como las imágenes del desierto, la vastedad, la desolación y el atraso.

3.4.1 Rasgos de civilidad en la región: *La Australia Argentina*

En LAA el territorio fronterizo se representa invirtiendo de algún modo el signo con el que se lo había investido en la literatura nacional, pues en lugar de describir su estado de barbarie como en Sarmiento o Echeverría, se apela en el relato a un tiempo futuro en que la civilización y el progreso son inexorables. Para este fin se enumeran los recursos naturales, económicos y culturales con los que cuenta el espacio descrito y se exponen las medidas que encauzarán el desarrollo de la región, que a su vez enriquecerá y acrecentará a toda la nación.

La Patagonia como espacio de la barbarie se inaugura simbólicamente en las letras nacionales en la mención que de ella hace Sarmiento en el *Facundo*, que la incorpora en su enumeración de los espacios que forman la campaña:¹⁴⁸

¹⁴⁷ Para un análisis de esta antinomia en la cultura argentina véase Maristella Svampa (2006). En este libro, se analiza la configuración de la dicotomía trazada entre civilización y barbarie en las tradiciones principales de la política argentina: la ideología liberal como imagen fundacional de su dispositivo simbólico, la tradición democrática a partir de Yrigoyen, la populista de la cual el peronismo es la expresión más representativa y la tradición autoritaria a partir de 1930.

¹⁴⁸ Sarmiento describe la pampa que conoce mediante la lectura de los textos de los viajeros ingleses y de Echeverría (quien también los retoma). La conocerá muchos años después acompañando al ejército de Urquiza en las experiencias narradas en *Campaña del Ejército Grande en 1852*.

El continente americano termina al sur en una punta en cuya extremidad se forma el Estrecho de Magallanes. Al oeste y a corta distancia del Pacífico se extienden, paralelos a la costa, los Andes chilenos. La tierra que queda al oriente de aquella cadena de montañas, y al occidente del Atlántico, siguiendo el Río de la Plata hacia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Río de la Plata, y en el que aún se derrama sangre por denominarlo República Argentina o Confederación Argentina. Al norte están el Paraguay, el Gran Chaco y Bolivia, sus límites presuntos (Sarmiento 2008:72).

Como señala Adolfo Prieto, el sur patagónico es mencionado en la primera presentación del mapa del desierto, es un espacio tan vacío como Chaco y ambos desaparecen cuando en la segunda descripción del mapa cuando Sarmiento elige como sus puntos de relevamiento las catorce ciudades capitales de provincia fundadas por los españoles, es decir, los catorce núcleos de población y sus vasos comunicantes a través de un vasto desierto (Prieto 2003:190).

En LAA, la Patagonia aparecerá en cambio como un espacio no solamente plausible de ser fundamental en el progreso de la nación en su conjunto, sino que la civilización aparecerá como proceso que ya está en marcha, con la descripción y exaltación de rasgos de modernidad: “Sí. Patagonia hará su camino, más lenta, más rápidamente según la sabia o desacertada dirección que le impriman los gobiernos. Pero lo hará. En aquellas inmensas soledades” (Payró 1982: 498).

Las crónicas, inscritas en la serie conformada por la literatura de viaje, representan una reescritura y una reinención de los imaginarios impuestos por los viajeros ingleses, en particular el de Charles Darwin. Se unen a esta red discursiva no sólo por pertenencia formal, sino por su tendencia científica al relevamiento de elementos, sólo que a diferencia de los naturalistas ya no consisten estos en objetos y fósiles sino que se convierten en estadísticas sobre economía, población, recursos naturales, historia de cada localidad recorrida, datos geográficos, descripción de los habitantes. El relevamiento prefigura un plan de nación moderna para la región a la que Payró adscribe. La operación que realiza respecto del imaginario trazado por los viajeros ingleses se enmarca también en la

antinomía civilización y barbarie ya que se opondrá a las concepciones relacionadas con el segundo término descritas por los viajeros. Esta operación se cristaliza a partir de la rectificación de datos topográficos, características de la población, del suelo, del clima y de una descripción del paisaje que se desplaza de sus antecesores foráneos porque varían las condiciones y los objetivos de la enunciación.

Refleja así, por ejemplo, cómo Moreno describe mejor la fauna, flora y paisaje que Darwin (Payró 1982: 46). O se posiciona a sí mismo frente a la inexactitud del naturalista inglés en su descripción de los aborígenes fueguinos como caníbales y su representación general como parte de la naturaleza (Payró 1982: 232). En este sentido también Payró menciona las deformaciones que sufren los topónimos en las anotaciones de Darwin y Fitz Roy debido a su lengua materna:

Los vocablos aborígenes son distorsionados a causa de la fonética inglesa Darwin, inducido en error por la pronunciación inglesa, y como Fitz Roy también, llama *Chupat* al río Chubut, y escribe Tandeel, Tapalguen, etc. Esta ortografía subsiste en las traducciones al francés de otras de sus obras, perdiéndose así hasta el parecido de la pronunciación, como sucede, por ejemplo, con Walleechu (hualichu), que todavía en inglés se pronuncia de una manera análoga a la tehuelche (Payró 1982: 127).

En sus páginas se reproducen en estilo directo fragmentos de Darwin, Moreno, Fitz Roy Moyano, Pigafetta, Ramón Lista. Fragmenta la literatura de viaje extranjera de la nacional, y se posiciona en un linaje al situarse en la estirpe criolla que es representada como poseedora de la autenticidad de la realidad patagónica. No obstante, es el texto de Darwin el que prevalece. En un gesto ambivalente, lo rescatará continuamente por su sabiduría, citándolo como fuente fidedigna, y por la cantidad de conocimientos que rescata acerca del territorio patagónico, pero se preocupará de desmentir la configuración de desierto inhabitable, constructo sumamente negativo para uno de los intereses centrales del plan escriturario del periodista: la atracción de inmigrantes extranjeros y de los conglomerados urbanos nacionales que padecen la concentración de habitantes, en pos del poblamiento de la región.

Las rectificaciones a Darwin serán hechas de manera oblicua, a partir del deslizamiento de frases que objetan parcialmente lo que expone como una de sus fuentes principales. Planteará, por ejemplo, que el procedimiento del puma que describe el naturalista inglés no es exacto. Otras veces lo refuta citando a otros viajeros, que son, generalmente, argentinos. Así, por ejemplo, manifiesta que Moreno describe los fértiles campos de la Patagonia, objetando la esterilidad con que se reviste al territorio en el *Viaje* y posicionándose en una genealogía de cronistas nacionales que describen con autenticidad el territorio porque pertenecen a la nación de la cual este territorio forma parte. Payró coincide con Moreno en la construcción de la Patagonia como un inmenso espacio disponible de tierras fértiles y depósito de materias primas, apto para levantar colonias agrarias y ciudades industrializadas y en la idea de la recolección como base del conocimiento de la zona. En el caso de Payró se recolectan datos, surgidos de una vasta lectura de la bibliografía escrita, las entrevistas a los pobladores y la percepción que le permite su presencia en la región.

Objeta a los viajeros en general revelando los intereses de su descripción y mostrando así la relación entre escritura y política, entre prensa, literatura y colonización. Al referirse al estrecho de Magallanes expone cómo los navegantes han infundadamente hablado de un lugar “temible” para infundir temor y que la región, así, no fuera navegada.

En cuanto a los indígenas, no sólo impugnará las descripciones trazadas por Darwin (quien los presenta como una continuación de la naturaleza y como un elemento relevante y clasificable, útil en su búsqueda del origen geológico, biológico y etnográfico, es decir, en la reconstrucción de la génesis del territorio)¹⁴⁹ destacando las características de inteligencia, sabiduría y fortaleza, su grado de nobleza al no atacar a enemigos enfermos, el tabú del incesto en las tribus; sino que además desmentirá los hechos que se relatan en que los nativos estarían implicados como incendiarios; al presenciar cómo los apresan, siente piedad y lástima, y manifiesta que no eran antipáticos los supuestos culpables (Payró 1982: 257-276). En varios pasajes desmiente lo que hasta el momento se ha dado a conocer como características de los indígenas:

¹⁴⁹ El indio fueguino, constituirá uno de los principales desplazamientos del periodista respecto del naturalista inglés. La representación del indígena es quizás la configuración más exhaustiva en las crónicas de Payró en particular en el extenso apartado de Tierra del Fuego.

Entre los onas no hay propiedad; de manera que, si tuviesen códigos, sus abogados no tendrían que perder muchas semanas en aprenderlos. Por eso también sus jefes no pesan sobre ellos, ni ellos dan mucho trabajo a sus jefes. Su propiedad es un derecho de prioridad sobre los productos de la caza y de la pesca, que reparten con sus compañeros. Cuando uno ha cazado, ya no hay hambre en la tribu, aunque el cazador ignore qué ha de comer al siguiente día. Lo que uno tiene es de todos, y todos se ponen al servicio de uno solo cuando se trata de vengar su honor o de defenderlo contra algún ataque.

Son tan generosos y hospitalarios, que el mismo enemigo es sagrado en su choza, de la que lo dejan salir sin perseguirlo hasta pasado largo tiempo, como es sagrado cuando está indefenso o enfermo.

Sé cuanto difieren estas aseveraciones de las que hasta ahora se han hecho del ona y del yagán: juzgado por circunstancias y hechos excepcionales, se les ha atribuido la culpa que sólo pesa sobre los blancos, se califica de crimen lo mismo que se les ha enseñado con el ejemplo (Payró 1982: 234, el subrayado es mío).

Descarta el canibalismo, principal muestra de primitivismo que le permite a Darwin pensar que son muestras de un origen geológico:

(el ona) nunca se alimenta con carne cruda, ni con aves ni pescado que no hayan estado al fuego; pero no aguarda tampoco que la cocción de la carne sea completa. No prueba jamás la carne de zorro, porque, según dice, este animal devora cadáveres de hombres y mata a los que encuentra en el campo enfermos o rendidos, para saciarse con ellos. Comer zorro sería para él como ser antropógrafo de segunda mano. ¿Dónde va a parar con esto el pretendido canibalismo de los indígenas de Tierra del fuego? (Payró 1982: 232).

Ante la afirmación del naturalista inglés que asevera que hablan con repeticiones y sólo tienen 100 palabras, Payró expone el grado de complejidad de la lengua ona. Describe con asombro una lengua que es más complicada que el castellano y que no ha podido ser

aprendida por los blancos (Payró 1982: 234). Denuncia además el exterminio de la que habían sido objeto en manos de los viajeros que los mataban para llevar sus cuerpos a museos europeos. Aunque las misiones protestantes y católicas son esbozadas en un momento como las más propicias para incorporarlos pacíficamente, sin embargo se denuncia cómo han sido empresas de explotación del trabajo indígena.

Manifiesta como una causa de su extinción a los pioneros, hacendados y aventureros, aunque señala, justificando en cierta medida este accionar, cómo estos habitantes se valen de cualquier medio para conseguir la riqueza que les ofrece la región. Si bien acusa al poder gubernamental, el proceso conocido como Conquista del Desierto aparece casi velado en las crónicas. Esta tensión en la representación del indio es señalada por David Viñas como consecuencia de la disputa entre los tópicos en los que se debatía el socialismo en el siglo XIX: cientificismo positivista y moralismo neokantiano. Sostiene en *Indios, ejércitos y fronteras* que el alejamiento de Payró de la esfera del liberalismo es muy relativo, y que existe en su obra una fetichización de lo civilizado. Agrega que el escritor no puede eludir su indignación frente a lo que le informan y ve acerca de la situación de los indios, de su acelerada extinción, y, sobre todo, de los feroces procedimientos empleados, pero al mismo tiempo se inscribe en los límites del socialismo argentino: “la inserción acrítica de continuidad en que se situaba respecto del liberalismo tal cual lo presuponía la elite roquista” (Viñas 2003: 300).¹⁵⁰

Esta justificación de las políticas adoptadas contra el indígena se fundamenta en LAA con la apelación a explicaciones darwinianas de supervivencia de la especie y predominio de la “raza superior”. Cita entonces, en su elucidación de las causas de la extinción del indio fueguino, cuyo acaecimiento es inminente, a Darwin, Quatrefages, de Rochas, Garnier, antropólogos que plantean la extinción como consecuencia de las pocas posibilidades del indígena de adaptarse a un medio modificado por el europeo, y manifiesta, asimismo, que tanto en Tierra del Fuego como en La Pampa, como en las demás regiones habitadas por *salvajes* las *razas superiores* han ocupado el lugar de éstas:

¹⁵⁰ En consonancia con esto, Generani plantea que Payró disiente con el método, no con la Conquista del Desierto. Esta visión se acrecienta en las crónicas sobre el Litoral *En las tierras del Inti, en las que el indígena aparece ridiculizado* (Generani 2002: 68).

Darwin, Quatrefages, de Rochas, Blaine, Garnier, y muchos otros antropólogos, han hecho notar que donde quiera que pasa el europeo, muere y desaparece el indígena, atacado por enemigos naturales y artificiales que tienden a desalojarlos, para que lo suplante otro más apto.

Fontpertuis, hablando de la extinción de los indios australianos hace estas atinadas consideraciones:

“Sabido es, desde el punto de vista moral, lo que debe entenderse por la sustitución de razas superiores. La caza de los australianos, y el exterminio gradual de los pieles rojas, ha dado a esta expresión un sentido tan preciso como terrible...”

Tanto en Tierra del fuego, como en La Pampa, como en las demás comarcas pobladas por salvajes, en efecto, las razas superiores han ocupado el puesto de las inferiores, destruyendo primero a éstas, como medio más expeditivo que la educación paulatina, para apartar obstáculos y no verse incomodadas en su desarrollo ulterior. Los indios del extremo austral de América no podían quedar exceptuados de esta ley general, y no lo han sido (Payró 1982: 262-263).

Más adelante, completa el desarrollo del postulado naturalizando el enfrentamiento entre blancos e indios y dándole al proceso de aniquilación un carácter de inexorabilidad en pos del triunfo de la civilización:

Los indios y los blancos son naturalmente enemigos. Los últimos, más fuertes, tienden a despojarlos de sus territorios, y subyugarlos para que trabajen en provecho suyo; los primeros se esfuerzan por mantener el dominio de su país y por conservar su libertad absoluta. Para que los odios no estallen (...) la lucha que forzosamente se traba entre el salvaje y el blanco tiene que ser, forzosamente también, mortal para el primero como está comprobado en todas partes del mundo (Payró1982:263).

Si bien plantea a la educación como una de las soluciones que se podrían haber adoptado, justifica el proceso que se ha llevado a cabo naturalizándolo. El desarrollo de la

civilización, inminente, se deja entrever no sólo como una superación del orden anterior conformado por los pueblos originarios sino que depende asimismo del futuro poblamiento de la región. Tutelado por el plan escriturario de la postulación de la Patagonia como destino de enriquecimiento y desarrollo para la atracción de inmigrantes¹⁵¹, Payró va configurando a lo largo de la obra y exponiendo desde diversas perspectivas, y en torno de variados temas, la conformación de una “nueva raza” que pueble las tierras australes. Habitantes e idiosincrasias distintas pueblan las crónicas con predominio de ingleses, galeses y chilenos. Todos estos pobladores, potenciales o reales, presentan, desde la mirada del escritor, una característica en común: su plausibilidad de incorporación en la formación del estado nación.

La representación de los ingleses está signada por una ambivalencia que se define con la lectura del texto en su totalidad. Se señala su desconocimiento de la lengua, el apego a sus costumbres y símbolos. No obstante, se destaca su laboriosidad, educación y sabiduría.

En el marco del expansionismo inglés Payró expresa cierta preocupación por la ocupación de Malvinas y también la denuncia de las misiones inglesas que esclavizaban a los indios usufructuando el trabajo de estos. Sin embargo, la mención a los Estados Unidos como país modélico para el territorio austral, visión que ya Sarmiento había expuesto en sus obras culturales y políticas, explica dentro del relato la relevancia que cobra la inmigración inglesa llamada a formar una nueva “raza” junto con inmigrantes de otras nacionalidades con rasgos que puedan asimilarse a los de la nación estadounidense.¹⁵²

Dos relatos ficcionales se insertan en el texto. Narraciones que bien podrían inscribirse en la literatura pedagógica de Payró, reflejan su concepción acerca de la inmigración inglesa. Uno de ellos narra la llegada del Vapor Transporte Villarino a Trelew. Una comitiva de habitantes se acerca al barco, a sabiendas de que allí había un médico y necesitaban sus servicios con urgencia. Mr. Brodrik, médico inglés que viaja en el vapor junto a Payró rumbo a Punta Arenas, para instalarse allí, cambia repentinamente de planes,

¹⁵¹ Para un análisis de la inmigración en la obra literaria de Payró véase “Payró: *Las divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreyra*. Los males de la política criolla y algunos inmigrantes” y “Marcos Severi. Solución individualista a un problema social: las leyes de extradición”. En Gladys Onega (1965) *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*. Santa Fe: UNL.

¹⁵² Como es sabido, las (quebrantadas) expectativas del progreso asociado a la inmigración anglosajona ya se habían expuesto tanto en el *Facundo* de Sarmiento como en las *Bases* de Alberdi (Svampa 2006:90).

y perplejo ante lo descomunal de los hechos acaecidos, decide radicarse en Trelew. Payró expresa su satisfacción y los motivos de la elección del nuevo habitante:

La delegación entró en conferencia con Mr. Brodrik, que se quedó perplejo, en un principio. Era tan inesperado, tan fuera de lo ordinario lo que le ocurría, que no se animaba a resolver por sí solo.

Es curioso el hecho de que un hombre que después de maduro examen ha tomado una resolución y dado un rumbo a su vida, modifique sus planes y vea repentinamente abrirse nuevos caminos ante él, hallando en esta tierra ventajas tan grandes e inmediatas que quede conquistado por ella, quizás para siempre. Cierto que hay un poco de aventura en esto, pero cierto es también que la confianza que inspira nuestro progreso, invita a que se corra un albur, casi con la seguridad del éxito (Payró 1982:67).

Y más adelante:

Habíamos conquistado, sin preocuparnos de ello, un nuevo e ilustrado habitante más para la Patagonia, ese ogro devorador para los que no la conocen, esa atrayente amiga para los hombres de empresa que la han visto una vez (Payró 1982:69)

La idea de una tierra promisoría, apta para quien quiera instalarse y trabajarla, se enfatiza con la inserción de imaginarios de aventura y sucesos inusitados. Otro hecho con visos de fabulación ocurre en el barco cuando Miss Mary, joven inglesa que se dirige a una estancia santacruceña a casarse con su prometido también inglés, se enamora de un argentino que viaja con ellos en el barco y vacila en su decisión de casarse. Sin embargo, después de algunas peripecias, y acorde al requerimiento de inmigrantes en que hace hincapié Payró a lo largo de las crónicas; se casa con el estanciero inglés y se transforma finalmente en una habitante de la Patagonia, una pionera poseedora de las características que Payró exaltará en los ingleses:

Y esa mujer, libre como lo son sus compatriotas, que ni teme a hablillas, ni cree peligroso conversar con un hombre de a bordo del Villarino, es la nota tónica del progreso de esta región que a mi juicio está llamada a ser geográfica y sociológicamente, la homóloga de los estados unidos del norte, pese a la ceguera de los gobiernos (Payró 1982:77).

Como en el caso anterior del médico que repentina y casi mágicamente se incorpora a estas tierras, resalta la calidad de ilustración de estos viajantes, cualidad que colaborará con el progreso.

En otra expresión de pedagogía, Payró reproduce un diálogo con un habitante de Tierra del Fuego, el cual puede ser pensado como mensaje a aquellos lectores que pudieran interesarse en trasladarse a los territorios sureños:

Conversando con uno de los pioneers que están ya a punto de conquistar la fortuna, inquiría yo... ¿de modo que aquí el hombre cuenta con un porvenir cierto?

Según, me contestó. El que se imagine que se enriquecerá sin sacrificio, que deje, es ...mejor...aquí, muchas veces, hay que sufrir hambre y sed, aquí sólo medra el trabajo personal, continuo. Pero el que, en medio de estas privaciones sea obrero y patrón, sobrelleve necesidades y fatigas, y luche con esperanza y sin tregua, ese llegará infaliblemente a rico.

Y me contó la odisea de la formación de sus estancias: el arriendo y la adquisición del campo con las mil dificultades protectoras que opone el gobierno a los verdaderos pobladores, mientras regala lo mejor de todo a los favoritos, que lo entregan a la especulación inútil y dañina (Payró 1982:127).

La representación de los inmigrantes exhibe una marcada ambivalencia a lo largo de la obra ya que se describen en algunos fragmentos los rasgos culturales que los alejan de las costumbres nacionales como en el caso de los pobladores galeses, pero se destacan en otros las virtudes de una potencial inmigración inglesa que pudiera instalarse en la Patagonia. No obstante, puede realizarse una lectura unívoca de los elementos heterogéneos

en el texto atendiendo a la consigna principal desde la cual Payró configura a la inmigración: la formación de una “nueva raza” a partir de la diversidad poblacional, un crisol que pese a los vicios de cada nacionalidad pueble la Patagonia conformando una población disímil a la del resto del país. Así, después de señalar la divergencia de los colonos de Chubut en cuanto a su religión, costumbres e idiomas, manifiesta que se irán fusionando con los demás pobladores. Y cuando hace mención a los problemas existentes entre argentinos y colonos galeses manifiesta cómo lo relevante no es esto sino la modernización y comunicaciones: “afortunadamente en el Chubut suelen preocupar también cosas más útiles como un nuevo ferrocarril” (Payró: 1982:34). Las divergencias surgidas de la variedad de origen de la población se neutralizan en el estado moderno.

Con ecos sarmientinos¹⁵³ avizora una nueva raza producto de la fusión y del medio. Payró refleja esta tendencia en varios fragmentos de la obra. Planteará por ejemplo que “En Patagonia se prepara una raza distinta de la nuestra no sólo porque el medio lo exige así sino también porque los elementos que trabajan en su formación, los antepasados de los nietos por venir, son diferentes en absoluto de nuestros abuelos” (Payró 1982:101-102).

Y más adelante: “La naturaleza echa mano de medios complicados y a veces invisibles para arribar al resultado final que se propone y a que siempre llega. Hizo una raza de ovejas para la Patagonia; con facilidad igual, sin el concurso de sabios ni estadistas, está haciendo un pueblo” (Payró 1997:103).

Existen tensiones en la representación del pionero. Si bien Payró critica su relación con los indios, el modo de vida y de enriquecimiento, nunca deja, en función de su postulado de poblamiento, de enaltecerlos. Aunque pone de manifiesto que tienen una avaricia desmedida, un furor que los hace aprovecharse de todos los beneficios posibles ya sea de manera lícita o ilícita, que explotan a habitantes en posición de vulnerabilidad social “vendiendo caro y malo, envenenando a indios y marineros, prestándose a todos los comercios, al contrabando, a la piratería, al merodeo, a la usura” (Payró 1982:345) su existencia es señalada como factor insoslayable del crecimiento del territorio y de su evolución:

¹⁵³ Adolfo Prieto plantea en este sentido que: (...) en las vísperas de la redacción del *Facundo* la tendencia a considerar a la geografía como teatro de la historia, trabajando sobre sugerencias seminales de Vico, había desembocado en las formulaciones prescriptivas y metodológicas de Hegel (Prieto 2003 :87).

Cuando se habla de un *pioneer* del extremo austral, no es bueno darle carta de honradez sin previo examen, si el que la otorga quiere preocuparse de la verdad. No hay tampoco que vilipendiarlo, es un producto lógico de la civilización, una creación absolutamente suya (...) y luego, ¿quién puede afirmar que no tendrá que convertirse en pioneer de esa misma especie, si la rueda de la fortuna voltea de mal lado?...

Pero a ellos se deberá en gran parte, y a pesar de todo, el adelanto de esa región que explotan a sabiendas y protegen (Payró 1982:345).¹⁵⁴

Asimismo, su conducta está justificada por la “amargura” que causa en ellos el haberse trasladado desde los centros urbanos hasta los últimos límites poblados (Payró 1982:345)

Otro de los ejes que trasunta el relato del periodista es el conflicto limítrofe con Chile que incide de manera esencial en dos representaciones extendidas a lo largo del libro: la del chileno como poblador de la Patagonia argentina; y la de la ciudad de Punta Arenas como metrópolis paradigmática para la conformación de las capitales australes.

Punta Arenas se presenta como una ciudad desarrollada en base, fundamentalmente, a la libertad de puertos, al libre comercio y a los transportes que posee, con los cuales se exportan los productos producidos en la Patagonia argentina. Punta Arenas, indica Payró, tiene sucursales en Río Gallegos y Santa Cruz, también en Puerto Madryn hay artículos procedentes de ese puerto chileno que van desalojando a los argentinos.

Pondera en esta ciudad las condiciones que propone para la Patagonia argentina a lo largo de su escritura. Las comunicaciones y la libertad de puertos y el otorgamiento de las tierras fiscales, por lo que la configuración de la metrópoli se va a constituir como otra postulación de proposiciones políticas para la región, además de la expresión de un peligro latente para la soberanía nacional.

¹⁵⁴ Viñas plantea que esta representación en principio ambigua se resuelve en el análisis de obras posteriores como *Alegría* en la que exalta a los colonos (Viñas 2003: 299-302).

Un argentino que pise el suelo de Punta Arenas, no puede reprimir un movimiento de disgusto, de desconsuelo, y hasta cierto punto de envidia; no de envidia destructora y estrecha, sino de la que crea la emulación e incita a hacer, a esforzarse, a aprovechar elementos prácticamente utilizables, como lo demuestra aquel pueblo que seis años hace era apenas un villorrio...

Chile no descuida sus más alejados territorios. No hace mucho ha enviado un nuevo contingente de población a Punta Arenas, unos mil chilenos, cuya incorporación artificial a la villa no deja de presentar serias dificultades, porque todavía no hay trabajo suficiente para todos, y la vida se les hace ardua en esas condiciones.

Pero obviará eso realizando obras públicas de importancia, ya proyectadas, con cuyo sacrificio logrará probablemente su propósito de nacionalizar aquel pueblo que hasta ayer era compuesto en inmensa parte de extranjeros (Payró 1982: 170).

Esta representación de la urbe se inscribe en una configuración que refleja el temor a la colonización ante el grado de desconexión entre el territorio y el gobierno argentino (causante de la desanexión) y la influencia territorial y comercial que ejerce la ciudad chilena en Río Gallegos y las demás localidades patagónicas. Esta injerencia se acrecienta en un territorio conformado por el espacio patagónico de las dos naciones en el que existe mayor interacción entre las regiones de ambos países que entre los territorios patagónicos argentinos y Buenos Aires.

En un fragmento Payró presenta al gobierno argentino como responsable del crecimiento de Punta Arenas a raíz de que esta ciudad es puerto libre y por lo tanto proveedora de toda la costa patagónica y de Tierra del Fuego. Los productos argentinos van a embarcarse allí para Europa, de tal modo que la importación y exportación se realiza desde ese centro. El paso de los vapores, se señala, nuevamente, como motivo de nuevos y poderosos elementos de progreso.

Hasta hoy sólo Gallegos podría hacerle competencia, pero...Gallegos es uno de sus clientes principales, y lo será ostensiblemente, o por medio del

contrabando, mientras no se le coloque– y a la par de él a los demás puertos patagónicos– en situación de hacer comercio con Europa, sin necesidad de ayuda de vecinos.

La importación y exportación libres de derechos, es una condición imprescindible de progreso para la Patagonia, tanto más, que cuanto lo contrario es perfectamente inútil. Para impedir el contrabando, el fisco tendría que gastar en un año diez veces más que el producto de todas las aduanas del sur, y todavía se vería burlado y defraudado (Payró 1982: 186).

El temor a la ocupación no es sólo una proyección a futuro sino que se sustancia en datos estadísticos de radicaciones efectivas: varios ciudadanos chilenos vienen desde 1880 ocupándose de recorrer todo el territorio de Santa Cruz y algunos de los hacendados que poseen extensos campos a la orilla del estrecho de Magallanes en suelo chileno, poseen también los mejores campos de la región. Asimismo, manifiesta Payró que la mayor parte de la población es chilena.

El poblador chileno que habita la Patagonia argentina se presenta también en las crónicas. En tensión con la representación positiva (aunque cargada de ambigüedad) de los pioneros europeos, e incluso del aborígen del que rescata la inteligencia y las costumbres; la figura del chileno aparece desestimada. En un relato enmarcado, narrado por Morgan, un habitante que hacía unos años había emprendido un viaje para buscar oro, éste testimonia que dejó la balsa de madera en la que viajaban él y otros compañeros en esta empresa a cargo de Guerzi, un poblador de origen chileno. Al volver lo encuentran alcoholizado y sin poder dar cuenta de lo que había sucedido: el incendio de la barca a manos de los indios.

El habla en estilo directo se reproduce en el texto. La trasposición en este estilo exagera la caricaturización del inmigrante limítrofe, que se expresa con limitaciones verbales y reflejando muy poca sagacidad. Al contrario de este denuedo, las lenguas aborígenes son enaltecidas por Payró en LAA:

El guardián no estaba cerca del bote incendiado, ni vivo ni muerto, pero en cambio quedaban las huellas inequívocas de que los onas habían pasado por allí: faltaban tres de los seis remos, la boza, los toletes.

Nuestro primer pensamiento fue el de que Guarzi había sido asesinado o que se lo habían llevado los indios...Pero como también podría haber huido al aproximarse los incendiarios, y hallarse oculto, resolvimos hacer de nuevo la señal antes de tomar otro partido...al tercer disparo vimos al chilote salir de entre unas malezas que había hacia el Cabo San Sebastián, y dirigirse corriendo hacia nosotros.

–¿Qué ha pasado, Guerzi?...Los indios...le grité agitado cuando estuvo cerca.

–¿Qué indios? – preguntó sorprendido y asustado, deteniéndose y mirando a un lado y otro...

Sólo entonces vio el bote que los compañeros trataban de salvar pero que se hallaba ya en un estado lastimoso...

–¡Ah! ¿no sabés, canalla?¿Qué has estado haciendo?

Entonces me confesó que se había alejado del bote y acostado entre la maleza para dormir un rato. Los indios se habrían acercado aprovechándose de su sueño...

–¿Está la botella de guachacay? – pregunté a los compañeros.

–No– me contestaron

Era indudable que la maldita botella era la culpable de todo.

–Te has *mamao* ¿no? – Grité enfurecido a Guarzi

–No, ñor; no, ñor.

–¿Y dónde está la botella?

–No sé, los indios la habrá *yevao*, ñor (Payró 1982: 425, el subrayado en todos los casos es del autor).

Representados también en la voz de los entrevistados por Payró, aparecen testimonios en que se caracteriza como bárbaros a los chilenos señalando, por ejemplo, que venden a las mujeres. Otras tensiones aparecen además del problema limítrofe y la mezcla cultural: los chilenos trabajan en calidad de esclavos, lo que precariza las condiciones del empleo.

La figura del chileno tendrá proyección en décadas posteriores en la imagen del huelguista, ya que la mayor parte de los peones provenían de Chile. El nivel de

sometimiento y explotación al que estaban sometidos se vincula con la descripción que hace Payró en esta obra ya que el descrédito del que eran objeto y las pocas posibilidades simbólicas de defensa hacían que no se sublevaran ante las precarias condiciones de vida.

Este territorio es representado entonces como una zona de gran potencial económico e idiosincrásico: pues puede surgir allí una nueva raza (como ya se planteó, Payró manifiesta una preferencia por el predominio de la inmigración inglesa) que permita “argentinar” estas regiones cuya desanexión cultural y distanciamiento geográfico las convierten en tierras situadas fuera del dominio estatal real. Esta raza conformada a partir de la inmigración europea y argentina, e integrada por hombres que deberán convertirse a las normas ciudadanas (como los ex presidiarios) es (además de los gobernantes e integrantes de las élites de la nación) la destinataria de estas crónicas para la cual se conforman significaciones (contrapuestas a las que los viajeros instituyeron en el imaginario social) de territorio propenso para la instalación y el desarrollo personal. De esta forma, un espacio que ya ha comenzado su proceso civilizatorio recorre las páginas de LAA, de manera concomitante a su descripción, se despliegan las propuestas que lo incorporaran definitivamente al mapa de la nación.

3.4.2 La Patagonia en las crónicas arltianas

Los rasgos sobresalientes de la configuración arltiana del sur se enmarcan, en cambio, dentro del tópico de la barbarie. Las divergencias pueden pensarse desde distintos órdenes que varían en el lapso temporal que las separa: económicos, políticos, culturales. Uno de ellos se vincula con el paisaje como categoría teórica, como constructo simbólico. Andermann sitúa la categoría del paisaje como una inflexión entre el siglo XIX y el XX (a los que pertenecen respectivamente las crónicas de Payró y de Arlt) regida por los órdenes mencionados anteriormente:

En el siglo XIX el paisaje pintoresco del naturalismo romántico fue sentando las bases iconográficas de los emergentes estados oligárquicos-liberales, exportadores de materias primas. Las transformaciones que fue sufriendo la

forma paisaje a lo largo del siglo XX son a un mismo tiempo el índice de la crisis de ese sistema político, económico y cultural (Andermann 2008:2).

Esta ruptura del paisaje como iconografía exaltadora se corresponde con la pervivencia de los problemas sociales y económicos de la Patagonia desde el siglo anterior. Vanni Blengino plantea en este sentido que en el siglo XX el desarrollo económico y el crecimiento poblacional siguen siendo una promesa incumplida para la Patagonia mientras que:

La atracción que ejerce la Patagonia sobre los naturalistas del Siglo XIX por sus restos paleontológicos y por sus riquezas naturales hace de ella un territorio privilegiado para la investigación científica. Los hombres que la habitan representan para el antropólogo una rica fuente de estudio. El desarrollo económico de la región es una posibilidad de la que no se duda, de tal manera que se la considera-mucho antes de que se verifique- como un hecho cumplido (Blengino 2005:89).

Esta constatación de promesa no cumplida que ya circulaba en el imaginario del siglo XX puede ser una de las causas para pensar las figuraciones de las crónicas arltianas sobre la región, que enfatizan el vacío. En la “Nota Preludio” escrita en Patagones, Arlt se incorpora ya en la serie de viajeros naturalistas que canonizaron el imaginario patagónico, a través de la representación del hotel en el que se encuentra: “tan vasto él que en Buenos Aires sería destinado a garaje o planta de un edificio de catorce pisos” (1997:29).¹⁵⁵

En varios pasajes hará referencia al tópico de los viajeros y los letrados decimonónicos del desierto y el desasosiego: “el tren es como un dardo, humeante en la punta, que se va entrando en el desierto patagón”; “Viento que viene desde la cordillera y llega a través de cientos de leguas hasta el océano atlántico imprimiéndole a la región, escasa de agua hacia el este, un carácter árido y desolado. El desierto patagónico”(61). Y más adelante: “Es la tierra de la desolación” (51).

¹⁵⁵ Todas las citas pertenecen a la edición de la Editorial Simurg de 1997.

Como sostiene Michel de Certeau, en el mapa textual trazado por la escritura se reúnen lugares heterogéneos: los recibidos de una tradición y de un imaginario y los producidos por una observación (de Certeau 1996:133).¹⁵⁶ En las aguafuertes arltianas, las imágenes de desierto, vastedad y vacío instituidas y consolidadas en los relatos de Darwin, Pigafetta y Falkner recorren las crónicas en interacción con la escritura que surge de la observación directa del territorio.

Describe el espacio fronterizo consignándolo como una otredad respecto del resto de la nación. El extrañamiento y desplazamiento no sólo obedecen a la “extranjerización de la Patagonia” debido a que la población es mayormente europea o chilena, sino que dista tanto de la metrópoli, que sus elementos parecen corresponderse más con discursividades ficcionales como el cine y la literatura. Por ello, mediatizará el espacio con procedimientos y referencias a estos dos lenguajes. El extrañamiento que causa ese espacio disímil es sólo representable a través del tamiz de la ficción.

Asimismo, esta otredad puede ser explicada solamente desde la propia cultura. Este rasgo, que es un procedimiento común en el relato de viaje, aparece aquí en lo que Silvia Saítta llama el “mirar de formas geométricas” señalado anteriormente. En tensión con estos procedimientos de analogías literarias y cinematográficas, aparece un deseo de verosimilitud que se debate en el interior del género mismo de la crónica; entre literatura y “realidad”. El escritor se muestra interesado en reflejar su presencia en el lugar desde el que se sustancia la enunciación porque “todo viaje combina de modo acuciante la experiencia del cuerpo y la experiencia del tiempo, y su relato debe proporcionar los modos de representación de tal vínculo” (Monteleone 1998:14): “Tampoco pienso proceder como el médico griego Ctesias, un ranún épico, pues sin moverse de su casa, publicó la relación de un viaje que jamás hizo por la India, pretendiendo que sus ciudadanos le honraran con una estatua” (32). Este “efecto de realidad” (en términos barthesianos) intenta proyectarse también a partir de la supremacía de detalles en las descripciones, que evidencian su observación directa del territorio y el trabajo de indagación que realiza en las entrevistas a los pobladores.

¹⁵⁶ En este sentido, cabe destacar que en las aguafuertes puede verse la “actitud textual” señalada por Said para la configuración del imaginario de Oriente, que incide en la representación arltiana de la Patagonia, a partir de categorías preestablecidas en la literatura anterior como “lo vasto”, “el desierto”, “la otredad”.

La frontera de las aguafuertes se desrealiza con estos procedimientos constructivos. En “Milagro del hacha y el cuero de vaca” un poblador narra a Arlt cómo un pionero construyó un carro que transportaba quinientos kilos con un hacha y un cuero de vaca. El escritor titula “Como en las novelas” a un párrafo dentro del relato y lo compara con los naufragos de *Liguria* de Emilio Salgari, obra que describe cómo los perdidos en un islote de la Malasia se fabricaron un carro. Agrega luego: “ve esto uno en la novela y no le da mayor importancia. Del mismo modo, los naufragos podían haberse fabricado un aeroplano con el hacha. Se parte del principio que los sucesos novelados son inverosímiles, aún en las circunstancias en que parecen reales” (90).

Y en otro pasaje: “Levantando los ojos, veo en la cima del barranco una plomiza casa de madera, una hilera de postes, un socavón sombrío, y allá más abajo, lisa, perfecta, larga, arbolada, bonita como una de aquellas calles de la película americana, la calle Bartolomé Mitre” (103). En otra aguafuerte, cuando explica el modo en que se escondían los vacunos robados escribe “El ardid es digno de las novelas de Búfalo Bill” (135).

Los relatos literarios con los que se trazan las analogías son, en general, orientales, como *Las mil y una noches*.¹⁵⁷ En la descripción del Valle Encantado intercala referencias y descripciones de los cuentos tradicionales, asimilando el lugar a un espacio de fantasía que conserva en sus rocas los recuerdos de sucesos mágicos: “Nos encontramos en el país del gran brujo negó. O del Dueño de la vida y de la muerte. O del señor de los Encantamientos” (Arlt 1997:67). Y más adelante, en la descripción del paisaje neuquino:

Vamos serpenteando de arriba abajo, entre pintorescos valles, rodeados de montañas. De repente, se produce un fenómeno inesperado. Como si un maravilloso truco escenográfico hubiera levantado el telón de fondo de este escenario prodigioso, el valle se abre y se precipita sobre una inmensa llanura de cobalto (58).

Los indicios de la civilización (como las comunicaciones tan requeridas por Payró como soluciones a la desanexión del sur) se desvanecen a medida que el viajero, y el lector,

¹⁵⁷ Ya en la obra sarmientina se enfatiza la barbarie de la campaña con lo que la crítica llamó el orientalismo en el *Facundo* (Altamirano 2003:78).

se internan en el territorio: “El nombre de la estación lo dice todo. Hasta aquí llega y aquí termina una de las expresiones de la civilización: el tren” (55).

Como en Sarmiento y Echeverría, el vacío se corresponderá con connotaciones ligadas al tópico literario de la barbarie a través de representaciones en que el espacio se asimila a la ignorancia, el curanderismo, la extensión estéril, la ociosidad. En estas coordenadas se inscribirá la frontera de las aguafuertes patagónicas. Las configuraciones de la frontera de estos letrados y las connotaciones de lugar desolado y temible de Hernández, se corresponden con características descriptivas de la Patagonia. El cruce del umbral al espacio desconocido convierte al visitante que, como la figura del cautivo de la literatura nacional, pierde sus prácticas en adopción de lo que el enunciador menciona como las costumbres del lugar:

Tengo hambre, pero por fin el asado está listo. Nuestros únicos cubiertos son dos cuchillos. El cordero es delicioso, la grasa nos chorrea por el mentón, y comemos con la voracidad de las bestias. Para limpiarnos con las manos sebosas, pues la grasa de cordero endurece enseguida, nos raspamos los dedos con el filo del cuchillo. Para beber nos tiramos cara al suelo sobre el arroyo y chupamos el agua helada, cristalina (126).

A su vez, el lugar se apodera del viajante y lo homologa al paisaje como expresa mientras anda a caballo por la provincia de Neuquén, en las cercanías de la cordillera de los Andes: “se olvida uno de lo que es, para qué está allí. Los esquemas de la civilización están semiborrados de la mente, prima en uno la vida animal” (84).

La relación dicotómica entre abandono de la civilización e inserción en la Patagonia es trazada asimismo en mención a los primeros pobladores. El arribo al territorio austral como entrada en un área de barbarie se manifiesta en referencia a los pioneros; “el estado no ha hecho nada por los “pioneers” que se desterraban voluntariamente del mundo civilizado” (95). La neutralidad del territorio lo distancia aún más del espacio consolidado como nación. La raza nueva anhelada por Payró sigue siendo un conjunto heterogéneo de inmigrantes europeos y chilenos sin visos de homogeneización. En una de las aguafuertes, “Chilenización de la patagonia”, relata cómo en la Patagonia se tienen más referencias de

Chile que de Argentina y cuando se nombra a Buenos Aires se tiene la impresión de que se menciona no la capital de la república sino un país distante y fronterizo. Chile no sólo se encuentra cerca geográficamente, sino que hay interacción entre los habitantes. Muchos estancieros de la zona han cursado allí sus estudios primarios y secundarios, los comercios fueron sucursales de empresas de ese país y la población es mayormente chilena. Dedicó también relatos a la población alemana que en algunas localidades como Bariloche constituye casi la totalidad de los habitantes. Percibe, entonces, un espacio neutral que no es ni chileno ni argentino, sino homologable a un estado luxemburgués.

La figura del indio, prácticamente silenciada, se desliza en un fragmento en el que Arlt va camino a Bariloche. La mirada del viajero percibe en el recorrido una región doliente y pobre: “Después de este trámite y de pasar frente a unos ranchos sucios, desde cuyo fondo algunas indias nos miran con ojos encendidos y sombríos, el camino se tuerce” (102).

El canónico tópico del hombre y el caballo, se retoma con las connotaciones que asigna Sarmiento al gaucho: el caballo es prácticamente una extensión de su cuerpo. Manifiesta que el hombre de esta zona no camina, y que su caballo está siempre atado al palenque; y que “hombre y bestia, aquí rodeados de montañas azules y canelas, siempre espolvoreadas de nieve en la altura, se alegran juntos de la proximidad” (104).

Como en Payró, el viaje permite la observación que lleva a la denuncia. El periodismo como vía de delación de las condiciones de vida se inscribe en Arlt en la denuncia del desempleo de las masas obreras, la precariedad de la educación pública y el hambre de los niños. También, en la negligencia y omisiones por parte del gobierno nacional en el establecimiento de medidas proclives a la instalación y vida digna del pionero.

Siguiendo los planteos de Laura Juárez, puede decirse que este enfoque retoma algunas de las ideas que el escritor había expresado en 1928 en una de sus aguafuertes, respecto de la falta de compromiso que se hallaba en muchas de las crónicas de viaje de otros escritores argentinos. Se distanciaba así de la perspectiva de otros viajeros como Manuel Gálvez, que, con una “miopía” de “vago hijo de estanciero” o de “argentinos con plata” se dedicaban a describir paisajes exóticos, reinas, monumentos arquitectónicos y otras “pamplinas arqueológicas”, olvidándose de que “en los países que visitan hay una

mayoría que vive y trabaja, que en todos los territorios recorridos hay industriales y fábricas que nosotros ni sospechamos” (Juárez 2007:199). No obstante, la denuncia no desplaza su escritura de los clisés de la representación del color local: pintoresquismo y exotismo.¹⁵⁸

Las denuncias connotan imágenes de ignorancia y atraso. La incomunicación aísla a los habitantes de la circulación de bienes culturales de la metrópoli. Cuando Arlt llega a Neuquén se presenta ante el chofer que va a buscarlo para llevarlo a una de las estancias; dice su apellido y narra en un gesto irónico que el poblador no lo reconoce. Si bien hay un guiño ambiguo de ironía y falsa modestia, comienza a denominar a este personaje como “el hombre que no ha leído mis libros” en una imagen sugerente de la distancia cultural entre el centro y la periferia.

Arlt enfatiza la representación de la barbarie patagónica con la inclusión de personajes que acentúan el vacío del espacio con un vacío cultural, que incluye desde la falta de instrucción hasta la falta de expectativas y el vacío moral.

Los habitantes de la frontera que presenta pueden incorporarse en la galería de personajes de sus obras anteriores. El corpus narrativo, teatral y periodístico, se distingue por la configuración de tipos que pertenecen a los márgenes geográficos, culturales y sociales. Estos habitantes son normalizados para corresponderse con tipos universales como “la pionera”, “la curandera”, “el vago”, “el pícaro”. Estos tipos trascienden la esencia de *personajes literarios* (individuos singulares dotados de una psicología e “interioridad” que los distingue) para convertirse en una especie de íconos o de auténticos diagramas de tipos sociales a los que reconocemos por sus atributos genéricos. La perspectiva del cronista es, la mayor parte de las veces, la del humor y la ironía pero con el telón de fondo de la indulgencia y muchas veces de la complicidad con algunos comportamientos transgresores para la moral social (Retamoso 2002:310).¹⁵⁹

¹⁵⁸ Según plantea Laura Juárez en alusión a las aguafuertes españolas, si bien Arlt escribe notas que indican en muchos casos una lectura en clave política e ideológica no logran desasirse de “las trampas de lo exótico, lo típico y lo pintoresco y retoman algunas de las fórmulas por él rechazadas de la escritura de viajero” (Juárez 2008:67).

¹⁵⁹ En consonancia con estos planteos Horacio González sostiene en su análisis de la novelística arltiana:

Arlt elabora en el lenguaje la idea de que los valores se han instalado en gestos puros, culminando en el *nombre* de los personajes, construidos con arquetipos que sin embargo no niegan la condición de que son únicos. Cada acto así, queda inmortalizado en una repetición que quita libertad subjetiva pero ofrece la libertad de consumir un destino. El conocimiento

Jorge Rivera señala en relación a las influencias y genealogía literaria que conducen a Arlt a la elección de marginales en su novelística, que el texto “Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires”, se encuentra cargado de “citas cultas y referencias eruditas”, e indica que la mención de Baudelaire como el padre espiritual del emisor, introducida en esta obra primera, tiene, a su juicio, un valor “indicial en la configuración del sistema arltiano, y que no es casual que años más tarde, en *El juguete rabioso*, Astier reparta su admiración entre Rocambole y Baudelaire”. La inclusión de desclasados y excéntricos, se enmarca entonces en la influencia baudeleriana (Rivera 1986: 24-27).

Esta inserción fue emergente en la Argentina de la década de 1920. Beatriz Sarlo reconstruye el panorama del Buenos Aires que incursiona (no sin ambages y tensiones) en la modernidad. Señala como novedad la inclusión de personajes de las orillas en las letras nacionales, no porque su incorporación sea nueva, sino porque lo es la perspectiva de su representación. La representación de estos personajes sufre una transformación durante la década del veinte, ocasionada, en parte, porque comienzan a visibilizarse. El costumbrismo ya los había representado pero los límites de sus procedimientos constructivos, incluso el de la reflexión crítica, constituyeron un obstáculo para superar el color local del que se revestían.

La aparición de un nuevo público, y por tanto de un pacto de lectura distinto, hicieron posible una configuración del margen más detallada e inmediata con la incorporación de dimensiones personales y biográficas. La periferia de Buenos Aires comienza a proyectarse sobre el centro. En este proceso comenzado a fines del siglo XIX, se acelera el contacto entre universos heterogéneos con la coexistencia de nacionalidades, lenguas y culturas.

Paralelamente, la literatura comienza su proceso de autonomización e incorpora en sus bordes a escritores de origen inmigratorio, residencia barrial y cultura en transición si se la compara con la cultura homogénea que prevaleció hasta el novecientos. Estos escritores que provienen del margen, lo tematizan: Raúl González Tuñón, Nicolás Olivari, Roberto Arlt, son figuras que representan este proceso (Sarlo 2003: 179-180).

oral sobre los personajes queda inhibido, que cumplen apenas con misteriosos llamados nominalistas, inscriptos en el “modelo universal” de su nombre –*el rufián melancólico*– pero con la prevención de que son modelos que servirán a un solo caso o bien inaugurarán la serie (1996:46).

Al situarse en el margen, Arlt deja de lado los grandes temas literarios y periodísticos para reflejar el espacio y las costumbres de los sectores populares urbanos y, en sus viajes fuera de la metrópoli, de los que habitan pequeñas localidades.

Si bien la elección de personajes y espacios marginales es un tópico de su obra narrativa, de la dramaturgia y de las otras aguafuertes; el confín patagónico no se presenta como el descentramiento de un lugar central (también patagónico); no consiste en un término de una tensión dicotómica sino que la totalidad del espacio austral es un margen, una periferia en cuya descripción Arlt retoma los tópicos más canónicos de las obras precedentes.

Siguiendo los planteos de Carlos Correas, esta elección del margen puede leerse a la luz de la exhibición del *subversivo* que tiene un lugar preponderante en la obra arltiana. El subversivo en su literatura y en las crónicas no es un producto de circunstancias externas extremas (como lo son Martín Fierro o Juan Moreira) sino que constituyen al Otro por excelencia. Así, el Astrólogo y Erdosain se demuestran a sí mismos, y exhiben para los demás, la necesidad de su subversión. Por esto, de la mano de Arlt no sólo contemplamos sino que participamos de estos ejemplares curiosos. Correas sitúa a este “nosotros” arltiano en oposición a una literatura argentina hidalga (la de Capdevila, Lugones, Rojas, Larreta) ya que refiere una comunión entre hombres plebeyos a través de un estilo plebeyo que aspira a ser crónica de época (1995: 276, 277).

Durante su estadía en Patagones, primer lugar del itinerario, retrata a los “contemplativos”. Estos personajes pueden inscribirse en la galería de “vagos” ya presentados en las aguafuertes porteñas. La vagancia en sus diversas manifestaciones, es descrita por el autor en todas las variantes posibles: el “fiacún”, el “squenun”, “el que se tira a muerto”, el “garronero” y el “vagabundo”, rasgos que no discriminan entre estamentos sino que son comunes a toda clase social. A través de los contemplativos muestra una tierra de mediocridad y quietud en la que no hay perspectiva de futuro ni de presente. La gente se reúne en la calle a contemplar el río, y no faltan aquellos que: “munidos de sillas, y bancos, se instalan en las veredas en grupos de a dos o tres y comiencen a mirar cómo corren las aguas del río” (43). Estos personajes son esos Otros que, subvirtiendo el centro, se sitúan en el margen.

Se desliza la idea sarmientina tomada de Hegel y de los pensadores franceses decimonónicos, de la influencia del medio en el individuo. El lugar geográfico es designado como causa de su posicionamiento en ese rol: “Y estos eran hombres mal entrelazados que en otros puertos hubieran hombreado bolsas o muy pesados bultos, pero aquí estaban desde temprano dedicados a las arduas tareas de la contemplación” (44).

Como consecuencia de la falta de médicos, o de la distancia que se debe recorrer para encontrar uno, aparece el curanderismo. Este tópico se encarna en María Cifuentes, caracterizada como una “bruja desnarigada”. María responde física y psicológicamente a la bruja del cuento tradicional, y “envenena” a sus pacientes con medicamentos “bárbaros”. Arlt establece la diferencia entre su público urbano y las creencias de los pobladores: “les dice disparates poco creíbles para un público culto”.

Desfilan asimismo en sus páginas estancieros que atienden a peones y los curan mediante ardidés engañosos, al darles a manera de medicamentos chocolates u otros alimentos. Y estos estancieros que sanan así a sus peones manifiestan que esta curación se debe a la sugestión y que “la gente es tan sencilla y crédula que vienen a uno como si efectivamente pudiera curarla de todo mal” (74).

El tópico de la superstición y lo sobrenatural aparece también en la figura de Berta Drassler quien es el prototipo de la mujer pionera, inmigrante estadounidense a la que “vieron una sola vez vestida de mujer”, su supervivencia en el espacio fronterizo la configura en roles masculinos. Habitante de Neuquén y madre de cuatro hijos cuyo padre se fugó luego de una vida signada por el alcohol y las peleas, es poseedora de un don, el de ver “aparecidos”. Se relata en la crónica el hecho que le ocurrió en un arroyo en el que divisó un fantasma. La superstición (al igual que en los fragmentos dedicados a los curanderos) parece extenderse a gran parte de los habitantes, sin demasiadas diferencias de estratos ni de educación.

Otro personaje que se presenta es el del colono. Su imagen se hiperboliza hasta la justificación de sus actos. El medio hostil y el aislamiento son suficiente motivo para el ejercicio de la violencia; como en la historia de Don Bernardo Boock, un pionero de 68 años que tuvo veinticinco hijos y llegó a levantar los tres mil kilos que pesaba el carro que traía al instalarse en la región. Una vez, en un altercado, levantó una parrilla para golpear a un coronel de bomberos con quien había tenido una controversia (109).

En correspondencia con las imágenes del “pioneer” de *La Australia argentina*, los pioneros cuentan con un origen violento: han escapado de la justicia de sus países: “nadie se convierte por puro amor al arte de la colonización. Hombres violentos y armados, vaqueros de California o buscadores de oro en Australia, otros pertenecían a la nobleza de sus países, eran fuertes y se casaban con mujeres o mestizas luego de tener hijos con ellas pero “eran hombres fuertes, y sus hijos pisan con taconeo firme las veredas de las calles, que ayer eran bosque virgen y perfumado” (114).

Los personajes que debieran ser representantes de la civilización, delegados de las instituciones que distinguen a la urbe del campo, aparecen caricaturizados, como el juez de paz Justo Jones que se instalaba en casas en las que le ofrecían hospedarse por algunos días, y se quedaba por años, aprovechando su personalidad carismática que divertía a los dueños de casa.

Esta frontera, siguiendo los planteos de Raymond Williams (2001) ya no es entonces el campo que puede idealizarse como modo de escape a la angustia provocada por la acelerada urbanización sino que el desasosiego que recorre la obra arltiana formando nimbos que circundan a los personajes, se extiende hasta los habitantes del confín.

A modo de conclusión, el territorio patagónico ya sea como factor de progreso o como lugar exótico y alejado, es un referente periodístico que aparece en el transcurso de las tres primeras décadas del siglo XX en las discursividades de importantes escritores-periodistas del “centro”. Durante el siglo XIX, en el marco de una incipiente autonomización del periodismo y del escritor, todavía este espacio será parte de operaciones ligadas a dispositivos estatales de anexión y de planes de desarrollo de las áreas de riqueza nacionales. Así, Roberto Payró presenta un territorio rico en recursos naturales que deben ser explotados por una población nueva de procedencia preferentemente extranjera. Por esto, enfatiza la importancia de lograr la instalación de inmigrantes provenientes de distintos lugares de Argentina y del mundo que se “fusionen” en una “nueva raza”. A lo largo de las crónicas la figura del inglés se enaltece, y, en relación con esto, se postula a Norteamérica como paradigma de nación. En cuanto a los habitantes de la región, la inclusión del indígena, si bien se denuncian los métodos de su exterminio, no es propuesta. Los pioneros son presentados como motor de progreso de la

zona y los chilenos instalados en Argentina aparecen muy pocas veces y sus descripciones connotan rasgos negativos.

Por otra parte, Chile, como país limítrofe relacionado intrínsecamente con la zona, causa fascinación debido a ciudades como Punta Arenas, que son ejemplo de lo que podría ser la Patagonia argentina, ya que rigen en esta ciudad medidas como la libertad de comercio y el desarrollo de las comunicaciones, medidas que Payró propone para la región austral del país. A su vez, Chile es también la sombra que amenaza la soberanía nacional, sobre todo, después de los conflictos limítrofes sobre los cuales Payró había escrito ya antes de recorrer la región y que su acompañante de viaje el Perito Francisco P. Moreno venía a tratar de finalizar con el *divortium aquarum*.

En 1934 la Patagonia vuelve a ser objeto de escritura de un periodista-viajero cuando Roberto Arlt recorre Chubut, Río Negro y Neuquén como enviado del diario *El Mundo*. Las aguafuertes arltianas se insertan en la serie de la literatura de viaje y la literatura argentina decimonónica, describiendo a la región con tópicos ligados con el vacío, el desierto y la barbarie. Este espacio desértico “moldea” seres que son otredades respecto del habitante de las grandes urbes. Las expectativas de Payró para la región no se ven cumplidas en las representaciones de Arlt, que se encuentra con un territorio neutral, distante culturalmente del “centro. Sus divergencias notables con las grandes urbes lo convierten en un espacio alternativo describable mediante el uso de imágenes extrapoladas del cine y la literatura. Su extrañeza lo hace casi ficcional y este rasgo es sumamente explotado por el escritor, quien publica las aguafuertes patagónicas en una etapa avanzada de la modernización periodística en la que prevalecen las reglas del mercado y prima el propósito de colmar la curiosidad de los lectores.

Así, las crónicas de los dos escritores trazan distintas representaciones sobre la región. La hibridez del género permite los cruces entre política, literatura y geografía y remiten a intertextos provenientes de estas esferas como la narrativa de los viajeros, las fuentes testimoniales y los informes sobre el territorio.

Las imágenes que aparecen en las crónicas de Roberto Payró y Roberto Arlt incorporan al archivo dos miradas que desde la prensa metropolitana se enuncian para los lectores de la metrópolis. Estas perspectivas se vinculan con la serie que comienza con la literatura de viajes del Siglo XVI sobre la Patagonia al describir este espacio desde una

operación escrituraria que piensa y que se funda en la anexión de la región. La prensa santacruceña, inscrita en este proceso modernizador participará de las configuraciones territoriales patagónicas reiterando en ocasiones imágenes similares a las analizadas, incorporando y apropiando estas representaciones al contexto de enunciación.

Todavía en la segunda década del Siglo XX la Patagonia es un territorio aislado y es esta situación en parte la que genera un orden con cierta autonomía del poder central regido por grupos económicos ligados con el latifundio. El poder de estos sectores es resistido en 1920 en las huelgas patagónicas acaecidas en Santa Cruz en los primeros años de esa década protagonizadas por los peones rurales de la región.

4. El habitante patagónico: la construcción discursiva del huelguista y del ciudadano nominal

4.1 Configuraciones discursivas y categorías teóricas

Las significaciones imaginarias acerca del espacio patagónico inciden y se entrecruzan con las de los habitantes de ese territorio. Las características de desierto estéril, clima hostil y aislamiento generan imágenes de algunos sectores (que se instalan o instauran sus comercios en la región) como benefactores de la zona. Es este el caso de los estancieros que en 1920 intentan contrarrestar los pedidos obreros con operaciones escriturarias en las que los primeros aparecen como responsables del progreso de la región mientras los peones son acusados de ser enemigos de la nación en tanto “atentan” contra un orden que se presenta como conveniente para toda la sociedad.

Otras configuraciones identitarias se trazan en la década de 1930 en torno a los habitantes santacruceños en tanto pobladores con derechos políticos restringidos. Esta situación dará lugar a debates en la prensa local concernientes a la provincialización o posibilidad de representación parlamentaria de los ciudadanos radicados en el territorio.

Los sucesos ocurridos en Santa Cruz en la década de 1920, designados a partir de la pionera y monumental investigación de Osvaldo Bayer (1986) como “La Patagonia Rebelde” fueron el referente periodístico más relevante en las publicaciones locales durante los años en los que transcurrió el conflicto.

La vigencia de estos sucesos se puede ver, por ejemplo, en debates como el que ocupó varios números de la revista *Ñ* durante el año 2011¹⁶⁰. A partir de los comentarios de Isidoro Gilbert sobre un libro relacionado con estos hechos publicado por Lois Pérez Leira, Osvaldo Bayer entabla una polémica con estos autores, particularmente con el segundo, impugnando su focalización del tema en la ideología política de Antonio Soto en lugar de inquirir cómo fue posible que Hipólito Yrigoyen permitiera al teniente coronel Varela la represión de esas justas huelgas y el fusilamiento de obreros sabiendo que la pena de muerte había sido eliminada en nuestro país para siempre en 1918.¹⁶¹

¹⁶⁰ Todas las citas fueron extraídas de la versión digitalizada de la revista *Ñ*: www.enie.clarin.com

¹⁶¹ Revista *Ñ*, 22 de agosto de 2011.

Los inicios de la polémica pueden situarse en una nota titulada “Un gallego rebelde en la Patagonia” de Isidoro Gilber publicada en *Ñ* el 29 de junio de 2011. El artículo es una breve reseña del libro *Antonio Soto, desde El Ferrol hasta el fin del mundo*, de Lois Pérez Leira, en la que se sostiene que el líder de las huelgas obreras patagónicas había pertenecido al Partido Comunista y que, por ello, se hallaba más vinculado a la cultura comunista que a la anarquista, ideario con el cual lo relaciona Bayer en *La Patagonia Rebelde*. Gilbert señala la investigación llevada a cabo como un aporte a la obra de Osvaldo Bayer, ya que representaría un esclarecimiento sobre la filiación ideológica de Antonio Soto. El autor de *La Patagonia Rebelde* responderá a las formulaciones planteadas el 2 de septiembre de ese año en la misma revista, en un artículo titulado, “Rebelde y anarquista” invocando la autoridad de las fuentes, que en su caso consisten tanto en documentos como en entrevistas a amigos y familiares de Antonio Soto:

He tenido en mis manos el artículo publicado por la revista *Ñ* del pasado 25 de junio titulado “Un gallego rebelde en la Patagonia”, de Isidoro Gilbert. En él se me menciona como autor de *La Patagonia rebelde* y se refiere al libro *Antonio Soto, desde El Ferrol hasta el fin del mundo*, de Lois Pérez Leira, sobre la figura del líder huelguista Antonio Soto...Necesité cuatro tomos, un total de 1.200 páginas para demostrar los hechos con todas las citas necesarias de donde extraje los datos, es decir, un método que es necesario utilizar para demostrar la verdad de lo que se sostiene.

En consonancia con esta exposición de las fuentes documentales y testimoniales como fundamentación de sus hipótesis recuerda que “el lector encontrará todas las luchas ideológicas que mantuvo Antonio Soto y los testimonios de los que fueron sus mejores amigos a quienes yo encontré todavía con vida en la década del sesenta y que me atestiguaron profundamente sobre la ideología política del líder de las huelgas patagónicas”. Contrapone así su trabajo arqueológico con la inconsistencia de Pérez Leira a quien imputa no citar la documentación. Además de la pugna en torno a las fuentes, Bayer recurre como argumento en pos de su tesis a la autobiografía en la que se entrecruzan la investigación y el compromiso, ya que ésta le valió el exilio.

Más que la hipótesis sobre la filiación política de Antonio Soto, resulta interesante para esta investigación cómo el punto central del debate se basa en la importancia de los documentos con los cuales se forma el corpus.

Las publicaciones del archivo que nos ocupa se sitúan en un mapa social en que los vínculos entre la mayor parte de la prensa y los grupos de poder eran orgánicos,¹⁶² los periódicos locales operarán discursivamente en la conformación de dos campos semánticos antagónicos. Las publicaciones que responden a los intereses de los estancieros configurarán imágenes del huelguista como bandolero, anarquista disruptor del orden y, en conjunción, extranjero opositor a la nación. Al otro lado del binomio, los periódicos y manifiestos de los obreros construirán los sucesos en términos de conflicto laboral. Alineado con ellos, el periódico *La Verdad* se constituirá en defensor de las reivindicaciones solicitadas por los huelguistas.

Algunos elementos aportados por el discurso periodístico e historiográfico permiten pensar la elaboración de los episodios de represión de las huelgas como la lucha por sostener el orden hegemónico del Territorio Nacional de Santa Cruz, en el que la estratificada sociedad se encuentra totalmente relegada al poder de los grupos latifundistas, y al que se lo quiere preservar de conflictos sociales. Estos elementos están constituidos, por un lado, por la simplicidad de las reivindicaciones contenidas en los pliegos redactados por los obreros; y por otro, por un dato fundamental para la consideración de los hechos: el artículo que constituyó el mayor impedimento para que los estancieros firmasen el pedido era el que demandaba el reconocimiento formal del delegado de la Sociedad Obrera de Río Gallegos.¹⁶³ En este marco, este capítulo se propone el análisis de las imágenes de los huelguistas construidas en la prensa santacruceña en la década de 1920, agrupando por un lado a las publicaciones *La Unión* y *El Nacional* cuyas representaciones se mencionaron

¹⁶² Edelmiro Correa Falcón ocupará simultáneamente los cargos de gobernador interino de Santa Cruz, secretario de la Sociedad Rural, director del periódico *La Unión* e integrante de la Liga Patriótica Argentina. Este funcionario será objeto de la mayor parte de los reclamos y críticas por parte de la prensa obrera debido a su vinculación con los acontecimientos. A pesar de ser opositor al gobierno radical, Yrigoyen no lo sustituye para no crear más enfrentamientos con el sector latifundista.

¹⁶³ El diario *La Verdad* señala este hecho en varios artículos.

anteriormente, y por el otro, al periódico¹⁶⁴ y manifiestos obreros y al diario *La Verdad* dirigido por el periodista José María Borrero.¹⁶⁵

Las figuraciones de los obreros y de las huelgas responden asimismo a lo que, retomando a Montaldo (2010), puede leerse en el marco de una delimitación simbólica de la cartografía nacional, que en la construcción de la “mismidad” genera operaciones de exclusión. Las huelgas pueden interpretarse en este sentido como la eliminación de quienes no pueden considerarse ciudadanos porque no responden al orden defendido por los grupos hegemónicos, que en este caso dirigen las publicaciones que se oponen a las huelgas. Estos grupos en principio heterogéneos convergen en el miedo ante el gobierno populista de Yrigoyen, y ante el anarquismo y el maximalismo, temor que trasunta estas operaciones de exclusión de extranjeros y obreros organizados.

El trazado simbólico de la cartografía nacional se sustancia entonces en la determinación de los límites entre quienes ingresan en la nación y quienes quedan excluidos de ella. Así, el huelguista patagónico y el ciudadano nominal, configuraciones ambas del habitante de la región, se inscriben en esta tensión: el primero será caracterizado a partir de formulaciones que lo presentan como enemigo de la patria; y el segundo será un poblador carente de derechos políticos, ya que le está vedado el ejercicio del voto en la mayor parte de los cargos electivos. Esta cartografía, y más específicamente la categoría de frontera que la motoriza, forma parte del dispositivo que configura un nosotros a partir de lo que excluye.

Las huelgas darán lugar a una pugna en el imaginario social (tanto local como nacional) entre las representaciones articuladas en los diarios latifundistas, aquellas propias de los sectores que apoyaban a huelguistas y los folletos emitidos por los obreros. El surgimiento de estas voces constituirá un movimiento contrahegemónico novedoso para la solidez del *statu quo*. Asimismo, los debates concernientes a los derechos de ciudadanía y provincialización serán otro de los referentes sobre los cuales dialogan las publicaciones regionales y bonaerenses y las publicaciones de los territorios nacionales entre sí. A lo largo del capítulo, se presentará un estado de la cuestión de la prensa nacional en relación a

¹⁶⁴ El diario se denomina *1° de mayo* y fue impreso en la imprenta de José María Borrero.

¹⁶⁵ José María Borrero era Doctor en Teología, hombre de Letras y abogado de origen español. En 1916 fue contratado por la Universidad de San Marcos, en Lima, pero las opiniones vertidas en los periódicos lo enemistaron con el gobierno de Leguía. Debió exiliarse primero en Chile y luego en Trelew y Río Gallegos. Mientras residió allí fue aliado del juez Viñas y dirigió el periódico riogalleguense *La Verdad*.

las huelgas patagónicas a partir del análisis de un conjunto de artículos de *La Prensa* y *La Nación* y de discursos enunciados por integrantes del ejército y de la Liga Patriótica Argentina, recopilados en la Revista de la Escuela Superior de Guerra “Tte Gral D Luis M. Campos”. “Bases para una investigación histórica sobre la campaña militar en Santa Cruz de RC 10 “Húsares de Pueyrredón” (1921/1922) al mando del Tcnl D Héctor Benigno Varela. Esta publicación del Ejército dedica en 1975 un número a la investigación citada que pretende entronizar al regimiento de caballería que participó en el conflicto. La operación puede analizarse como una política del archivo (que se forma a partir de los textos recopilados por el capitán Elbio Anaya quien participó de las tropas que estuvieron en el territorio) y de la memoria que hablará, desde una perspectiva que la oculta, de la masacre de obreros, antecedente de la que se producirá, poco después, en manos de esta misma institución durante la dictadura militar.

A su vez, se expondrán formulaciones y datos provenientes de los trabajos de Sylvia Saítta, Eduardo Romano, Ernesto Bohoslavsky y Osvaldo Bayer. Se retomarán, para el análisis de la prensa santacruceña, las hipótesis delineadas por Bayer acerca del diario *La Unión*¹⁶⁶ profundizando las mismas e incorporando al análisis el periódico *El Nacional*. Se añadirá a ello el trabajo sobre *La Verdad* y los manifiestos obreros desde una mirada situada particularmente en los constructos metafóricos que permiten trascender las hipótesis aportadas por los historiadores que leen este conflicto como un reclamo meramente laboral.¹⁶⁷ Estas consideraciones serán ampliadas y profundizadas a partir de la incorporación de un análisis más exhaustivo del diario *El Nacional* y de la prensa obrera desde una perspectiva que se focalice en las metáforas e imágenes con que se reconstruyen el conflicto y la sociedad como categoría social y política. Si bien los hechos se circunscriben particularmente a un reclamo gremial, el análisis de las figuraciones sobre sanidad y enfermedad (en general asociada al cuerpo social), construidas a partir de binomios como los de patria/extranjería, elementos sanos/elementos insanos, libertad e igualdad/explotación, y también los procesos de animalización del otro, permiten leer en la literatura de los obreros la postulación de una sociedad otra, futura. Las ideas foucaultianas

¹⁶⁶ Bayer bosqueja la hipótesis de la construcción de huelguista como anarquista enemigo de la nación trazada por el diario *La Unión* a partir de los fragmentos analizados a lo largo de toda su obra.

¹⁶⁷ Navarro Floria postula que los integrantes la Sociedad Obrera luchaba por una reivindicación laboral y no intentaban alterar el orden (Navarro Viola 2000).

según las cuales todo discurso manifiesto reposaría secretamente sobre un “ya dicho” y ese “ya dicho” no sería una frase ya pronunciada, un texto ya escrito, sino un “jamás dicho”, un difuso sin cuerpo, una voz tan silenciosa como un soplo, una escritura que no es más que el hueco de sus propios trazos (Foucault 1970: 40)¹⁶⁸ permite pensar en todo aquello que las textualizaciones explícitas de la prensa acallan y que se tratará aquí de “aprehender” a partir del análisis de las imágenes construidas en torno de este tópico. Esta metáfora¹⁶⁹ recorre todo el espectro periodístico; en el caso de las latifundistas el obrero será el elemento insano a expulsar, ya sea por su carácter de bandolero o porque pergeña o participa de un complot anarquista anti-patria, analizado esto en el marco de un temor extendido en toda la nación a las posibles consecuencias de la Revolución Rusa en el ámbito local. Y en el caso de las manifestaciones obreras permitirá la proposición de una utopía, postulación que trasciende los reclamos específicos y contemporáneos al conflicto que se inscriben manifiestamente en los textos. Lo que ese discurso obtura, es lo que se batalla en el imaginario social y que no se encuentra asociado con las expresiones explícitas que tejen las publicaciones sino con la “estructura de sentimiento” que se filtra en la prensa y que en el caso de los estancieros evidencia un miedo a la pérdida del poder que detentaban y, en el caso de los obreros, la esperanza en una sociedad de clases acorde a ideologías socialistas y anarquistas. Las concepciones sobre el imaginario social provenientes de los trabajos de Castoriadis (1983), Baczko (1984), Martín-Barbero (1994) sostienen la importancia del poder simbólico construido en este caso por las publicaciones.¹⁷⁰ Las categorías de Antonio Gramsci y Raymond Williams, hegemonía, contrahegemonía y hegemonía alternativa

¹⁶⁸ Foucault agrega que el discurso manifiesto no sería más que la presencia represiva de lo que no se dice, y ese no dicho sería un vaciado que mina desde el interior todo lo que se dice. Sostiene que no hay que devolver el discurso a la lejana presencia del origen; hay que tratarlo en el juego de su instancia y estar dispuesto a acoger cada momento del discurso en su irrupción de acontecimiento; en esa coyuntura en que aparece y en esa dispersión temporal que le permite ser repetido, sabido, olvidado, transformado, borrado, hasta en su menor rastro, sepultado, muy lejos de toda mirada, en el polvo de los libros (Foucault 1970:40-41).

¹⁶⁹ Siguiendo las conceptualizaciones de Ricoeur, las metáforas son representaciones, y como tales, no pueden escapar al productor del discurso de la historia. El historiador encuentra en la metáfora, ocasionalmente de manera inconsciente, un instrumento lingüístico que le permite manifestarse a sí mismo sin necesidad de abandonar el discurso científico (periodístico para el caso que se analiza) (Ricoeur 1994: 95).

¹⁷⁰ Baczko sostiene que todo poder se rodea de representaciones, símbolos, emblemas que lo legitiman y que son necesarios para asegurar su protección. Ejercer un poder simbólico no significa agregar lo ilusorio a un poder “real” sino multiplicar y reforzar una dominación efectiva por la apropiación de símbolos y por la conjugación de las relaciones de sentido (Baczko 1984:8). Martín Barbero expresa que el espacio privilegiado del ejercicio del poder es el imaginario social. El campo de lo simbólico se concibe como el espacio ideal para el estudio de las formas de protestas sociales debido a la sensibilidad de las clases populares respecto de los símbolos de la hegemonía.

(desarrolladas en el capítulo 2) permiten aproximarnos a la batalla simbólica que emerge en el marco de las huelgas y que tiene como protagonistas principales a las publicaciones de Santa Cruz conformadas en un campo binario claramente delimitado según la defensa o impugnación del conflicto, ya que los sectores vinculados a los estancieros intentan sostener que el accionar de los huelguistas perjudica a la sociedad en su conjunto mientras los obreros configuran representaciones alternativas al conflicto y al orden imperante.

La construcción de una sociedad enferma, dominada por parásitos, que será un tropo recurrente en los manifiestos, trasunta el discurso explícito de los obreros en búsqueda de una utopía en el sentido foucaultiano de la realización perfecta de la sociedad real (Foucault 2008). En cambio, en las publicaciones de los grupos hegemónicos (constituidos por estancieros y autoridades locales) la sanidad e insanidad del cuerpo social responde a la lógica de disciplinamiento del mismo y a un orden que puede explicarse teóricamente a la luz de los postulados de Jaques Revel y Jean-Pierre Peter:

Un patrón remitente desde los orígenes mismos de la crónica: un actor histórico, individual o colectivo, recibe algún elemento adverso desde el exterior que lo descompone, busca el remedio para expulsarlo y recupera así el equilibrio primordial (Revel y Peter, en Le Goff y Nora: 1980: 23).

En consonancia con la Ley de Residencia y otras acciones estatales tendientes a expulsar a quienes alteraran el *status quo*, los “elementos adversos” mencionados por Revel y Peter son (en opinión de quienes dirigen los diarios alineados a los grupos hegemónicos) los dirigentes obreros, en su mayoría extranjeros, a los que intentan expulsar para restablecer un orden que es presentado no solamente como un espacio armónico, sino que se obtura la posibilidad de cualquier alternativa o transformación de ese orden. En el mismo sentido aparece la homologación entre insalubridad, criminalidad, anarquía e inmigración que data en Argentina desde fines del siglo XIX. Los nuevos higienistas sociales extendieron su preocupación por las enfermedades infecciosas físicas a las “enfermedades” ideológicas, espirituales o morales (Salessi 1995).

Se crean las hipótesis de complot contra la sociedad, vista ésta como un cuerpo orgánico cuyo poder de enunciación se adjudican los hacendados y sus voceros. Este discurso fue el que circuló en los medios metropolitanos: *La Nación*, *La Prensa*, *La*

Fronda, El Pueblo, en las publicaciones de Punta Arenas, ciudad en la que se sucedieron huelgas obreras que incidieron en las santacruceñas y en las publicaciones riogalleguenses mencionadas. El interés de este conjunto de publicaciones se presentará, de acuerdo a las tendencias de cada una de ellas, más orientado a la lucha contra el anarquismo y las corrientes de izquierda relacionadas particularmente con la inmigración europea, o bien a la defensa de los latifundistas, o a la crítica al gobierno yrigoyenista por su participación “débil” durante la primera etapa del conflicto. En tensión con este dispositivo de construcción de la otredad enemiga, se agrupan las citadas publicaciones locales y nacionales que reconstruyen los hechos como defensa legítima de reivindicaciones obreras. La descripción del territorio en la década de 1920 y un racconto de los hechos acontecidos y el marco en el que se sucedieron permitirán contextualizar las ideas de complot de la prensa antihuelguista y las construcciones esperanzadas de los voceros de los peones.

Otra de las figuras insoslayables en la prensa santacruceña de la primera parte del Siglo XX es la del ciudadano nominal que predomina en la década de 1930. Este término acuñado por la historiadora Marta Ruffini designa a los habitantes de los Territorios Nacionales, dentro de los cuales se encontró Santa Cruz hasta su provincialización en 1957, cuyos derechos políticos eran inexistentes (Ruffini 2006:11). Partiendo de la concepción de ciudadanía postulada por Marshall en términos de posesión de derechos sociales, civiles y políticos, puede plantearse un proceso de conformación de ciudadanía por parte de la prensa riogalleguense en las primeras décadas del siglo XX. La ciudadanía -cuyo significado ha variado históricamente desde Aristóteles hasta nuestros días, tanto que a juicio de Ricardo Zapata Barrero, el problema debe ser planteado en términos no de un concepto sino de concepciones de la ciudadanía- posee, a pesar de su densidad semántica, un núcleo duro que se refiere a derechos y está inextricablemente ligada a la cuestión de la igualdad. Esta superada concepción marshalleana¹⁷¹ aporta el modelo tricotómico de

¹⁷¹ Una de las críticas principales concierne a la concepción de Marshall que acepta la desigualdad del sistema de clases sociales en tanto la igualdad de la ciudadanía sea reconocida, además de su consideración de la desigualdad como incentivo de superación en las clases más desfavorecidas. Según postula Barry Hindess, las críticas a las formulaciones de Marshall pueden ser agrupadas en tres aspectos: el anglocentrismo de su análisis; el evolucionismo implícito en sus planteamientos sobre el desarrollo de la ciudadanía; y la escasa consideración del rol del estado y de las condiciones políticas para la emergencia y mantenimiento de un tipo determinado de ciudadanía. A modo de ejemplo de este tercer aspecto, pueden citarse los postulados de Habermas, quien cuestiona el desarrollo de la ciudadanía esbozado por el sociólogo inglés, dado que al no tomar en cuenta los procesos de diferenciación de la sociedad permanecería neutral frente a los incrementos y las pérdidas de autonomía. Barry Hindess (1993), “Citizenship in the Modern West”, en Bryn Turner (ed)

clasificación de derechos, que permite indagar en la prensa santacruceña la conformación de un espacio de debate y de brega por el avance en la constitución de un orden ciudadano, primando, como consecuencia de su pertenencia a un régimen territorial, la demanda de derechos políticos.

Se analizará la construcción de este proceso y la consecuente caracterización del habitante santacruceño en el periódico *La Unión* durante los años 1929 y 1930, período considerado por Mario Bucciarelli como la década en la que emergen con más fuerza en todo el territorio nacional las discusiones en torno a la incorporación de los habitantes del territorio a la nación en forma de extensión de derechos políticos¹⁷²(Bucciarelli 1996:132).

4.2 Actores sociales en Santa Cruz en la década del veinte

Santa Cruz era un territorio nacional¹⁷³ cuya estratificada sociedad se encontraba polarizada: por un lado se hallaban los obreros en su mayoría chilenos, y por el otro, los grupos de estancieros entre los que se encontraban potentados latifundistas que poseían el control de la mayor parte del mercado regional como aquellos reunidos en torno a la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de La Patagonia “La Anónima”. Los sectores medios estaban conformados por profesionales y comerciantes. Si bien no acordaban generalmente con las prácticas de los sectores dominantes, se mantenían impasibles ante el poder de estos. Los grupos de latifundistas estaban ligados al poder político, en cuyo centro el radicalismo todavía no había podido ingresar. La llegada del juez Ismael Viñas, perteneciente al radicalismo y amigo de Yrigoyen, constituirá una novedad para el *statu quo* de la región y será combatido fuertemente por el gobernador interino y secretario de la sociedad rural Edelmiro Falcón, sobre todo a partir de sus investigaciones sobre la tierra pública en las que están involucrados los personajes más relevantes del

Citizenship and Social Theory, Londres: Sage Publications; y Jurgen Habermas (1998), *Factilidad y validez*, Madrid: Trotta.; citados por Juan Enrique Opazo Marmontini, “Ciudadanía y democracia, la Mirada de las Ciencias Sociales”, *Metapolítica del estado a la ciudadanía*. Nº 15, Vol. IV, julio-septiembre de 2000, pp.56, 63 y 64.

¹⁷² “El debate sobre la formas de inclusión de los territorianos al cuerpo político de la nación. La controversia queda evidenciada tanto en los ámbitos del estado nacional, en la prensa porteña, en diversos organismos o instituciones intermedias, como así también en la realización de asambleas de municipios regionales o congresos nacionales que discuten ampliamente la particularidad en los territorios” (Bucciarelli 1996:132).

¹⁷³ Véase el capítulo 1.

latifundio local (Bayer 1986: 45,46) Este juez, junto con el intelectual José María Borrero, serán los únicos aliados con quienes contarán los obreros durante los conflictos. Este último se vincula estrechamente con la prensa de la época porque funda y dirige el diario *La Verdad*.

El censo de 1920¹⁷⁴ arroja datos significativos para contextualizar los hechos acontecidos. La población había crecido desde el censo anterior (1914) un 80%. De los 17.925 habitantes, 9.489 eran extranjeros. Los inmigrantes representaban un 52% de la población, el grupo predominante era el de los españoles, seguido por el de los chilenos. La inmigración británica, en oposición a las creencias usuales, no era tan cuantiosa. Si bien los habitantes argentinos provenían en su mayoría de la provincia de Buenos Aires, se encontraban pobladores de todas las jurisdicciones, exceptuando Formosa (Lafuente 2002: 10). La mitad de la población se concentraba en cuatro puertos: Deseado, San Julián, Santa Cruz y Río Gallegos. Allí se concentraban los profesionales (abogados, procuradores, médicos), las autoridades civiles, los pocos empleados nacionales y el resto de la población, constituida por comerciantes y jornaleros o dependientes de almacenes. El número de familias era escaso debido a la gran cantidad de hombres solos que el mercado laboral demandaba y la condición de “golondrina” de algunos trabajadores como los de los frigoríficos. Asimismo la cantidad de mujeres era proporcionalmente reducida. En cuanto al nivel de escolarización, los porcentajes no eran bajos teniendo en cuenta la época: el 73% estaba alfabetizado.

La economía se constituyó en torno al mercado ovino, actividad que permitió una etapa de grandes ganancias con la primera guerra mundial. Al término de la guerra finalizó la prosperidad iniciada con ésta. El centro de la actividad humana eran las enormes majadas de ganado lanar y las ventas estaban reguladas por el mercado inglés. Los precios de la lana fueron artificialmente altos durante el conflicto bélico, estimulando el crecimiento de la producción para proveer a los ejércitos, pero el fin del conflicto acarrió la paralización de las compras y un abrupto descenso en las cotizaciones: los 10 kgs. de lana sucia que en 1918 valían 9,74 pesos oro, valen en 1921 3,08. A esta situación se suma otro factor de incidencia negativa para la economía regional: el auge del canal de Panamá que se

¹⁷⁴ Lafuente (2002).

convierte en una alternativa más conveniente que el estrecho de Magallanes para el paso al Pacífico (Bohoslavsky 2009: 93).

La situación de los trabajadores era crítica. El índice de precios de comestibles y bebidas en la Capital Federal subió un 50% entre 1916 y 1919. El alza en Santa Cruz fue mucho mayor. Además, la reinstalación de aduanas (que habían sido eliminadas a fines del XIX), incrementó el precio de los productos provenientes de Chile precarizando aún más la situación de los trabajadores, cuyos jornales no fueron aumentados (Fiorito 1985: 9, Bohoslavsky 2009: 93). En este marco, los obreros reclaman mejoras en los magros salarios y en las condiciones laborales. Si uno se detiene en el análisis de las reivindicaciones reclamadas, las mismas pueden resultar no muy significativas en el plano económico en relación con el flujo de capitales que el poder posee, maneja y hace circular a pesar de la crisis. Pero sí adquieren una gran peligrosidad si se leen como los datos de la emergencia de potenciales quiebres que amenacen la dominación del grupo latifundista, ya que el campo de poder de éstos se presenta cohesionado y sin fisuras alarmantes. El pliego de condiciones de 1920 muestra cómo los reclamos apelaban a la cobertura de derechos y necesidades básicas. Entre los requerimientos figuran los de dormir en camas, entrega de velas a los obreros, tres platos para cada comida, no trabajar en la intemperie con lluvias chaparrones, el cobro en moneda nacional, ocho horas de trabajo, mejoras en los sueldos y (tal vez el más polémico para la Sociedad Rural) el reconocimiento de la Sociedad Obrera de Río Gallegos.¹⁷⁵

4.2.1 Los antecedentes del conflicto

La organización obrera se inicia en Río Gallegos en 1910 y finalizará con los fusilamientos de 1921-1922 (Bayer 1986: 38). A partir de 1918 se registran en los puertos reiterados conflictos laborales. En septiembre de 1920 la Sociedad Obrera¹⁷⁶ de Río Gallegos solicita permiso al jefe de policía para realizar un acto en homenaje al teórico anarquista Francisco Ferrer. No solamente es denegado el permiso sino que la policía clausura el local sindical de la organización. La S.O. declara un paro por 48 horas y apela al

¹⁷⁵ El pliego completo es reproducido por Susana Fiorito (1985: 17-21).

¹⁷⁶ En adelante S.O.

Juez Federal, quien luego de que se suscitasen varios incidentes autoriza el acto. La S.O. levanta entonces las medidas y renuncia al homenaje para evitar nuevos conflictos. No obstante, estos se producen a raíz de un boicot decretado por la Liga de Comerciantes e Industriales (de reciente formación) contra el periódico *La Gaceta del Sud*, que había defendido el derecho de la S.O. a hacer el homenaje. Los obreros responden a su vez con un boicot a las empresas cuyos dueños integran la Liga y la policía los detiene en un episodio de violenta represión. Asimismo, inicia sumario de deportación contra los militantes, que vuelven a recurrir al juez, presentando un hábeas corpus y decretando un nuevo paro en el pueblo. El gobernador interino Edelmiro Correa Falcón se ve obligado a liberar a los presos, con alguna demora en ciertos casos para evitar las evidencias del maltrato sufrido denotadas por las marcas físicas en los huelguistas (Fiorito 1985: 9-11).

También las huelgas chilenas constituyen un antecedente relevante. En 1918 y 1919 se suscitan las huelgas de Punta Arenas y Puerto Natales respectivamente. La situación económica en Magallanes había desmejorado desde la década de 1910. Al igual que en la Patagonia argentina la apertura del Canal de Panamá perjudicó a la zona que contaba con los beneficios de que el paso del Estrecho de Magallanes constituyera la única vía de salida al Océano Pacífico. A esto se agregó la ley de Cabotaje aprobada por el Congreso Argentino, que en 1910 reservó el ejercicio de transportes a Buenos Aires para barcos bajo bandera argentina, complicando los intereses de los armadores de Punta Arenas, que monopolizaban el tráfico. El traslado de Punta Arenas a Buenos Aires de la sede legal y tributaria de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, la constitución de una aduana en 1912 en Magallanes y el desarrollo de la contienda bélica internacional desde 1914 redujeron la actividad comercial y portuaria e incrementaron los precios de los productos básicos. Una vez terminada la guerra, cayeron además las ganancias extraordinarias de los estancieros exportadores de carne y de lana (Lafuente 2002:54).

Todas las causas expuestas inciden en las condiciones laborales de los trabajadores rurales de la Patagonia tanto chilena como argentina que forman sociedades en pos de reivindicaciones ante la situación de indigencia y explotación en la que se encuentran.

4.2.2. La huelga en el campo

Los delegados de los peones rurales, recientemente organizados, son invitados a participar del movimiento que se estaba generando en Río Gallegos. Allí redactan un pliego de condiciones que es suscrito por algunos estancieros, pero la Sociedad Rural lo rechaza y la huelga se hace efectiva. La impugnación del sector conformado por los estancieros consistió en el incumplimiento de las condiciones laborales que se requerían y en la negativa al reconocimiento de los delegados gremiales pertenecientes a la S.O. Ante la consustanciación de las medidas de fuerza (paro), la policía reprime y los obreros se agrupan y deben escapar, viéndose obligados a vivir en campo abierto, implementando como modo de supervivencia el asalto a estancias y almacenes de los que toman mercaderías entregando a cambio vales firmados por la S.O. A raíz de un tiroteo conocido como “El Cerrito” en el que mueren integrantes de ambos bandos, comienzan a tomar rehenes entre dueños y administradores de las estancias. Como consecuencia de la represión y encarcelamiento de obreros el paro en el pueblo se levanta en Enero de 1921, pero la huelga se mantiene en el campo. En ese mismo mes, el Poder Ejecutivo Nacional nombra y envía a Ángel Iza como gobernador titular. Pocos días después se instala también un destacamento del 10º regimiento de caballería, al mando del teniente coronel Héctor Varela. Ambos se entrevistan con autoridades y huelguistas y concretan un acuerdo en el que se reconocen los petitorios relacionados con las condiciones laborales pero no se hace lugar al pedido de reconocimiento de la S.O. (Fiorito 1985: 10-12).

Las autoridades se van retirando de la región, en abril vuelven a Buenos Aires Varela y el juez Viñas, el Cuerpo de Caballería se retira en mayo y el gobernador se ausenta en julio. Al mismo tiempo, la crisis económica se ahonda principalmente a causa de la crisis del mercado lanar.¹⁷⁷ Correa Falcón organiza filiales de la Sociedad Rural en todo el territorio y se funda la delegación de la Liga Patriótica Argentina, grupo opositor a las organizaciones obreras dirigido en Buenos Aires por Manuel Carlés.

¹⁷⁷ El 24 de marzo se sanciona en Buenos Aires una ley de emergencia que desgrava las exportaciones y concede créditos sobre las existencias sin vender, otorga créditos a los compradores y descuenta a los vendedores los pagares recibidos en las transacciones del mercado interno: el Estado se hace cargo de las pérdidas originadas a los estancieros por haber apostado al alza (Fiorito 1985: 12).

El conflicto continúa a pesar de los intentos de desintegración: los dueños de prostíbulos y choferes de estancieros intentan dividir el movimiento con el concurso de delegados de la Fora Sindicalista pero no logran desestabilizar las medidas. La prensa ligada al poder no sólo desarrolla campañas en oposición al "bandolerismo" o "anarquismo" sino que además incita a los estancieros a efectuar despidos sin indemnización. El 30 de junio la policía desaloja a los peones de la estancia Coy-Ayque en conflicto con la patronal que no cumplía el convenio. Sin embargo, estos hechos son desmentidos por el comisario Wells, que no reconoce desmanes ni huelgas. Así culmina la primera parte del conflicto. La segunda se enmarcará en el regreso del Teniente Varela a la región (Bayer 1986). Luego de la experiencia de esta primera etapa los huelguistas no esperarán la actuación del ejército en esta segunda intervención, concluirá con los fusilamientos de la mayor parte de los obreros participantes del conflicto.

4.2.3. La segunda huelga

El convenio no se cumple y en la mayor parte de las estancias no se paga el sueldo desde marzo. En octubre de 1921 la policía deporta a los dirigentes obreros que quedaban en los pueblos. Se declara la huelga solicitando su vuelta y la libertad de los presos. El conflicto se maximiza, y los peones recorren estancias incentivando a los obreros a sumarse a la lucha. En estos recorridos toman como rehenes a estancieros y administradores. En noviembre vuelve a arribar a Santa Cruz el Teniente Coronel Varela con un total de 260 hombres pertenecientes al 5° y al 10° Regimiento de Caballería, munidos de ametralladoras. Varela y sus hombres parten en busca de los peones que recorren las estancias. Desde mediados de noviembre de 1922, comenzando en la estancia "Punta Alta," las tropas localizan a los grupos de huelguistas, les intiman rendición y una vez desarmados proceden a asesinarlos y golpean a los sobrevivientes que son luego apresados. Sucesos como los de "Punta Alta" o "La Anita",¹⁷⁸ demuestran el cruento *modus operandi* ejercido por los

¹⁷⁸ En el episodio ocurrido en la estancia "La Anita" no sólo se los tortura antes de la ejecución sino que se los fusila luego de obligarlos previamente a cavar sus propias tumbas. Esta estancia cercana a la localidad de El Calafate se constituye en la actualidad como lugar de memoria en el que se conmemora el aniversario de los fusilamientos.

hombres de Varela. No hubo combate salvo en la estación Tehuelches, en la que el carretero José Font (“Facón Grande”) es atacado a balazos y contesta el fuego. Como saldo de los prolongados enfrentamientos, cerca de 3000 peones fueron asesinados y mucho dinero ahorrado a los estancieros que durante los meses del conflicto no pagaron los sueldos. Para abril de 1922 sólo quedaban alrededor de 600 presos liberados por falta de mérito y algunas notas en la prensa nacional (principalmente *La Verdad* y *La Vanguardia*) en apoyo a los obreros (Lafuente 2002: 218-246, Bayer 1986: 117-424).

A partir de 1923 se sucede una serie de crímenes como corolario de estas matanzas. El teniente coronel Varela es asesinado en 1923 por el anarquista alemán Kurt Wilckens alegando como motivo los sucesos ocurridos en la Patagonia. Wilckens es ultimado luego por un ex subordinado de Varela: Pérez Millán Témperey, muerto a su vez en 1925 a raíz de una confabulación entre anarquistas e internos en el hospicio mental en que se había refugiado (Fiorito 1985: 13,14).

4.3. Anarquismo: complot y enfermedad

Los conflictos obreros de Santa Cruz (y su precedente inmediato: las huelgas sucedidas en Punta Arenas y Puerto Natales) fueron materia de discursos conspiratorios que más allá de algunas diferencias significativas coincidían en su objetivo de representar los sucesos desplazándolos de su carácter de reclamo obrero para convertirlos en un complot para la implantación de soviets en la Patagonia, en la alteración del orden por extranjeros enemigos de la Patria, en una invasión anarquista en la región, o en una tentativa de invasión por parte de Chile.¹⁷⁹ En una región poblada por gran cantidad de extranjeros¹⁸⁰, estos discursos deberán obviar la procedencia europea de los estancieros (ingleses, alemanes, franceses y españoles principalmente) y centrarse en la nacionalidad chilena de los obreros y particularmente en el origen europeo de los inmigrantes que dirigen el conflicto y que eran simpatizantes en su mayoría de corrientes socialistas o anarquistas.

¹⁷⁹ Desde finales del Siglo XIX circulaba una hipótesis de invasión chilena a la Patagonia sostenida por las Fuerzas Armadas Argentinas y las autoridades del Territorio Nacional de Santa Cruz (Bohoslavsky 2009: 16).

¹⁸⁰ (Lafuente 2002: 45).

El origen del anarquismo en Argentina se enmarca en el proceso inmigratorio decimonónico. En el seno de las corrientes de inmigrantes, especialmente hispanas e italianas y en menor medida francesas comienzan a arribar al país activistas libertarios que huían de la persecución policial de sus países o llegaban en búsqueda de mejores condiciones de vida. Algunos de ellos habían participado del movimiento obrero europeo en sucesos como el levantamiento de la Comuna de París o de la Primera Internacional de Trabajadores, y su estadía en el país era entonces transitoria. En la década de 1880 la actividad se circunscribió a la actuación de Centros que tenían como objetivo principal el estudio y la discusión del pensamiento libertario sin tener como prioridad la intervención en la sociedad. La llegada de activistas en esta década impulsó y consolidó los centros y los órganos de difusión anarquistas. Para esa época arriban los anarquistas italianos Héctor Mattei y Enrique Malatesta. El primero crea el *Círculo Comunista Anárquico* y unos años después el *Sindicato de Obreros Panaderos* y el segundo, es el difusor libertario de mayor envergadura intelectual que haya transitado por el país. Durante su residencia de cuatro años, creó el *Círculo de Estudios Sociales* y el periódico *La Questione Sociale*. Asimismo, la llegada de militantes de la *Federación de Trabajadores Españoles* como Antonio Pellicer Paraire, Ingán Lafarga o José Prat, dio un impulso importante a las organizaciones y a la propaganda anarquista a través de la prensa. Contaron con el apoyo del abogado Pedro Gori y del periódico *La Protesta Humana* (1897). El análisis inmanente de las polémicas europeas de los primeros tiempos se fue desplazando hacia la tarea de crear instituciones de autodefensa de los trabajadores urbanos locales, en las que lograron hacer converger fuerzas heterogéneas a través de su inserción en las sociedades de resistencia, de la creación de muchos centros y círculos culturales, escuelas, bibliotecas y periódicos. El anarquismo fue durante la primera década del siglo XX la fuerza contestataria más importante de la sociedad urbana y tuvo mucha incidencia sobre la primera huelga general del país en 1902. Fue también uno de los sectores que más padeció la represión ejercida por el estado a través de la aplicación del estado de sitio y la Ley de Residencia. Los anarquistas movilizaron a una gran parte de los trabajadores porteños y durante la década de 1920 participaron en el gran número de huelgas generales y conflictos que tuvieron lugar en Buenos Aires. No obstante, su objetivo trascendía la lucha por reivindicaciones salariales, lucha que era sólo un primer fin para el logro de una sociedad otra, cualitativamente modificada respecto de la

existente (Suriano 2008: 33-36). Tanto el tratamiento dado al anarquismo por los grupos hegemónicos en Santa Cruz como las modalidades de la prensa cercana a esta corriente reproducen en parte modulaciones del orden nacional, como las construcciones de complot y la persecución al inmigrante para el primer caso y las temáticas asociadas con un marcado antimilitarismo, antirreligiosidad y antipatriotismo para el segundo.

Ricardo Piglia plantea que la clandestinidad es el componente más peligroso del complot, la conspiración es una “ficción potencial” que se debe descubrir entre datos aparentemente desvinculados (Piglia 2006:2). Desde esta perspectiva del complot cualquier acto protagonizado por los obreros (como la negación a servir a los invitados a un banquete organizado durante las fiestas patrias)¹⁸¹ es leído en términos de conspiración contra el orden. Las imágenes conspirativas revolucionarias trazadas por las publicaciones nacionales más relevantes del período¹⁸² y también por las santacruceñas que respondían al sector latifundista, se crean en el marco del temor que las élites argentinas comenzaron a sentir ante las posibles derivaciones de la Revolución Rusa. Según sostiene Rouquié, estas élites percibían que la tibieza del gobierno de Yrigoyen permitía la amenaza al régimen social y económico por parte del maximalismo (Rouquié 1982: 207-214). Si bien los escritos historiográficos sobre las huelgas patagónicas manifiestan que no existen datos para el establecimiento de las hipótesis entrelazadas por gran parte de la prensa¹⁸³, los elementos y actores que formaron parte de los hechos permiten analizar aquello que, circulante en la estructura social, permitió estas figuraciones en el imaginario de la sociedad santacruceña y en la argentina en su conjunto. Los actores que protagonizaron el proceso pueden explicar las bases del mito conspirativo: por un lado la Sociedad Obrera Patagónica, conformada en su mayor parte por inmigrantes europeos simpatizantes de corrientes anarquistas y socialistas. Las vinculaciones entre la Sociedad Obrera de Río Gallegos y su par en Punta Arenas de origen anarco-sindicalista participaron también dentro de los elementos que permitían construir las lecturas en este sentido. Por otra parte, la intervención de la Liga Patriótica Argentina, agente de un discurso anti-inmigratorio y anti-

¹⁸¹ Esta forma de reclamo da lugar a una publicación del *La Unión* que otorga un carácter antipatriótico y conspirativo de este accionar. (Citado por Bayer 1980: 109,110).

¹⁸² *La Nación* y *La Prensa* eran los diarios más prestigiosos y leídos de la época.

¹⁸³ No existe documentación que pruebe la existencia de grupos anarquistas en Santa Cruz. Sí hay registros de la circulación en el medio del diario *La Protesta* que para 1919 tenía un corresponsal en Río Gallegos (Lafuente 2002: 26).

izquierdista permite ver las bases de esos dispositivos que, volviendo al planteo de Piglia, unen elementos dispersos (como la nacionalidad de los líderes sindicales) para publicar noticias alarmantes de atentados contra el orden nacional. Parafraseando a Girardet, los hechos aislados se amalgaman en la lógica de un plan secreto (Girardet 1999: 49).

4.3.1. Los actores del conflicto

Las huelgas fueron protagonizadas por dos sectores claramente delimitados. Por un lado, la Sociedad Obrera de Río Gallegos (adherida a la Federación Obrera Regional Argentina, FORA), cuya corta vida comienza en 1910 y termina con los fusilamientos de 1921-1922. Creada por iniciativa de José Matas, obrero de origen asturiano, nucleaba a estibadores, cocineros, mozos, empleados de hotel y trabajadores rurales. El segundo sector estaba constituido por los integrantes de la Liga del Comercio y la Industria de Río Gallegos, la Sociedad Rural de Santa Cruz y la Liga Patriótica Argentina, es decir, por las instituciones que reunían a los propietarios e integrantes de la élite nacional. El grupo medio estaba conformado por pequeños hacendados, comerciantes, empleados (en su mayoría de nacionalidad española) que constituían una burguesía amenazada por los consorcios de la Sociedad Anónima Exportadora e Importadora de la Patagonia que poseía el monopolio de la comercialización regional. Este sector apoyaba a las figuras de Ismael Viñas y José María Borrero. Viñas había llegado al Territorio enviado por Yrigoyen para consolidar el poder radical en la región. Designado juez federal por un período de tres años, llevó adelante la investigación sobre dos sociedades latifundistas de capital inglés: “The Monte Dinero Sheep Farming Company” y “The San Julian Sheep Farming Company”, lo que lo enemistó con los representantes del poder local, particularmente con Correa Falcón.

Dentro de la Sociedad Obrera de Río Gallegos, tuvo un lugar preponderante Antonio Soto, quien llegó a la ciudad luego de haber sido partícipe de las huelgas en Trelew. Partidario de ideas anarquistas y anarcosindicalistas, arribará a Río Gallegos en 1919 como tramoyista de una compañía de zarzuelas y se convertirá prontamente en secretario de la Sociedad, incitado por Borrero. A su cargo la Sociedad recibirá un gran impulso, se adquirirá una imprenta, se editará el periódico *1º de mayo* y se conformará un cuerpo de delegados que recorrerá toda la región.

El grupo latifundista estuvo respaldado por la Liga Patriótica Argentina, órgano surgido luego de los sucesos de la “Semana Trágica” en Buenos Aires, que tendrá una importante intervención en las huelgas patagónicas, con visitas a la región y fuertes vinculaciones de sus integrantes con las autoridades locales, con el aporte de “rompehuelgas” y con participaciones directas en actos represivos. Pertenecientes en su mayoría a sectores sociales altos, eran anti-irigoyenistas y admiradores del orden liberal y conservador anterior a 1916. No se oponían a la democracia, sino que planteaban que el régimen brindaba a los maximalistas un gran poder de actuación (Bohoslavsky 2009: 107). Su discurso era anti-inmigratorio y anti-izquierdista. El aparato discursivo que implementaron circula tanto en documentos oficiales como también en publicaciones periódicas y se extiende al campo de lo literario.¹⁸⁴ Esta institución, dirigida por Manuel Carlés, actuó como organización paramilitar con licencia para reprimir, portar armas, disolver manifestaciones y allanar sindicatos. Osvaldo Bayer relata sus inicios y el *modus operandi* de su accionar:

(...) pero, después de la Semana Trágica o Semana Roja de enero de 1919, las clases altas y la clase media alta, es decir, todos aquellos que tienen algo que perder en caso de un alzamiento obrero, si bien saben que cuentan con el ejército como gran aliado, no por ello dejan de preparar sus autodefensas. Y el genio de todo esto será el Doctor Manuel Carlés, de gran talento organizativo, presidente de la Liga Patriótica Argentina, quien sabrá preparar en todo el territorio una organización paramilitar, un verdadero ejército de guardias blancas. Son las llamadas “brigadas” formadas por los patrones, los empleados ejecutivos, los capataces, oficiales retirados del ejército, marines de guerra y policía y los denominados “obreros buenos” (Bayer 1986: 35).

Los orígenes de la Sociedad Obrera de Río Gallegos constituyen otro de los elementos que posiblemente hayan permitido las figuraciones conspiratorias de los grupos de poder. Osvaldo Bayer señala sus inicios en la sindicalización de los trabajadores

¹⁸⁴ La nouvelle *La mujer que se acordó de sus sexo* de Josué Quesada tematiza la tragedia patagónica desde la perspectiva de la Liga Patriótica. Asimismo, este autor publica relatos en diarios locales (Véase el capítulo 5).

portuarios de Río Gallegos, a lo que Lafuente agrega la influencia ejercida por el movimiento obrero suscitado en el sur de Chile. Este último planteo se basa en el estudio de la publicación de la Federación Obrera de Magallanes *El Trabajo*, que informa en mayo de 1913 que se habían enviado miembros de esa Federación a Río Gallegos para la unificación de la clase obrera y confirma en el número posterior que habían sido sentadas las bases de la sociedad en Santa Cruz, con el fin de propender al mejoramiento social y económico de la clase trabajadora de toda esa parte del territorio y agrega que “es aquella una institución análoga a la nuestra y estará separada de nosotros únicamente por los efectos de la administración, pero en cuanto a la constitución y solidaridad marcharán siempre unidas puesto que son afines a las ideas que ambas perciben” (Lafuente 2002: 29). De este modo, el origen de la Sociedad Obrera se relaciona con la existencia y el accionar regional de la federación chilena.

4.3.2. Insalubridad, criminalidad y anarquía

La genealogía de la homologación entre insalubridad, criminalidad, anarquía e inmigración data en Argentina de fines del siglo XIX. Los nuevos higienistas sociales vincularon las enfermedades infecciosas físicas a las “enfermedades” ideológicas. Francisco de Veyga, un médico entrenado como higienista, publicó en 1897 en los *Anales del departamento Nacional de Higiene* un texto titulado “Anarquismo y anarquistas. Estudio de antropología criminal”. Para criminalizar esa ideología, al mismo tiempo que se representaba a sí mismo como un científico progresista y liberal, la estrategia de Veyga consistía en hacer una distinción entre una ideología anarquista de tradición nihilista rusa, de intelectuales y teóricos de la clase alta, y la obra de “agitados entrados en delirio, de locos despertados por el estrépito de las armas, de criminales hechos o latentes” (Citado en Salessi 1995: 124-125). Esta forma delictiva es concebida en términos de insanidad del cuerpo social¹⁸⁵, los anarquistas “agitados” constituyen un elemento de enfermedad de una sociedad que debe expulsarlos en defensa propia frente a la infección que representan:

¹⁸⁵ La consideración del inmigrante anarquista como disrupción infecciosa del cuerpo social es una de las ideas que trasuntan la “Ley de Defensa Social” de 1910, que permitía la represión de los movimientos obreros. Leopoldo Rodríguez, que estudió la relación entre inmigración, nacionalismo y Fuerzas Armadas

atacando de lleno el foco de infección moral de donde brotan esos gérmenes virulentos, se destruiría la parte temible que está destinada a producir los crímenes políticos. Porque el crimen anarquista, hay que decirlo de una vez por todas, no es sino una forma de delincuencia vulgar que ha tomado ribetes de grandeza por razón de las circunstancias del momento. La delincuencia política que en nombre del anarquismo se ejecuta, es sólo derivación de la criminalidad ordinaria, una válvula de escape (...) Las formas posteriores son diferentes, pero el germen originario es el mismo. Atacar al conjunto de la masa criminal, he aquí la táctica segura a seguirse. (Veyga en Salessi 2006: 127).

La “higiene social” necesaria para proteger a la comunidad del inmigrante es el sustento de la creación de instituciones represivas o preventivas. Cornelio Moyano Gacitúa, Profesor de Derecho Penal y Juez de la Suprema Corte, publica en 1905 un texto canónico de la criminología argentina: *La delincuencia argentina*. En este texto Moyano Gacitúa utiliza el modelo de la aglomeración y estancamiento del movimiento de flujos que no permitía la dilución de materias nocivas:

el inmigrante no se disemina; queda en número excesivo en las capitales, de postulante de trabajo que allí no existe; se derrama por las calles luchando a brazo partido con la necesidad, viviendo en mancomún y promiscuidad con los paisanos, fomentando huelgas y desórdenes, sirviendo a la vez de elemento agitador y agitable. (Citado en Salessi 2006: 116).

durante fines del siglo XIX, expone: “En la primera década del siglo, cada 1º de mayo era un festejo que terminaba en forma sangrienta. Es aprovechada cualquier ocasión para reprimir al movimiento obrero. Hasta la ocasión del levantamiento cívico-militar de 1905, organizado por los radicales, se persiguió y encarceló a los anarquistas y socialistas. En 1910 se aprobó la ley de Defensa Social, para entonces se desarrollaron los escuadrones de caballería montada de la policía que cargaba en las calles de Buenos Aires sobre demostraciones, cuando tales medidas no eran suficientes se recurría a la Marina o al Ejército” (Rodríguez 1986: 86).

Para la misma época Ramón Falcón, Jefe de la Policía Federal, postula en su “Memoria Policía” como nueva enfermedad social las manifestaciones del movimiento obrero, que es patológico y extraño a la nación:

Ciertos focos de patología social inasimilables a nuestra personalidad colectiva, por instinto y por educaron, con atavismos exóticos, y con virulencias de otros medios, que se encuentran adheridos a nuestra fisonomía orgánica. Estos “focos” y la “virulencia” de esta “patología” ya no denotaban concentraciones de gérmenes de enfermedades infecciosas epidémicas como el cólera y la fiebre amarilla, sino los grandes movimientos obreros de protesta y las asociaciones y personas, especialmente anarquistas, que ayudaban a organizarlos (Falcón en Salessi 2006: 117).

En esta línea también pueden inscribirse los estudios acerca de las “masas” en que se asocian criminalidad y medicina. En el análisis de la vida psicológica de las multitudes a fines del Siglo XIX, se atribuyen al sujeto social características de inconsciencia e irracionalidad. El ejemplo más paradigmático es el de Ramos Mejía (1899), quien describe a la multitud desde matrices biologicistas como a una fuerza fenomenal vaciada de inteligencia y raciocinio, lo cual, si bien permite a quienes la conforman cargarse del heroísmo de los seres primitivos, la hace propensa a la escasa reflexión y a la violencia (Terán 2000:102,103).¹⁸⁶

Estas consideraciones decimonónicas perviven en la prensa santacruceña de 1920, también en la metropolitana con la cual se establecen relaciones de apropiación, mediante la configuración del binomio sanidad/ insanidad del cuerpo social se agrupan en el segundo

¹⁸⁶ Sobre la obra de José María Ramos Mejía véase Montaldo (2010). En este libro se analiza la obra *Las multitudes argentinas* publicado en 1899. Considerado como un tratado científico y volumen de historia nacional, este ensayo sobre la nación, sostiene Montaldo, presenta todos los instrumentos de la modernidad: la nueva historiografía, la sociología, la psicología social y el discurso científico. Disciplinas y textualidades que son utilizados en pos de la interpretación de los fenómenos sociales relacionados con las configuraciones identitarias en torno a la descripción de “lo argentino”. Este marco explicaría en parte, la “nacionalización” por parte de Ramos Mejía del concepto de “multitud”, que apenas unos cuatro años antes había obtenido rango científico a través del uso de Gustave Le Bon en *Psicología de las masas* de 1895.

término la infección de la sociedad a causa de los anarquistas, extranjeros y obreros huelguistas.

4.4 Conspiración y bandolerismo / reivindicación laboral. Las huelgas patagónicas en la prensa metropolitana

Un corpus recopilado por el ejército argentino en 1975 permite vislumbrar un horizonte de las imágenes conformadas por la prensa nacional alineada con los sectores opositores a las huelgas obreras. Este conjunto está integrado por textos periodísticos del diario *La Prensa* y *La Nación* y por discursos de militares y miembros de la Liga patriótica Argentina participantes en el conflicto. El punto de contacto entre ellos es la exaltación de la participación del Ejército. Uno de los pocos artículos de un diario afín a la causa obrera que se incluye es una nota de *La Vanguardia* de diciembre de 1921. Si bien se denuncian en ella los fusilamientos cometidos por el ejército y las condiciones de vida de los trabajadores, el último párrafo plantea un mal empleo del ejército por parte del gobierno, quitándole de este modo la iniciativa de la acción, y defendiendo, por otro lado, a la institución en sí misma, más allá de la intervención y de los participantes en el hecho puntual:

Como argentinos y como hombres, no es posible permanecer impasibles, ante tamaña crueldad. Es necesario reaccionar en el sentido de que en nuestro país cesen de producirse los hechos bochornosos que lo están desacreditando en el extranjero. Y, sobre todo, hay que salvar la dignidad del ejército, no empleándolo en semejantes indignos menesteres (118 A.12).¹⁸⁷

Este artículo y una nota del Comité de Huelga santacruceño de 1921 constituyen la única voz alterna con respecto al conflicto. Probablemente, el título de esta compilación: *Revista de la Escuela Superior de Guerra “Tte. Gral. D. Luis M. Campos. Bases para una investigación histórica sobre la campaña militar en Santa Cruz del RC 10 “Húsares de*

¹⁸⁷ Todos los fragmentos corresponden a la Revista del Ejército de 1975 cuyo título figura en el párrafo siguiente. La revista completa se reproduce en el anexo, según la referencia consignada en la cita.

Pueyrredón” (1921/1922) al mando del Tcnl Héctor Benigno Varela ¹⁸⁸ implicó la inclusión de estas notas en el marco de una operación de muestra de “objetividad”. Sin embargo, en el caso de *La Vanguardia*, esa defensa de la institución del ejército como entidad que trasciende esos hechos seguramente tuvo un papel importante en la selección. De todos modos, el corpus está integrado fundamentalmente por artículos de *La Prensa* y discursos de la Liga Patriótica Argentina.

El primero es el del doctor Manuel Carlés. El discurso que pronuncia puede inscribirse en los dispositivos relacionados con el trazado simbólico de la cartografía nacional, a partir, fundamentalmente, de la enunciación del conflicto huelguístico en términos de defensa y recuperación de un territorio de la patria; en nombre de lo cual, tanto Carlés como los demás miembros de la Liga Patriótica se pronuncian. Aquello que se restaura en la patria es el orden que se concibe como natural y único: el anterior a las huelgas, es decir el *statu quo* hegemonizado por los sectores latifundistas que ven amenazado ese poder por las fisuras provocadas durante el conflicto. En este marco, se enaltece la acción del ejército (de los escuadrones diez y doce de caballería) que logró librar a la nación de los ataques de los *rebeldes*, a los que se acusa de promover la guerra: “De no mediar la abnegación de los escuadrones de caballería, la guerra hubiera devastado toda la Patagonia y cincuenta mil rebeldes habrían presentado batalla en la línea del Río Negro” (73).

Este discurso, así como la mayoría de los textos recopilados en este dossier del ejército, responden a la lógica según la cual la nación se define por aquello que excluye, y lo que queda expulsado se homologa a la incultura, que, en términos de Graciela Montaldo, se constituye por las prácticas que quedan fuera de las instituciones tradicionales del saber (2010:27). Asimismo, Montaldo analiza la obra del abogado y político Juan Agustín García, que en 1922 publica un libro que hace ostensibles las ideas y debates de esta época en torno a la demarcación de quiénes entran en la nación (y por tanto en la cultura) y a quiénes se elimina. El libro entonces (que se corresponde con el año de muchos de los artículos incluidos en la revista del ejército y que además recopila notas escritas por García para *La Prensa*) muestra toda novedad como amenaza; toda transformación como peligro;

¹⁸⁸ Se aclara en esta compilación que los documentos incluidos provienen del archivo privado del General Carlos Elbio Anaya.

toda cultura del otro como incultura. El bolcheviquismo, las revoluciones, el anarquismo, los inmigrantes y su integración en la sociedad nacional, en las instituciones educativas y culturales, son los puntos de fuga por los que la cultura nacional, en apariencia homogénea y compacta, va mostrando sus fisuras y su carácter de artificialidad (Montaldo 2010:38).

El binomio ciudadanos/enemigos se corresponde en el texto de Carlés con el de civilización y barbarie, ya que los obreros son configurados como delincuentes que asolan un territorio cuyo estado de civilización incipiente fue protegido por el ejército y la Liga:

Cuando el desmán alardeó en los ámbitos de Sud, asolando la civilización incipiente de la Patagonia, allá fue el ejército de línea para cumplir otra vez la misión de amparar la vida, honra y fortuna de la Nación; y allá fue también la Liga Patriótica llevando la palabra persuasiva a los corazones conmovidos (73).

Como sostiene Ramón Máiz el discurso nacionalista, en su dimensión negativa, elabora la figura de la alteridad a partir de códigos binarios: propio/ajeno, amigo/enemigo, pureza/mestizaje. Estas antinomias vertebran la matriz orgánica y objetiva de la etnicidad con otras dimensiones relacionales, exteriores a dicho núcleo orgánico: la oposición/negación con otras etnias o naciones, el modelo político institucional que se rechaza, la estrategia de exclusión de lo diferente, sea alteridad extranjera o interna. Esta alteridad a su vez construye la “mismidad”, y así el estereotipo antagónico de lo ajeno resulta hasta cierto punto portador de la identidad nacional que se autoafirma (Máiz 2007:11). En este caso, la otredad del obrero remite para los sectores de las élites al miedo a las revueltas, a las ideologías de izquierda y al gobierno de Hipólito Yrigoyen como gobierno de masas.

Estas oposiciones idean una frontera que delimita al “otro” quitándole su carácter de obrero para configurarlo como enemigo de la nación en sus figuraciones de bandolero, revoltoso, extranjero o adepto a teorías foráneas que atentan según el diario contra la patria como el maximalismo y el anarquismo (como se verá a continuación en los textos).

Las figuras del ejército y de la Liga se glorifican, además, a partir de una operación discursiva en la que las acciones de estas entidades se contraponen con la negligencia del

gobierno yrigoyenista. Según Carlés, entonces, el territorio no es protegido por el gobierno que no toma medidas suficientemente efectivas contra aquellos que atacan la nación y por eso se necesita la acción de la Liga y del ejército. Además, este grupo se presenta a sí mismo como el contralor de una moral que debe ser inculcada en la Patagonia. Luego de acusar de desidia al gobierno central, manifiestan: “No importa. Aquí estamos nosotros, la Liga Patriótica Argentina, para ocuparnos de las cuestiones morales y sociales que comprometen la dignidad de la Nación y los intereses colectivos” (73).

El discurso del Teniente Coronel Héctor Varela acrecienta la configuración de los hechos en términos dicotómicos de ciudadanos y extranjeros enemigos de la nación. La bandera argentina, como ícono de nacionalidad, estructura el discurso, aludiendo implícitamente a la bandera roja que era mencionada con mucha frecuencia en los folletos de los obreros. Así, el ejército es presentado como la institución que defiende la soberanía nacional, la paz y justicia y la tranquilidad de poder vivir sin ser asaltados por los *rebeldes* (homologados a delincuentes):

el soldado argentino sabe defender la Patria cuando se intenta desconocer su poder levantando una bandera que no es la azul y blanca, única que debe flamear orgullosa en todos los horizontes de la República. Soldados conscriptos: decidles a vuestras familias que nosotros los militares tenemos la obligación de sufrir los sacrificios que demanda esa virtud que se llama Abnegación a la Patria y sólo podemos esperar como única recompensa, la satisfacción de haber cumplido con el deber (75).

La soberanía (corporizada en las figuras de la constitución, la justicia y la honradez) se establece como la causa por la que han luchado tanto el ejército como la Liga Patriótica, ya que han extendido la cultura nacional hasta los extremos más alejados de la patria:

Como argentinos y como soldados de esta patria rica y noble puedo decir que todos sus habitantes que trabajan honradamente pueden vivir tranquilos, porque esta bandera los cobija, siempre que el Ejército los proteja y ahora más que nunca señores, porque a todos nos consta que detrás del Ejército está la Liga Patriótica Argentina, formada por hombres abnegados y valientes que

al organizar sus brigadas, estableciéndolas en las regiones más apartadas de la patria, permanecen como centinelas alerta, vigilando el cumplimiento de nuestra Constitución y siempre predicando justicia y honradez (75).

Pedro Viñas Ibarra, capitán que había formado parte del regimiento interviniente en el conflicto patagónico, formula también su discurso a partir del binomio civilización y barbarie, trazando, diacrónicamente, un estado de civilización y prosperidad atacado por *bárbaros* que lo hacen peligrar, y una vuelta a este orden restablecido gracias al accionar del ejército:

Y permítame el señor Presidente que recuerde: que después de cuarenta y cinco días de iniciadas las operaciones, durante los cuales no hubo un día ni una noche de descanso, luchando en terreno desconocido, contra la naturaleza misma por su clima, en combates desventajosísimos se llegara gracias a la disciplina y al esfuerzo desplegados por todos a restablecer el orden, a hacer trabajar las estancias, a restablecer las comunicaciones, a reconstruir los puentes y colocar al territorio en condiciones que pudiera emprenderse una nueva era de prosperidad y de grandeza (76).

Aquí, el enemigo es la población del territorio, que se presenta como extranjera, una población que no acepta la Constitución ni la bandera argentinas sino que hace flamear otra insignia. La acción del ejército se muestra como una defensa del territorio del que se ha expulsado a los invasores: la bandera es el referente principal de las palabras de Viñas Ibarra, que no menciona el conflicto ni a los obreros, sólo aparece esta supuesta toma de la región por parte de extranjeros y una defensa de la soberanía a partir de la exaltación del emblema nacional: “Sus colores reflejan el sentimiento nacional, ella es la novia y es la amante, es la madre y es la hija de esta tierra que tenéis el orgullo de pisar, no empañada aún por la derrota, la habéis visto dando vida al caído en el combate” (77).

En un segundo discurso, Manuel Carlés señala tanto el agradecimiento que siente la población santacruceña hacia el ejército que los *salvó* de la *rebelión sectaria*, como la emoción que suscitan los símbolos de la soberanía nacional (como por ejemplo los buques de las Fuerzas Armadas), reforzando en el imaginario social estas representaciones que son

constantes en los discursos de los integrantes de la Liga Patriótica y del Ejército: la pacificación de un territorio como inserción de ese espacio en la topografía nacional (en el sentido de imaginaciones de espacios que Jens andermann otorga al término, 2000:18), ya que se lo recupera de los enemigos de la nación y de su orden (mayormente los líderes obreros formados en ideologías de izquierda):

si la administración pública se enterara de la emoción que produce a todo argentino la presencia de una nave de guerra en la soledad de los mares australes, movilizaría las unidades necesarias para que, en todo tiempo y en todos los puertos del sud, hubiese la custodia naval del Estado que los marinos de la Armada desempeñan con abnegación y técnica en el cumplimiento de sus deberes militares... Por esa razón, el espíritu de las poblaciones conmovidas por la rebelión sectaria se tranquilizó con su sola presencia (81).

El diario *La Prensa* dedica varios artículos durante enero de 1922 a las huelgas santacruceñas (incluidos luego en el dossier militar). El relato del diario sobre los hechos configura principalmente tres núcleos de significaciones en torno al conflicto. La primera constelación semántica se relaciona con el bandolerismo armado. Los términos *huelguista* y *obrero* están prácticamente ausentes en el discurso de la publicación, que refiere a los participantes como “malhechores profesionales” o “forajidos”. El segundo tema que la publicación relaciona con el conflicto es el de la desidia del estado central, que no mejora las condiciones de vida en las tierras australes y que no se ocupa de sostener el orden en la región. Por último, y en relación con los puntos anteriores, *La Prensa* formula, a partir de la configuración de un estado de caos provocado por los malhechores y por la negligencia por parte del gobierno yrigoyenista, la necesidad de la implantación de un gobierno militar, como una solución transitoria a la falta de derechos políticos, pedido, según el diario, por los propios vecinos.

El conflicto es presentado en términos de actos vandálicos, de delincuentes que invaden zonas y las saquean provocando pérdidas en la producción de las estancias. Los

obreros son categorizados como forajidos, turba alzada, bandoleros armados que roban y asesinan, bandidos organizados militarmente:

La Patagonia argentina acaba de soportar el azote de numerosas bandas de forajidos, que, alzados en armas, saquearon estancias, incendiaron campos y perpetraron toda clase de depredaciones sin que le fuera dado a la policía contener el desborde de la horda. El hecho alcanzó una gravedad que bien pudo evitarse, porque desde el año 1920 la situación de los territorios del sur se había hecho intolerable (84).

El gobierno de Yrigoyen es denostado y responsabilizado por la situación de “caos” y por el progreso trunco del territorio, siendo otra de las constantes que aparecen en estos artículos de 1922 la crítica al gobierno nacional a quien se responsabiliza por la falta de desarrollo económico de una zona de gran riqueza, y, propiamente, en lo que concierne a las huelgas, la falta de un accionar que permitiera la “pacificación” del territorio invadido por las “turvas vandálicas”. La representación de la región como zona de gran riqueza, ignorada por el gobierno central, ya denunciada por ejemplo en las crónicas de Roberto Payró, es actualizada por el diario, en el cual además se responsabiliza al gobierno de Yrigoyen de obstruir un proceso de desarrollo que estaba en marcha hasta el momento de su asunción. En un artículo publicado el 27 mayo 1922 se manifiesta:

los territorios de Santa Cruz, Chubut y Río Negro, merced a la bondad de sus tierras, a la iniciativa individual y a ese empuje que caracteriza los comienzos de un país joven como el nuestro, alcanzaron pronto un relativo nivel de prosperidad hasta que se inició en sus funciones el ejecutivo actual. Éste, en efecto, se dedicó preferentemente a intervenir las provincias y a favorecer de una manera hartó visible a los candidatos que respondían a las aspiraciones de la casa rosada, y descuidó la administración de los territorios nacionales (90).

Estas impugnaciones al gobierno, además de inscribirse en la postura general del diario frente a Hipólito Yrigoyen, permiten reconstruir la imagen del poblador “víctima”

tanto del caos como de la desidia estatal que el diario configura: el del hacendado. Se habla de los problemas del habitante debido a que los “actos vandálicos” producen entre las familias de los hacendados “terror, espanto y paralización completa de las faenas rurales, ocasionando pérdidas materiales de mucha consideración” (95).

Las representaciones de los obreros como “bandoleros” y “turba alzada”, y las críticas al gobierno irigoyenista por la desidia causante de la falta de explotación de la riqueza de la zona y del caos causado por los malhechores, confluyen en el pedido de un gobierno transitorio conformado por el ejército hasta tanto los habitantes tengan facultades cívicas plenas y puedan elegir autoridades que vivan en la zona y se ocupen de los problemas. Esta operación discursiva se formula en base al enaltecimiento de la figura del ejército, que tiene su correlato en la denostación de los gendarmes; y en la ponderación de la peligrosidad que representan los extranjeros instalados en la zona, que demuestra la necesidad de una institución que resguarde la soberanía:

Un fuerte hacendado, el señor Lessener, se presentó al jefe de policía rogándole que retirara de su establecimiento los soldados de la gendarmería, por cuanto, al amparo del uniforme, cometían toda clase de hechos delictuosos (...) Se comprenderá que en tal situación los pobladores clamen por el inmediato retiro de estos gendarmes, para que sea el Ejército quien guarde el orden en los territorios (85).

El ejército, reclamado según la publicación por los propios vecinos, garantizaría la transparencia en la administración y es este supuesto pedido el que fundamenta la propuesta de un gobierno militar transitorio hasta la sustanciación de otra forma de gobierno elegida por los ciudadanos:

Suelen ser los pueblos chicos infiernos grandes cuando se trata de política; pero, entre un mal y otro, preferible es el que más cerca esté de la democracia, ya que si ellos, se equivocan, no podrán echarle la culpa sino a su propio error (...) como una solución transitoria, los vecinos han pedido al presidente de la República el Gobierno militar. Tiene el Ejército, en el alma popular un alto concepto de moral, de disciplina y decoro que lo pone a

cubierto de cualquier sospecha. Sus jefes y oficiales se han probado como buenos en muchas oportunidades, ya sea en intervenciones federales o en campañas de pacificación. Hablar a un militar de coimas o cohechos es inferir un agravio a su dignidad, que ninguno toleraría sin castigar la afrenta (86).

Por su parte, el diario *La Nación*, en una nota publicada el 30 de diciembre de 1921, presenta los hechos en términos de bandolerismo. En un informe en que se señala la situación en la que se encuentra cada una de las localidades de la provincia de Santa Cruz, se manifiesta que los cabecillas del movimiento (José Font y Echeverría) fueron muertos en combate y entre revoltosos. El ejército, de este modo, se presenta como la institución que salva a la población de estos bandoleros; por ello, la misma les demuestra su agradecimiento: “todos en Santa Cruz y Chubut aplauden la actitud de las tropas nacionales, expresando reconocimiento hacia jefes y subordinados” (93).

Al igual que en *La Prensa*, el conflicto obrero se muestra como un atentado contra el progreso de una región pujante, se manifiesta por ejemplo, que los vecinos aseguran que el territorio se ha retrotraído en su desarrollo a veinte años atrás por causa de las sumas de dinero perdidas (supuestamente) por el conflicto obrero (92).

Sin llegar a la proposición de un gobierno militar como en el caso de *La Prensa*, se enaltece la misión del ejército y se presentan voces santacruceñas (de la prensa y de los habitantes) que agradecen el accionar de los militares, confían en ellos y claman que estén al mando de la situación:

La prensa santacruceña clama al gobierno nacional haga asumir el mando del territorio al comandante Varela, único capaz de extirpar de raíz el movimiento que ha azotado tan desastrosamente esa región. Se asegura que el gobernador Iza no inspira confianza (...) El pueblo de Las Heras recibió jubilosamente la grata presencia del capitán Julio Ayala confiándose en la reconocida rectitud del distinguido jefe para terminar con el bandolerismo, volviendo esta zona a su tranquilidad habitual (92).

Ernesto Bohoslavsky plantea que hasta la “Semana Trágica”, *La Nación* veía a los trabajadores urbanos como “prepolíticos o simpáticamente socialistas”; luego de los hechos de 1919 el diario se planteó el problema de los efectos del conflicto social sobre el régimen político. La “demagogia radical” era considerada una forma de trasladar el conflicto de clases al sistema político y de presionar sobre los procesos de toma de decisión en el Estado. *La Nación* consideraba que la amenaza sobre el orden social argentino se debía al interés electoralista del gobierno. Éste incidía además en la indolencia manifestada hacia los territorios nacionales, dentro de los cuales se encontraba Santa Cruz, ya que sus habitantes no tenían derecho a votar autoridades nacionales (Bohoslavsky 2009:104, Sidicaro 1993: 78).

Estas representaciones de los huelguistas y del conflicto patagónico trazadas en las publicaciones periódicas bonaerenses permiten analizar coincidencias, divergencias, intercambios y apropiaciones entre los diarios metropolitanos más relevantes del período y la prensa santacruceña. Las figuraciones acerca del huelguista conforman una antinomia que polariza por un lado los términos que se asocian a la presentación de los hechos como una reivindicación salarial, y en este marco, a los obreros como víctimas de una situación de explotación; y por el otro, a las imágenes de los obreros como bandoleros, extranjeros que atentan contra la nación, conspiradores aliados con Yrigoyen, o complotadores anarquistas. En el primer grupo se ubican las publicaciones anarquistas y socialistas como *La Protesta*, *La Montaña* y *La Vanguardia*, junto con las cuales puede alinearse *Crítica*. En el segundo, además de las mencionadas (*La Nación* y *La Prensa*) *La Razón*, *El Pueblo* y *La Fronda*.

Los trabajos críticos que estudian el referente de “La Patagonia Rebelde” en la prensa bonaerense consisten en un corpus bibliográfico proveniente de la crítica literaria cultural (Romano 1991 y Saítta 1998) y del campo historiográfico (Bohoslavsky 2009, Bayer 1986). Quienes analizan los periódicos que impugnan el accionar obrero se centran en la deconstrucción de las imágenes que los caracterizaron como bandoleros o conspiradores contra la sociedad. Bohoslavsky, en un minucioso estudio de fuentes que trascienden la prensa periódica,¹⁸⁹ expone las imágenes de “malón comunista” con las que

¹⁸⁹Analiza asimismo partes militares e informes de la Liga Patriótica Argentina. Estudia las representaciones del complot comunista no sólo en la Patagonia argentina sino también en la chilena (Bohoslavsky 2009).

se homologa el conflicto. Eduardo Romano analiza la representación de los obreros que participaron de este conflicto en la prensa bonaerense, exponiendo cómo se ejemplifica allí lo que Barthes¹⁹⁰ denominó –en referencia a la fotografía– denotación sin código; pues se adjunta una leyenda verbal a una fotografía que muestra destrozos en estancias sindicando como culpables a los huelguistas, sin que la imagen refleje esa situación, pues se exhiben los destrozos pero no sus autores (Romano, 1991:254). Esta imprecisión en el referente que Romano sitúa en la fotografía, se reitera en los discursos de la prensa escrita. De modo análogo, se omite la referencia a hechos particulares y se va construyendo esta representación a partir de la reiteración de sucesos expresados con vaguedad.

El monumental trabajo de Osvaldo Bayer sobre las huelgas menciona el tratamiento que a las mismas otorgan las publicaciones más relevantes del período: *La Nación*, *La Razón* y *La Prensa*. En el otro lado del binomio alinea a aquéllas que reflejaron los sucesos como un justo reclamo y como la denuncia de un orden de explotación constitutivo de la vida del territorio: *La Protesta*, *La Vanguardia* y *Crítica*. La cobertura que el diario de Natalio Botana hizo de las huelgas se ubica en un lugar preponderante en su historia y es analizado por Sylvia Saítta como una de las noticias que incidieron en la conversión del diario en “voz del pueblo” (Saítta 1998: 65-71).

Si bien en *La Patagonia Rebelde* se reproducen y analizan varias notas publicadas en la prensa nacional, teniendo en cuenta la perspectiva asumida en el presente trabajo, interesa detenerse especialmente en dos notas editoriales aparecidas en *La Prensa* y en *La Nación* (ambas en 1921), particularmente ilustrativas en cuanto a los posicionamientos que trasuntan la prensa de la época. En el primero de estos textos se expone una representación de los hechos que los asocia a la criminalidad: las imágenes de los “bandoleros” invaden completamente el espectro semántico obturando toda posibilidad de interpretar los sucesos como un reclamo gremial y denunciando la levedad con que se dan a conocer los “actos de bandolerismo” restándoles así la gravedad que revisten:

¹⁹⁰ Barthes explica la ilusión referencial a partir de la existencia de detalles que son los “denotan directamente lo real, no hacen otra cosa, sin decirlo, que significarlo: el barómetro de Flaubert, la pequeña puerta de Michelet no dicen finalmente sino esto: nosotros somos lo real; es la categoría de lo “real” (...) dicho de otro modo, la carencia misma de lo significado en provecho sólo del referente llega a ser el significado mismo del realismo: se produce un efecto de realidad fundamento de ese verosímil inconfesado que constituye la estética de todas las obras corrientes de la modernidad” (Barthes 1968: 5).

Mientras que las informaciones que salen de la casa de gobierno se empeñan en convencer que en los territorios del sur solamente se cometen algunos delitos ordinarios y sin mayor importancia atribuyendo al mismo de corresponsales las denuncias sobre asaltos, asesinatos, robos e incendios, testimonios que proceden de los mismos pobladores de esa región o de viajeros que acaban de recorrerla en sus zonas más pobladas insisten en aseverar la exactitud de los actos de bandolerismo perpetrados y hasta anticipan que las noticias recibidas en la metrópoli están lejos de reflejar la realidad en toda su crudeza. (Citado en Bayer 1986:121)

El editorial de La Nación traza una genealogía que homologa la figura del “huelguista malo” en un linaje que se origina en el “gaucho malo”. Así, mediante la mención de la clásica dicotomía entre civilización y barbarie se asocia al huelguista con este origen¹⁹¹ y se configura un linaje en que la “barbarie” actual del desierto (la frontera interna de la Patagonia) se remonta a la figura de gaucho malo sarmientino. Titulado “El huelguista malo”, el artículo de pretendida impronta sociológica manifiesta:

Las noticias telegráficas que nos llegan de Santa Cruz, más graves que otras análogas referentes a Misiones, parecen señalar la aparición de un nuevo peligro: el huelguista malo.

Vendrá a sustituir al bandolero.

Las noticias hablan de depredaciones que efectúan los peones que no quieren someterse al trabajo regular en la campaña, de grupos de individuos que se han instalado en conocidos establecimientos exigiendo que se les aloje y mantenga sin trabajar durante el invierno y de otras bandas que penetran en otras estancias cortando alambradas y cometiendo actos gravados por la ley con penas de cárcel. Y conjuntamente se concentran grupos de sujetos de malos antecedentes, perfectamente armados, y que los robos y el bandolerismo cunden en el territorio.

¹⁹¹ A diferencia de las configuraciones sobre el gaucho malo realizadas por Sarmiento, no aparecen aquí las connotaciones deterministas del paisaje (Svampa 2006: 56-57).

He aquí pues el tipo de bandolero casi extinguido que reaparece bajo una nueva forma: el huelguista malo (Citado en Bayer 1986: 138).

Como precedente de este editorial *La Nación* había publicado la entrevista a “un poblador” (Edelmiro Correa Falcón) que presagiaba un futuro desolador signado por los hechos de violencia de los “bandoleros”, sólo remediable con la intervención de fuerzas militares (Bayer 1986: 136). Tanto *La Razón* como *La Nación* plantean una situación catastrófica en Santa Cruz. La primera publicación es denominada “el diario de la Liga Patriótica” por su posicionamiento antihuelguista. En 1922, según consta en el artículo, se envía un corresponsal a Río Gallegos que publica las declaraciones de un estanciero víctima de un secuestro perpetrado por los huelguistas. Si bien el diario publica la manifestación del estanciero de no haber sido maltratado, en una clara estrategia discursiva en defensa del accionar militar, relata los acontecimientos concernientes al secuestro describiendo los pormenores, pero cuando debe exponer el trágico acontecimiento que le sucedió (los fusilamientos de los huelguistas) se limita a manifestar: “no queremos hacernos eco de lo que nos ha referido por tratarse de hechos consumados. No se conoce con exactitud el número de fusilados en Lago Argentino” (“Los sucesos del Sur”, *La Razón*, 12/1/1922).

Un tiempo después, en 1923, un hecho vinculado estrechamente con estas huelgas irrumpe en el campo periodístico y lo escinde nuevamente: el asesinato de Kurt Wilckens.¹⁹² El anarquista que había matado tiempo atrás al Coronel Benigno Varela es representado por *La Protesta* y *La Antorcha* como héroe y mártir. A su vez, los anarquistas en actividad acuerdan una huelga general por tiempo indeterminado, los obreros se pliegan antes de conocer los artículos de estos diarios que titulan el acontecimiento con una clara toma de posición: “Wilckens fue asesinado en la prisión nacional” y “Una venganza ruin y cobarde” (Bayer 1986: 379). Por su parte, Sylvia Saïtta ubica el tratamiento por parte de *Crítica* de este asesinato en un lugar relevante para el diario de Natalio Botana: se trata nada menos que de “la irrupción del cambio” (Saïtta 1998: 65). En 1923 *Crítica* se definirá discursivamente como un periódico popular y la cobertura de este asesinato intervendrá como referente concreto de esa enunciación. El posicionamiento en torno de la figura del

¹⁹² Como ya se expuso en un apartado precedente, Wilckens es quien asesina a Varela manifestando esta acción como acto de justicia por los fusilamientos de los obreros perpetrados por este Coronel.

anarquista implicará querellas judiciales, atentados contra el diario y la detención de parte del staff de periodistas. La línea editorial sostenida en el tratamiento de esta noticia es la misma que el diario presentó en 1920 cuando publicó en la sección “Mundo obrero” la denuncia de la represión brutal y de los fusilamientos sufridos por los trabajadores por parte del Cuerpo 10 de Infantería. Se presenta a Wilckens como a un héroe idealista en una descripción opuesta a las caracterizaciones de asesino esbozadas por las publicaciones *La Razón*, *La Prensa* y *La Nación*, quienes también continúan con las perspectivas manifestadas en 1920.¹⁹³ La glorificación de Wilckens se construye principalmente a partir de la transcripción del interrogatorio del acusado por parte de las autoridades judiciales y por un reportaje que algunos periodistas del staff le realizan en la comisaría. Más allá de las imágenes en torno a la figura del acusado, *Crítica* (en el marco de un pacto con el lector como defensor de los intereses populares)¹⁹⁴ presenta los hechos como producto de la lucha de clases:

Ayer un obrero mata a un militar. Lo hace para vengar, según él, a otros obreros que supone víctimas. Hay, para la exaltada personalidad del matador, un motivo real o imaginario que aúna su brazo y lo induce a cometer el atentado. Y claro. Se trata de un obrero. La justicia afila su armas; la policía trata además de cargar sobre sus espaldas las consecuencias de un complot de “orden social” con cómplices y todo, y la selecta “opinión pública”, representada por ciertos diarios que la monopolizan, clama al cielo y pide el linchamiento, la cabeza y las orejas del criminal (Citado en Saïtta 1998: 68).

Ernesto Bohoslavsky estudia las representaciones en torno al tópico del “complot anarquista contra la nación” en la prensa conservadora, en las publicaciones *La Nación*, *La Prensa*, *La Fronda* y *El Pueblo*. El tratamiento que dieron a las huelgas patagónicas *La Nación* y *La Prensa* se circunscribió al universo ideológico desde el que textualizaban estos diarios los sucesos concernientes al gobierno de Yrigoyen y a los conflictos sociales.

¹⁹³ Bayer posiciona a *Crítica* junto con *La Vanguardia*, *La Montaña* y *La Internacional* como los diarios que condenan el accionar de Varela.

¹⁹⁴ (Saïtta 1998: 65-71).

En *La Fronda* y *El Pueblo*, publicaciones voceras de la extrema derecha argentina, el término “huelguistas” casi no es utilizado. *El Pueblo*, que representa además al Episcopado Católico, ponderaba en 1921 la misión de la Liga Patriótica en Santa Cruz, que defendía al pueblo argentino de “las bajas y arteras conspiraciones de los desorbitados y perversos” (Bohoslavsky 2009:111). En un comienzo, trataba de mantener una posición cordial con el gobierno radical, por lo que en los inicios del conflicto se limitaba a la reproducción de partes oficiales de tono tranquilizador y a expresar confianza en una solución por parte del gobierno de Yrigoyen. Sin embargo, cuando comenzó a hablarse en el exterior de las huelgas y comenzó a circular la idea de una posible intervención extranjera, el diario modificó su postura y comenzaron los reclamos al gobierno. En ese marco variaron consecuentemente los modos de configurar discursivamente los sucesos: se trataba de conflictos generados por criminales, principalmente chilenos y ex presidiarios del penal de Ushuaia, causados por la desidia yrigoyenista y además por la crisis moral en que se encontraba subsumida la Patagonia como consecuencia del distanciamiento del catolicismo. Trasunta también la idea del complot soviético que se transmite a partir de analogías con los hechos de Rusia de 1917. *La Fronda*, siguiendo los postulados de María Inés Tato en su análisis de este período, mantiene desde el inicio una política editorial anti-yrigoyenista (Tato 2001:145). Las huelgas patagónicas suscitaron varias contradicciones en la publicación. Mientras se exigía constantemente la represión de los “malones”, se criticaba al mismo tiempo la violencia de la policía y del gobierno. Las contradicciones derivaron en hipótesis que no prosperaron debido a la inverosimilitud de sus planteamientos: los desmanes en las estancias patagónicas eran el resultado de la colaboración del gobierno radical con sus aliados “bandoleros” (Citado por Bohoslavsky 2009: 116-117).

De este modo, asistimos a un panorama nacional en el que las configuraciones constituyen dos campos bien delimitados: uno en que se denuncia la situación de explotación de los obreros y, en consecuencia, se apoyan las medidas tomadas por ellos; y otro en el que el conflicto toma forma de complot, bandolerismo o revuelta producto de la inercia yrigoyenista.

Estas representaciones antinómicas se manifiestan también en la prensa santacruceña, en la que se trazan dos constelaciones simbólicas de signo similar a las

publicaciones metropolitanas: por un lado se configura al obrero como bandolero o enemigo de la nación, con algunas divergencias en torno a la incidencia y el grado de responsabilidad del gobierno nacional en los “actos vandálicos” que realizan; y, por otro, al huelguista como defensor de derechos básicos que han sido sistemáticamente negados.

4.4.1 Embestidas y complot: las huelgas patagónicas en las publicaciones santacruceñas *La Unión* y *El Nacional*

Las publicaciones *La Unión* y *El Nacional*, que antes y después de los acontecimientos plasmaron en sus páginas las huelgas obreras acaecidas en Santa Cruz durante los años 1921 y 1922, actuaron como dispositivos de fabricación y mantenimiento del *status quo* en la Patagonia.

El grupo económico hegemónico en la Patagonia argentina y chilena estaba constituido por los fundadores de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, “La Anónima”.¹⁹⁵ Ante este enorme poderío, comienzan los citados reclamos de los peones rurales. Los periódicos anteriormente mencionados serán los encargados de responder por los intereses de este grupo de hacendados. *La Unión* fue un periódico en principio de publicación bisemanal cuyo primer número apareció en noviembre de 1906. A partir de 1925 aparecerá diariamente. De tendencia conservadora, su director, Edelmiro Correa Falcón, fue secretario de la Sociedad Rural y gobernador interino del territorio de Santa Cruz cuando comenzaron los conflictos. *El Nacional* se editó desde 1921 hasta 1931 en forma de diario, constituyendo así la primera publicación cotidiana que circuló desde Bahía Blanca al sur. Su director, Arturo Brissighelli, se encontraba vinculado al gobierno yrigoyenista, ya que pertenecía al partido radical, e integraba junto a Correa Falcón la Liga Patriótica Argentina de Santa Cruz.

Si bien, de manera general, se puede decir que en lo que concierne al tratamiento del conflicto obrero presentan coincidencias, las disidencias surgen debido a las vinculaciones de cada uno de los directores: Brissiguelli patrocina la intervención y el modo de operar del gobierno radical a partir de la defensa de la figura del ejército. Edelmiro Correa Falcón,

¹⁹⁵ Véase el capítulo 1.

secretario de la Sociedad Rural, responde plenamente a los estancieros y por lo tanto es crítico respecto de la primera intervención del Coronel Varela por solicitarle a los hacendados ratificar y suscribir el pliego de condiciones de los obreros. No obstante, en el transcurso de la segunda etapa del conflicto, período de recrudescimiento de los acontecimientos trágicos por la existencia de detenciones y ejecuciones, los dos periódicos sostendrán posicionamientos análogos. En su rol de órgano de expresión del grupo dominante y por tanto de construcción de la hegemonía local, el periódico tomará a su cargo la justificación de la represión y los fusilamientos. Se conforma así una representación del huelguista como un extranjero enemigo de la Nación en asociación a la figura de un cuerpo social sano al que la población de la cual se consideran voceros quiere preservar, y un elemento insano que irrumpe para romper este orden.

La ciudadanía no aparecerá aquí sólo en su acepción moderna de pertenencia por nacimiento o adopción a un país, sino que en el campo semántico que configura su representación se incluirá la aceptación de las leyes y del orden de la patria, orden del cual el grupo hegemónico de la Patagonia se considera institutor. De este modo, el extranjero es aquel que se opone a la patria y actúa como disruptor de su sanidad, y por oposición el ciudadano es quien acata el orden y contribuye con ello a mantener al cuerpo social libre de infecciones. La paradoja entre ciudadanía y extranjería se deja ver, por ejemplo, en la Liga Patriótica de Puerto Santa Cruz, órgano de oposición a los huelguistas, integrada completamente por extranjeros, dato que se soslaya porque su oposición a los “elementos discordantes” la constituyen como verdaderamente patriótica. Esta institución, dirigida por Manuel Carlés, quien visitará Santa Cruz en la época del conflicto, será una de las aliadas fundamentales de los latifundistas para vencer a los obreros. La construcción del extranjero como enemigo de la patria se plantea entonces como la dicotomía entre los que aman a la Nación, sea porque pertenecen a ella o porque respetan sus leyes y los elementos foráneos peligrosos. Con motivo de la llegada del ejército a Santa Cruz en la primera etapa de las huelgas, el bisemanario *La Unión* comienza ya a representar el conflicto en términos de traición a la patria:

Es la acción de la fuerza armada de la nación. Rebelarse sería ir en contra de la patria que la representa y simboliza y los que tal hicieren se expondrían a

ser considerados como enemigos de la nación y tratados con el rigor de las leyes militares. De ahí que el pueblo, argentinos y extranjeros amantes del orden, no pudieran contener una exclamación de aplauso cuando desfilaron por nuestras calles (*La Unión* 13/04/1921, cit. en Bayer, 1986:73).

Teniendo en cuenta los planteos de Castoriadis sobre el simbolismo como sistema sobre el que se apoya el imaginario social, podemos considerar la simbología de la patria como medio para el trazado de estas fronteras que permiten situar al enemigo (Castoriadis, 1983, en, 1984:29). Es esclarecedor en este sentido un artículo publicado por *La Unión* luego de un banquete organizado en el marco de la conmemoración del 9 de julio. El cocinero y los mozos se niegan a servir las mesas, puesto que se encuentra presente Manuel Fernández, dueño de la firma Varela Fernández boicoteada por el líder de los peones Antonio Soto. Este *modus operandi* de boicot que fue recurrente durante el movimiento obrero, es motivo de las siguientes consideraciones, en las que el “enemigo extranjero” es un elemento que infecta la patria:

Debió bastarles a los oponentes el hecho de tratarse de una reunión de carácter patriótico (...) Los obreros locales proceden de esta suerte, en calidad de potencia opuesta al orden establecido e irreverentes con los símbolos que los representan (...) pero han hecho mal en herir el sentimiento patriótico. Con ello han empezado a recordarnos que el que no está con la patria es enemigo de la patria, y que es medida de elemental prudencia arrancar la carcoma y cauterizar la herida, para evitar el peligro de una infección total. La agresión obliga a la defensa y la defensa no tiene medida, cuando repele una agresión injusta (*La Unión* 10/06/1921, cit. en Bayer, 1986:109-110).

En la descripción que se realiza de Yza, quien asumirá como gobernador del territorio, se enaltecen sus condiciones de militar vinculándolas a la incondicionalidad para con la patria:

Es menester el patrimonio de un espíritu disciplinado, como vemos en el capitán Yza, forjado en las puras fuentes del patriotismo y robustecido a

través de la vida militar, en el seno de las instituciones legendarias, en ese contacto diario con los símbolos de la nacionalidad, que crea sentimientos más vehementes y más austeros en la apreciación de sus valores (*La Unión* 2/04/1921, cit. en Bayer, 1986:78).

En el diario *El Nacional* se presenta la misma concepción. Así, por ejemplo, al calificar la acción del Comandante Varela, dirán que “sometió a los alzados contra las leyes de la nación, devolviéndole tranquilidad al territorio”. Y luego, al tratarse la iniciativa de establecer definitivamente las tropas del ejército en el territorio –habían aniquilado a los elementos discordantes y extranjeros– se caracteriza a este cuerpo como un “elemento de argentinización”. Esta construcción traspasa los límites de la prensa y se extiende también a los informes que acreditan la acción militar. En el informe presentado por el General Anaya, se llega hasta el extremo de la invención al adjudicarle a un grupo de obreros con los que se enfrentaron las tropas del ejército, el grito: “Viva Chile”, como motivo del inicio del tiroteo. Este hecho guarda relación con la hipótesis que pugnaba por establecer que el conflicto era dirigido desde Chile, país que habría facilitado armas a los obreros (en Bayer, 1986:168).

Esta construcción del extranjero se vincula particularmente con la conjuración y condena de las ideas anarquistas a las cuales respondía la mayor parte de los dirigentes de la Federación Obrera. El fantasma del anarquismo incipiente, que en la conceptualización williamsiana puede adquirir la modalidad de estructura del sentir¹⁹⁶, aparece como el temor más arraigado dentro del grupo latifundista, y así es puesto de manifiesto en las manifestaciones discursivas tanto periodísticas como literarias. Este temor, como ya se ha dicho, se emparenta con el miedo generalizado a las revoluciones obreras luego de la Revolución Rusa y las revueltas nacionales, y cobra forma a nivel local en la negativa de los estancieros a firmar el pliego de condiciones que incluía la aceptación formal del delegado de la Sociedad Obrera. La revolución rusa y las revueltas obreras ocurridas durante el gobierno de Yrigoyen se constituirán de este modo en el antecedente marco en el que se leerá el conflicto santacruceño. Así, el anarquismo aparecerá siempre demonizado y

¹⁹⁶ Comienzan a vislumbrarse quiebres en el carácter social de la época, ya que se manifiestan cambios emergentes relacionados con un orden en que los obreros eran objeto de explotación y sometimiento.

descalificado. *El Nacional* publica artículos en los que expone a Rusia como cuna de crímenes y estado de primitivismo. Se encargará asimismo de responder las notas que, sobre la situación de Santa Cruz, publica el diario anarquista *La Protesta* de Buenos Aires, criticando la actuación de Varela. *El Nacional* no contrargumentará haciendo referencia a hechos, sino que se circunscribirá a condenar la ideología del diario metropolitano por su “vocabulario de injurias tan propio y tan digno de sus demoledoras tendencias”. En otro artículo se lo acusará de insultar “a funcionarios públicos, leyes de la Nación y hombres de orden” ante la lectura que hace *La Protesta* de la grave situación que se vive en el sur (“La fobia anarquista”, *El Nacional*, 3/4/1922, pág.4 y “Galantería periodística”, *El Nacional*, 5/3/1922, pág. 3). Finalmente, al conocerse el asesinato de Varela se manifiesta que fue asesinado por “una bomba anarquista de un sectario inconsciente de un instrumento ciego subordinado a la voluntad de la acracia demoledora que socava el edificio social en los países civilizados” (“El asesinato de Varela”, *El Nacional*, 1923, pág.5).

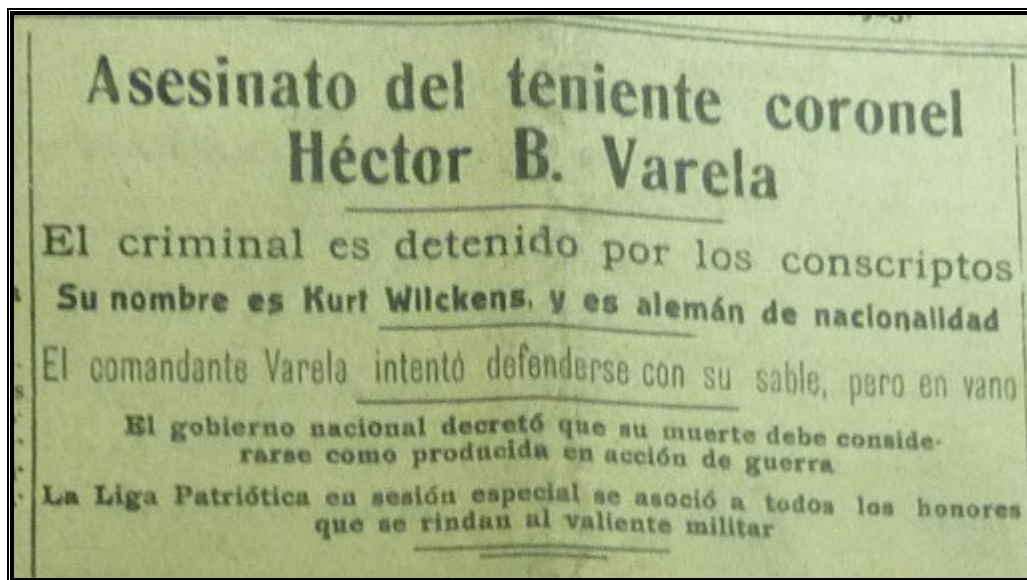
En este mismo sentido, *La Unión* publica información sobre un supuesto complot anarquista, sobre el que no se expone ninguna prueba antes ni después de la noticia, pergeñado por el subcomisario Sotuyo, de Puerto Santa Cruz, para justificar con ello sus crímenes: “Ha sido descubierta en esta población –Pto. Santa Cruz– una sociedad secreta rusa de tendencia anarquista secuestrándose los estatutos así como cantidad de manifiestos, pólvora, azufre y otros efectos, en cuyos manifiestos se incita a la violencia y a la destrucción... hoy será constituida la liga patriótica de Pto. Santa Cruz” (cit. en Bayer, 1986:165).

El tópico del complot basado en ideologías foráneas si bien no es una idea original de las publicaciones santacruceñas se presenta en ellas con más frecuencia, se le asigna una mayor importancia y es construido a partir de datos muy puntuales, de hechos que ocurren en localidades pequeñas y que no representarían una noticia a nivel nacional como sucede en este caso. A su vez, este nivel de ficcionalización del relato periodístico, que permite la postulación, sin ninguna prueba ni testimonio, de una “sociedad secreta rusa de tendencia anarquista” no se manifiesta en la prensa nacional.

Otra de las representaciones que se construyen es la que asocia al huelguista con el bandolero, la “denotación sin código” a la que hace referencia Romano (Cf. supra) se reitera en los discursos de la prensa escrita. De modo análogo, se omite la referencia a

hechos particulares y se va construyendo esta representación a partir de la reiteración de sucesos expresados con vaguedad. *La Unión* repite frases como: “Se han sucedido innumerables asaltos, robos de todo género y asesinatos de los más repugnantes”. Este tipo de operación discursiva se repite en *El Nacional*: “Sembraron pánico con salvajes procedimientos, quemaron estancias, destruyeron alambrados, ultrajaron mujeres y se armaron en contra de la justicia y las instituciones del país”. Esta indeterminación se reitera siempre que se presenta a los obreros como bandoleros. Así como la ficción hace uso del detalle para lograr el efecto de lo real, en estos discursos pareciera ser el pacto de veracidad de la información periodística y la tan autoproclamada objetividad propia del periodismo moderno lo que otorga un carácter de “verdad” a los dichos.

La imagen del bandolero, además de justificar los fusilamientos, permite la representación de los participantes de las huelgas como un grupo sectario, separado del obrero “sano” y del pueblo, colectivo que según la imagen trazada por estos periódicos apoya la labor del ejército y de quien está instigando su acción: los hacendados. Como ya fue expuesto, la investigación de Osvaldo Bayer divide a las fuerzas en latifundistas, por un lado, y peones, empleados y pequeños comerciantes, por otro (Bayer, 1986: 26-27). Los periódicos, en cambio, a través del uso de términos relacionados semánticamente con el campo de la sanidad, trazan fronteras entre los “sublevados” y un pueblo en el que se encuentran integrados los obreros que no participan de las huelgas. De este modo se simulan los intereses de clase, transfigurándolos en intereses colectivos, y se construye la imagen de defensa de la población ante un enemigo de la sociedad en su conjunto. Se trata así de un claro ejercicio de la construcción de hegemonía en el sentido gramsciano, mediante el cual el interés de un sector se presenta como intereses de la comunidad en su conjunto. En *La Unión* y *El Nacional* aparecen frases como: “El obrero está siendo víctima de los que, sin serlo, se encaraman sobre las organizaciones con el único y preconcebido fin de explotarlo en la forma más solapada y extorsiva”, “Falta una fiesta popular para homenajear al cuerpo que normalizó la vida de este territorio”, “Honda repercusión del asesinato de Varela en el elemento sano de la población”.



La Unión, 27 de enero de 1923 (A.2)

Un diario de la localidad santacruceña de Puerto Santa Cruz, *El Pueblo*, reitera también esta imagen de entronización del ejército que normalizó la región. En un artículo escrito a manera de una nota social en el que se enumeran los invitados participantes de un homenaje al ejército y se transcriben los discursos de los oradores de la fiesta, se intercalan las siguientes afirmaciones:

todos querían su franca y sincera adhesión al jefe de las Fuerzas Nacionales y a sus oficiales que en momentos difíciles para esta región se impusieron resueltamente la tarea de resolver el grave problema que se había planteado con el movimiento sedicioso de noviembre (...) como también significó el acto que el pueblo de Santa Cruz quiere *resueltamente* que el Regimiento 10° de Caballería permanezca con carácter definitivo en la Patagonia para su seguridad e intereses. (“Demostración al Comandante y oficialidad del Regimiento 10° de Caballería” 31/12/1921, *El Pueblo*, el destacado es mío).

Como se puede ver, existe una marcada diferencia con parte de la prensa metropolitana en la que se pide un gobierno militar y no su presencia en la región como

sucede en este caso en que la interpretación del acto como prueba de este pedido no es justificado, sólo enfatizado con el adverbio destacado.

Las configuraciones anteriores de los huelguistas permiten la conformación en el imaginario social del conflicto obrero en términos de combate. El discurso histórico rebate esta idea basándose fundamentalmente en la falta de bajas en el ejército y en las pocas armas que se secuestran a los huelguistas a pesar de la imagen difundida de los mismos como bandoleros armados. Los hechos se presentan como enfrentamientos cuando los testimonios dan cuenta de que se sorprendía a los obreros indefensos e incluso a veces se los fusilaba luego de rendiciones y entregas pacíficas. Un ejemplo de ello es el informe oficial al Ministerio de Guerra del capitán Viñas Ibarra, que menciona por lo menos a cien tiradores que atacan a las tropas del ejército cuando describe el “combate” en Punta Alta, que fue el primer encuentro entre los grupos. Sin embargo, al enumerar las armas capturadas no especifica cantidades.¹⁹⁷

En 1929 comienza la circulación de la revista *Argentina Austral*, que era publicada y distribuida gratuitamente por el Directorio de “La Anónima”, perteneciente al grupo de hacendados. Estudios sobre esta revista (Sayago, 2004:18) adjudican como una de las causas de su creación la edición del libro *La Patagonia Trágica* de Borrero, en el que se denunciaban las condiciones de vida en la Patagonia.¹⁹⁸ En las narraciones publicadas allí, reaparecen figuraciones ya presentadas en la prensa de comienzos de la década de 1920.¹⁹⁹

Puede plantearse entonces que en la construcción de la alteridad en las publicaciones estudiadas, se presenta al otro (al huelguista) como extranjero enemigo de la patria, y en este marco como anarquista complotador opositor a la nación. Esa patria constituye un sano cuerpo social que el atacante quiere infectar. Por lo cual, los intereses del grupo latifundista se configuran en la prensa como los intereses de la población en su conjunto. Esta construcción en el imaginario social les permite, además del sostenimiento

¹⁹⁷ Además de señalar la ambigüedad e imprecisiones del parte, Bayer incorpora la cita directa de peones que contradicen el informe de Viñas Ibarra (Bayer 1980: 168-186).

¹⁹⁸ Según el planteo de Sayago acontecieron dos hechos, estrechamente vinculados entre sí, los que impulsaron a “La Anónima” a publicar la revista. Por un lado, los rumores despertados por el aplastamiento de la huelga y el posterior fusilamiento de los peones en Santa Cruz, en 1921. Por otro, la publicación, en 1928, del libro de José María Borrero *La Patagonia Trágica*. Esta obra difunde a nivel masivo la denominada “leyenda negra de los estancieros”. Borrero denuncia las condiciones de explotación a las que se veían sometidos los trabajadores, el enriquecimiento ilícito de las Sociedades Anónimas y, principalmente, la matanza de indígenas como método de obtención de las tierras.

¹⁹⁹ Véase el capítulo cinco.

del orden anterior a las huelgas presentado como el más conveniente, la justificación de las detenciones y fusilamientos de obreros cometidos durante el conflicto.

4.4.2. La prensa pro-obrera en Santa Cruz

Como ya se señaló al comienzo del capítulo, este trabajo intenta una lectura del periódico y de los folletos producidos por los obreros a partir de la revisión de las metáforas e imágenes que allí se construyen y que permiten pensar que más allá del conflicto gremial, se desprende la postulación de una sociedad utópica en oposición a la enferma sociedad actual, cuyas características pueden encontrarse a lo largo de muchos de los artículos. Con la inversión del binomio sanidad-insanidad ya analizado en la prensa vocera de los grupos hegemónicos, presentan el orden futuro como aquél que es sano, mientras la actualidad es caracterizada como infecta. Asimismo, se analiza, como parte de la prensa pro-obrera, el periódico *La Verdad* de José María Borrero, quien respalda la causa de los huelguistas.

Estas dicursividades se inscriben en el período de emergencia de la prensa obrera nacional. Como señala Mirta Lobato, a finales del siglo XIX comenzó la circulación de una gran cantidad de periódicos cuyos destinatarios eran los trabajadores. Estas publicaciones divergían entre sí y se clasificaban a partir de su pertenencia a distintas ideologías; no obstante, podía reunírselas bajo la consigna “saber es poder”, en tanto se erigía el conocimiento como modelo de liberación del dominio burgués. En este sentido, los periódicos gremiales se constituían como dispositivos pedagógicos que buscaban eliminar de la cultura obrera los males que introducía el pensamiento burgués a través de los diarios hegemónicos (Lobato 2009: 10).

La aparición de la prensa santacruceña partidaria de la causa obrera²⁰⁰ se remonta a las huelgas patagónicas de la década de 1920 puesto que se originó con este conflicto. Gracias a la colaboración de José María Borrero, los obreros pudieron imprimir el periódico *1° de mayo*. Asimismo circulaba entre los peones un conjunto de variados folletos que se

²⁰⁰ Se incluyen en la misma tanto al periódico *1° de mayo* y los folletos publicados por los huelguistas como al diario *La Verdad*, cuyo origen se vincula al conflicto. Lafuente sostiene que la Federación Obrera de Río Gallegos (fundada en 1913) necesita un órgano difusor de sus posicionamientos y ésta es la finalidad con la que aparece el periódico *La Verdad* (Lafuente 2002:33).

propagaban por la ciudad y, principalmente, por el campo. Los referentes de los artículos cubren una amplia gama que va desde noticias sobre la situación del conflicto, opiniones sobre las divisiones internas de la Sociedad Obrera y sobre los miembros que la integran, consideraciones acerca de los integrantes, poemas sobre los krumiros (obreros que no acataban el paro), hasta prosas de un estilo más cercano a los manifiestos políticos, que reflejan formulaciones sobre la sociedad y los órdenes políticos-culturales escritos en base a un universo de ideas proveniente de autores anarquistas como Bakunin y Eliseo Reclus, que dan cuenta de una formación ideológica y probablemente de operaciones de préstamos e intercambio con publicaciones anarquistas de otros lugares. La adquisición de estas ideas podría pensarse asociada a la participación sindical de los redactores en sus países de origen. En este sentido, Horacio Lafuente señala que si bien no existen pruebas para afirmar que la totalidad de los miembros de la Federación Obrera fueran adherentes al anarquismo, la mayoría de ellos eran seguidores de ideas libertarias, particularmente entre los integrantes de la colonia española, y algunos de ellos habrían tenido experiencia de actuación sindical o política en los lugares de los que provenían. Otro de los factores relevantes para analizar las fuentes de los manifiestos es la circulación de publicaciones anarquistas de otros lugares del país y del mundo en Río Gallegos: “*El obrero panadero*” de la Sociedad de Resistencia de Montevideo, “*La Antorcha*” de los empleados gastronómicos, “*Cultura obrera*” que se editaba en Nueva York en castellano, “*Regeneración*” publicada en México, “*La Protesta*” de Buenos Aires, “*La voz del Cantero*” de Madrid, “*La voz de obrero*” de la Coruña, “*La voz del campesino*” publicada en Valls Barcelona, “*Tierra y libertad*” de la misma ciudad y “*Acción directa*”, editada en Cartagena (Lafuente 2002:36).

La difusión de ideas era un arma fundamental para los anarquistas radicados en Buenos Aires desde los inicios de su accionar. Constituían la función esencial de esa praxis la agitación y la propaganda a través de una variada gama de actividades, canalizadas institucionalmente mediante grupos o centros culturales, la prensa y la propuesta pedagógica racional. Se propendía a la formación de individuos libres de los “preconceptos” impuestos por la educación religiosa y católica (la Iglesia Católica será el foco principal de críticas): centraron esta liberación en la acción de la prensa. Si bien existían disidencias teóricas en el seno del pensamiento libertario, los anarquistas

convergián en las ideas de transformación social (precedida por la del individuo) mediante la propaganda de una concepción del mundo basada en el sentido común. La propaganda libertaria pretendía ser integral: no sólo trataba de convencer a los trabajadores explotados sino también a sus esposas e hijos (Suriano 2001: 37).

La antirreligiosidad entendida como rechazo de la irracionalidad y la superchería se correspondía con la creencia en la ciencia y en el progreso derivado de ella, ideas características del positivismo del que eran herederos. En este punto compartían un horizonte de época en el que se reverenciaba a Augusto Comte o Herbert Spencer. Compartían en este marco la fe en la educación, a la que postulaban alejada de la religiosidad y de los conceptos burgueses que caracterizaban a la educación institucionalizada del momento (Suriano 2001: 46). La educación era la solución a la ignorancia y la opresión, y en este sentido siguieron las ideas pedagógicas circulantes desde mediados del Siglo XIX, basadas en la época de la Ilustración: desde Rousseau al pedagogo inglés Redie, desde Paul Robin hasta llegar al educador catalán Francisco Ferrer (Suriano 2001: 221), a quien las publicaciones riojalleguenses dedicarán homenajes en 1921 por el aniversario de su muerte (A.8).

En lo que concierne a los receptores, el periódico *1º de mayo* (de aparición periódica aunque entre el primero y el segundo número mediaron dos meses debido a disputas internas) bosqueja una imagen abarcadora que incluye a los obreros del campo y de la ciudad a los que se los informaba, arengaba, ponía al corriente de las divisiones internas o adoctrinaba. Siguiendo a Chartier, quien afirma que las estrategias discursivas de un texto indican las características del lector que imaginan, el periódico parece pensar una amplia gama, ya que se combinan disquisiciones filosófico-políticas con un tipo de texto de marcada tendencia didáctica, por ejemplo con la ficcionalización de diálogos entre obreros a partir de alguna consideración polémica surgida en las asambleas, o algunas formulaciones morales sobre el alcohol, el juego y la importancia de su reemplazo por otra forma de vida en la que prime la educación del proletariado. La inscripción que encabeza las páginas: “Después de leerlo entregálo a un compañero” permite pensar en un modo de recepción que siguiendo el porcentaje de Lafuente del 73,2% de alfabetización (Lafuente 2002:12) es principalmente de lectura individual (Cf. con Prieto 2006). Asimismo, *1º de mayo* establece una abierta disputa con *La Unión*, la publicación más importante de los

hacendados y cuyo director (y gobernador interino del territorio) es la figura más impugnada por los huelguistas. La imagen de Edelmiro Correa Falcón se construirá en homologación a una figura monstruosa y su participación como periodista se enmarcará en la acusación de “periodismo prostibulario” que realizan los miembros de la organización obrera a la “prensa burguesa” producto de estipendios por parte de los hacendados. Más allá de las vinculaciones personales y políticas entre Falcón y los grupos de poder de la región que trascienden su anticipación como director del diario, el porcentaje de anunciantes relacionados con los grandes comercios, es decir, con los estancieros, constituía el 69,2% del total (Lafuente 2002:160).

El periodismo y su rol en la sociedad será un tópico relevante en la publicación de los obreros, quienes caracterizan a la prensa alineada con los sectores hegemónicos como *bilis de los testafellos del capital*, en tanto presentan al periódico *1° de mayo* en las antípodas de la *prensa burguesa local*, no sólo por las diferencias ideológicas sino porque se presenta como diferente a partir de un criterio de objetividad y veracidad:

Hacia mucha falta la hoja proletaria, a fin de aclarar un poco el ambiente empañado con la propaganda falsa, corrompida y fanática de la prensa burguesa local.

La prensa que debe ser el reflejo de las buenas iniciativas de progreso y el fiel medio propiciador de la armonía social, aquí sirve la mayoría de las veces de receptáculo de las bajas pasiones y de la bilis de los testafellos del capital, las cuales no desperdician ocasión para envenenar la opinión del público con sus elucubraciones mentales; con tal de conseguir el hueso de la mesa del ogro capitalista, y los conchos de los festines a Baco que tan a menudo repiten (...) terminan pidiendo tropas, batallones y regimientos; en suma, aconsejan la violencia patronal, como para armonía y concordia (“La violencia patronal”, *1° de mayo*, 8/09/1921, pág.4, A.8).

La inclusión de Correa Falcón y de las autoridades como posibles lectores da cuenta de un fenómeno que Prieto ubica en la campaña y en la ciudad de Buenos Aires a fines del siglo XIX, el cual consistía en el cruce entre cultura letrada y cultura popular, la nivelación

de códigos a partir del amplio público de la prensa periódica que agrupaba a distintos grupos sociales y culturales (además de que la cantidad de habitantes menor a 20 000 hacía que no pasara desapercibida ninguna de las publicaciones):

ese fenómeno (la prensa periódica) incorporó como variante propia el registro de todos los consumidores regulares de la alta cultura letrada, anteriores o coetáneos, pero no familiares con las prácticas masivas de alfabetización. La prensa periódica vino a proveer así un novedoso espacio de lectura potencialmente compartible; el enmarcamiento y, de alguna manera, la tendencia a la nivelación de los códigos expresivos con que concurrían los distintos segmentos de la articulación social (Prieto 2006:14).

Más allá de las alusiones explícitas al Director de La Unión, una operación discursiva mediante la cual se invierten los constructos de complot y bandolerismo formulados por ese periódico (y analizados anteriormente) permite ver la relación de retroalimentación entre las dos publicaciones. Así, la imagen de un cuerpo social sano atacado por los obreros caracterizados como extranjeros conspiradores o bandoleros se resignifica en 1º de mayo con la publicación de un artículo del escritor y filósofo anarquista portugués Abilio Guerra Junqueiro en el que se configura una sociedad enferma, infectada por parásitos, que se traduce en la imagen de un matadero en que los animales se homologan a la polarización entre explotadores y explotados, es decir, entre capitalistas matarifes de víctimas obreras. Estas resignificaciones de lo que los medios hegemónicos propagan permiten pensar en una visión de resistencia de la cultura popular, ya señalada por Prieto en alusión al moreirismo:

La literatura, desde luego, era el sujeto menos aparente del juego de racionalizaciones desde el que se invocaba la debilidad del cuerpo social, pero el recurso de apelación a la misma indica el poder modelador, la capacidad de persuasión que le reconocieron los sostenedores de una política cultural destinada, junto con otras instrumentaciones políticas, a disciplinar ese mismo cuerpo social. El criollismo popular, particularmente su variante

moreirista, debía necesariamente concitar la condena de ese programa disciplinario (Prieto 2006:20).

El matadero, cuya imagen remite a los inicios de la literatura nacional es, siguiendo a María Rosa Lojo, el símbolo del modelo bárbaro de la República (Lojo 1994:111). Aquí la barbarie se desplaza hacia los grupos hegemónicos (tanto los económicos como los políticos) que sostenían un *statu quo* impugnado por los enunciadores de *1° de mayo*:

El matadero es la representación exacta de la sociedad en que vivimos. Unos nacen para reses, otros son comidos. Existen criaturas escuálidas, vestidas de harapos mirando montes, y criaturas espléndidas cubiertas de oro y terciopelo, deslumbrando al sol.

En el cofre del banquero duermen pobrezas metalizadas. Hay hombres que crean en una noche un carro fúnebre de mendigos (...). Los hombres se reparten el mundo como los buitres el carnero. A mayor buitre mayor ración. Hombres hay que poseen imperios y hay hombres que no tienen hogar (*1° de mayo*, 8/09/1921, pág.1, A.8).

El paralelismo entre sociedad y matadero señala el rechazo al orden del momento, un modelo que se sostiene en relaciones esclavistas. A lo largo de los artículos aparecerán los “explotados” metaforizados en “corderos mansos” en oposición a los “buitres” y al “pulpo capitalista”.

Las figuraciones sobre patria y extranjería que en *La Unión* y en *El Nacional* se habían utilizado como parte de su propaganda anti-huelga se resignifican en la publicación a partir de la detracción del sentimiento patriótico hacia cualquier nación. Así, con motivo del asesinato de Francisco Ferrer, teórico de la escuela moderna, se postula la necesidad de fomentar la escuela de la Sociedad Obrera y se impugna la educación del territorio por su visión acerca del patriotismo:

La instrucción pública data de ayer en estas tierras y está contaminada por los rancios prejuicios de la escolástica. En las escuelas laicas priman aún las mentiras históricas que conservan viviente la raquítica y agonizante planta

del patriotismo. Los compañeros parias que han atravesado el océano y recorrido tierras allende los mares pueden ilustrar a los demás sobre lo falso y perjudicial que es para las necesidades humanas, la conservación de fronteras (...) la ciencia, el arte y las necesidades humanas no aceptan fronteras. El sindicato hermana a los expoliados de todas las banderas nacionales.

Patria y escuela se sitúan en este artículo del lado del capital en oposición a la educación verdadera y liberadora que es la que se propone por ejemplo, a los obreros cuando se los insta a participar de las reuniones de discusión en la SO.

La patria como construcción que sirve al capitalismo para extenderse y para lograr el enfrentamiento entre países se reitera en varios artículos, reproduciendo así un tópico que aparecía en publicaciones comunistas y anarquistas tanto a nivel nacional como internacional (Véase Lobato: 2009). Con motivo de las fiestas patrias españolas celebradas en Río Gallegos aparece en *1º de mayo* una crítica a los obreros que participaron de las fiestas. Se configura asimismo una antinomia entre la patria y la bandera roja:

El mes pasado se festejaron las fiestas patrióticas. Ha habido derroche de banderitas, escarapelas, veladas, bailes y borracheras.

Mientras tanto, parece mentira que en nuestras filas hay muchos compañeros que tan pavamente apoyen estas fiestas.

El 8 de septiembre de las 21 a las 22 hs. (9 a 10 p.m.) había muy pocos compañeros (casi ninguno español) en nuestro local social, y a la misma hora entraban al salón de la Sociedad Española muchos *sindicalistas* (procure no escribir con k esta palabra, compañero tipógrafo) con una buena raya en los pantalones y un cuellito con tira en el cogote, en busca de una mezquina copa de dicha adquirida con el precio de la entrada y por ser nacidos en España (...). ¡Adiós bandera roja enarbolada el Primero de mayo! (“Las fiestas patrias”, 01/10/ 1921, pág. 3, *A.8*).

Se reproducen también en este periódico artículos clásicos sobre los usos de la noción de patria para el logro y el mantenimiento de la explotación humana:

La patria es el refugio de toda la criminalidad social.

Por ella, en su nombre, se empuja a los pueblos a batirse uno contra otros, sin más fines que salvaguardar el robo y mantener latente la esclavitud, que data de milenios de siglos (...) ¡Patria! gritan todos los que tienen intereses creados, todos los explotadores de la humana miseria.

¡Patria! claman todos los corifeos de la colmena social que asumen la dirección, en nombre del capitalismo, de una determinada región del planeta. (“La Patria”, de “Unión y cultura”, Bolívar, 11/10/1921, pág. 4, A.8).

Asimismo, se señala en el periódico la paradoja de la Liga Patriótica Argentina, cuyos miembros imputan a los obreros ser enemigos de la nación además de basarse en una filosofía basada en el patriotismo, que está integrada en gran parte por extranjeros:

La obra ruin y canallezca (sic) que vienen haciendo esa confabulación tenebrosa de la mal llamada Liga Patriótica Argentina es necesario que todos la conozcamos.

Compuesta en su mayoría por usureros extranjeros(sic) que hacen ni más ni menos que la mafia de los jesuitas; en nombre de dios que está arriba en los infinitos cielos explotan a sus interminables feligreses (sonsos) en las llanuras de la tierra, alegando que son sus ministros. Extranjeros, (sic) Ingleses, Españoles, Italianos, etc. componen en su mayoría la Liga Patriótica Argentina y se las dan de muy patriotas no siéndolo porque el que abdica o reniega de su patria legítima no es bueno para la una ni para la otra; es un traidor (“Compañeros ¡Alerta!”), 11/10/1921, pág. 3).

Estas concepciones, en las que además del rechazo al patriotismo éste se vincula con la religión a partir del término *feligreses*, aparecen en el marco de la búsqueda de una liberación mundial de los explotados que se presenta iniciada y a la que se quieren plegar los enunciadores del periódico: “que estas malditas regiones (que por su poca generosidad no merecen ser habitadas por el hombre) no sean las últimas en librar la batalla decisiva de liberación humana” (*1º de mayo*, octubre de 1921, pág. 2).

Esta sociedad se demuestra insana debido al “siempre esclavizante y nunca saciado pulpo capitalista” y a la división entre explotadores y explotados. Así se manifiesta en “Por nuestra primera víctima”, un artículo destinado al primer obrero fusilado en el conflicto en Santa Cruz:

A iniciativa de la anterior Comisión Directiva se resolvió en Asamblea trasladar los restos del malogrado compañero Zacarías Gracián, caído en nuestra última huelga de campo.

El día 21 de julio llegaron a ésta los compañeros designados para traer el cadáver desde “El Cerrito”.

Al llegar a ésta; fue recibido por el pueblo en masa y llevado el ataúd hasta nuestro local social donde en forma sencilla quedó expuesto.

Los candelabros y doseles fueron suplidos por sencillos carteles rojos con doscientas inscripciones (...). Primera víctima en el territorio de Santa Cruz, de los serviles defensores del esclavizante y nunca saciado pulpo capitalista, cuya alma metalizada no trepida en hacer mofa de los más puros ideales, desconocer los más inalienables derechos y hacer burla y escarnio de las más sacras libertades (...) en el acto del sepelio se leyó la siguiente orden del día de la Comisión directiva:

El grupo explotador, el que hasta ayer estaba acostumbrado a oír el ruego humilde del explotador, se extraña una vez más que sus dóciles siervos reclamaran una migaja de sus succulentos convites y una vez más eligió el arma homicida del cosaco polizonte por parásito, pidió a su ejército, sostenido a expensas de la fatiga de sus esclavos, que amparara la propiedad inviolable de sus legales robos. (*1º de mayo*, 08/09/1921, pág. 2).



Folleto de la Sociedad Obrera, 21 de julio de 1921 (A.11).

En tensión con las figuraciones higienistas decimonónicas que asociaban las huelgas con una enfermedad y caracterizaban a los anarquistas con semas pertenecientes al campo de la criminología y de la salud²⁰¹, adjudicando a sus doctrinas los epítetos de infección moral, de crímenes políticos y de patologías extrañas y con las construcciones de *La Unión* y *El Nacional* se invierte la antinomia y el mal que aqueja a los pueblos es el capitalismo defendido en las regiones australes por seres “monstruosos” como Correa Falcón y los grupos latifundistas.

Muchas de las notas señalan al alcohol y al juego como parte de ese estado que debe superarse y que no permite al obrero la armonía familiar ni la prosperidad económica; se postula que la actividad que debe suplantarlas es la educación, y así en los artículos dedicados al asesinato de Ferrer se recuerda que existe la iniciativa de la escuela para

²⁰¹ Véase Lila Caimari en Alonso (2003). Caimari analiza las representaciones que se trazan en las noticias policiales locales y los informes de corresponsales de las grandes capitales del mundo acerca del criminal a fines del siglo XIX, es decir, las imágenes del segmento poblacional que quedaba fuera de los considerados márgenes sociales y culturales de la ciudad moderna. La institución científica se ocupa en gran parte de esta delimitación, de la que se excluyen frecuentemente a los extranjeros.

obreros y que ésta debe plasmarse para intercambiar experiencias de trabajo y consolidar las prácticas que se realizan en el campo (*1º de mayo*, septiembre de 1921, pág. 3).

Más allá de los señalamientos puntuales, esta sociedad se presenta siempre dirigida por parásitos que mantienen el orden actual. Se reproduce en el número 4, de octubre de 1921, un artículo titulado “Los parásitos de la sociedad” (A.8) cuyo original pertenece a la autoría de Emilio Vandervelde y Juan Massard, profesores de la Universidad Libre de Bruselas en el que definen al parásito como aquél que “vive a expensas de otro animal sin destruirle ni prestarle servicios” y lo clasifican entre parásito social, sexual y político.

Como uno de los más poderosos representantes de la sociedad que rechazan, Edelmiro Correa Falcón es impugnado no sólo por su pluma mercenaria sino por las configuraciones que traza sobre los huelguistas, en las que se entrecruzan extranjería y criminalidad. En el nº 2 de *1º de mayo* aluden así a su figura: “Monstruo insaciable que disfrazado con la mantachillona del sentimentalismo patriótico, siendo de los más glotones en la asquerosa orgía del vil metal, hace comenzar las correrías”²⁰² (*1º de mayo*, septiembre de 1921, pág. 2). Objetan sus acusaciones sobre maximalismo o bandolerismo acusándolo de crear estas imágenes a cambio de compensaciones económicas “confunde al obrero con maximalista o bandolero según se lo paguen”. Las acusaciones acerca de bandolerismo trasuntan las páginas del periódico que se encarga de explicitar: “Nos limitamos únicamente a aconsejar a todos los obreros en general que se abstengan de polémicas y de reyertas y que tengan paciencia y permanezcan pacíficos”.

También los manifiestos que circulan entre los obreros desmienten los actos vandálicos explicando que las formas que implementan y a causa de las cuales se los acusa en muchas ocasiones, son formas permitidas legalmente, como por ejemplo las del boicot, que no han podido considerarse delictivas a pesar de los intentos de los juristas:

Es un arma que nos pertenece desde 1841, descubierta y puesta en marcha por el obrero irlandés Jaime Boycot se ha pretendido muchas veces

²⁰² José María Borrero señala el “paradójico” patriotismo de Correa Falcón en la denuncia publicada en su libro *La Patagonia Trágica*, consistente en una exportación fraudulenta de la “The Monte Dinero Sheep Farming Company” realizada en parte gracias a la “tolerancia del entonces encargado del Despacho de la Gobernación, Correa Falcón, quien, dicho sea de paso y sin ofender su pudor, siempre ha demostrado debilidad por todo lo extranjero, a pesar del ferviente patriotismo de que alardea, bien que sea un patriotismo de liga, que lo liga fuertemente a la pléyade de extraños, que integran la Liga Patriótica Argentina de Río Gallegos” (Borrero 1999:68).

coartarnos este derecho pero no han podido por más que lo han estudiado grandes jurisconsultos de toda Europa y América (volante de la Sociedad Obrera de Río Gallegos, 20 de junio de 1921, *A.11*).

A su vez, el diario *La Verdad* de José María Borrero, en un posicionamiento menos radical respecto de la sociedad, desmentirá los hechos vandálicos de los que se acusa a los obreros afirmando que se divulgan estas mentiras para violentar la situación y dirá que estos sí tienen un sentimiento patriótico hacia la nación (*La Verdad* 13/6/1921).

Por otra parte, algunas notas del periódico *1º de mayo* y algunos folletos firmados por otros gremios permiten una somera reconstrucción del mapa periodístico del momento en el sentido de que los manifiestos parecerían establecer en ocasiones un medio de comunicación alternativo al “vocero oficial”, que en ocasiones se defiende de acusaciones que circulan en esos folletos:

A este consejo han llegado ejemplares de un manifiesto incubado por una camarilla de imbéciles, que arrojando toda la baba de que son capaces solamente los aventureros, pretenden descubrir robos y malversaciones. No emitimos más detalles, bástanos saber que el que los firma ha sido expulsado de la federación por pertenecer a una clase de seres que degenerados de cuerpo y alma viven en la más abyecta corrupción. Es un explotador de carne humana (*1º de mayo*, 8/09/1921, pág.3).

Y en un folleto firmado por el gremio de chauffeurs, mecánicos y anexos fechado el 26 de julio de 1921 se manifiesta: “Tal como lo había prometido en mi anterior manifiesto vuelvo hoy con los mismos bríos a echarles en cara a los falsos apóstoles de la Sociedad Obrera de Oficios Varios, a los falsos seguidores de Antonio Soto las ruindades, vilezas y maldades que llevan” (*A.10*).

Las disputas internas, que probablemente podrían ser el correlato de la división de la FORA a nivel nacional²⁰³, son objeto también de varios artículos:

²⁰³ Las organizaciones obreras de Buenos Aires estaban divididas en la FORA del V Congreso, constituida por anarquistas ortodoxos, y la FORA del IX Congreso integrada mayormente por sindicalistas y

Después de cerca de tres meses de silencio, sale por segunda vez a la luz nuestro periódico. Las divergencias habidas en nuestras propias filas han sido, con seguridad, la causa principal de este inconveniente retardo. Ojalá nos sirva de lección el período de tres meses tan pobremente aprovechados en beneficio de nuestras reivindicaciones. Debemos pues, evitar en todo lo posible las rencillas de obrero a obrero y los verdaderos hombres de trabajo rechazar con energía la intromisión en sus filas de ese ejército de críticos, intelectuales y apóstoles que hacen pasar el tiempo de las asambleas y reuniones, criticando los actos de los compañeros que con más entusiasmo luchan, que falsean y escandalizan en todo lo bueno que los de más efectiva voluntad hacen en nuestra organización.

Por fin nuestra Federación adelanta por buen camino y los compañeros más capaces no ya por sus brillantes conocimientos literarios y aritméticos, sino por su sano criterio y su inteligencia despojada de toda rutina y prejuicios rancios, la sinceridad y buena fe en todos sus actos (tanto individuales como colectivos, y el ánimo juvenil y decidido que en todo momento los guía, parece que estos compañeros se han encontrado en buen número a la cabeza de nuestra organización y procuran orientar al conjunto.

(“Orientaciones”, *1º de mayo*, 8/09/ 1921, pág. 91).

Estas fracturas que se producen al interior del sector obrero son enunciadas sólo por la prensa santacruceña ya que no aparecen en la metropolitana. Allí, al igual que sucede con las hipótesis de complot, el nivel de pormenorización de los datos es menor.

Por otra parte, muchos de los artículos de autores locales manifiestan los propósitos de las huelgas y exponen los motivos del conflicto:

Por nuestra parte los obreros no queremos huelgas, no queremos batifondos, ni rencillas personales, ni ninguna cosa que gravita ni castiga la producción

socialistas. Esta última central mantenía el diálogo con el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen (Bayer 1986: 37).

del país; (en una palabra). Queremos que el país prospere en todos para todos.

Ahora bien: –Queremos los trabajadores que se nos respete en calidad de productores, queremos que los capitalistas y estancieros nos respeten el convenio contraído con la Federación Obrera Local, o sea, el pliego de condiciones firmado y aprobado por ambas partes, según consta también en el mismo pliego (“Nuestros propósitos”, 1º de mayo, 8/09/1921,pág.1, A.8).

A su vez, se postulan los propósitos de la Federación, que recién constituida, se proclama como una organización que seguirá su marcha y crecimiento en la región. Además, en contraposición a las acusaciones hechas por los diarios ligados al latifundio que caracterizan al obrero como elemento insano para la población, se señalan las *sanas aspiraciones* de la entidad:

Al integrar la federación en la forma ya aprobada, que no consulta por cierto el total de nuestras sanas aspiraciones, no quiere decir que hemos claudicado, no; todos los gremios constituidos y los que más adelante se constituyan, así como los sub-comités de la campaña, seguimos practicando la acción societaria, ya sea nombrando comisiones (...) y cuando estemos capacitados para afrontar las responsabilidades de la lucha anticapitalista y el número de los afiliados exija la autonomía sindical, como es en los grandes centros de la industria, entonces instauraremos un régimen más amplio que el que tenemos hoy debido a las circunstancias especiales que atravesamos en la marcha societaria, debido a la corta existencia de la práctica de organización (Todos unidos en la Federación”, 8/09/ 1921, pág. 3).

De este modo, asistimos a un mapa de lectura en el que se emiten textos para los obreros pero también para la población en general y para los enunciadores de las otras publicaciones, principalmente para Edelmiro Correa Falcón. La disputa con él en el plano simbólico se establece a partir de la reconstrucción de las imágenes de bandoleros, complotadores y elementos insanos atacantes del cuerpo social que se trazan en *La Unión*.

En oposición, los obreros invierten el binomio y denuncian la insanidad del *statu quo* atacando los pilares del patriotismo y denunciando la explotación que convierte a la sociedad en un matadero. Por otro lado, este “cruce simbólico” se establece también entre las publicaciones obreras, que dirimen sus internas utilizando como medios al periódico *I° de mayo* o a los manifiestos destinados al proletariado.

En el caso de la prensa que se opone a las huelgas, en los diarios regionales analizados no se registra el pedido de un gobierno militar, sí como se expuso, en *El Pueblo* se solicita que se instale en la región el Regimiento 10° de Caballería. A su vez, la crítica al gobierno yrigoyenista no es tan marcada debido a que uno de los dos diarios más importantes ligados al latifundio, *El Nacional*, es de tendencia radical.

La importancia de las hipótesis conspirativas y los pormenores de algunos supuestos hechos de complot constituyen otro rasgo particular en parte de la prensa del territorio.

A su vez las figuraciones del cuerpo social como organismo sano afectado por los huelguistas (en el caso del grupo citado) o de cuerpo enfermo por el capitalismo, en el caso de la prensa editada por los obreros, constituyen una marcada característica de las publicaciones del territorio santacruceño. Ésta puede analizarse como consecuencia, en parte, del público al que están dirigidas: los lectores de la región a los que unos quieren convencer de ser víctimas de los huelguistas que afectan a la sociedad, y otros de mostrar las fallas del orden que los rige. Con el público lector asimismo se relacionan la publicación de las disidencias internas de la SO cuyos sectores intentan convencer a sus miembros de sus respectivas posturas.

4.5. Ciudadanos nominales. Configuraciones de la ciudadanía en el periódico riogalleguense *La Unión* (1929-1930)

Héctor Borrat (1989: 56) conceptualiza al periódico como verdadero actor político de naturaleza colectiva, cuyo ámbito de actuación es el de la influencia, no el de la conquista del poder institucional o la permanencia en él. El periódico influye así sobre el Gobierno, pero también sobre los partidos políticos y los grupos de interés. Y al mismo tiempo que ejerce su influencia es objeto de la influencia de otros, alcanzando una carga de

coerción decisiva cuando esos otros son los titulares del poder político. Por ello concibe que el análisis del periódico como actor es inseparable del sistema político del que forma parte. En este sentido *La Unión* actúa, como influencia a nivel local, para configurar el tipo de ciudadano al que la publicación adscribía (por ejemplo un ciudadano que pudiera elegir representantes parlamentarios pero que no habitase la provincia sino el territorio de Santa Cruz); y en su crítica o apoyo a jueces letrados o a los gobernadores enviados por el poder ejecutivo; y a nivel nacional, en el reclamo de derechos políticos y en la denuncia del abandono por parte del gobierno. El rol que se autoasigna se explicita en sus páginas: “La prensa del Sur, ha librado admirables batallas en defensa de los derechos de estas poblaciones. Su grito ha sido alto, pero casi nunca pudo llegar a oídos de los estadistas.”²⁰⁴

Esta publicación (y en general la prensa en los territorios nacionales) se erige durante fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, como portavoz de los habitantes, que, carentes de derechos plenos, se hallaban en ese entonces en lo que podría denominarse un “republicanismo tutelado”.²⁰⁵

Como se señaló en el capítulo 1, los territorios se regían por la ley 1532 sancionada en 1884, mediante la cual se crearon nueve divisiones administrativas fuera de los límites atribuidos a las provincias y se estableció que cuando alguna tuviera 30 000 habitantes constituiría su propia legislatura y cuando alcanzara 60 000 podría ser declarada provincia. Las poblaciones de más de 1000 habitantes tendrían concejo municipal electivo, el resto, comisiones de fomento designadas por el gobernador, representante y delegado nombrado por el poder ejecutivo nacional. La ley apuntaba a fusionar los intereses locales, evitar los principios de división, de manera de subordinar el interés regional al nacional y lograr así la homogeneización de la futura sociedad. Para esto se consideró indispensable llevar a cabo una acción unificadora por parte del gobierno central. Esta legislación, que surge y se manifiesta con carácter provisorio, va a regir hasta la década del cincuenta, década en la que se provincializan los territorios nacionales.²⁰⁶ La dilación en el otorgamiento de facultades políticas se fundamentó principalmente en la falta de ejercicio cívico, y, por ende, de capacidad política de los territorianos. De este modo, la restricción a las facultades

²⁰⁴ “Preocupación de la Prensa Nacional por los Problemas del Sur”, *La Unión*, 7/4/1930, p.3. La conformación de esta autoimagen se reitera en la publicación en los artículos que tematizan el rol de la prensa.

²⁰⁵ El término es de Martha Ruffini y refiere la situación de desigualdad y privación de derechos políticos del que eran objeto los residentes de las zonas no provincializadas (Ruffini 2006: 4).

²⁰⁶ Véase el capítulo 1.

cívicas de los pobladores estuvo fundamentada en una conceptualización de los mismos que se asienta desde el inicio en la situación de “incapacidad” y “minoridad” política que se les atribuía. Tal posición queda referenciada en un informe de 1915:

En todo sistema de educación intelectual o moral, trátase de individuos aislados o colectivamente congregados y formando parte integrante de la nación para que el niño llegue a ser ciudadano y el pueblo constituya una democracia es necesaria la presencia tutelar del padre, maestro, consejero, del guía, en una palabra. Ese papel en el caso que me ocupa corresponde al gobierno central.²⁰⁷

Estas argumentaciones evidencian en qué forma la “incapacidad política” queda ligada exclusivamente al territorio en que se habita y no a la persona, pues quien se trasladase e inscribiese en el padrón de una provincia, pasaría a ser automáticamente un ciudadano de derechos plenos.

Estas nociones ya aparecen en las primeras discusiones en el orden nacional en torno a la forma de representación política. Así, en los debates sucedidos en el seno del Congreso de 1824, uno de los más conspicuos partidarios del centralismo, Manuel Antonio Castro, sostendrá que la soberanía reside en la nación pero no puede ser ejercida por todos los habitantes que la integran, pues algunos no contaban con la capacidad o independencia (relacionada con el nivel de ingresos) para su práctica. Y, en consonancia con los motivos que se exponen para el caso de los territorios hasta mediados del Siglo XX, más explícitamente declaraba que

por democrático que sea el gobierno republicano, nunca puede comprender a todos. Es indispensable excluir a todos aquellos que no tienen todavía una voluntad bastante ilustrada por la razón, o que tienen una voluntad sometida a la voluntad de otros. Así se excluyen generalmente los infantes, los menores, los sirvientes, las mujeres, etc (Chiaramonte 1997:167,168).

²⁰⁷ Ministerio del Interior, *Informe de la Dirección de Territorios al Congreso*, Bs As, 1915. p.12.

Este orden peculiar incide fuertemente en la prensa y en su papel de construir ciudadanía, pues el reclamo por el abandono del gobierno nacional y la denuncia de las prácticas de gobernadores a cuya elección no se tenía acceso, ocupan gran parte de las páginas de las publicaciones periódicas durante las primeras décadas del siglo XX. Con motivo de la postulación como juez de paz de un abogado español, una concepción de ciudadanía aparece delineada de manera explícita en *La Unión*. El periódico entrevista sobre el caso a un jurista, quien responde:

Para ser electo juez de Paz se requiere ser ciudadano mayor de edad y cuando la ley habla de ciudadano implícitamente habla de argentino desde que, según nuestra tecnología legal “ciudadanía” es la misma cosa que “nacionalidad” y, correlativamente “ciudadano” es la misma cosa que “nacional”.²⁰⁸

Esta acepción era la preponderante para la época; en este sentido Habermas destaca que:

la noción de ciudadanía –‘citizenship’–, e incluso la que proviene de la tradición francesa –‘citoyenneté’– sólo de modo muy reciente se ha ampliado desde la perspectiva de los juristas que la han entendido como pertenencia (vinculada a nacionalidad), a una que la considera en tanto estatus ciudadano circunscrito por el reconocimiento de derechos y deberes (Habermas 2000:59).

Asimismo, la función social que la publicación se adjudica ante sus lectores se relaciona claramente con la formación del ciudadano y con el poder de la prensa para solucionar, mediante el acto de la divulgación, los problemas de los habitantes: “La orientación bien definida, que tiende a guiar por el buen camino al pueblo, ese es el crédito de la prensa”²⁰⁹; “La prensa es el verdadero portavoz de las necesidades de un pueblo, ya sean de gran importancia o pequeños intereses locales”.²¹⁰

²⁰⁸ “Los extranjeros no pueden ser jueces de Paz”, *La Unión*, 15/7/1930, p.8.

²⁰⁹ “Orientación periodística”, *La Unión*, 15/3/1930, p.5.

²¹⁰ Todos los ejemplos citados textualmente corresponden a *La Unión*, por lo cual este dato no será reiterado en las siguientes notas.

Los diarios en Río Gallegos convergen con la prensa de otros territorios nacionales en esta tarea de conformación de la ciudadanía asociada principalmente al reclamo por derechos políticos, civiles y sociales, y a la denuncia de la situación de los territorios que difería y se encontraba en desventaja con respecto a las provincias argentinas. El congreso realizado en La Pampa en 1917, y algunas investigaciones sobre la prensa en Neuquén y Río Negro, evidencian las analogías en lo que concierne a las preocupaciones de las publicaciones de los territorios patagónicos en las primeras décadas del XX.

Así, Martha Ruffini, en su análisis sobre los diarios *La nueva era* y *Río Negro* plantea cómo la modernización de la legislación fue un reclamo coincidente en estas dos publicaciones, que apoyaron los proyectos oficiales de instalación de legislaturas y convinieron acerca de la necesidad de obtener representación parlamentaria con voz y voto como ensayo previo a la elección del poder legislativo territorialiano (Ruffini 2001: 117).

Leticia Prislei, por su parte, refiriéndose al periódico *El Neuquén* esboza en qué forma esta publicación acudía al periodismo nacional en reclamo por la promulgación de legislación que habilitara la representación en el parlamento nacional, además de la efectivización de elecciones municipales, el control de funcionarios que avasallaban a la prensa o la obtención de ayuda económica solicitada al estado nacional (Prislei 2001: 84).

En lo que concierne a la prensa pampeana, María Angélica Diez postula:

la prensa del Territorio reflejó las disidencias y diferentes posiciones frente al reclamo de la provincialización. El periódico *La Autonomía* liderará el movimiento provincialista reclamando sin demoras la aplicación de la Ley 1532, mientras su principal opositor, *La capital*, representará los intereses de quienes solicitaban una autonomía limitada y gradual, demorando el reclamo de los derechos políticos (en Prislei 2001: 47).

Otros trabajos señalan la necesidad manifestada en los periódicos de la instauración de legislaturas locales como modo de educación cívica, previa a la ampliación de la participación política. En este sentido María Teresa Varela indica, en alusión a *La Nueva Era*:

Así, la constitución de la Legislatura en La Pampa comportaba para el órgano periodístico un ensayo tras el cual no tardaría en venir el del Río Negro, Chubut, y los restantes territorios. Pero tanto para *La Nueva Era* como para algunos sectores sociales de la población, los habitantes de los territorios aún no estaban preparados para obtener la provincialización. Los argumentos para no transformarse aún en ciudadanos completos eran la necesidad de graduar la adquisición de autonomía, otorgarle en principio ciertas facultades limitadas y dotarlas de legislaturas con el fin de prepararlas para el gobierno propio (Varela 2007: 8).

El recurso constante a la prensa nacional (principalmente a los diarios *La Razón* y *La Prensa*) cuando ésta se ocupaba de problemas de la Patagonia, constituye otro elemento coincidente en la prensa de los territorios patagónicos. En este sentido, pueden citarse en *La Unión* artículos de 1930 que reproducen notas de *La Razón*, en las que aparecen exhibidos los problemas de los territorios del sur, regidos por el precepto de que deben ser incorporados cabalmente a la nación. Se publica, por ejemplo, una nota del diario metropolitano que propone instalar en el sur una población laboriosa, que podría estar constituida por los desocupados ingleses. En esta misma línea, se manifiesta un descubrimiento de la Patagonia originado en el interés que por la misma expresaban *La Razón* y *La Prensa*. Este último había publicado las impresiones del escritor español Ramiro de Maetzu originadas en sus viajes por el sur.

Así, en un espacio que se concibe apartado del poder central, la prensa se posicionará en el lugar de vocero de los habitantes en las distintas formas que éste va cobrando según se lo considere como integrante de una provincia o se reclame sólo la extensión de algunos de sus derechos.

4.5.1. *La Unión* como portavoz del habitante territorialiano

En lo que concierne a los derechos sociales, los artículos del diario se centran en un reclamo general, por una parte, al gobierno nacional y por otra, a la figura del gobernador Germán Vidal, por el abandono en que está sumido el territorio. Si bien la mayor parte de las críticas están dirigidas al gobernador, el título de una nota: “Los territorios nacionales

viven retardados”, expone la situación en la que el periodismo posiciona a los territorios y al otorgamiento de responsabilidades tanto en el orden local (con mayor vehemencia) como en el nacional.

El ataque a la figura de Vidal es constante y se hace hincapié en la omisión del mismo en la resolución de problemas. Al finalizar el mandato de este funcionario, se manifiesta en una nota: “El territorio necesita un efectivo impulso por parte de sus autoridades, para que su progreso pueda desarrollarse sin esas trabas impuestas por el gobierno que hoy se va y que sólo han servido para su estancamiento”.

En otro artículo, referido al posible desvinculamiento de la localidad de Las Heras debido a la desatención de reclamos concernientes a la realización de obras públicas, *La Unión* expresa que la causa del conflicto es la “inactividad de la gobernación que se termina”.²¹¹

Hay una mención reiterada a las falencias de las municipalidades y juntas de fomento, en cuanto al incumplimiento de sus deberes en el mantenimiento de las localidades y sus edificios. El estado de las escuelas y de las calles es un tema recurrente. Así en conjunción con opiniones como la de Lenzi, se reclama la autonomía municipal:

Los gobernadores, en tesis general, han tratado de contrariar por todos los medios, secundados por el gobierno central, los fines progresistas de la legislación. En vez de facilitar la formación de la conciencia municipal, se fomentó la pequeña política (...) los conflictos menudearon por ello, alterándose arbitrariamente los fines de la ley. Los gobernadores tomaron partido por aquellos que suponían más dóciles, conformables o coincidentes, y no faltó la oportunidad en que los jueces letrados hicieran lo propio, pero a favor de la agrupación opositora (...) Es lógico que el P.E. pueda decretar la intervención de una comuna, pero es dañino cuando se abusa. Hay municipalidades que han estado más tiempo a cargo de un interventor que del gobierno popular, al menos hasta 1932 (Lenzi 1939: p.136).

²¹¹ “La Gobernación del territorio”, 6/5/1929, p.2 y “Las Heras se desvincula del Territorio”, 8/6/1929, p.8.

El ejercicio cívico que constituye la existencia y funcionamiento de municipios, se vislumbra como prefiguración de la inserción y participación en comicios nacionales: “mas al decir esto no hay que olvidar de cómo algún día los territorios tendrán representación parlamentaria, y que es en la elección de ediles en la cual deben aquellos prepararse para la otra elección.”

No obstante, todo “avance ciudadano” es aceptado dentro de un marco de homogeneidad y neutralización de conflictos:

desde el punto de vista de sus posiciones económicas y bajo el aspecto de la cohesión social, pues en caso contrario sería muy fácil un yerro. Si en una localidad debe todos instalarse una municipalidad electiva para avivar rencores, para provocar conflictos, más vale que las cosas no se cambien, si así pueden marchar.²¹²

En consonancia con lo anteriormente expuesto, los debates no son promovidos. En referencia a las elecciones municipales en Río Gallegos, concebidas como indispensables para “despertar la conciencia ciudadana”, se recomienda a los funcionarios que resulten electos (evitar) discusiones altisonantes sino que se trabaje con provecho para delante.²¹³

La preocupación por la educación, concebida como eje fundamental dentro del paradigma del progreso, se ve planteada en términos de reclamos por aspectos edilicios, falta de maestros, carencia de escuelas. En cuanto al elemento civil, el accionar de los jueces de Paz y de la policía es denunciado por el diario. En el caso de los primeros, se les atribuyen conductas arbitrarias, y así nuevamente es el gobernador el causante último del mal, dado que se subraya que su equivocada designación es responsabilidad suya. A un sector de los segundos se los caracteriza como “cuatreros”. También son denunciadas las irregularidades en el cubrimiento de los cargos:

Infinidad de veces nos hemos ocupado de la Justicia de paz del Territorio, y hoy más que nunca merece este asunto ser tratado con detenimiento, porque

²¹² Ambos fragmentos “Municipalidades electivas”, 8/5/1930, p.4.

²¹³ “En vías a los comicios”, 6/9/ 1930, p.2.

se ha llegado al colmo del abandono. En varios pueblos, incluyendo al nuestro en primer término, se encuentran los juzgados de paz a cargo del suplente y aún cuando han pasado ya meses que los titulares vencieron sus períodos o fueron suspendidos acusados de hechos delictuosos, no se ha procurado llenar las vacantes y ni siquiera nuestro gobernador ha propuesto a las personas de su elección al Poder Ejecutivo.²¹⁴

La apelación a la libertad de prensa y a su carácter de portavoz ante las autoridades también subyace en las páginas. La alusión a la objetividad se reitera. Esta característica vinculada con la conformación de la prensa moderna, cobra rasgos propios en Santa Cruz puesto que las publicaciones, como ya se expuso, se vinculan más con los sectores económicos que con el poder gubernamental.

4.5.2. Configuración de la representación parlamentaria como vía de continuidad del progreso

El tratamiento periodístico en materia de derechos políticos es fundamental al pensar el rol de la prensa en la discusión y construcción de ciudadanía, especialmente en Santa Cruz donde los habitantes del territorio no poseían derechos plenos. Se habla en su caso de “ciudadanos nominales”, puesto que su “derecho a tener derechos” se veía sensiblemente recortado. Si la ciudadanía es el derecho a tener derechos,²¹⁵ la privación de estos es, simultáneamente, la amputación de la ciudadanía y de los derechos humanos. Norbert Lechner expone al respecto que “el hombre es privado de sus derechos humanos cuando se le priva de su derecho a tener derechos; esto es, cuando se le priva de aquella relación por la cual recién acceden a lo público sus opiniones y adquieren eficiencia sus acciones (la pertenencia a un orden político)” (Lechner 1986: 95).

En este marco de ciudadanía restringida, la ley 1532 aparece tematizada en las páginas de *La Unión* como la obstrucción principal al progreso que se encuentra en marcha

²¹⁴ “Será legal pero no es moral”, 7/7/1930, p.6.

²¹⁵ La concepción de ciudadanía como el derecho a tener derechos pertenece a Hannah Arendt (2002).

en los territorios patagónicos. El reclamo de la prensa de los territorios en general, va a dividirse entre las publicaciones que sólo bregan por la representación parlamentaria, y las que añaden a este requerimiento el de la provincialización. Son ilustrativas en este sentido las actas del citado congreso de prensa territorial llevada a cabo en 1917, en el que se halla registrada la participación de representantes santacruceños. Como ya se mencionó, desde febrero de 1917 el diario *La Autonomía* comenzó a convocar al congreso de la Prensa Territorial, el que se reuniría entre el 9 y 14 de julio (Diez, en Prislei 2001: 42). El congreso de gobernadores, realizado poco tiempo antes, sirvió de disparador para convocar a la Prensa territorial. El objetivo era, en primera instancia, discutir la exigencia de la residencia previa en el territorio respectivo de los gobernadores. Además de este tema se debatió la necesidad de tener representación parlamentaria, y algunos representantes plantearon la provincialización.

La Unión dedica gran parte de su espacio al tratamiento de derechos políticos, destinando editoriales y notas a la “arcaica” ley 1.532:

Es que la ley es vieja máxime en los pueblos jóvenes, es ley que no sirve. No es posible que nos paguemos de arcaísmos. Necesitamos una organización institucional que guarde relación con nuestro constante progreso, con nuestra evolución permanente, con nuestras fuerzas, nuestras ansias y nuestros ideales. No podemos admitir más una ley que nos traba, nos obstaculiza, nos enreda; necesitamos algo que nos ayude, que nos solivante, que nos haga menos pesada la tarea diaria, para que así nuestra marcha evolutiva sea más ligera, más fácil, más rápida.

El periódico riogalleguense evidencia una postura muy clara en relación con esta ley:

todas las deficiencias con las que a diario se choca, ya de carácter administrativo o judicial, ya de índole gubernativa o municipal, derivan de la vetustez de la ley orgánica, ésta debió ser suplantada por un nuevo régimen en 1900. De allí que tantas veces la ley reencuentre en flagrante

contradicción con nuestro progreso significando una verdadera rémora para nuestra evolución social, de allí las deficiencias y los vacíos que al querérselos subsanar o llenar por medio de decretos, parches temporarios han conducido al hibridismo.²¹⁶

Señala también en este artículo de 1930 algunas consecuencias de la obsolescencia de la ley: cómo en la práctica se han disminuido las facultades a los gobernadores y ningún funcionario las ha adquirido en su lugar. Los jueces letrados son omnímodos, nadie ejerce un control sobre ellos. Esto se condice con los reclamos permanentes hacia la negligencia, abuso o corrupción de los jueces. Se manifiesta además que se ha ampliado la cantidad de habitantes de las zonas pobladas y no el número de representantes de la justicia.

Una serie de artículos titulados “Legislación de los territorios” refleja la relación de interdependencia entre la posibilidad de representación parlamentaria²¹⁷ y la viabilidad del progreso. Este proceso cuya existencia se da ya por sentada, necesita ser continuado con la factibilidad de acceso al lugar en que se hacen las leyes, de las cuales quedan relegados, en general, los territorios que carecen de portavoces que expliciten y pugnen por la solución de sus problemáticas.

El otorgamiento de derechos políticos a los habitantes de los territorios nacionales, es un problema que siempre ha preocupado a este diario, en la convicción firme y serena de que sólo mediante la representación parlamentaria y la intervención de nuestros ciudadanos en las luchas políticas se podrá obtener que los estadistas, ungidos por mandato popular, se preocupen más de nosotros de cuanto lo han hecho hasta el presente.²¹⁸

²¹⁶ Ambos fragmentos corresponden a “Legislación de los territorios. IV-La ley arcaica”, 6/4/1930, p. 8

²¹⁷ La representación parlamentaria –envío de un delegado con voz y sin voto a la cámara de diputados–, que es una vieja idea que inspirada en la Ordenanza para el gobierno de los Territorios del Noroeste de los Estados Unidos (1789), ya había sido discutida y desechada en los debates de la ley 1532. Sin embargo, se renueva en mensajes y proyectos del ejecutivo en 1900, 1910, 1914; en algunas iniciativas del congreso: Sierra y Noble (1932); González Macada (1935); Carlos Melo (1935); Benjamín Villafañe y Nicolás Matienzo (1933) y es tratada por constitucionalistas como Angel Abalo, Juan González Calderón, Calos Sánchez Viamonte y Segundo Linares Quintana.

²¹⁸ “Los derechos políticos en los territorios”, 7/8/1930, p.6.

Martha Ruffini plantea al respecto que la negación de los derechos políticos nacía de la mano del carácter tutelar del gobierno pensado para los territorios. Si bien la figura del delegado parlamentario no estaba prevista en la Constitución podría haberse solucionado con una reforma. Expone, asimismo, que a diferencia de las iniciativas vinculadas con la provincialización o instauración de legislaturas, las relacionadas con la representación parlamentaria suscitaron un profuso intercambio de ideas: las que propendían a negar este derecho a los territorianos se basaban en la naturaleza de los mismos, puesto que no los consideraban aptos para su participación en el parlamento (Ruffini 2007: 22-23).

En el periódico, las argumentaciones a favor de la representación se construyen principalmente en base a la igualdad de obligaciones que poseían los habitantes con respecto a los “verdaderos” ciudadanos, ya que del mismo modo que quienes residían en las provincias, los territorianos debían pagar impuestos, cumplir las leyes de la nación y hacer el servicio militar. Se plantea también esta situación como causal de la falta de asentamiento en la Patagonia, ya que cualquier persona que se instalase en el territorio perdería derechos políticos, y quien se marchara a una provincia, los adquiriría. En los artículos anteriormente mencionados se realiza un análisis pormenorizado de la ley. Se exhiben por ejemplo las reformas de las que ha sido objeto, exponiendo de este modo la inadecuación de la misma en relación con la realidad (en 1889 se aumenta el valor del juicio con juez de paz; en 1890 se modifica la administración judicial, y en 1897 cambia el período de ejercicio de los jueces letrados). También aparecen detallados los antecedentes de la ley 1532: la creación de los territorios Nacionales parte de la ley 28 de 1862, un día después de la asunción de Mitre; diez años después, el 18 de octubre de 1872 mediante la ley 576 es creada la gobernación del Chaco (Chaco y Formosa); el 11 de octubre de 1878 Nicolás Avellaneda crea la gobernación de la Patagonia desde el Río Negro hasta Cabo de Hornos. Luego, Julio Argentino Roca convino con su ministro del interior Dr. Bernardo de Yrigoyen proyectar una ley de carácter general, dividiendo esas regiones casi despobladas y fijando para ellas un régimen administrativo adecuado a su situación, que implicara una contribución oficial a su progreso. Todo esto concluyó en la ley de 1884.

El paradigma del progreso subyace a todos los argumentos a favor de la representación parlamentaria. Bajo una visión evolucionista, se plantea la vetustez de la ley

que sirvió hasta fines del XIX, pero que es arcaica en función del desarrollo vivido los territorios y demorado por la legislación. El concepto de la Patagonia como tierra promisoría, como potencial de riqueza y desarrollo, paralizado por la indiferencia del gobierno de la Nación es el que como hemos observado en el capítulo II ya había aparecido en la prensa nacional a fines del siglo XIX en las crónicas de Roberto Payró. Estos artículos, que en principio describen las tierras que visita, ignotas para la mayoría de los lectores, destacan la responsabilidad del gobierno nacional por el abandono en el que tiene sumido a un espacio cuyo potencial de riqueza y desarrollo es enfatizado en toda la actividad escrituraria del escritor y periodista.

Ligado a una concepción de progreso materializada en Argentina por la generación del ochenta, y a una creencia en la evolución natural de corte positivista, el diario presenta a los territorios como un espacio cuya fundación se inscribe en la campaña del desierto, y cuyo inevitable desarrollo está siendo obstaculizado por esta ley que fue adecuada hasta fines del siglo XIX:

Con la representación parlamentaria, los territorios se encontrarán en inmejorables condiciones para continuar su siempre admirable trayectoria progresista. El clamor de sus necesidades no se perderá más en las dilatadas pampas, en los contrafuertes de nuestras cordilleras, en los bosques del norte, ni entre los trigales o algodonerías, cual hasta la fecha ha acontecido.²¹⁹

Y en otro artículo:

La visión previsoría se cumplió. Aquellos centros del período embrionario tuvieron un desarrollo tan rápido y floreciente, que en menos de medio siglo han adquirido por su población, su comercio y sus industrias, una importancia de ciudades en continuo progreso, sólo explicable por el vigoroso impulso de la evolución nacional.²²⁰

²¹⁹ Como otros ejemplos de notas que tematizan el progreso de los territorios pueden verse: “Por fin”, 24/6/1929, p.4; “La Patagonia y sus problemas” 10/6/1930, p.3; “Legislación de los territorios. Cuando fueron alcanzadas las fines fundamentales de 1884”, 12/6/1930, p.7.

²²⁰ “La autonomía municipal en los territorios nacionales”, 18/4/1930, p.3.

Puede vislumbrarse así, en esta serie de artículos, una visión organicista que presenta al territorio como un organismo fundado en la campaña de Roca, desarrollado gracias a su riqueza y al sacrificio de la población que debe incrementarse, y cuyo progreso depende ahora de los derechos de los habitantes. La mención a Roca y a la aniquilación del indígena como génesis y período fundacional de las tierras consignadas inexorablemente al progreso se reitera:

pero no bien, con el aumentar de la población, con el acrecentarse de la riqueza, con el progreso múltiple y avasallador, con la conquista permanente de la tierra que era dominio del indígena, con el avance de los medios comunicativos, con la reducción de los factores negativos, la ley fue resultando incompleta, deficiente, vieja, mala, al extremo de que llegó a significar una influencia esterilizante en la vida territorial.²²¹

Y más adelante: “El general Roca era quien más sabía de la vida de estos territorios que había recorrido en su afamada empresa contra los indios”²²²

Están presentes asimismo los postulados sarmientinos referentes a las características del paisaje como fuentes configuradoras de caracteres:

pero el mayor tesoro de la Patagonia, cuyos bienes se recogerán sin duda en el porvenir de la raza, reside en su clima áspero, sano y estimulante, cuya influencia se hará sentir a través del tiempo, formando generaciones de hombres vigorosos, que tendrán a su disposición un escenario grandioso para el despliegue de sus actividades y energías. Si es exacto que el tipo étnico se modela en armonía con el clima y el suelo del país que habita, podemos descansar confiados en el futuro reservado a la raza en la Patagonia.²²³

²²¹ “Legislación de los territorios.”, 8/8/1930, p.5.

²²²“Legislación de los territorios. Ley 1532”, 23/5/1930, p.5.

²²³ “La Patagonia y sus problemas”, 10/6/1930, p.3

Se manifiesta claramente la necesidad de derechos parlamentarios pero es ambigua la postura del periódico en relación con la provincialización. Esta posición dual se observa, por ejemplo, en las notas sobre una Liga Antiprovincialista conformada en Misiones. En un primer artículo sobre el tema, se la cataloga como unilateral en sus concepciones, ya que esta Liga aduce motivos económicos y el diario recalca la riqueza de ese territorio y la avidez de autonomía de sus habitantes. Pocos meses después, en alusión al mismo tema, se concluye en que para reparar la injusticia que entraña el hecho de que millares de argentinos estén excluidos de participar en la sanción de las leyes no es necesario provincializar los territorios y basta con concederles la representación parlamentaria a que tienen pleno e inalienable derecho. También, en un principio, se apoyan las iniciativas de provincialización de La Pampa. No obstante, la posición se vuelve unilateral cuando el referente es la provincialización de Santa Cruz: la publicación se opone a la misma, y enfatiza que la representación parlamentaria es una medida suficiente:

Nosotros no somos partidarios de la provincialización de los Territorios (...) creemos por ello que la ley 1532 debe ser reformada, actualizándola, pues ya hemos visto sus defectos que la hacen vieja e inadecuada. En cambio creemos que la representación parlamentaria de los Territorios significará una gran ventaja – todas aquellas que procederían de la provincialización– sin las desmedidas desventajas de ésta.

Así tendríamos voceros en el congreso, pero no tendríamos tantas complicaciones interiores, todas las que derivan de la autonomía provincial. Con menos obligaciones tendríamos más derechos.²²⁴

Se contraponen de este modo los fundamentos mediante los cuales los representantes de Buenos Aires y de las provincias, y los habitantes de los territorios se oponen a la provincialización. Las proposiciones de los primeros se construyen en base a la “incapacidad” política de los territorianos; mientras estos (aquellos que no apoyaban la provincialización) basan sus argumentos en las desventajas—en particular económicas— que

²²⁴ “La representación parlamentaria de los territorios”, 7/3/193, p.8

conllevaría ese proceso para el territorio, e insisten, en cambio, en las prerrogativas de la obtención del representante parlamentario.

La prensa en los territorios nacionales se autopropugna como portavoz de los habitantes configurados a partir del desplazamiento de sus derechos y del señalamiento de la situación de desigualdad con respecto a los ciudadanos de otras provincias. La restricción de derechos políticos de la que son objeto los pobladores, permite a las publicaciones periódicas cumplir este rol con un alto grado de protagonismo. En este sentido, *La Unión* dedica la mayor parte de sus páginas a realizar los reclamos que manifiesta como más relevantes para los habitantes de Santa Cruz.

Las publicaciones de los territorios están relacionadas entre sí. Así lo demuestra el congreso que las nuclea (en cuyas actas se documenta la presencia de representantes santacruceños) en La Pampa en 1917. Se reunieron en Santa Rosa, cuarenta delegados de las publicaciones de los territorios nacionales argentinos. La convocatoria estuvo a cargo de los directores del diario *La Autonomía*, Marcos Molas y Arturo Castro y el colaborador de ese periódico Lucio Molas, con el objetivo de dar lugar al *Congreso de la Prensa Territorial* y debatir como tema principal la cuestión de la residencia del candidato a la gobernación de un territorio nacional en dicho lugar con anterioridad a su nombramiento, a la vez que se manifestaran al gobierno central y al resto del país los las problemáticas estos territorios (en Prislei 2001:47).

La prensa nacional se hace eco de las demandas de los territorianos y de los problemas de la Patagonia. *La Unión* reproduce estos artículos y celebra esta inserción a nivel nacional. Ya desde 1898, como hemos podido observar en las crónicas escritas por Payró, el espacio patagónico aparecía como referente en las publicaciones del centro.

La idea de la representación parlamentaria aparece intrínsecamente relacionada con la noción de progreso de la Patagonia, paradigma adoptado por el periódico, ya que la facultad de poder acceder al parlamento, se postula explícitamente como la única posibilidad de que se legisle en favor de los territorios del sur, ignorados por el estado nacional.

Otra cuestión en torno a los derechos políticos es la provincialización del territorio, desechada por *La Unión*. Si bien unos pocos artículos vuelven ambigua la postura del

periódico, a través de la lectura de todas las notas relacionadas con ese eje, se puede analizar la concreción del rechazo de la misma.

De este modo, dos representaciones de las subjetividades de la región: la del obrero y la del ciudadano nominal, nos permiten (siguiendo a Williams y a Gramsci) por un lado acceder a las preocupaciones, imágenes del orden social y a las aspiraciones que en las décadas de 1920 (huelgas) y 1930 (preponderancia de los debates en torno a los derechos políticos) circulaban en la región; y, por otro, a las nociones que se propugnaban como hegemónicas y a las consecuentes creaciones de resistencia como fue el caso de la prensa obrera. Asimismo, las coordenadas que pueden trazarse entre los órdenes sociales nacional y provincial permiten ver las relaciones entre los hechos (organizaciones obreras, discusión acerca de las formas de representación) cuyas consecuencias se suceden en la Patagonia diferidas; y, por otra parte, los procesos de apropiación e intercambio entre las publicaciones bonaerenses y las locales como por ejemplo las coincidencias entre la prensa pro-latifundista y diarios como *La Razón* y *La Nación*, y las convergencias entre la prensa anarquista bonaerense y la santacruceña en que se reiteran las concepciones acerca de la educación, la patria, la religión, el alcoholismo, etc. Todo esto en el marco de un interjuego permanente por la lucha de la hegemonía en la que se debate, por ejemplo, quiénes son los ciudadanos de la nación.

Las configuraciones de este *habitante otro* patagónico y del espacio en el que reside se remontan a los inicios del “mito” patagónico cuando en la narrativa de viaje se caracteriza al indígena como un *continuum* de la naturaleza y al territorio como desierto estéril, sigue con la mirada de la prensa metropolitana en las crónicas de Roberto Payró y Roberto Arlt que coinciden en la necesidad de establecer pobladores en un espacio que debe ser anexado a la nación y continúa en la prensa regional con imágenes del obrero y del ciudadano nominal. En relaciones de reenvíos y cruces, la literatura santacruceña publicada en la prensa recreará estos mismos tópicos en manifestaciones que convergen o se diferencian de los textos periodísticos.

5. Literatura popular en las publicaciones santacruceñas

Son objeto de este capítulo los textos literarios publicados en la prensa periódica santacruceña y algunos relatos aparecidos en revistas metropolitanas que remiten a la Patagonia y sus habitantes. Tópicos y personajes de los hechos más destacados de las primeras décadas del siglo XX, como las huelgas patagónicas y sus protagonistas, dan lugar a narraciones de distintos géneros que se publican de manera coetánea o posterior a los acontecimientos. Textos panfletarios en acuerdo o disidencia con los obreros remiten no sólo a acontecimientos analizados por el discurso historiográfico, sino que revelan estructuras del sentir de la época en que se producen. Así, las huelgas patagónicas dan lugar no solamente a discursividades que emergen en el marco del conflicto (como los versos escritos por el director del diario *La Gaceta del Sud*, Amador González, quien tematiza literariamente el boicot del que es objeto su periódico por proclamarse de acuerdo con la causa obrera) sino que aparecen una década después en la revista *Argentina Austral* de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia cuentos que revelan una reactualización de temas vinculados con este suceso. Así también en la década de 1970 un escritor chileno, Francisco Coloane, cuya narrativa se caracteriza por el predominio de personajes marginados, víctimas de las desigualdades sociales, narra la historia de un huelguista chileno radicado en la Patagonia austral argentina, poniendo en primer plano una tensión que no había tenido ese lugar hasta entontes: la existente entre chilenos y argentinos, aún dentro del mismo sector social. La inclusión de este cuento publicado décadas después responde al mencionado factor: la visibilización de un personaje que no había sido representado en la prensa ni en la literatura de la región: la del obrero chileno a quien Coloane homenajeará en este relato convirtiéndolo en un protagonista valiente y altruista.

Por otra parte, los folletines, cuyo auge en Buenos Aires comienza en 1917 con *La Novela del Día*, circulan en diarios y periódicos patagónicos en cuyas páginas se reproducen algunas de estas narraciones y se hacen referencias a estas publicaciones que tienen sus seguidores-lectores en el sur. Las tramas sentimentales de estos relatos de entrega periódica y de algunas narraciones breves configuran significaciones acerca del amor, el matrimonio y el lugar de la mujer que se relacionan con los valores hegemónicos

de la época. De este modo, se establece un diálogo entre la Patagonia y la metrópoli tanto a partir de la reproducción de textos de autores del “centro” que son seleccionados por las publicaciones locales debido a que se vinculan mediante una relación temática con el contexto regional (como es el caso de la incorporación de *La Venus del arrabal* de Belisario Roldán) como de los textos literarios de autores regionales que se remiten a temas objeto de polémica a nivel nacional como la Ley de Residencia y el rol de la prensa.

Se analizarán en primer término los folletines *La Venus del arrabal* de Belisario Roldán, publicado originalmente en *La Novela Semanal* y reproducido por el diario santacruceño *La Verdad* en 1920 y *La mujer que se acordó de su sexo*, en *La Novela Porteña* en 1922, escrito por Josué Quesada. En segunda instancia, algunas manifestaciones literarias locales escritas por Alma Viril, probable seudónimo de Amador González, director del diario *La Gaceta del Sud*. En la línea ideológica de los textos de Alma Viril se publica un poema de Justa Burgos Meyer en el periódico de los obreros *1º de mayo* y se escribe, en la década de 1970, el mencionado relato de Coloane “De cómo murió el chilote Otey”. Luego se indagarán las narraciones de la revista *Argentina Austral* de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia y relatos sentimentales pertenecientes a distintas publicaciones de la época.

5.1. Literatura y folletín

Durante la década de 1920 aparecen en distintas publicaciones santacruceñas tres folletines: *Viaje al país de los matreros* de Fray Mocho, publicado por *El Radical* a partir de enero de 1922 (A.5), *Mi conciencia vestida de rosa* de Guy de Chantepleure en *El Orden* de Puerto Deseado en 1925 y *El fuego. Diario de un pelotón* de Henri Barbusse en *La Frontera* en junio de 1928 (A.6). Asimismo se menciona en *La Unión*, en un artículo publicado el 25 de junio de 1923 titulado “Próxima ampliación de *La Novela del Día*”, las características de la nueva edición de esta publicación, que cuenta, según se manifiesta, con muchos lectores en la región:

La Novela del Día, difundida revista que ve la luz en Buenos Aires, y que cuenta con numerosos lectores en esta localidad, nos ha sorprendido con la grata noticia de su última ampliación.

A juzgar por lo que se nos informa, se presentará completamente transformada, ganando tanto en cantidad de lectura como en calidad de firmas.

A la novela corriente se agregarán infinidad de secciones y artículos, tan amenos como variados. El texto llevará numerosas ilustraciones, y la portada ofrecerá un artístico trabajo en fotograbado.

Empezará con una edición de 64 páginas que irán aumentándose a medida que el favor del público lo permita.

El primer número ampliado apareció el 19 del corriente mes (A.2).

Como es sabido, la literatura de folletín se origina en Francia a mediados del siglo XIX, cultivando principalmente géneros como el policial y la novela de aventuras. Sus características fundamentales son la fragmentación del relato seccionado por entregas, la linealidad de la trama, la explotación del melodrama y la emotividad así como el uso de clisés y estereotipos. La emergencia del folletín se vincula estrechamente con procesos socioeconómicos precisos, debido a que coincide con el comienzo de la producción en masa de la industria editorial. Esta producción y consumo masivos se relacionan con la concentración de la clase trabajadora en las grandes ciudades, en las que los periódicos cumplen una importante función como principal fuente de información.

Así, el folletín se vincula con la emergencia de un público masivo integrado por sectores hasta entonces no incluidos en ningún circuito de lectura y se la concibe en un campo opuesto al de la cultura legítima tanto por su circulación como por la apreciación de la que es objeto.

El término folletín deriva del francés *feuilleton*, que designa la hoja de un libro. El primer diario en mencionar una sección con este nombre fue *Le Journal des débats*, que consignaba de este modo la sección en la que aparecían temas culturales y de entretenimiento. Sin embargo, la aparición de los folletines propiamente dicha se remite a

La Presse,²²⁵ un periódico cuya publicación se remonta a 1836 y que incrementó sus suscriptores mediante estrategias como la publicidad y la reducción del abono anual. Los novelistas franceses que escribieron folletines tuvieron como modelos a Balzac, Sue y Dumas y lograron llegar al gran público y ser reconocidos por éste y por el mercado. La profusión de folletines finalizó con la interdicción de Napoleón III en 1851. El emperador prohibió la circulación de esta literatura aunque no logró su completa eliminación.²²⁶

Se designó con este nombre a la edición seriada de escritos en diarios y revistas. Al comienzo se incluían en estas secciones artículos, ensayos y novelas, pero luego se reservó esta modalidad para los relatos de ficción, resultando en un gran éxito. Así, el folletín pasó de ser una forma de publicación a un género con características propias, las cuales, siguiendo a Estebanez (2000:7) consisten en la aparición de personajes sometidos a un tratamiento maniqueo y esquemático, el melodrama, la ampliación y complicación desmesurada de la trama, la explotación de aspectos emotivos y sentimentales, así como el empleo de recursos narrativos como el suspenso, la anticipación y la anagnórisis. Asimismo, la novela folletinesca se caracteriza por su aparición en capítulos seriados, la repetición de contenidos para retomar el hilo argumental, el uso de estereotipos, la creación de intriga mediante la fragmentación del relato y su continuación en las siguientes entregas. La originalidad del folletín consiste en esta repetición de matrices, de estructuras y estereotipos. Estas narrativas tienen un estilo propio que reproduce de algún modo las formas de la alta literatura, pero permite el acceso al público masivo a partir de las reiteraciones y del poco complejo orden temporal. En este sentido Umberto Eco (1995) manifiesta que muchas de las características señaladas en la novela de folletín son comunes a estas novelas (a las que denomina populares) y a la alta literatura. No obstante, la diferencia radica en una cuestión esencial: los folletines tienen un desenlace consolador. En las novelas populares, planteará, se exhibe una lucha moral entre el bien y el mal que se resolverá siempre a favor del bien. La novela “problemática” en cambio, relacionada con la cultura letrada, propone finales ambiguos donde se cuestionan los conceptos del bien y del

²²⁵ *La Presse* publicó entre 1837 y 1847 las novelas de Balzac a razón de una por año, así como obras de Eugenio Sue. *Le Siècle* publicó las de Alejandro Dumas, entre las que por su popularidad se destacan *Los tres mosqueteros*. *El Journal des Débats* hace lo propio con *Los misterios de París*, de Sue. *El judío errante*, del mismo autor es publicada por el *Constitutionnel* desde 1800.

²²⁶ Es testimonio de este hecho la circulación de la serie *Rocambole* de Ponson du Terrail (Galeano 2011: 33).

mal. La novela popular genera de este modo tranquilidad en el lector, puesto que las ficciones causan efectos que se distancian de la problematización porque se resuelven de un modo consolador.²²⁷

En cuanto a la línea temporal del relato, los hechos se cuentan cronológicamente tal como se van desarrollando, lo casual queda descartado porque el personaje tiene un destino que conduce su accionar, y aún en aquellos hechos que parecen azarosos opera este sino que debe cumplirse inexorablemente. Posee además un elemento específico en su estructura externa: el corte justo “por entrega”²²⁸ que mantiene las secuencias abiertas e incumplidas creando un suspenso para el lector. Roland Barthes manifiesta que se “amenaza” al lector con una secuencia incumplida, de un paradigma abierto, es decir, de una confusión lógica, y es esta confusión la que se consume con angustia y placer (Barthes 1970: 15). En esta línea, el orden de la exposición es uno de los rasgos que hacen más amena la lectura del folletín. La disposición de la frase y del párrafo reproduce frecuentemente el orden temporal de los acontecimientos. El orden sintáctico copia el orden temporal, se demanda muy pocas veces la práctica de la relectura. Cuando ocasionalmente aparecen rupturas temporales se las presenta a partir de índices muy explícitos que marcan el paso del tiempo y que no dan lugar a la confusión u omisión de esas disrupciones, de forma que la lectura no se vea obstaculizada por ninguna de las vacilaciones que disminuyen tanto la fluidez como el placer por la peripecia. Los argumentos se desenvuelven desde formas de causalidad simples que permiten al lector tener certezas casi absolutas sobre las razones y sobre los desenlaces de los conflictos y los sucesos relatados tienen generalmente un solo motor ideológico, moral o social que los promueve (Sarlo 2000: 19-30).

En Argentina, la revista más importante en lo que concierne a la publicación de folletines fue *La Novela Semanal*. El fenómeno de las novelas semanales tuvo origen en nuestro país en las colecciones españolas que lograron su éxito gracias a sus canales de distribución alternativos a los tradicionales (estos relatos se vendían en estaciones de trenes, kioscos y por suscripción a domicilio). Consistían en narraciones de autores españoles y además de la novedad de su distribución, el bajo precio favorecía su venta masiva.

²²⁷ Sobre el análisis del folletín realizado por Umberto Eco véase capítulo 2.

²²⁸ Según Vittorio Brunori el folletín "es una novela destinada a aparecer en una revista o periódico cuyo secreto consiste en idear un corte que interrumpa la historia en un punto justo" (Brunori 1980: 76).

En Buenos Aires, las entregas semanales de folletines surgen en 1917. Dirigidas en general a un público lector urbano, tematizan los hechos históricos más importantes: la semana trágica, la revolución soviética, el debate sobre el divorcio, las convenciones sociomorales, alternando o tomando los parámetros estéticos del fantástico, de la literatura sentimental, policial o de aventuras (Pierini 2008: 237). La difusión de estos hechos desde las variadas perspectivas ideológicas de sus autores se basa fundamentalmente en la repercusión de estos relatos, que circulaban por un público amplio²²⁹. Beatriz Sarlo (2000) expone como una de las causas del “éxito” de estos textos el hecho de la fugacidad de su lectura, pues se generaba la posibilidad de llegar al final de la entrega (que solían ser varias) en una sola sesión. En un viaje en tren o tranvía el lector podía quedar comprometido en su lectura. Esta brevedad no sólo permitía acortar el tiempo de lectura sino que la misma se tornaba accesible a raíz de una estructura narrativa caracterizada por la repetición y el uso de estereotipos.

Los temas de estas narraciones son cruciales a la hora de entender su importancia: el folletín, muchas veces definido a partir del proceso de evasión que conlleva su lectura, permite acceder a un mundo paralelo en el que no se padecen los males de la cotidianeidad: trabajo, penurias económicas, nacimientos, crianza de los hijos, problemas de acceso a la educación, a la salud y a la vivienda. En el alejamiento de estas cuestiones, que son vivenciadas por gran parte del público de estos relatos, radica en parte su capacidad de impacto. Aunque a veces se sitúan en escenarios relacionados con la vida familiar y laboral de sus lectores, estas narraciones pueden ambientar sus tramas con referencias a estos tópicos pero los mismos no suelen establecerse como centros narrativos. A su vez, el marco de lectura favorece esta expansión: se trata de la Argentina de las décadas de 1910 y 1920, en la que se han revolucionado las prácticas de lectura, haciéndola extensiva a un público recientemente alfabetizado que lee velozmente, sin detenerse en el análisis de los relatos (Véase el capítulo 2).

En las novelas folletinescas el amor es el tema que hegemoniza toda la trama²³⁰: las pasiones son, por antonomasia, el eje que eclipsa a los demás temas posibles en estas

²²⁹ *La Novela Semanal* y *La Novela del Día*, su principal competidora, manifiestan en sus páginas en 1920 que venden 4 000 000 de ejemplares anuales. Más allá de que pueda haber cierto grado de imprecisión o exageración, el dato da cuenta de que una gran cantidad de lectores lo consumían. Beatriz Sarlo (2000).

²³⁰ Sigo en estos párrafos el análisis de las narraciones periódicas realizado por Beatriz Sarlo (2000).

narraciones. Los tópicos vinculados con la peripecia sentimental (el erotismo, las relaciones que la sociedad acepta y aquéllas que condena, las diferencias de clase y el amor, el matrimonio, el noviazgo) son referentes predominantes en comparación con los relacionados con la novela de aventuras o el policial. La preeminencia de argumentos amorosos (aunque pueda haber costumbrismo y, raramente, cuestiones políticas o sociales) se relaciona con ideales sobre la conformación de la pareja y el rol de la mujer que emergen de las expectativas del público que recepciona estos textos. Esta literatura de consumo popular no superaba el *habitus* de sus lectores, adecuándose a su horizonte de expectativas: se trababa un pacto de mimesis con los deseos del público y se empleaban materiales lingüísticos, ideológicos y literarios que generaran interés en los relatos.

No solamente la trama gira en torno a un solo tema sino que la estructura narrativa se conforma a partir de la repetición, la redundancia, la explicitación y en base a un número restringido de núcleos que definen el conflicto central, no dejando ningún margen para la ambigüedad. Sumados a la hegemonía temática y la causalidad simple se encuentran el uso del clisé y un lenguaje que no causa extrañamiento ni dificultades de comprensión en los lectores; la repetición de tópicos y estilos produce una lengua estandarizada para estas novelas, una lengua con la que el público se familiariza, por lo que las destrezas necesarias para abordar los relatos folletinescos son mínimas, tanto en lo que concierne a la competencia enciclopédica que necesita el lector como en cuanto a las destrezas intelectuales que activa un texto lineal que en muy pocas ocasiones requiere una relectura. Esta lengua admite préstamos de la retórica modernista o decadentista, reenvíos que pueden hacerse sin afectar la simple inteligibilidad por su homogeneidad y su ajuste a las expectativas del público. La claridad se garantiza a partir de la redundancia (interna y de un relato a otro) que crea marcas fácilmente reconocibles. La variedad de esta lengua, si bien no es la de la alta literatura, se corresponde con la estandarizada, con la inculcada en la escuela primaria.

Son muchos los códigos y clisés con los que el amor se va entretejiendo en las tramas: las flores, las cartas, los objetos, el baile, los movimientos de las manos, las miradas. Estos lenguajes participan de una semiótica social, que muestra las representaciones que circulan en el imaginario colectivo acerca de cuál es el amor y su destinatario legítimo y cuál no lo es.

La temática sentimental posee un conjunto de códigos, que se estandarizan a partir de la repetición: uno de ellos es el de la mirada femenina como objeto de semiosis, a través del cual se delatan los sentimientos y pensamientos de su poseedora, que expresa con la mirada aquello que no manifiesta con el lenguaje verbal. La semiótica del cuerpo (su representación literaria y gráfica) proporciona una imagen social, trabajada desde la estética y la ideología. Esta imagen social tiene zonas privilegiadas, hipersignificativas y otras anuladas en el imaginario erótico colectivo. La formulación sobre la mirada que subyace a estos relatos es que los ojos dicen más que las palabras, se transforman en el centro de comunicación y expresión femenina. Son también mensajeros de aquello que tienen prohibido otros mensajes.

Generalmente el recurso de la mirada aparece vinculado con la figura de la *bella pobre* que es por excelencia la protagonista de las novelas semanales, pues la mayoría tienen por personaje principal a mujeres cuya belleza *supera* su condición socioeconómica. Esta belleza hace que hombres que según las convenciones sociales no deberían ser sus objetos de deseo, conozcan y se interesen por estas protagonistas que se debaten entre la aceptación o rechazo de las propuestas amorosas debido a las problemáticas que generan las desigualdades sociales en el amor, en una sociedad que valora negativamente los casamientos entre hombres ricos y mujeres pobres. El amor podrá entonces no ser aceptado por el entorno o ser rechazado incluso por el propio enamorado, que sólo apostará por un romance pasajero y no por el matrimonio, que es el destino natural y único concebido para las mujeres en la sociedad de la época.

Por otra parte, las narraciones semanales se desarrollan generalmente en espacios urbanos. No obstante, hay casos en que se sitúan en el campo, que cuando aparece, cobra rasgos de fuerte connotación negativa. Hay una delimitación no sólo geográfica sino también moral y cultural: el espacio rural se corresponde con la criminalidad y la bestialidad. Las narraciones semanales son ajenas a la égloga y al realismo rural, característica que tienen en común con la literatura culta de 1910 y 1920, probablemente debido al horizonte de expectativas del público, que aún no estaba conformado (como lo estaría décadas más tarde) por migrantes internos provenientes de áreas rurales.

El campo, entonces, lejos de constituirse como una utopía, es un escenario en el que se desencadenan de manera exponencial la violencia, la bestialidad y la crueldad. Los

personajes y las situaciones se desarrollan en un marco de irracionalidad que los distingue de los espacios de la urbe. Los estereotipos que aparecen en las narraciones situadas en áreas rurales son el asesinato y las violaciones. Los personajes tienen una naturaleza distinta, característica de esos espacios, de la que hay que desconfiar. Las instituciones, como la de la justicia, no llegan a estas latitudes, en las que la solución a los hechos perpetrados es la impunidad o, en ocasiones, la venganza. Los sentimientos e impulsos instintivos son situados en estas novelas en espacios sociomorales que hacen posible su desarrollo. Son ejemplos de esto las narraciones, analizadas por Sarlo, *El hombre que volvió a la vida*, en que un protagonista sobrevive a la golpiza de un gaucho y luego mata a éste salvajemente en venganza propia, pues la justicia no existe en esas regiones; y *Pétalos de sangre* en el que se relata la violación de una mujer por parte de su padrino, situadas ambas en áreas rurales bonaerenses (2000: 147 -157).

5.2. Cruces: literatura popular e historia

Diversos acontecimientos históricos del período estudiado dan lugar a manifestaciones literarias en las que se remite a hitos de la historia patagónica como las huelgas obreras hasta imágenes de los pobladores (estanciero, peón, mujer) o conflictos comerciales. La cultura y la literatura popular se asocian con los acontecimientos históricos a partir de los efectos de recepción que la cultura popular conlleva (si bien, como ya se planteó, los mismos no están exentos de resistencias y apropiaciones por parte de los receptores).²³¹

La literatura como develamiento de la estructura del sentir de una época, ha sido una constante en la teoría literaria e incluso en el discurso de algunos historiadores, a partir, en particular, de la elaboración williamsiana del concepto. De este modo, aquello intangible y hermético a otras formas discursivas se manifiesta como orden pasible de ser aprehendido

²³¹ En este sentido, Hall plantea que la cultura popular se define en tensión continua (relación, influencia y antagonismo) con la cultura dominante. Su foco principal de atención es la relación entre cultura y cuestiones de hegemonía (Hall: 1984 ,7. Véase el capítulo 2).

por la literatura. Justo Serna, siguiendo los postulados de Isabel Burdiel²³² (y en relación con la incorporación de la literatura como fuente de la historia), manifiesta que la novela debería ser importante para un historiador puesto que representa lo imaginado. Porque es en ese territorio en donde se libra la batalla histórica, o, al menos, es uno de sus frentes principales, aquel donde se debate la autopercepción, la percepción y la representación errónea o no de los sujetos históricos: imaginando su representación del mundo y el concepto que de sí mismos se hacen, los oponen a otras elaboraciones contemporáneas o heredadas con las que están en conflicto o las armonizan con otros significados de cuya lógica participan. Es por eso por lo que Isabel Burdiel habla de significados inestables, de fracturas entre ser social y conciencia (Burdiel y Serna: 1996).²³³

La literatura actúa como un anhelo de otra realidad y de otro orden dentro de la realidad, a la vez que como un desplazamiento de ésta hacia el territorio de la imaginación. Es por ello que puede dar cuenta de las expectativas, anhelos reprimidos, cambios, tendencias ocultas que se suceden en un determinado momento histórico. Eloy Martínez (2005: 11-16) plantea como definición de las ficciones verdaderas (aquellas basadas en un hecho verídico) que todo acto de narración es un modo de leer la realidad como no es, un intento de imponer a lo real otra forma de coherencia fundada a veces en el azar o en el caos. El relato selecciona imágenes, palabras, órdenes de palabras. Algo sucede y ese algo, al conmovirlo de manera íntima, estimula al narrador a producir un relato que no es por cierto una copia del suceso original sino la traducción de una atmósfera común a la época y a los intereses profundos de los lectores. La fuente se pierde, se borra, desaparece, conjurada por la eficacia del simulacro de la nueva realidad (esta vez imaginaria) que corrige la anterior pero a la vez la suplanta. No obstante, si tenemos en cuenta que todo acto

²³² Catedráticos de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia. Entre sus temas de estudio se encuentran las relaciones entre historia y literatura.

²³³ Vargas Llosa, en su tentativa de explicación sobre la verdad de las mentiras, es decir, la verdad en las ficciones y particularmente en las novelas, se traslada también hacia el universo de las significaciones subjetivas y etéreas que, incluso inconscientemente, el narrador puede capturar como determinantes de una época. Williams planteaba también en relación con la estructura del sentimiento, que los cambios que una sociedad está sufriendo, las figuras que no asume pero existen, suelen quedar imbricadas en el discurso literario. Parafraseando a Vargas Llosa puede decirse que la literatura es un género amoral o más bien, de una ética sui géneris, para la cual verdad o mentira son conceptos exclusivamente estéticos, es un arte “enajenante”, de constitución antibrechtiana: sin “ilusión” de verdad no hay novela. De este modo, la “mentira” o “verdad” quedaría restringida al pacto con el lector. Las mentiras de las novelas no son nunca gratuitas: llenan las insuficiencias de la vida (2005: 17-33).

narrativo se nutre, ya sea un acto consciente o inconsciente del autor, de algún espacio de la realidad, esta definición es extensible a toda la literatura.²³⁴

Las obras literarias esconden una resonancia de voces que el historiador o el analista cultural pueden escuchar, no como dato específico sino como murmullo de los acontecimientos y del espíritu de un determinado momento histórico. Según sostiene Isabel Burdiel, lo literario tomado como fuente o como prueba directamente informativa o testimonial supone una amputación de la cualidad en la que se funda su especificidad. En ese caso, lejos de explicarse internamente, la literatura se explicaría por un dato externo, extratextual, del que haríamos depender ese mismo atributo: la historia, la biografía o la sociedad. Dicho en otros términos, la clave de la novela, por ejemplo, estaría fuera de la propia novela, y a ese factor exterior habría que remitir la única o la primera evidencia con la que contamos: la obra literaria. Sería, pues, una paradoja cognoscitiva. Frente a ello, lo que Isabel Burdiel propone es ensanchar el texto, buscar en su interior la historia que hay y cómo se constituye internamente un mundo que, por principio, es autorreferencial aunque los materiales se transporten desde fuera.

Siguiendo estos postulados pueden analizarse los textos como expresión o acercamiento aproximado a la subjetividad de la época en la Patagonia. La contextualización de las condiciones de enunciación permite el acceso al carácter y el patrón social que intentan propagar. Las manifestaciones de la cultura popular que aparecen en la prensa santacruceña pertenecen en general al género narrativo que es tal vez aquel que establece vínculos más intrínsecos con la historia, en tanto, como sostiene Hayden White (1992: 17) en sus consideraciones sobre el valor de la narrativa en la representación de la realidad, la naturaleza misma de la narración es suscitar la reflexión sobre la cultura, y posiblemente, incluso sobre la naturaleza de la propia humanidad. Es tan natural el impulso de narrar, tan inevitable la forma de narración de cualquier relato sobre cómo sucedieron realmente las cosas, que la narratividad sólo podría parecer problemática en una cultura en la que estuviese ausente.

²³⁴ Hemingway escribió en el prólogo de *Paris era una fiesta*: “siempre cabe la posibilidad de que un libro de ficción arroje alguna luz sobre las cosas que antes fueron contadas como hechos.” Esa idea no es nueva puesto que las palabras son convenciones, y el modo en que ordenamos los hechos responde a una interpretación de esos hechos, el escritor puede violar esa interpretación y situándose en el otro lado, en el lado de la imaginación y de la fabulación, descubrir algunas construcciones de la verdad más legítimas aun que las construcciones fundadas en las viejas relaciones racionalistas de causa y efecto.

Fuertemente atravesadas por los acontecimientos sociales, las discursividades literarias de las tres primeras décadas del siglo XX en Santa Cruz constituyen un objeto indispensable para el análisis cultural. Aún las que intentan presentarse sin índices referenciales explícitos intercalan fugazmente un dato que las ancla en un punto de la historia y que obedece a cuestiones contextuales específicas. Así, por ejemplo, los cuentos publicados en la *Argentina Austral* (analizados en los apartados que siguen) en la década de 1930, aluden a una bomba anarquista o a obreros que siguen malos consejos en relatos que se presentan como ciencia ficción o narrativa sentimental y que en principio parecerían no tener ningún vínculo con las huelgas, mientras que en otros textos pertenecientes a diarios y periódicos la relación es manifiesta.

5.3. La Patagonia en la novela por entregas

En el marco de estos escenarios asociados con la ruralidad y los paisajes distantes aparece, en revistas como *La Novela Semanal* o *La Novela Porteña*, la Patagonia como lugar en el que se sitúan los relatos. El lector urbano se identifica con los sitios que están más frecuentemente asociados a los ámbitos laborales y a sus protagonistas (como oficinistas, modistas, costureras) y a los lugares de ocio. Sin embargo, también despiertan su interés los lugares lejanos, como es el caso de la Patagonia, escenario en el que transcurren algunos relatos publicados en dichas revistas (Pierini 2008:239). Las vidas atravesadas por la tristeza y los conflictos, y los finales trágicos se asocian comúnmente en los relatos publicados en la novela semanal con las familias irregulares pero también con determinados escenarios: los márgenes urbanos y los espacios rurales, que, como ya se expuso, se vinculan muchas veces (y las tierras australes no serán una excepción) con la violencia, la brutalidad y la crueldad.

En el espacio patagónico representado en los relatos semanales aparecen imágenes asociadas con el desierto, los pioneros, la población extranjera, la cárcel, los buscadores de oro. Un caso es el de Benito Lynch quien en una de sus narraciones hace referencia a este espacio y cita explícitamente a los viajeros ingleses.²³⁵

²³⁵ Lynch en su narración “La evasión” cita *Viaje a través de la Patagonia* de Munster y *Viaje al país de los araucanos* de Estanislao Zeballos (Pierini 1998: 239).

Tanto la prensa periódica metropolitana como las publicaciones santacruceñas se disputan las representaciones en torno a las huelgas patagónicas de la década de 1920²³⁶ (que se ligan a significaciones sobre la ciudadanía y el orden sociopolítico que se propone para la nación) no sólo en artículos periodísticos sino además en textos literarios que remiten, ya sea de manera explícita o mediante alusiones oblicuas, a los acontecimientos. En Buenos Aires, esta pugna se deja ver en la publicación de folletines (cuyo referente son las huelgas obreras de la década de 1920) en *La Novela Semanal* y en *La Novela Porteña*. Allí aparecen *La Venus del arrabal* de Belisario Roldán y *La mujer que se acordó de su sexo*, de Josué Quesada (en la primera y segunda revista respectivamente). Si bien el primer folletín no habla de las huelgas patagónicas, expone su visión a favor de la causa obrera tematizando la *Semana trágica*; mientras el segundo, que hace referencia al conflicto de “la Patagonia trágica”, replica la mirada acerca de los obreros como forajidos y extranjeros enemigos de la nación que predominó en gran parte de las crónicas de la prensa santacruceña y metropolitana (como se analizó en el capítulo 4). Los autores que publicaban en estas revistas presentaban divergencias entre sí tanto en lo concerniente a la estética de sus escritos y a su prestigio como figuras de la literatura (escritores como Horacio Quiroga publicaban allí) como a su ideología: Belisario Roldán es anarquista y Josué Quesada integrante de la Liga Patriótica. El primero escribirá *La Venus del arrabal*, que si bien habla de las huelgas de Buenos Aires de 1919 y los conflictos desencadenados a partir de entonces, será retomado por el periódico santacruceño *La Verdad*, que reproduce las entregas desde mayo de 1920 a fines de 1921²³⁷ de manera paralela al acontecimiento de las huelgas patagónicas.

Por otro lado, *La Verdad*, único periódico fuera de los editados por los obreros que defiende la causa de éstos, publica el folletín de Belisario Roldán mientras reproduce artículos periodísticos sobre el conflicto. Esta incorporación permite trasladar la pugna que se da entre las novelas de entrega semanal en Buenos Aires al ámbito patagónico; ya que el folletín de Roldán es incluido en las páginas de *La Verdad* que replica en artículos periodísticos muchos de los tópicos aparecidos en el folletín (como la impugnación a la

²³⁶ Los textos literarios que tienen como referente las huelgas obreras son una clara manifestación de cómo la cultura popular es uno de los principales campos en los que se inscribe la pugna por la hegemonía. Véase el capítulo 2.

²³⁷ En *La novela Semanal* se publica en enero de 1920.

prensa que habla de las huelgas como un complot) y, a su vez, los miembros de la Liga Patriótica no sólo hacen circular sus ideas en Buenos Aires (como es el caso de *La mujer que se acordó de su sexo*, de Quesada) sino que escriben para periódicos santacruceños algunos relatos relacionados con este conflicto. De este modo se entrecruzan literatura e historia, centro y periferia. En Santa Cruz se publican estos folletines que actualizan la circulación de una constelación de ideas ya extendida en el imaginario a través de editoriales, noticias y crónicas periodísticas, formuladas a partir de dicotomías como ciudadano/extranjero, trabajador/bandolero, patria/traición, orden/ideologías de izquierda. La configuración de los obreros como bandoleros o como enemigos de la nación, por ejemplo, aparece trazada tanto en artículos periodísticos como en relatos ficcionales. Asimismo y en las antípodas ideológicas de esta posición, aparece la denuncia por parte de Belisario Roldán del simulacro creado por una gran parte de la prensa al presentar los conflictos obreros (refiriéndose a la Semana Trágica) como un complot soviético.

Tanto Belisario Roldán como Josué Quesada recurrirán a un referente similar para presentar a manera de panfletos políticos sus visiones sobre estos hechos y su cosmovisión sociopolítica general. Desde perspectivas ideológicas contrapuestas, ambos recurrirán al folletín y a sus estereotipos para propagar sus posturas sobre las huelgas y sobre la sociedad. Tendrán en común el uso de los clisés folletinescos: la mirada de la mujer como de develamiento de su ser y como mensaje que debe decodificarse; la figura de la bella pobre, la transmisión de valores morales e ideológicos, la mujer débil, el disfraz. Quesada incorpora además la crueldad, la violencia y la brutalidad como paradigmas de comportamiento de las áreas rurales. Coincidirán además, aunque esto prevalece sobre todo en el folletín de Belisario Roldán, en la suspensión de la trama y de la ilusión mimética para intercalar un panfleto ideológico que no reproduce el estilo del resto del relato y se vincula además tanto desde las temáticas abordadas como desde el plano de la lengua con los artículos de la prensa santacruceña de 1920 que, alineados con la causa obrera, denunciaban la artificiosidad del patriotismo, las configuraciones de complot contra la patria realizadas por las publicaciones conservadoras y ponían en primer plano la explotación de la que eran objeto los obreros. Belisario Roldán utilizará entonces estos clisés del folletín, tal como la figura de la *bella pobre* y los códigos semióticos de la mirada, para publicar un panfleto

político en el que por un lado se denuncian las configuraciones realizadas por la prensa²³⁸ y, por otro, se hila un discurso pedagógico, en el que se entremezclan el amor, la pasión, el concepto y el deber de clase.

La Venus del arrabal, de 1920, narra la historia de una obrera que se enamora de un aristócrata, Ernesto, quien demuestra cierto interés por ella. María Rosa debe optar entre este *niño bien*, Don Santiago -un hombre mayor que es un obrero devenido en patrón-, y Manolo, el obrero anarquista al que finalmente elige, dando lugar así al fin de las ambigüedades respecto de la representación de los huelguistas que presentaba la trama. El telón de fondo son las huelgas de la Semana Trágica, y en este marco María Rosa (que es una obrera) debe debatirse en torno tanto al amor que elegirá como a su postura frente a las huelgas.

Ambos hilos se entrecruzan cuando, en un afán pedagógico supremo, cada uno de los pretendientes se homologa a una postura política: Ernesto es el aristócrata integrante de la Liga Patriótica, Manolo el obrero que lucha por sus reivindicaciones y Don Santiago, que había sido un luchador social, ahora es patrón. En correlato con estos hombres aparecen las incertidumbres de María Rosa sobre los hechos:

Había asistido a muchas asambleas favorables y hostiles a la causa del proletariado, había oído expedirse con igual vehemencia y seguramente con igual sinceridad, a reaccionarios, furibundos clérigos de palabra fácil, politiqueros que solían ocuparse del asunto, socialistas más o menos deficientes o incompletos, anarquistas cabales (...) y ninguno había logrado descorrer ante sus ojos de mujer las nubes que obstruyen la visión de la verdad ¿dónde hallarla? (*La Verdad*, 15 abril de 1920)

²³⁸ El diario *La Razón* presenta las notas a partir de imágenes vinculadas con el delito por ejemplo cuando solicita que se investigue a los obreros participantes de la denominada Semana trágica que intentan una rebelión (citado por Pigna 2006). La prensa traza imágenes similares a las que posteriormente aparecerán en torno a la “Patagonia rebelde”.

La ambigüedad se resuelve con su decisión sentimental: elige a Manolo, el cerrajero anarquista que participaba de las huelgas. De este modo confluyen en el final la historia sentimental y el propósito didáctico.

Asimismo, Roldán intercala la denuncia al sector de la prensa que presenta los hechos como un complot. Este hecho tiene gran relevancia en ese período en Santa Cruz pues, como ya se expuso, ésta es la visión que gran parte de las publicaciones metropolitanas y santacruceñas daban sobre los sucesos patagónicos, por lo que su inclusión en el periódico *La Verdad* seguramente tiene mucho que ver con la manifestación de esta postura. Estas consideraciones se intercalan en una parte del relato rompiendo tanto la trama como las modalidades estilísticas de las que se venía haciendo uso:

Y a fe que esta huelga la inquietaba un poco. Todo hacía pensar que las cosas no iban a transcurrir en paz.

Dicho queda que andaba flotando en el ambiente una serie de extrañas afirmaciones. Habíase asegurado que la huelga anterior con su derroche de metrallazos y su “semana trágica” no había sido otra cosa que una tentativa de apoderamiento del gobierno del país consumada por los obreros a quienes dirigía desde Rusia un “soviet” (...) No importaba que esta novela bárbara se hubiera desvanecido en su propio absurdo, que los mandatarios presuntos hubieran sido puestos en libertad por la justicia (...). No importaba que la inverosimilitud de este episodio “nonato” se hiciera cada día más visible (*La Verdad*, 22 abril de 1920).

En consonancia con la denuncia de la construcción que hacía la prensa, se expresa otro tópico que figurará en muchas de las formulaciones de los folletos de los obreros santacruceños: la crítica al patriotismo. Éste era a la vez la base teórica con la cual se atacaba a los obreros, pues su lucha tenía siempre que ver con la enemistad a la nación y el complot para instaurar ideas foráneas:

Nada de eso importaba: el patriotismo, el santo y bendito patriotismo se había sentido en el deber de salirse de madre y el menos exaltado de sus cultores

apenas se hablaba de huelgas o reivindicaciones del proletariado, se disponía a arremeter con el sable de los granaderos de la epopeya contra una siniestra columna de moscovitas barbudos en trance de meterse en la casa rosada por las ventanas abiertas a bombazos (...) ser obrero y huelguista era casi declaradamente ser enemigo de la patria.

Este panfleto se intercala en medio de fragmentos del relato que se corresponden con las características del folletín. Ya desde el comienzo, María Rosa se describe como una bella pobre cuyos atributos superan su condición:

Tenía delante el espejo del ropero, donde se reflejaba su gran figura, a la cual ella misma convenía en considerar demasiado hermosa, y, sobre todo, demasiado arrogante, para la posición humilde que su propietaria ocupaba en el pícaro mundo (*La Verdad*, 25 de mayo de 1920)

Asimismo apela al recurso estético de la mirada para describir el desconcierto de Manolo ante la incertidumbre de la protagonista sobre la elección de uno entre sus pretendientes: “A veces la encontraba torva y esquivada, abreviado el entrecejo y hundidos en qué sabe qué horizonte sus grandes ojos negros, donde él creía descubrir siempre algo enigmático y profundo” recurre asimismo a la peripecia amorosa (el tema predominante en estas narraciones) como fuente que inspira el relato y permite tanto el panfleto ideológico como la narración didáctica.

Una nota aparecida en *La Verdad* señala que la publicación de esta historia en folletín se vio súbitamente suspendida, de acuerdo con lo informado por el diario, debido a un hecho delictivo: el incendio de la imprenta y la detención de su director José María Borrero, suceso relacionado con las huelgas (Véase capítulo 3):

El folletín de *La Verdad*

Como ya saben nuestros lectores por publicaciones oportunamente hechas, los *incógnitos* (el subrayado es del periodista) y saqueadores de nuestra imprenta, robaron entre otras muchas cosas el ejemplar que poseíamos, único

en Río Gallegos, de la novela titulada “La Venus del Arrabal” original de Belisario Roldán.

A pesar de la cortés invitación que hicimos a los rateros, no se dignaron devolverla, razón por la cual hubimos de suspender temporalmente la publicación de nuestro folletín.

Hoy la reiniciamos, después de haber adquirido otro ejemplar en Buenos Aires, comenzando por la última publicada antes de nuestra prisión y de la destrucción de la imprenta a fin de que los lectores no pierdan nada de ella y puedan seguir saboreándola en todas sus bellezas y verdades (*La Verdad*, 9 de abril de 1921, pág. 7).

La mujer que se acordó de su sexo de Josué Quesada se publica en *La novela porteña* en enero de 1922 y tiene como referente las huelgas patagónicas sucedidas durante los años anteriores. Margarita Pierini vincula la fecha de esta entrega con la difusión de los hechos que en Buenos Aires hacen ese año las publicaciones obreras, y con la presentación en el Congreso realizada por el diputado Antonio di Tomaso sobre la tragedia ocurrida en Santa Cruz:

Desde hace muchos días, los diarios principales nos han acostumbrado a leer grandes nudos sobre el bandolerismo en la Patagonia. Se ha dado a los habitantes la impresión de que allí había surgido una turba de bandidos sin sentimientos, colocados al margen de toda ley, sin otro propósito que el asesinato y el pillaje, que recorrían la campaña aterrorizando a todo el mundo, quebrando el orden social y preparando nada menos que un vasto plan de revolución cuya aplicación había de pasar del sur al centro y al litoral de la república (...) el llamado bandolerismo de la Patagonia, señores diputados, ha sido un movimiento gremial (Lafuente 2000:303, 304).

La protagonista, Isabel, se traslada junto a su esposo, un joven estanciero, a buscar un mejor porvenir en la Patagonia, motivados por las imágenes difundidas sobre esta tierra como un lugar de progreso para la gente trabajadora y fuerte. Caracterizada desde el principio por tener la valentía de un hombre, será ella quien demuestre coraje y logre

“*vencer*” a los *bandoleros*. Luego de que el joven matrimonio se instala en el sur, tras múltiples sacrificios en pos del progreso propio y de la región, un grupo caracterizado como una banda de forajidos ataca a la pareja:

Caravanas de bandoleros impusieron el terror por los poblados y llegaron a las estancias para aprisionar a los dueños que habían cometido el grave delito de trabajar para el bienestar de todos. Las grandes poblaciones de cada estancia decían mejor que todas las doctrinas igualitarias cuáles eran las ideas de aquellos hombres que a la par de sus peones salían por los campos a compartir los rigores de la nieve y de los vientos. Pero de nada sirvieron los millones enterrados en el lejano sur para contener la avalancha. Se había pronunciado la voz imperativa de la revolución social y los grupos de extranjeros desagradecidos, como una jauría de lobos famélicos, cayeron sobre la paz de las estancias. (*La Novela Porteña*, pág.6).

La narración se conforma como un panfleto en el que se retoman muchas de las significaciones imaginarias que habían circulado sobre estas huelgas por la prensa metropolitana y santacruceña a partir de 1920: el conflicto como complot antipatriótico llevado a cabo por extranjeros, la revolución social como desestabilizadora de un orden conveniente para todos y la exaltación de la imagen del pionero. Asimismo se presenta la imagen del estanciero como benefactor de los obreros, que, como se verá en el apartado siguiente, aparece también en textos literarios de la región.

Esta *turba* toma prisioneros a ambos y asesina al marido. La mujer logra escapar valiéndose de su conversión en hombre a partir de un disfraz y, desde entonces, se hará cargo de su estancia adoptando una identidad masculina.

Otro de los tópicos de la Liga Patriótica, y de gran parte de la prensa, es la denuncia de la negligencia del gobierno de Yrigoyen, a quien según estos no le interesaban los habitantes que no podían votarlo:

El presidente estaba absorbido por asuntos relacionados con las próximas elecciones y nada ni nadie podían distraer su atención. Los territorios

nacionales no podían interesarle, desde el momento en que sus habitantes habían perdido el derecho al voto. Luego, los diarios ácratas, cuya voz se escuchaba, hablaban de promesas no cumplidas por los “terratenedores” y era bueno que estos se dieran cuenta de que los tiempos habían cambiado (*La Novela Porteña*, pág. 6).

Un año después²³⁹ los estancieros vuelven a sufrir otro ataque y esta vez el ejército *en defensa*, los reprime. Isabel colabora con el ejército y luego del triunfo sobre los obreros recobra su identidad femenina y fiel a los códigos folletinescos se enamora del *apuesto oficial*: “Y en la profundidad de unos ojos que no habían perdido el encanto de la seducción, surgieron dos lágrimas que reflejaban las ansias contenidas de un alma que de nuevo se asomaba al amor” (*La Novela Porteña*, pág. 22).

El universo de ideas sobre las clases en todos los relatos Quesada es el predecible en un miembro de la Liga Patriótica, órgano paramilitar que reprimía obreros.²⁴⁰ *La Costurerita que dio aquel mal paso*, escrita por Josué Quesada y ya publicada en *La Novela Semanal* en 1919, cuenta la historia de María Luisa, trabajadora de un taller de sombreros, hija de madre viuda, y con un hermano con ideas socialistas. Cada mañana yendo a su trabajo, María Luisa se cruza con una joven de aspecto triste y sombrío, Esther. Su hermano debe cumplir con el servicio militar y debido a su carácter rebelde tiene un altercado con un sargento. Durante unos ejercicios ocurre un accidente con el hermano de María Luisa y el sargento muere. Se lo somete a juicio militar y su defensor de oficio es un teniente al que María Luisa conoce durante el juicio. El teniente defiende al soldado tan vehementemente que éste es absuelto y María Luisa queda eternamente agradecida con el oficial. Luego del juicio María Luisa traba amistad con la muchacha triste del taller y se entera de que su tristeza es producto de haber sido seducida y abandonada. Finalmente, su hermano se enamora de ella y la rescata de su estigma vergonzoso. Pasado un tiempo María Luisa se reencuentra con el teniente y se frecuentan hasta que ceden a sus pasiones. La mujer es abandonada y se suicida para escapar a la vergüenza.

²³⁹ Esta secuencia temporal podría estar en consonancia con los dos conflictos: el primero en el que el teniente Benigno Varela decide validar el petitorio de los obreros y el segundo que termina con los fusilamientos de los huelguistas.

²⁴⁰ Véase capítulo 4.

María Luisa es la bella pobre que ha transgredido las reglas sociales. Como en *La mujer que se acordó de su sexo* se transgreden las convenciones morales y sociales y las obligaciones de clase. En este caso María Luisa no puede concretar una relación formal con el teniente debido a las desigualdades sociales que los separan; en el relato situado en la Patagonia son los obreros los que transgreden lo que el emisor presenta como un orden justo y natural, el orden del latifundio.²⁴¹

De este modo, el panfleto político se intercala en las narraciones en las que se lo reúne con elisés folletinescos. En los casos de *La Venus del arrabal* y de *La mujer que se acordó de su sexo* aparece también la mirada como forma de contacto, como revelación y como fuente de seducción, además de la peripecia sentimental como hilo conector del relato.

En la prensa santacruceña continúa la batalla simbólica en torno a la configuración de los hechos, ya sea como conflicto huelguístico o como atentado contra la nación y el territorio. En el transcurso de ese año aparecen en el diario *El Nacional* (diario de tendencia radical que había defendido a los estancieros durante las huelgas) una serie de noticias acerca de rumores sobre la emergencia de un nuevo conflicto que no logra confirmarse. A su vez, el diario reproducirá la crónica de las visitas que tanto Josué Quesada como Manuel Carlés harán durante 1922 a la Patagonia y publicará algunos escritos de estos integrantes de la Liga Patriótica, que se encuentran en la línea de las narraciones de Quesada citadas anteriormente. La forma escrituraria y el nivel de finalización de los hechos en estos artículos, los acerca a relatos épicos debido a la búsqueda de consagración de los protagonistas que se proponen los emisores. En el caso de Carlés, en un artículo titulado “El culto de la Patagonia” (*El Nacional*, 4/03/1922, p.3) y en respuesta a cuál debería ser el monumento que erigiera la Liga Patriótica al ejército que “restauró el orden en la Patagonia”, rememora como éste con un centenar de soldados venció a 5000 obreros sublevados que arrastraban consigo a 2000 caballos, autos y rehenes por la provincia.

La narración de Quesada se titula “Una niña heroica” (*El Nacional*, 21/04/1922, p.2) y cuenta la historia de una adolescente hija de estancieros de la estancia Tehuelches, quien

²⁴¹ Asimismo *La vendedora de Harrods* (La Novela Semanal n° 69, 10 de mayo de 1919) cumple tanto con los estereotipos del folletín como con los preceptos de clase de la Liga Patriótica: la novela es protagonizada por Juan Manuel, cliente de la prestigiosa tienda Harrods, y Carmen, la bella vendedora de ese comercio, único espacio en el que podían coincidir debido a las diferencias sociales. El amor no puede concretarse y la transgresión de la protagonista es castigada con un final trágico.

durante el ataque de los obreros a la hacienda logra reconectar las líneas de comunicación rotas por ellos y comunica a Varela que se encuentran allí, salvando de este modo a su familia. En los dos casos se trata relatos que convergen en la apoteosis de héroes que “defendieron a la patria” mediante una operación discursiva por la cual las tensiones narrativas entre los sectores enfrentados se resuelven con la glorificación de los grupos latifundistas y del ejército. En el relato de Manuel Carlés se trata de un protagonista colectivo conformado por los soldados y en el cuento de Josué Quesada de una adolescente, hija de estancieros.

Por otra parte, Quesada escribe una especie de crónica de viaje en primera persona, en la que incorpora fundamentalmente las características físicas de la región (describe a la Patagonia mediante el uso de tópicos más comunes del imaginario como el desierto y la inconmensurabilidad) e incluye, transgrediendo las pautas de un texto que se iba sucediendo en el cruce de la crónica y el informe geográfico, la mención a los bandoleros y forajidos. En esta nota, titulada “Impresiones de un viaje a la Patagonia” y publicada en dos entregas los días 21 y 22 de marzo 1922, se alternan en un relato a manera de estudio socio-geográfico las menciones a los bandoleros, sin que su inclusión tenga demasiada fundamentación en la trama: “Internándome en el territorio imaginaba grandes arboledas y bosques impenetrables, que servían de refugio a los *bandoleros*”. Y en la segunda parte:

Como es natural, hay cinematógrafos en la Patagonia, en estos rincones del mundo son tan populares como en la calle Corrientes (...) Observando el entusiasmo con que este público sigue las escenas de correrías por cerros y caminos, yo he pensado que bien pudo el *bandolerismo patagónico* haber tomado ejemplo de los procedimientos aprendidos en el cine (El subrayado en ambos casos es mío).

En esta línea también se publica durante los años 1929 y 1930 en la revista *Argentina Austral* una serie de narraciones que remiten a las huelgas.²⁴² El cuento “La

²⁴² Como indica Sayago, citando un fragmento de la propia revista publicada por el Directorio de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, el objetivo del equipo editorial de esta sociedad fue “publicar una revista para utilizarla como propaganda, a distribuirse gratuitamente ante la clientela y cuyo costo se cubriría fácilmente con los avisos de los proveedores” (1995, 2). Producida y puesta

ironía del destino”, escrito por Francisco Larre, jefe del Sector Control de la Sociedad, y publicado en 1929, es ilustrativo con respecto a la representación de las manifestaciones de los trabajadores: tras una historia que podría catalogarse como literatura sentimental se presenta un conflicto obrero. El narrador reconoce como justas las peticiones, pero marca discrepancias en cuanto al método, ya que indica que los obreros estaban mal aconsejados y por eso elegían el terror como forma de lucha. Logran sojuzgarlos a través de un invento: un foco de luz que los obliga a retirarse. Esta acción encuentra en la obra dos justificaciones: dejar actuar a los manifestantes significaba condescender a la pérdida de la fuente de riqueza más importante de la zona, y autorizar la intervención del ejército (acción a la cual el gobierno estaba dispuesto) implicaba una matanza. Es notorio cómo la narración enfatiza la supresión de la opción del ejército y el triunfo pacífico-tecnológico del empresariado ante el reclamo obrero, relativamente justo en principio pero erróneo en su metodología. De hecho, es el protagonista, un ingeniero noble e inteligente, y no el pérfido dueño de la fábrica, quien inventa el artefacto que permite subyugar a los obreros. Asimismo, el hecho de que se presente la decisión como producto de “malos consejos” puede asociarse con la condena de las ideologías socialistas y anarquistas que ingresaban a través de los inmigrantes y que habían tenido incidencia en los conflictos patagónicos

Estos hechos pueden leerse a la luz de dos acontecimientos contextuales: además de la huelgas de la Patagonia, se vinculan con la denuncias realizadas por José María Borrero de las injusticias sufridas por los peones a manos de los estancieros, entre los cuales se encontraban los dueños de la Sociedad Anónima, libro que se publica un año antes del primer ejemplar de la revista.²⁴³

En conexión con este cuento puede leerse “Don Segundo Adán y Doña Evarista”, de Tomás Borrás, narración en la que el planeta ha sido aniquilado por una bomba puesta por anarquistas. Luego de un diálogo extenso de matiz picaresco entre la mujer y el hombre que han sido los únicos sobrevivientes al fin del mundo, y sin aparente relación, se expone la causa citada como origen del exterminio de la Tierra: “ya sabía usted lo que ha pasado. Los

en circulación desde 1929 hasta 1968, su publicación se vio interrumpida durante dos años (desde junio de 1939 hasta julio de 1941). La tirada inicial fue de 5.000 ejemplares, los que eran distribuidos de manera gratuita principalmente en las sucursales comerciales de la empresa. Se presentaba como una revista de interés general, orientada a la difusión de información referida a la región patagónica: noticias, biografías de determinadas personalidades históricas, características de la geografía local, acontecimientos sociales y notas y artículos referidos a lo que se presentaba como las principales necesidades de la zona.

²⁴³ Sayago (2004:18) señala al libro de Borrero como una de las causas del surgimiento de la revista.

anarquistas pusieron una bomba tan grande que voló toda la tierra. Lo he recorrido enterito, y no hay nadie más que usted y yo.”

Son muchas las publicaciones en las que se remite a las huelgas en textos literarios. Así, un claro ejemplo de los cruces entre literatura e historia es el texto “El boicoteado” de Amador González que se publica en el diario *La Gaceta del Sud*. González escribe a favor de los obreros hasta que debido a disidencias internas existentes entre los distintos sectores de la FORA, federación a la que pertenece, cambia de postura y ya no publicará artículos en apoyo a los huelguistas.

En “El boicoteado” una voz en primera persona relata en versos octosílabos que ha sido objeto de un complot en castigo a sus opiniones políticas. El diario ha sido sometido por parte de la Liga de Comercio e Industria de Río Gallegos a un bloqueo económico. Además, esta liga es acusada en la publicación de amenazar y difamar a su director. En la misma página, junto a este texto aparece la denuncia por este hecho. En este caso se trata de la repercusión que ha tenido en otras publicaciones: *El Orden* de Puerto Deseado y *El Pueblo* de Puerto Santa Cruz; anteriormente ya habían aparecido menciones a este boicot en artículos firmados por Borrero, no obstante la única manifestación literaria será “El boicoteado”.

La voz del texto, como la del gaucho Martín Fierro, es la de un cantor que ha sido objeto de una injusticia y que relata su conflicto en versos cuyo formato incorpora elementos propios de la representación teatral: acompañado por didascalias, presenta índices de lugar, tiempo y descripción del personaje. Se titula “Monólogo alegórico de circunstancias” y se divide a partir de los subtítulos *Escena* y *Acto único*. En un primer momento, el cantor manifiesta alegría en un juego rítmico que no remite sino al canto en sí mismo:

A cantar y a reír
Que la vida es muy bella
Y el que pasa por ella
Sin reír ni cantar
Que se amarga la vida
Si no sabe sentirla

Que cantar es vivirla
Y vivirla es amar

En la mitad del poema aparecen referencias directas al conflicto: se nombra a la Liga y al boicot en represalia por la libertad de expresión encarnada en las figuraciones de la experiencia del decir y del vivir con alegría:

Pues señores, quien soy,
Me llamo el boicoteado,
Que es lo que hago...vivir...
De do vengo...del pasado...
Do soy...hacia el porvenir...
(...)
¿Qué les explique el por qué
He sido boicoteado?
Pues señores...les diré...
les diré...que me he olvidado...
(declamatorio).
(...)
Pero en fin, procuraré
Ya que el público se intriga
(con permiso de la Liga)
decir por qué se me hostiga
con este boicot por qué:
porque me quieren coartar
el derecho a la existencia
a mí, a quien la experiencia
peregrino del decir,
por el mundo proclamando
la alegría del vivir.

(*La Gaceta del Sur*, 7 de noviembre de 1920, pág. 8)

La obra es firmada por Alma Viril, probablemente el seudónimo del director del diario. Él mismo había publicado tiempo antes, también bajo ese seudónimo, un poema en referencia a la Ley de Residencias. Esta ley, que fue proclamada a nivel nacional para combatir a ideologías de izquierda a partir del control sobre el ingreso y permanencia de inmigrantes políticamente activos es criticada por el poeta como muestra de que la justicia sólo se aplica a los sectores vulnerables y reproduce y sostiene las relaciones de desigualdad:

Es un uso
que ha llegado a ser abuso
en esta joven nación...
hablar sin ningún provecho
del ubérrimo Derecho
que da la Constitución...

Y a porfía
oímos como ironía
que llega a la saciedad...
cuando nos ven oprimidos
cantar en nuestros oídos
Libertad...Libertad...Libertad...

Y es tan flexible la Ley
tratándose de la grey
humilde, que la Razón
es un mito, es un lirismo,
es un convencionalismo
de elástica aplicación...

Y escrito con estullicia

con audacia sin igual...
habla el código penal
de justicia...

Justicia, Derecho, razón,
Libertad y Constitución
frases huecas de moral...
que pierden su consistencia
con la Ley de residencia
Y de Defensa Social...

(“A los doctores de la Ley”, *La Gaceta del Sud*, 24 de julio de 1920, A.3).

Al igual que en “El boicoteado” (A.3), se traza una dicotomía entre la libertad que se canta y las armas carentes de moral de las que hacen uso los grupos hegemónicos. En la obra anterior se canta a la libertad de expresión y en este poema a la posibilidad de realizar reivindicaciones laborales.

Asimismo se publica en *La Gaceta del Sud* (18 de agosto de 1920, pág.4, A.3) una biografía de Carlos Ortiz en la que se destacan las ediciones de sus obras y los reconocimientos literarios como marco de una crítica a su poesía en la que se enaltece la creación de “figuras de grandeza y exactitud inimitables” en los versos:

Das impulso a las pacíficas empresas
Y a tu paso, el virgen seno
De los campos se abre lleno
De promesas

Se destaca la figura de Carlos Ortiz como un poeta cuya principal influencia literaria estuvo dada por el modernismo. Formó parte del grupo de Dardo Rocha, Antonio Bermejo y Leopoldo Díaz. En 1899 publicó *Rosas del crepúsculo*, que seguía el estilo de Rubén Darío. Durante años trabajó en las cosechas en la estancia "La Sirena" de su padre, ubicada en el partido de Lincoln. El “Poema de las Mieses” (1902), libro que lo hizo célebre, fue

escrito en verso y trata sobre esta vida en el campo, exaltando el trabajo rural y la conjunción entre el hombre y la naturaleza. El 2 de marzo de 1910 asistió a un banquete en el Club Social de Chivilcoy organizado como despedida al director de la Escuela Normal del lugar, que había sido trasladado a Mendoza por disidencias políticas con el caudillo Vicente Loveira, en ese momento senador nacional y anteriormente intendente del municipio en diferentes períodos, por lo que contaba aún con poder político. A Carlos Ortiz le habían pedido que preparara unas palabras para su amigo. Más tarde, ante todos los invitados y amigos, al término de recitar las mismas, se escucharon unos disparos desde la calle. A pedido de una de sus hermanas se asomó a uno de los balcones y fue herido de bala, lo que le causó la muerte. La sociedad culpó como autor intelectual del crimen a Vicente Loveira.

Dos hechos de esta biografía son resaltados por Alma Viril: el injusto asesinato político y el amor por la naturaleza y las faenas rurales, particularmente en la antología del “Poema de las Mieses”. Estas dos cuestiones podrían interpretarse como las razones por las cuales se incorpora el artículo sobre el escritor en pleno conflicto huelguístico. Ortiz aparecerá también en otro periódico a partir de la publicación de su poema “La voz de los fuertes”, en la que ensalza la lucha por la justicia y aparece como en los textos de Alma Viril la tríada integrada por la justicia, la voz del poeta/periodista y el canto. Sus versos aparecen en *El Radical*, órgano difusor del partido homónimo:

Cuando Venus, cual rosa del misterio
En el abismo de los cielos arde
Emperatriz del sideral imperio,
Y el ángel pensativo de la tarde
Posa en el mundo su ligera planta.
Cual murmullo lejano,
De una inmensa armonía,
Como el ronco rumor del océano;
Cuando en la lira de las voces cantan
Sus salvajes querellas,
Una voz misteriosa descendía

De la ignota región de las estrellas.

Y decía la voz: –“Desde la cumbre
De la abrupta montaña
Que un sol eterno de fulgurante lumbre
Con gloriosos resplandores baña,
Barranca de la idea
Donde el rayo del alma centellea
Descendiendo a despertar los intereses
Que no oyen el clamor de la pelea;
Soy la voz de cien arpas desprendida
Soy el mágico grito de los fuertes
Que canta en los combates de la vida!

“No broto de la lira,
De la lira tremente
En que flébil suspira
El erótico canto del deseo;
Soy la canción vibrante
Del arpa de Tirteo,
Voz de bronce: la voz de los cañones,
Vibraciones heroicas, vibraciones
Cual toque de clarín en la batalla
Llamando a las legiones
Entre el ronco fragor de la metralla.

“No soy el canto de decadencias lleno
Como la voz del trueno,
Voz de bajo profundo
Que canta las catástrofes del mundo,
Descendiendo de la cumbre de granito

Donde gritando: ¡Excelsior! Ascendieron
Aquellos que sintieron
En sus almas la sed de lo infinito;
Descendieron de la cumbre solitaria
Do sólo alcanza el águila en su vuelo,
De la desierta cima
Que al cielo se aproxima
Como eterna plegaria
Que sube a las empíricas regiones;
Plegaria que la tierra llevó al cielo
En la edad de las grandes convulsiones.
(*El Radical*, 7 de julio 1923, pág.4).

El poema presenta una antinomia entre una voz desvinculada del clamor de la lucha, una voz que canta al erotismo y que podría ser identificada con la poesía sentimental en contraposición a la “voz de los fuertes” que a partir de imágenes relacionadas con la guerra insta a la batalla de los pueblos. Siguiendo con esta contigüidad semántica exaltadora del clamor de lucha se erige el arpa del poeta griego Tirteo en oposición a una lira trémula.

Asimismo, en el diario *1° de mayo*, editado por los huelguistas, se publica un poema de la poetisa platense Justa Burgos Meyer, afiliada al Partido Socialista, quien dedica estrofas a los obreros que no participan de las medidas de fuerza, a quienes se denomina “krumiros” (designación que se utiliza tanto en los artículos periodísticos de la prensa metropolitana como en la regional). En el poema se subrayan el temor y la vergüenza que sienten los krumiros ante su situación, y se los caracteriza a partir de la cobardía y la falta de discernimiento:

Yo los he visto así... con la cabeza
Inclinada hacia el suelo,
Llegarse con el paso temeroso
Hasta el taller desierto;
Andan siempre lo mismo, siempre marchan

Hacia la tierra vueltos,
Así como agobiados por la carga
De su inútil cerebro.

Se configura una antinomia entre ellos y los obreros en términos de traición de clase. Al ingresar en la fábrica y vestir el mismo uniforme que los trabajadores en huelga, se plantea el no cumplimiento de las medidas de fuerza como profanación, significada ésta en la figura de la blusa del obrero deshonrada por el contacto con los krumiros:

Y ya dentro, los viles consumaron
Con humildad de perros
La venta de sí mismos, traicionando
Su conciencia y su credo;
Allá dentro, los viles profanaron
La blusa del obrero
Convertida en harapo despreciable
Por envolver sus cuerpos.

El krumiro es, además, un ser cobarde que sufre la condena social por sus actos:

¡Ah! Yo he visto también las multitudes
Señalar con el dedo
A ese grupo de viles sobornados,
Y, en colmo del desprecio,
Arrojarles tremendo salivazo
Que cual marca de fuego,
Señalaba esas frentes deprimidas
De cobardes y ciervos (A.8).

Décadas después aparece el cuento “De cómo murió el chilote Otey”, escrito por Francisco Coloane²⁴⁴ y publicado en 1971. Para escribir el argumento se basa en testimonios que había escuchado cuando trabajaba como peón en estancias de la Patagonia. El relato e inscribe junto con los textos analizados en el campo de la cultura popular a partir tanto de sus convenciones formales dirigidas a un amplio público así como por su temática, puesto que, como sostiene Stuart Hall, lo popular se halla en formas cuyas raíces están en las condiciones sociales y materiales de determinadas clases, emplazadas en tradiciones y prácticas populares (Hall 1982: 102). En este relato se narra un conflicto que no se había planteado con tanta centralidad ni en los diarios ni en la literatura de la década de 1920: la configuración de las tensiones en torno a la figura del “chilote” por lo que el cuento completa (siguiendo la idea de archivo como conjunto que otorga significación a los elementos que lo integran a partir de los lazos que se establecen entre ellos) en el orden de lo simbólico un conjunto de representaciones en el que faltaba un personaje fundamental: el huelguista de origen chileno, grupo al que pertenecía, como indica el discurso historiográfico (Bayer 1986), la mayor parte de los peones. Asimismo, y como ya se planteó, este relato puede leerse en el marco de las políticas del archivo y de la memoria: así como la revista analizada del Ejército reivindica a los militares que intervinieron en las huelgas, la literatura de Coloane, desde la perspectiva antagónica, recrea los hechos a partir del señalamiento de la importancia de los peones chilenos en el conflicto.

Se vislumbra en la trama una significación vinculada con la estructura del sentir de la época: los conflictos entre chilenos y argentinos, que aunque aunados por su pertenencia a sectores vulnerables y explotados, reproducen la diferenciación entre nacionalidades realizada por los grupos hegemónicos. Este problema no es menor en una zona fronteriza, en la que la interacción constante con los numerosos inmigrantes chilenos que poblaban la Patagonia argentina da forma a una zona de contacto entre el sur de ambos países, en la cual la relación entre las zonas australes respectivas es más fluida e intensa que la que mantiene cada una de ellas con sus metrópolis, Buenos Aires o Santiago según el caso.

²⁴⁴ Escritor chileno nacido en Quemchi en 1910, desde sus primeros años navegó por los canales de Chiloé. Su padre era un capitán de cabotaje que viajaba hacia el Estrecho de Magallanes. Vivió su adolescencia en Puerto Montt, pero las grandes experiencias que marcaron su literatura ocurrieron en Punta Arenas; y más precisamente, en las grandes estancias de Tierra del Fuego, donde cuidó a los 20 años rebaños en una estancia y fue domador de potros. Popularizó el conocimiento de las regiones más desconocidas de la geografía chilena y la recreación de la vida simple de personajes que lucharon por sus derechos.

El relato muestra el enfrentamiento en el que murió un centenar de peones, entre los que se encontraba el líder obrero Facón Grande, además del huelguista chileno, protagonista del relato, Bernardo Otey. En el marco de este acontecimiento los huelguistas reunidos deciden separarse en dos grupos, uno de los cuales continuará su marcha, mientras el otro enfrentará al ejército comandado por el Teniente Benigno Varela. Bernardo Otey es uno de los hombres designados para continuar el camino hacia la frontera con Chile y logra llegar al país limítrofe y no participar del enfrentamiento; sin embargo, vuelve al lugar en el que se encuentran sus compañeros y manifiesta la decisión de querer enfrentar al ejército. El personaje comienza a configurarse así a partir de su coraje y su defensa de las convicciones por las que se arriesga a morir, caracterización que se terminará de trazar al final del relato. En el momento en el que regresa con el grupo de compañeros, la tensión entre argentinos y chilenos se manifiesta a partir del diálogo directo entre los personajes:

-Yo le llevo su plata, y usted... se queda guardándome las espaldas...

-¡A usted le va a hacer más falta! -replicó el amansador, fastidiado.

-¡Chilote tenía que ser!... -profirió rudamente por lo bajo otro de los troperos.

El rostro de ojos claros y aguados se encogió parpadeando, como si hubiera recibido un violento latigazo.

-¡Aquí está su plata! -respondió con voz ronca, y agregó:- ¡Yo no la necesito tampoco!

-¡El juego es juego, amigo, llévesela y parta pronto! -exclamó otro.

-¿Qué le pasa a ese hombre? -dijo Facón Grande, sofrenando su caballo.

-Es una plata de juego -le explicó el amansador-. Apostamos a una nube y él ganó. Ahora parece que quiere devolvérmela como si me fuera a hacer falta..., ¿habráse visto?

-Yo no he vuelto por la plata -manifestó el aludido, dirigiéndose al cabecilla-. Lo de la plata salió sin querer entre mis palabras... Pero yo he venido hasta aquí porque quiero también pelear con los del Diez de Caballería.

Los que escuchaban el diálogo haciéndose los distraídos, se dieron vuelta de súbito a mirarlo.

-Pero usted no es del otro lado del río Santa Cruz -le dijo Facón.

-No; era lechero en la estancia Primavera cuando empezó la revuelta. Después me metí en ella y aquí estoy; quiero pelearla hasta el final, si ustedes me lo permiten.

-¿Qué les parece? -consultó el cabecilla a los troperos.

-Si es su gusto..., que se quede -contestaron varias voces con gravedad.

Antes de perderse en la distancia, muchos de los que marchaban camino del Payne se dieron vuelta una vez más para mirar: el poncho blanco cerraba la retaguardia de los troperos, flameando al viento como un gran pañuelo de adiós.(...) -A lo mejor le picó aquello de "chilote tenía que ser"...

-Sí, me picó eso; pero yo venía decidido a que me dejaran con ustedes... ¡Quería pelearla también! ¿Por qué no? Y a propósito, dígame, ¿por qué miran tan a menos a los chilotes por estos lados? ¿Nada más que porque han nacido en las islas de Chiloé? ¿Qué tiene eso? -No, no es por eso; es que son bastante apatronados... y se vuelven matreros cuando hay que decidirse por las huelgas, aunque después son los primeros en estirar la poruña para recibir lo que se ha ganado... A mí también me dolió un poco eso de "chilote tenía que ser", porque yo nací en Chiloé (Coloane 1971:5).

En la prensa (como se expuso en el capítulo 4) los extranjeros que atentaban contra la patria eran los huelguistas, y sobre todo los europeos que tenían ideas libertarias; los chilenos no eran criticados pues habían sido peones mal pagos y explotados históricamente y en la literatura casi no aparecía su figura. Roberto Payró, en *La Australia Argentina* (véase el capítulo 3), los había caricaturizado en una de las crónicas y había reproducido un diálogo con un habitante argentino de la Patagonia que los culpaba de prestarse a trabajar en precarias circunstancias, lo cual afectaba a las condiciones laborales generales.

En este cuento, el autor chileno, que además había vivenciado la experiencia de los trabajadores rurales puesto que había sido uno de ellos, no sólo enaltece al peón nacido en Chiloé (que además de la acción presentada salva la vida de algunos compañeros al final del relato), sino que expone al país limítrofe como vía de salvación en tanto el grupo que no es fusilado es el que logra cruzar la frontera. No obstante, según sostiene Mariela Rodríguez, el límite fronterizo no podía constituir un impedimento físico para las tropas de Varela debido a sus condiciones

geomorfológicas (2006,15), por lo que el paso a Chile cobra significaciones de protección de manera figurada pues, siguiendo la clasificación de Alejandro Grimson (2000: 15) existen dos tipos de frontera: simbólica y pragmática²⁴⁵ y aquí el paso limítrofe cobra significaciones de puente en tanto permite escapar de de la represión y la muerte e ingresar en otra esfera que se homologa a la salvación.

Por otro lado, en una intrínseca relación entre historia y literatura, la narración da cuenta de datos históricos y hasta expone las causas económicas que figuran entre los motivos y razones de las huelgas:

¿Qué sé yo!... Bueno, unos dicen que es la crisis que ha traído la Gran Guerra... Parece que los estancieros ganaron mucha plata con la guerra, pero la despilfarraron, y ahora que vino la mala nos hacen pagarla a nosotros... Y todo fue por el pliego de peticiones..., pedíamos cien pesos al mes para los peones y ciento veinte para los ovejeros... Ni siquiera yo iba en la parada, porque la doma de potros se hace a trato... También se pedían velas y yerba mate para los puesteros, colchonetas en vez de cueros de oveja en los camarotes, y que se nos permitiera más de un caballo en la tropilla particular... Pero parece que había otras cosas todavía... En el Coyle, compañeros con varios años de sueldo impago y que habían mandado a guardar el dinero de sus guanaqueos fueron fusilados y esa plata se la embuchó el administrador. A otros les pagaron con cheques sin fondo y se quedaron dando vueltas en las ciudades. (Coloane 1971:3)

Asimismo, se manifiesta cómo las configuraciones discursivas de los diarios (Cf. con el capítulo 4) alentaron la decisión de reprimir en el Teniente Varela, quien en una primera parte del conflicto hizo lugar al reclamo obrero, mientras que en la segunda volvió a la Patagonia y fue autor de una masacre:

²⁴⁵ La primera, a la cual denomina “concepto metáfora”, remite al modo en que los actores sociales perciben, desde su subjetividad, los límites nacionales (aunque también podría aplicarse a las divisiones regionales o de clase). La segunda, “objeto-concepto”, refiere a la línea de división territorial trazada a partir de un acuerdo entre ambos estados que, aunque imaginaria, tiene consecuencias pragmáticas.

El coronel Varela se dio cuenta de todo esto y primero estuvo de nuestra parte; pero los potentados reclamaron a su gobierno, en los diarios le sacaron pica al coronel diciéndole que era un incapaz y hasta cobarde. Entonces el hombre tuvo rabia y pidió carta blanca para sofocar el movimiento; se la dieron, regresó a la Patagonia y empezó la tostadera -dijo el amansador de potros dando término a su versión de la huelga. (Coloane 1971:3)

Bernardo Otey comienza a configurarse con valores positivos desde su biografía, pues a pesar de tener una familia ha luchado en las huelgas y se ha sacrificado. La radicación del personaje en Argentina se justifica a partir de la mención de la extinción de focas y lobos marinos, actividad a la que se dedicaba en la isla de Chiloé, es decir, que ha venido a la Patagonia argentina a trabajar y ha luchado por sus derechos. A diferencia de otros personajes que relatan su biografía, tiene una familia, dato que cobra importancia cuando decide luchar a pesar de no haber sido designado para esto (Facón Grande había elegido a quienes ya habían luchado anteriormente y venían de “más allá” del Río Santa Cruz): “Ya no van quedando lobos ni nutrias... Los gringos las están acabando. Aunque uno se arriesgue a este lado del golfo de Penas, ya no sale a cuenta, y la mujer y los chicos tienen que comer” (Coloane 1971:4).

Este relato se presenta entonces como una manifestación de la estructura de sentimiento de la época, aprehendida por la literatura a partir de la figura del chileno a partir de la cual se revela que no solamente había un enfrentamiento entre sectores sociales sino que dentro del mismo grupo la cuestión de la nacionalidad daba lugar a cierto grado de desdén. Coloane ensalza la imagen del chileno y del país limítrofe que se presenta como metáfora de salvación. A su vez, expone no sólo la valentía del personaje sino los motivos de índole económica y laboral que lo llevaron a cruzar la frontera y convertirse en un obrero comprometido.

De este modo la temática de las huelgas aparece mientras ocurren los acontecimientos y reaparece años después en artículos periodísticos y también en textos literarios. Desde las posturas de presentación del conflicto como complot o acto de bandoleros hasta la lucha de los anarquistas por una sociedad igualitaria, las alusiones se intercalan en los relatos sentimentales y en el folletín. Tanto los tópicos como el lenguaje

configurado generalmente a partir de binomios antinómicos que aparecían en crónicas y artículos periodísticos en la prensa metropolitana y santacruceña se intercalan en manifestaciones literarias fuertemente codificadas como es el caso del folletín o los relatos sentimentales o de ciencia ficción, siendo así estas discursividades objeto de los cruces entre literatura e historia.

5.4 Literatura en la revista *Argentina Austral*

La revista puede leerse como un todo simbólico en el cual la literatura interactúa con textos no ficcionales: editoriales, publicidades, notas de interés, artículos dirigidos al público lector femenino. Esta lectura imbricada permite una aproximación a los ideogramas que los productores (los hacendados que dirigen la revista) intentan (consciente o inconscientemente) divulgar. Posibilita, asimismo, desentrañar los intereses comerciales, políticos y sociales que orientan la inclusión de textos literarios en la misma, o, manifiestamente, tutelan su creación.

A partir de las consideraciones de las perspectivas que analizan la cultura popular y las vinculaciones entre historia y literatura, pueden vislumbrarse tanto los valores que los productores de los textos literarios intentan generalizar, como aquellos que son hegemónicos en la sociedad en la que se consumen. En los textos de la revista *Argentina Austral*, se manifiesta una cosmovisión que adhiere a una sociedad de clases estratificadas armoniosamente. La pobreza, en consecuencia, se concibe como producto de la flaqueza individual y no como evidencia de un sistema no equitativo.

En los números de los años 1929 y 1930 las narraciones incluidas en la revista son mayoritariamente de autores radicados en la Patagonia o ligados a la Sociedad Anónima. Se trata en general de ficciones catalogables como literatura sentimental. En algunos casos, muy pocos, presentan algunos elementos costumbristas o de ciencia ficción. Predominantemente, están alejadas de las estéticas de los círculos cultos de Buenos Aires, y no se publican autores de estos circuitos. Hay algunos cuentos de autores latinoamericanos y, en su mayoría, europeos, modernistas y vanguardistas (como Emilio Carrere, Amado Nervo, Gómez de la Serna).

La imagen de una sociedad de clases emerge y es recreada a partir de diversos elementos. Uno de ellos es la ya mencionada concepción de la pobreza como un hecho naturalizado y suscitado por la flaqueza de los desposeídos. “Cómo se pierde una esperanza”, es un cuento breve escrito por Tomás del Pozo (abogado vinculado a la Sociedad Anónima), muy ilustrativo al respecto. En el lineal argumento se narra la conversión al alcoholismo del hijo del herrero del pueblo, que obligado por su padre alcohólico a beber, “hereda este vicio” (*Argentina Austral*, 1° de enero de 1929).

La adjetivación relacionada con la indigencia es despectiva e inculpadora desde el inicio, la condición de pobreza es naturalizada, y la desocupación es exhibida como problema individual, consecuencia del carácter y vicios del protagonista: “Como operario había alcanzado justa fama de bueno, pero su temperamento irascible y su reiterada inconducta, habían terminado por cerrarle completamente las puertas de las fábricas y talleres.”

Por otra parte, los estancieros y empresarios aparecen representados como justos y nobles; ayudan a los peones a desarrollarse económicamente (otorgándoles tierras y animales por ejemplo). Los peones, como ya se analizó en el apartado anterior, se configuran como ignorantes y dependientes y en cuanto se sublevan se señala el equívoco en su método de lucha.

“Don Liborio”, relato firmado bajo el seudónimo de Pampero, es una breve narración que ilustra tanto la representación de los hacendados como la configuración que quiere hacerse de las empresas, en este caso financieras, para un público masivo al que parecían querer venderle sus servicios. En este cuento un pequeño hacendado, Don Liborio, muestra intranquilidad respecto de los ahorros que ha guardado en una entidad financiera. La garantía de esta institución se deja ver en la actitud del gerente que abre la bóveda un domingo especialmente para que el protagonista pudiese ver que su dinero se encontraba a salvo, motivo por el cual don Liborio decide seguir guardando su dinero en esa entidad.

Asimismo, se explica al comienzo del cuento la procedencia de este personaje: un capataz devenido en pequeño hacendado gracias a la colaboración del estanciero:

Don Liborio era un antiguo capataz de la estancia que había juntado unos “pesitos”, se había establecido en un “campito regular” con una “puntita” de

ovejas que el patrón Don Heriberto le había facilitado (...) como había hecho con otros capataces y peones de estancia que lo merecieran (*Argentina Austral*, octubre de 1929).

No solamente se trama aquí la imagen del patrón bondadoso y generoso sino que se enaltece a los pioneros y a los estancieros puesto que se muestra su riqueza como producto de un arduo trabajo que colabora con el progreso de la región y de otros trabajadores a los que ayudan a recorrer ese mismo camino.

Los dueños de “La Anónima” estaban ligados a las instituciones financieras. Susana Bandieri (2005: 273), al estudiar los sectores mercantiles de la Patagonia, señala que del sur chileno provino la primera casa bancaria del lugar, instalada en Río Gallegos en 1899. La persona designada para instalar la nueva sucursal, Francisco Campos Torreblanca, era también director y fundador de “La Anónima” y miembro del directorio de la compañía frigorífica de los Braun Menéndez Behety.

Todos estos textos se suman a los cuentos anteriores, integrándose en un mismo esquema ideológico que responde al patrón social predominante, en el que se intercalan además cuestiones ligadas con el mercado. Así, los intereses que intervienen en la producción de textos o en la inclusión de los mismos por parte de los editores de las revistas, son además de ideológicos destacadamente comerciales.

El jefe del sector control, Francisco Larre (ya se ha mencionado uno de sus cuentos) escribe, entre otras ficciones, dos obras teatrales breves, en las cuales la producción literaria aparece orientada con finalidad notoriamente propagandística. Se titulan respectivamente *Recursos de mala ley son esos*, y *Por todo el oro del mundo no haría tal cosa*, y mencionan los conflictos que se producen (en la primera en una estancia y en la segunda en una empresa distribuidora), a causa de que la gente está comprando productos a una compañía que los engaña con la calidad y el peso de los mismos.

Roger Chartier, en su estudio sobre las modificaciones editoriales que se operaban en los textos de la Biblioteca Azul (véase el capítulo 2), expresa que todo este trabajo de adaptación (que abreviaba los textos, los simplificaba, dividía e ilustra) dependía de la forma en que los libreros-impresores especializados en este mercado se representaban la capacidad de sus compradores y que las estructuras mismas de un libro están gobernadas

por la formas de lectura que los editores creen propias de la clientela que buscan conquistar. Parafraseando a Chartier (1999: 113), puede decirse que la simplicidad y obviedad de las estrategias (la explicitud del mensaje, el subrayado de las palabras clave como “calidad” y “precio”, la obviedad de los títulos) permiten conjeturar la configuración del lector que se proponían los productores de estos textos.

Una publicidad aparecida en los primeros números de la *Argentina Austral* es bastante ilustrativa al respecto. En ella aparecen dos parejas de productores: la primera, que es estéticamente elegante, mirando a una balanza expresa con un refinado vocabulario que el peso es el que el envase indica. La segunda, de humilde aspecto, con una variedad de lenguaje que los estigmatiza en un registro que es índice asimismo de su pertenencia a sectores sociales más vulnerables, en la perspectiva de la publicación, ve en la balanza el engaño del que ha sido objeto por parte de la competencia.

Con respecto a quiénes podrían ser esos compradores a los que estos textos se dirigían, Elsa Barbería indica la existencia, haciendo mención a la historia de la ganadería, de dos grupos opuestos en sus fines y en la forma de acceso a la tierra. Uno, el de los especuladores, que por medio de testaferros e influencias políticas consiguen acaparar grandes extensiones de tierra en Santa Cruz, el sur de Chile y Tierra del Fuego; y el otro, integrado por hombres de trabajo que lograron reunir un modesto capital para destinarlo a la formación de un establecimiento ganadero (Barbería 1985: 77). Probablemente, a estos pequeños productores estaban destinados estos textos. En lo que concierne a la competencia aludida, se indica en la segunda obra que es una empresa situada “allende la frontera”, probablemente en Punta Arenas.

La venta de provisiones constituía un factor económico importante para la “Sociedad Anónima”: sus primeras sucursales se establecieron en los puertos atlánticos, donde se constituyeron nuevas casas comerciales que recibían la lana de las estancias a la vez que aseguraban el suministro de víveres y materiales de construcción.

Un editorial cuya publicación antecede a estas narraciones confirma la direccionalidad comercial que orienta su creación: “No es sólo cuestión de peso” aparece en el número dos de la revista (en agosto de 1929) para enfatizar, por un lado, el prestigio fundado que obtienen los empresarios serios, y, por otra parte, para advertir al público recomendándole que compruebe precio y calidad de las mercaderías:

Al recomendar a nuestros lectores que sean cautos y que no tan sólo comprueben el peso de los que compran cada vez que hagan compras sino también que se esfuercen en constatar si la calidad de las mercancías responde al prestigio conquistado por las marcas que las distinguen.

Luego se sigue interpelando al público, esta vez aludiendo a su capacidad de elección:

Pero no le quepa la menor duda de que el público es inteligente y que reacciona muy pronto al aperebirse del engaño y que paga con un absoluto desprecio al industrial o comerciante falto de consecuencias que lo ha sorprendido en su buena fe.

De este modo, las dificultades económicas y financieras y el temor por la competencia que comenzaba a generarse en el mercado, dan cuenta de una preocupación recurrente en la época, y quedan plasmadas en las secciones literarias de la revista.

Todos estos ejes permiten, entonces, establecer conexiones en el heterogéneo conjunto de textos de la revista, lo cual nos aproxima como lectores a los intereses de sus productores, de la clase hegemónica a la que pertenecían y a los valores y comportamientos generalizados y aceptados en la época como parte del status quo.

5.5. Peripecia sentimental y consolidación estatal

Como ya se mencionó anteriormente, el sentimiento por excelencia que eclipsa toda la trama de la narración sentimental en la literatura folletinesca es el amor. Vinculado generalmente con obstáculos que producen incertidumbre sobre la concreción de las pasiones que emergen, puede dar lugar, como sucede la mayoría de las veces, a vínculos desaprobados por la moral y las convenciones sociales imperantes o conveniencias de los participantes. Los relatos sentimentales establecen patrones de conducta, reproducen prácticas permitidas y otras deslegitimadas que son castigadas en la trama disciplinando de ese modo las conexiones entre felicidad individual y armonía social. La historia es

impulsada por los ideales de felicidad que actúan como su motor sea cual sea la forma (social e ideológica) que adopten. Temas como la herencia, los matrimonios convenientes e inconvenientes, las posibilidades de endogamia y exogamia encuentran un lugar de debate en las páginas de la novela sentimental.

La familia como micro-orden social es referente de estas narraciones en las que se establecen las características que deben tener los vínculos amorosos y matrimoniales y el tipo de familia que se debe constituir. Doris Sommer analiza la relación entre la constitución del estado moderno y la narrativa en Latinoamérica, sosteniendo que el estado impulsa a través de los relatos una forma amorosa que se vincula con las necesidades de conformación nacional.²⁴⁶ En los proyectos de modernización las novelas actuaron como portadoras de los parámetros permitidos que desalentaban a los lectores de las pasiones que no estaban aprobadas, que unían protagonistas considerados como ideales el uno para el otro exhibiendo así las pautas culturales dominantes sobre las relaciones amorosas. Los extensos folletines que se publicaban en los periódicos iban propagando en los lectores sentimientos novelescos de pertenencia ciudadana, propulsaban el abandono de las luchas y la unión mediante la conformación de familias nacionales (Máiz comp. 2007:195-215).

En la Santa cruz de comienzos del siglo XX no es el estado, sino la prensa perteneciente a distintos sectores de la sociedad la que despliega estas formulaciones en los textos de la llamada “literatura sentimental” y en las publicaciones destinadas al público femenino.

En lo que concierne al universo femenino, los textos extraliterarios de la Revista *Argentina Austral* de 1929 y 1930 (artículos que contienen consejos para la mujer) van delineando un modelo de ama de casa que debe orientar la educación de los hijos, cuidar la economía hogareña y acompañar al hombre que es quien interviene en el mundo laboral, social y político. Esto ocurre principalmente en la sección destinada al público lector femenino: la sección de Tamara, una autora chilena residente en Punta Arenas, cuyos artículos brindaban consejos acerca de las acciones que debía llevar a cabo la mujer para lograr cumplir su función, proteger y sostener el hogar:

²⁴⁶Analiza *Amalia* de José Mármol, *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Cecilia Valdez* de Cirilo Villaverde y *Aves sin nido* de Clorinda Matto de Turner.

La mujer está obligada a velar constantemente con su buen humor, no sólo porque las tareas y responsabilidades de la vida doméstica en la cual forzosamente se mezclan todo género de pequeñeces, tiene el triste privilegio de fastidiar y desalentar aun a las mujeres mejor dispuestas, sino porque ella es la llamada a ejercer una influencia efectiva y continua sobre todas las personas de la casa. Si nosotras estamos alegres, también lo estará nuestro compañero y las personas que nos rodean. (*Argentina Austral*, septiembre de 1929)

Estas ideas se vinculan también con los planteos acerca de la familia como representación de la nación, desplegando en este sentido formulaciones sobre la sociedad como un espacio armónico en el que todos deben colaborar.

Las narraciones cuyas protagonistas son mujeres, secundan el tenor semántico de esos artículos; narran, en muchos casos, el castigo del que son objeto las mismas cuando transgreden convenciones, en particular la de la fidelidad. El matrimonio, como en las novelas decimonónicas latinoamericanas, intenta pautarse desde la letra. Un ejemplo es el cuento “Castigo de amor” publicado en esta revista. En la narración de Lorenzo Rodero se presenta a Herenia, una joven que anuncia a su tía, sin entusiasmo, que va a contraer matrimonio apresuradamente y contando tan sólo con veinte años con un hombre “guapo, rico, de muy buena familia, con una carrera terminada, abogado, por si no tiene suficiente con ser el mejor futbolista del mundo.” Herenia y sus tíos salen a dar un paseo en auto por la ciudad y sufren un accidente en el cual muere el chofer que los lleva. Este hecho desencadena la aparición de la verdad: ella ha sido infiel y ha concebido un hijo con el chofer, Gabriel, ahora exánime, a quien caracteriza como su gran amor.

Además de las convenciones en cuanto al matrimonio, trasunta también este texto el motivo de la infidelidad femenina que genera la tragedia. El pecado no ha sido tan sólo el engaño, sino, como bien enfatiza el narrador en la descripción de los personajes (enalteciendo al novio oficial y destacando las diferencias de clase entre Herenia y el chofer) la desigualdad social que intentan soslayar (*Argentina Austral*, febrero de 1929).

Otro ejemplo de adulterio castigado es el del cuento “Hogar Deshecho”, de Atilio Rossi, un escritor que se había radicado en la Patagonia. Ubicada en Santa Cruz, en Puerto

Deseado, esta narración presenta a un hombre que descubre la infidelidad de su esposa. La condena del marido y del narrador a través de modalizadores se centra en que esta mujer con la que además “desgraciadamente” tiene un hijo, había sido salvada de la pobreza por el protagonista: “Dime ahora, ingrata: ¿recuerdas cuando te saqué de la miseria? ¿Recuerdas cuando me suplicaste entre llantos que te librara de esa vida de sacrificios?”. En el desenlace esta familia emprende un viaje hacia Comodoro Rivadavia, para “entregar a esa mujer” a la madre, lo cual en palabras del narrador “fue el mejor castigo”.

En “Mi último amor”, una narración firmada por José Ramallo publicada en *La Unión* el 3 de febrero de 1930, la trama se estructura también a partir del engaño femenino. El protagonista es un peón que va a trabajar a Tucumán, se enamora y casa allí con una mujer y trabaja todo el día para la supervivencia de ambos. Descubre que ella le es infiel y primero la perdona, luego ante la increpación de otros hombres que le manifiestan que no puede permitir que ella “lo engañe con todo el mundo” pues eso no es digno de los hombres, decide matarla. Minutos antes de morir ella le dice que ahora sí lo quiere pues la actitud de asesinarla “sí es de macho” (*Argentina Austral*, febrero de 1930).

Así, tanto el matrimonio “desigual” como la infidelidad femenina son condenados por las narraciones y establecen pautas matrimoniales y sociales que escapan a los cambios de las primeras décadas del XX sobre la inserción de la mujer en un mundo fuera del ámbito doméstico.

Los cruces entre prensa, literatura y cultura se evidencian en modulaciones retóricas codificadas como las del folletín, los monólogos, las versificaciones octosílabas o los relatos que, siguiendo las convenciones de los géneros a los que pertenecen, pueden alinearse con las crónicas o editoriales de la prensa periódica del período a partir de los tópicos y de la lengua con la que representan acontecimientos históricos.

A modo de conclusión, la literatura que aparece en las publicaciones santacruceñas establece un diálogo con la cultura popular bonaerense a partir por ejemplo de la incorporación de folletines. Asimismo, casi todos los textos literarios publicados pertenecen a autores que no son regionales y entre las pocas manifestaciones de autores locales predominan relatos fuertemente anclados en acontecimientos históricos, particularmente las huelgas obreras. Este hecho no sólo es el objeto más retomado en la década de 1920 sino

que reaparece en momentos posteriores como es el caso del cuento analizado de Francisco Coloane, quien retoma ese referente para enaltecer la figura del chileno.

Además de estos textos circula en la región patagónica una *literatura sentimental* que en Buenos Aires aparece en ediciones como *La Novela Porteña* o *La novela Semanal* y que tiene su correlato en cuentos que se publican en los diarios santacruceños cuya temática es la peripecia amorosa, narrada en tramas fuertemente pedagógicas que remiten a modos y roles sociales de la mujer que reproducen el modelo hegemónico. La literatura en este sentido actúa como lugar privilegiado en el cual circulan significaciones vinculadas con las imágenes sobre los obreros, las mujeres, el matrimonio y el orden social que cada grupo quiere para la región.

Aparecen configuradas en las publicaciones patagónicas varias imágenes de escritor. Las mismas se vinculan tanto con el periodista comprometido con los sectores subalternos (como el caso del “boicoteado” director de *La Gaceta del Sur*, Amador González) como con el escritor de las élites (como es el caso de Josué Quesada y de los integrantes de la Liga Patriótica que publican en los diarios patagónicos). Los obreros asimismo eligen a partir de la publicación de los textos a escritores afiliados a partidos de izquierda, como el caso de *Juana*, cuyo poema *Krumiros* aparece en el periódico *1° de mayo*.

Predominan los textos narrativos, particularmente los relatos breves, entre los que se encuentran aquellos que se refieren a las huelgas, los que configuran imágenes de los estancieros y los de trama sentimental, así como los folletines de autores bonaerenses o internacionales que se reproducen en la década de 1920. Aparecen también algunos versos firmados por autores locales y discursividades que cuentan con algunos códigos del texto dramático. Fuertemente emplazadas en el contexto del que emergen, como es el caso de las narraciones de la sociedad que con fines puramente comerciales, en el borde entre narración y publicidad, reflejan las estructuras del sentir de la época en la que se producen.

Epílogo

La representación de la Patagonia se ha vinculado, desde las primeras configuraciones discursivas que sobre este territorio se registran, con la conformación de entramados en los que textualización, contexto enunciativo y paisaje se imbrican en operaciones que este trabajo ha procurado analizar. Así, ya desde la escritura inaugural de Antonio Pigafetta este espacio ha sido objeto de estrategias que en el caso de éste y otros viajeros se han inscrito primordialmente en el marco de la avanzada imperialista de las potencias occidentales, en nombre de las cuales los expedicionarios exploraban plausibles áreas de colonización.

Esta investigación, por tanto, a partir de un marco teórico que articula elementos de la crítica literaria, los estudios culturales y la sociología de la cultura, ha procurado llevar adelante un análisis de estas significaciones en un período preciso de su historia, a partir de un corpus que integra las miradas sobre la otredad patagónica tanto desde la metrópoli como sobre todo en el espacio patagónico mismo. El examen de las operaciones y los contextos con los que los textos del corpus se imbrican permite observar cómo las indagaciones en torno al orden simbólico colaboran en el estudio de la relevancia y los roles que va adquiriendo el territorio patagónico en el período comprendido en este trabajo, asumiendo además, como premisa metodológica, que el estudio de una región reconfigura las consideraciones generales sobre la nación.

Un objeto a primera vista tan improbable como el de la prensa periódica y la literatura popular en la Patagonia austral de las primeras décadas del siglo puede ofrecer –y en esta posibilidad quisiera confiar el presente trabajo– una mirada renovada sobre el conjunto que se organiza en torno a las producciones de la metrópoli. Se ha intentado entonces ampliar la mirada sobre fenómenos abordados principalmente en los grandes centros urbanos, como es el caso de la prensa y de la literatura popular en las primeras décadas del siglo XX, y extender los límites del estudio para analizar los cruces y los ecos que los procesos metropolitanos tienen en prácticas culturales de los territorios distantes. La Patagonia irrumpe con frecuencia en el orden público nacional a partir de esta propiedad de territorio fronterizo –espacio a poblar, espacio del otro– cuya relevancia va variando su matiz conforme a distintos momentos históricos. Los trazados cartográficos que se

encuentran en la base de muchas de las representaciones sobre este espacio, delimitan no sólo zonas geográficas sino que traen aparejado además el despliegue de estrategias discursivas mediante las cuales se establece quiénes pertenecen al país, quiénes no y qué enunciadores tienen la potestad de realizar estas demarcaciones.

La representación del espacio va acompañada de la de sus habitantes, reales, exterminados o potenciales. En los materiales de la cultura popular que tematizan la frontera austral puede verse que las imágenes sobre el indio, figuración por antonomasia de la alteridad en la literatura cuyo referente son los confines y el desierto, se desplaza y retorna en el sur argentino en las figuras del obrero, del chileno y del ciudadano nominal, que son siempre otros y esa marginalidad y alteridad con las que se los configura están en la base de operaciones simbólicas que, provenientes de la literatura o crónicas periodísticas, acreditan hechos como la matanza obrera de la década de 1920 o la restricción de derechos políticos a los habitantes territorianos. A su vez, estas representaciones y las del territorio pueden considerarse como antecedentes que permiten vislumbrar elementos actuales de la cultura y del imaginario santacruceños.

Uno de los momentos más relevantes en la interacción entre las prácticas culturales patagónicas y las metropolitanas se deja ver en la etapa de modernización periodística de los primeros decenios del siglo que, si bien con divergencias formales, temáticas y temporales, se extiende hasta lugares alejados de los grandes centros urbanos. Esto último refuta en gran medida la idea de “vacío” con que suele describirse en este período a la Patagonia austral ya que fue una época de gran producción de diarios y revistas, en el territorio de Santa Cruz, incluso en localidades más remotas o pequeñas aún como Puerto Deseado o Puerto San Julián.

La ampliación del público, en un territorio nacional que contaba para la década de 1920 con un 73% de población alfabetizada, es otro de estos rasgos. Por un lado, existe durante el período comprendido en esta investigación una gran cantidad de textos destinados a la mujer que tienen una función abiertamente disciplinante, ya que muestran los castigos y desdichas que sufren las protagonistas que trasgreden los límites impuestos socialmente como el mandato de fidelidad o el de concebir el amor dentro del estrato social en el cual se las sitúa. Estas discursividades dialogan a su vez en relaciones de préstamos y reenvíos con los folletines de autores metropolitanos publicados en la prensa santacruceña

como es el caso de *La novela del día*, unidos todos no sólo por similitudes temáticas sino por aquéllas formales que tienden a una lectura sin complejidad a partir de la simplicidad sintáctica, las reiteraciones y la explicitación de los mensajes. Otra expresión de la expansión del público puede rastrearse en las manifestaciones literarias de la revista *Argentina Austral*, si bien destinada a la comercialización de los productos que publicitaba, con un importante lugar para una forma incipiente de la prensa cultural, que además tenía la ventaja de un amplio alcance, dado que su distribución era gratuita. Otra forma de la ampliación del público se encuentra, en un sector excluido del considerado para la revista, en las prácticas que piensan para su lectura los folletos emitidos por la Sociedad Obrera cuando solicitan leer y pasar el escrito a un compañero, un tipo de circulación propia de áreas rurales como las que menciona Adolfo Prieto para el *Martín Fierro* (2006:53), que permite que poca cantidad de ejemplares puedan llegar a una población que cuenta con la característica de estar diseminada en un amplio espacio y, con frecuencia, aislada.

Por otra parte, la internacionalización cultural propia de esta etapa emerge en la región a partir de los artículos que se reproducen a nivel local en *1° de mayo*, periódico producido por los huelguistas, firmados por teóricos como Elisée Reclus, o en los préstamos que se establecen cuando se incorporan notas de diarios de Buenos Aires o internacionales vinculadas con esta doctrina. Asimismo, las relaciones entre “centro” y “periferia” se evidencian en los artículos que *La Unión* y *El Nacional* reproducen de *La Prensa* y *La Nación*, esto es un hecho frecuente que se acrecienta cuando el referente son las huelgas obreras, y con este mismo referente *1° de mayo* y *La Verdad* citan a *La Vanguardia* y *La Protesta*.

Por otro lado, aunque en general los periódicos siguen manteniendo estrechos lazos con partidos políticos, como es el caso de las publicaciones *El Nacional* y *El Radical*, o con algunos sectores sociales, como *La Unión*, existe durante las tres primeras décadas del siglo XX un notable y progresivo aumento de pauta publicitaria y la manifestación de interés por la captación de lectores a partir de la inclusión de notas de color, folletines y literatura de autores locales. Este hecho permitirá la convivencia de manifestaciones de la cultura letrada y de la popular por ejemplo en la reunión de relatos modernistas como los de Amado Nervo con folletines de autores argentinos y extranjeros junto con literatura producida en la región.

Un rasgo relevante de esta etapa es además el rol protagónico que cobran diarios y revistas que se convierten en ocasiones en portavoces (aunque siempre regidas por intereses sectoriales) de la región. Esto sucede en el congreso en el que se reúnen en Santa Rosa representantes de las publicaciones de los territorios nacionales de todo el país para evaluar la situación de los mismos, ocupando así un lugar en el terreno público que estaba generalmente destinado a autoridades gubernamentales. En este marco, las huelgas santacruceñas de 1920 se ofrecen como una instancia paradigmática en la presencia de la Patagonia en la representación simbólica de la nación, y por ello mismo en la interacción entre prácticas culturales de Santa Cruz y Buenos Aires. Es un momento en el cual no sólo existe un fluido diálogo entre las publicaciones locales y las bonaerenses sino que además el conflicto obrero adquiere una gran relevancia nacional en el marco del temor que la Revolución rusa había suscitado y que se había acrecentado luego de la denominada Semana Trágica de 1919. En torno a las huelgas patagónicas los sectores sociales conservadores reiteran tópicos similares a los que habían intervenido en el conflicto desarrollado en Buenos Aires: las imágenes del huelguista elaboradas por la prensa (bandolero, enemigo de la patria, implantador de un orden foráneo), la apelación a la Ley de Residencia, la invisibilización del reclamo serán moneda corriente en la prensa local y metropolitana. El folletín de Belisario Roldán analizado en el capítulo cinco demuestra cómo la construcción de este imaginario se despliega en varios niveles, al intercalarse la denuncia de este otro amenazante a partir del mismo juego de imágenes en medio de una narración sentimental.

Como se planteó, otra irrupción importante de la Patagonia en el espacio público nacional estará dada en su calidad de confín. Es esta caracterización del espacio austral la que da lugar a la relevancia que adquiere el relevamiento por parte de los viajeros criollos que reúnen y clasifican datos tendientes a anexar y hacer uso de las tierras obtenidas luego de la Conquista del Desierto. El perito Francisco Moreno es representativo de esta importancia que adquieren los procesos vinculados con los trazados de cartografía nacional, por un lado, participa como autoridad en los conflictos limítrofes con Chile y por otro, reúne datos y materiales de un espacio que además de delimitar hay que inventariar para incorporar al país. Las crónicas escritas por Roberto Payró, quien viajó por la Patagonia en el mismo Vapor que Moreno, se sitúan en este marco puesto que esta escritura pretende

publicitar las tierras australes para la instalación de población como una de las respuestas a la amenazada soberanía nacional representada en los textos de Payró a partir de la peligrosidad que percibe en Chile tanto en la pujanza de la ciudad de Punta Arenas, que erige como paradigma de las localidades del sur, como en la cantidad de población chilena instalada en la Patagonia argentina. En este marco, satiriza la figura del chileno que aparece en sus crónicas, y la asocia con la precarización laboral o la disminución de las posibilidades de trabajo para los habitantes argentinos, representación que puede vincularse con las estrategias de invisibilización del inmigrante chileno que posteriormente tendrán lugar en el contexto de las huelgas de la década de 1920 en las que la extranjería tiene que ver con Europa, y pueden verse como antecedentes de la actual intolerancia hacia este grupo migratorio hecho que se evidencia en el alto grado de xenofobia que existe en la población argentina particularmente en las zonas del sur del país.²⁴⁷

En las aguafuertes patagónicas de Roberto Arlt todavía los límites son difusos. La poca nitidez se percibe en la analogía que el escritor traza entre el territorio patagónico y un estado luxemburgués y en la mención de la gran cantidad de población chilena que, denuncia Arlt, vive en condiciones de pobreza. La Patagonia presentada en estas crónicas remite entonces a un territorio neutral, distante de la tan anhelada anexión prevista por Payró.

El diseño de la cartografía nacional, como se ha visto, trasunta a su vez la situación en las primeras décadas del siglo XX de los habitantes de las actuales provincias patagónicas, cuyos derechos políticos limitados hacían que su integración a la *comunidad imaginada* apareciera como incompleta. Los debates en el seno de los órganos parlamentarios se basaban para negar la consustanciación de la provincialización (que permitiría a los pobladores de los territorios nacionales la posibilidad de voto de todas las categorías políticas) en una presunta incapacidad política de los habitantes que se concebían sin conocimientos cívicos. Así, se limitó hasta la década de 1950 la inclusión cabal de los

²⁴⁷ En el artículo "Políticas públicas y derechos humanos: un caso de discriminación" se estudian las representaciones sobre la inmigración chilena y boliviana en Santa Cruz, configuraciones que dan cuenta y permiten el análisis de la situación de discriminación de la que son objeto dichos migrantes (Pierini y Porras 2006: 48 a 54).

pobladores de Santa Cruz y de todos estos territorios. Las representaciones más difundidas del espacio patagónico nos hablan del desierto, el vacío, la desanexión territorial y el exotismo. En los diversos momentos históricos de su emergencia y configuración, estas significaciones se revelarán diversas, incluso contradictorias, según los emisores y las condiciones de la enunciación en las que sean situadas. Así, las citadas representaciones permitirán a los viajeros europeos describir un espacio propicio para la colonización imperialista; a los criollos, un territorio que como ya se dijo debe ser incorporado a la nación a partir sobre todo del poblamiento. A su vez, estas imágenes serán eficaces para configurar un espacio atractivo para los lectores de las grandes urbes, como ocurre en las crónicas arltianas. En la prensa local, este “desierto” operará en la base de los discursos del sector latifundista quien se erige como pionero y motor del desarrollo de un lugar deshabitado que ha crecido gracias al sacrificio de estos grupos. El pedido de derechos parlamentarios y no de provincialización analizado en el diario *La Unión* (perteneciente a estos grupos) puede pensarse en este sentido, ya que la poca presencia estatal (que se vería condicionada con el establecimiento de un gobernador votado por los habitantes) es conveniente para un grupo que ha consolidado su poder casi sin encontrar límites ni controles. En la misma línea, el enaltecimiento del sector latifundista que quiere expulsar a los huelguistas a los que se acusa de ser traidores a la patria, de participar de complots anarquistas o de bandolerismo se basa en la presentación del *statu quo* como el orden más ventajoso para la población en su conjunto valiéndose para ello de operaciones escriturarias en las que no sólo se debe demonizar al huelguista y quitarle al conflicto todo carácter de reivindicación laboral sino que además debe enaltecerse la figura del hacendado, “verdadero” poblador, que aparecerá, en notas y relatos, como promotor de la prosperidad del despoblado territorio y como benefactor de los peones.

Tanto esta entronización vinculada con la pertenencia a la tierra como la dicotomía nacionalidad-extranjería que tiene su correlato en la de regional-foráneo, y su posición central en las representaciones sobre el ciudadano y el extranjero durante las huelgas obreras se encuentran aún muy presentes en la sociedad santacruceña. Las mismas pueden verse en las configuraciones antinómicas que circulan en el imaginario social que trazan una escisión entre los habitantes nacidos en el territorio y aquellos que se radicaron durante las últimas décadas, que se retroalimentan en interacciones entre el orden simbólico y

medidas efectivas como las efectuadas en torno a los puntajes docentes en 1999.²⁴⁸ También, paradójicamente, a la luz de estas representaciones pueden interpretarse los textos de los obreros planteando una sociedad alterna, pues emerge allí la esperanza de implantar en un territorio “en formación” un orden concebido como más justo e igualitario.

Las manifestaciones literarias publicadas y en la mayor parte de los casos producidas en Santa Cruz en el período objeto de estudio están vinculadas principalmente con el contexto de su enunciación y, en este sentido, adquieren un carácter doxológico, es decir, de formación de opinión pública, que posee el formato en el que son publicadas. Esta relación contextual es mucho más nítida que una intención de configurar un campo literario a partir de discusiones teóricas, configuraciones de imágenes de escritores o periodistas o preocupación por la producción literaria. Así, figuraciones aparecidas ya en las secciones periodísticas de la prensa, como las representaciones del territorio, de los obreros, de los habitantes patagónicos, emergen en discursividades literarias escritas por autores de la región dando lugar de este modo a la intervención de la literatura popular (como parte de la cultura popular) y de sus efectos consoladores o revulsivos en la pugna por las representaciones en el imaginario social. En general, los textos son narrativos, particularmente relatos breves, y remiten a temas como las huelgas patagónicas o, como se planteó, trazan representaciones sobre la mujer, el estanciero, los peones, el inmigrante de la región, coincidiendo mayormente en la reproducción pedagógica de la moral dominante, sea en política, sexualidad, religión o consumo. Una proyección inmediata de este trabajo reside en la necesidad de la edición y publicación de los materiales del corpus para facilitar el estudio de los mismos desde otras perspectivas, o su posible integración en nuevas configuraciones del archivo, lo cual, siguiendo nuestra línea de investigación consistiría en nuevas interpretaciones a partir del valor que adquiere cada elemento en correlación con los demás, dando lugar así a otras miradas o a la profundización de algunos lugares del análisis propuesto en este trabajo.

²⁴⁸ Según los acuerdos 179-180 aprobados en el año 1999, se otorgan diez puntos para la conformación de los listados de la Junta de Clasificación a los docentes que hubieran nacido o residido por diez años o más en la provincia de Santa Cruz.

Surgen asimismo de estas conclusiones interrogantes que podrían orientar posibles trabajos posteriores. Serían relevantes las consideraciones del análisis aquí propuesto en otros territorios nacionales durante el mismo período, es decir, la indagación de la prensa y de la literatura publicada en ella en otros espacios no provincializados, principalmente los patagónicos, lo que además del estudio de esas regiones permitiría ampliar el abordaje de las relaciones entre las publicaciones de los diversos territorios de la nación para considerar los cruces que podrían estructurarse en torno a tópicos como el de la provincialización.

El estudio de la literatura popular publicada en la prensa de la región formula la pregunta sobre las semejanzas y divergencias que cobran estas mismas prácticas en las décadas posteriores. En ellas puede observarse la emergencia de debates teórico-estéticos, configuraciones de figuras de escritores y periodistas y una mayor cantidad de relaciones de préstamos y reenvíos con la cultura metropolitana, cuestiones que aún esperan ser estudiadas.

También podría abordarse la incidencia de las figuraciones analizadas, sus desplazamientos o la configuración de nuevas significaciones sobre la Patagonia en medios de comunicación de la actualidad, tomando como marco los posicionamientos teóricos relacionados con la cultura masiva dentro de los cuales pueden incluirse los desarrollados en el capítulo dos de este trabajo para las prácticas populares.

Los rasgos con los que cuenta el territorio patagónico, vinculados con el desierto y los confines (características del paisaje, escasa población, alejamiento de las metrópolis) se han situado en la base de figuraciones que buscaron legitimar en el plano simbólico distintos hechos contextuales acaecidos en los primeros decenios del siglo XX. La vastedad del espacio, el poblamiento, la peligrosidad del otro, la ciudad y el campo dieron lugar a estrategias simbólicas que fueron el correlato de operaciones efectivas que develan los vínculos entre paisaje, naturaleza, colonización, relaciones de poder y prácticas culturales. Así, la escritura de Payró se inscribe en dispositivos de trazado de cartografía nacional, las crónicas arltianas buscan atraer lectores a partir de la singularidad de la región sur, los sectores latifundistas se arrojan el desarrollo del territorio y emplazados en ese lugar se pronuncian como voces autorizadas en la designación de sujetos que benefician a la patria o la traicionan; los obreros, por su parte, postulan el cambio de un orden agobiante y los habitantes reclaman la posesión de los mismos derechos que tienen los pobladores de las

provincias. Significaciones todas que retoman tópicos relacionados con la civilización y la barbarie.

Todo ello en el marco de la etapa de formación de la Argentina moderna, proceso que explica la proliferación de prácticas culturales en el territorio austral ya que llegan a los lugares distantes ecos de las transformaciones ocurridas en los grandes centros urbanos. La gran cantidad de publicaciones periódicas y la incipiente producción literaria en la región santacruceña se inscriben en este contexto y conforman el amplio y heterogéneo archivo que se analiza en este trabajo y que exhibe la red que se establece entre los textos, las políticas nacionales y regionales en torno de los espacios “vacíos” y los contextos de enunciación, tramas que varían según la época y el lugar del archivo en que se sitúe la mirada. Estos entramados posiblemente sean parte constitutiva, fundamental y fundante de un paisaje que cautiva y que continúa asociándose con un espacio exótico, cifrado e inconcluso.

Bibliografía

Textos primarios

Arlt, Roberto (1997) *En el país del viento. Viaje a la Patagonia (1934)* Buenos Aires, Simurg.

Payró, Roberto (1982) *La Australia argentina / 1*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Payró, Roberto (1982) *La Australia argentina / 2*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Quesada, Josué. “La mujer que se acordó de su sexo”, *La Novela Porteña*, 22 de abril de 1922.

Roldán, Belisario. “La Venus del arrabal”, *La Novela Semanal*, 1920. Reproducida en *La Verdad*, 1920-1921.

1° de mayo y folletos de La Sociedad Obrera, 1920-1921. Archivo Personal del Prof. Luis Milton Ibarra Philemon

Coloane, Francisco (1971) “De cómo murió el chilote Otey”. En: *El chilote Otey y otros relatos*. Santiago de Chile, Editora Quimantú.

El Nacional 1921,1922. Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz.

El Pueblo, 1920. Archivo Personal del Prof. Luis Milton Ibarra Philemon

El Radical, 1922. Biblioteca Nacional de la República Argentina

La Gaceta del Sud, 1920. Biblioteca Nacional de la República Argentina

La Unión 1920-1923,1929. Archivo del diario *La opinión Austral*, Río Gallegos. Biblioteca Nacional de la República Argentina

La Verdad, 1920. Biblioteca Nacional de la República Argentina

Revista *Argentina Austral* N° 1 a N° 13, publicada por la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia. Buenos Aires, 1929-1930. Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz.

Revista de la Escuela Superior de Guerra "Tte. Gral. D. Luis M. Campos". Bases para una investigación histórica sobre la campaña militar en Santa Cruz del RC 10 "Húsares de Pueyrredón" (1921/1922) al mando del Tcnl Héctor Benigno Varela. mayo-junio, 1975.

Bibliografía crítica

Agamben, Giorgio (2011). “Qué es un dispositivo”. En: *Sociológica*, año 26, número 73, mayo-agosto, pp. 249-264.

Aira, César (1993). *La costurera y el viento* Rosario, Beatriz Viterbo.

Alonso, Paula (compiladora) (2003). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina (1820-1920)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz (1997). *Ensayos Argentinos de Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ariel.

Altamirano, Carlos (1990). “Lo imaginario como campo del análisis histórico y social”. En: *Punto de Vista*, año XIII, n° 38, octubre.

Andermann, Jens (2000). *Mapas de poder. Una arqueología del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Andermann, Jens (2008). “Paisaje: imagen, entorno, ensamble”. En *Orbis Tertius*, XIII.

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

Antelo, Raúl (2006). *María con Marcel. Duchamp en los trópicos*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Antelo, Raúl (2010). “A Literatura é um arquivo. (Os fantasmas de Link)”. En: *Boletim de pesquisa NELIC*, Volumen 10, n° 15, Universidad Federal de Santa Catarina.

Arendt Hannah (2002). *El origen del totalitarismo* Madrid, Alianza Editorial.

Backzco, Bronislaw (1984). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas sociales*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Baillinou, Juan Bautista (1985). *Centenario de Río Gallegos 1885-1985*. Río Gallegos, Municipalidad de Río Gallegos.

Bajtín, Mijail (1987) *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid, Alianza Editorial.

Bandieri, Susana (2005). *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires, Sudamericana.

Barbería, Elsa (1995). *Los dueños de la tierra en Patagonia Austral 1880-1920*. Buenos Aires, Universidad Federal de la Patagonia Austral.

- Barthes, Roland (1968). "El Efecto de Realidad", París, Escuela de Altos Estudios.
<http://es.scribd.com/doc/127886600/El-Efecto-de-Realidad>
- Batticuore, Graciela, El Jaber Loreley y Laera Alejandra (Compiladores) (2008) *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Bayer, Osvaldo (1986). *La Patagonia Rebelde*. Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones.
- Bhabha, Homi (comp.) (1990). *Nation and Narration*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Blanco, Oscar (2004). "Introducción". En: Zubieta, Ana María. *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*. Buenos Aires, Paidós.
- Blengino, Vanni (2005). *La zanja de la Patagonia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bohoslavsky, Ernesto (2009). *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires, Prometeo.
- Borrat, Héctor (1989). *El periodismo como actor político*. Barcelona, Gustavo Gili.
- Borré, Omar (1996). *Arlt y la crítica (1926-1990)*. Buenos Aires: Ediciones América Libre
- Borrero, José María (2003). *La Patagonia trágica*. Buenos Aires, Distal.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.
- Brunori, Vittorio (1981). *Sueños y mitos de la literatura de masas*. Barcelona, Gustavo Gili.
- Bucciarelli, Mario (1996). "Tendencias en el proceso de conversión de territorios nacionales a provincias. La pervivencia de un territorio referencial", *Revista de Historia*, Facultad de Humanidades Universidad del Comahue, noviembre de 1996.
- Burdiel, Isabel y Serna, Justo (1996). *Literatura e historia cultural o Por qué los historiadores deberíamos leer novelas*. Valencia: Eutopías.
- Caimari Lila (2003). "Pasiones punitivas y denuncias justicieras: la prensa y el castigo del delito en Buenos Aires". En: Alonso, Paula (compiladora) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina (1820-1920)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Casini, Silvia (2007). *Ficciones de la Patagonia*. Rawson, Secretaría de Cultura del Chubut.
- Castoriadis, Cornelius (2003). *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets.

Castro, Edgardo (2011). *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Cevasco, María Elena (2003). *Para leer a Raymond Williams*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Chartier, Roger (1994). “Cultura popular” Retorno a un concepto historiográfico. En: *Manuscrits* n° 12, págs. 43-62.

Chartier, Roger (1999). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona, Gedisa.

Chartier, Roger (2007). *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona, Gedisa.

Chartier, Roger (2006). “Materialidad del texto, textualidad del libro”. *Orbis tertius*, año XI, n° 12.

Chiaramonte, José Carlos (1997). *Ciudades, provincias, estados. Orígenes de la Nación Argentina*. Buenos Aires, Ariel.

Chicote, Gloria (2007). “Las colecciones rioplatenses de Robert Lehmann-Nitsche: panóptico de la literatura popular”. En: Chicote, Gloria y Dalmaroni, Miguel (eds.) *El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España y América Latina (1880-1930)*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Clementi, Hebe (1992). *F.J. Turner*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Clementi, Hebe (1987). *La frontera en América* Tomos 1 y 4. Buenos Aires, Leviatan.

Colombres, Adolfo (2004). *Para una teoría transcultural del arte. Hacia un pensamiento visual independiente*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.

Coronato, Fernando (2010). *Le rôle de l'élevage ovin dans la construction du territoire de la Patagonie*. Tesis doctoral. Paris, inédito.

Correa Falcón, Edelmiro (1958). *Los sucesos de Santa Cruz, 1919 a 1921*. Buenos Aires, Edición del autor.

Correas, Carlos (1995). *Arlt literato*. Buenos Aires, Atuel.

Dalmaroni, Miguel (1997). “La moda y la trampa del sentido común. Sobre la operación Raymond Williams en *Punto de vista*”, *Orbis Tertius*, II (5)

Dalmaroni, Miguel (2003). *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y estado*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Dalmaroni, Miguel (Dir.) (2009). *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

Darwin, Charles (1997). *Viaje de un naturalista alrededor del Beagle*. Buenos Aires, Elefante Blanco.

De Certeau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano* México, Universidad Iberoamericana.

De diego, José Luis (2009). “Editores, libros y folletos”. En: Jitrik Noé. *Historia crítica de la literatura argentina. Rupturas*. Buenos Aires, Emecé Editores.

Degiovanni, Fernando (2005). “La invención de los clásicos: nacionalismo, filología y políticas culturales en Argentina”. En: *Orbis Tertius*, X, 2005.

Didi-huberman, Georges (2007). “El archivo arde” Traducción al castellano de Juan Antonio Ennis de “Das Archiv brennt”. En: Georges Didi-Huberman y Knut Ebeling (eds.). *Das Archiv brennt*, Berlin:Kadmos, pp. 7-32.

Diez, María Angélica (2001). “Primer Congreso de la presa Territorial: el lugar de los territorios nacionales en la agenda pública, La Pampa, 1917”. En: Prislei, Leticia (Dir.) *Pasiones sureñas. Prensa, Cultura y Política en la Frontera Norpatagónica (1884-1946)*. Buenos Aires, Prometeo.

Eco, Umberto (1995). *El superhombre de masas. Retórica e ideología en la novela popular*. Barcelona, Lumen.

Ennis, Juan Antonio (2008). *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*. Frankfurt am Main, Peter Lang.

Espósito, Fabio (2009). *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*. La Plata, Ediciones al Margen.

Estebanez, Demetrio (2001). *Diccionario de términos literarios*. Madrid, Alianza Editorial.

Fernández Bravo, Álvaro (1999). *Literatura y frontera*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

Ferro, Gabo (2008). *Barbarie y civilización. Sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas*. Buenos Aires, Marea.

Fiorito, Susana (1985). *Las huelgas de Santa Cruz (1921-1922)*. Buenos Aires, CEAL.

Foucault Michel (2008). *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- Foucault, Michel (2004). *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel (1997). Entrevista realizada por Alain Grosrichard. Revista *Ornicar*, Número 10.
- García Canclini, Néstor (1990). *Culturas híbridas*. México, Grijalbo.
- Gellner, Ernest (1988). *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- Generani, Gustavo (2002). “Roberto J. Payró. El realismo como política”. En: Gramuglio, María Teresa (directora) *El imperio realista*, volumen 6 de la *Historia Crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires, Emecé.
- Girardet, Raoul (1999). *Mitos y mitologías políticas*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Godoy, Carlos (compilador) (2000). *El gran libro de la Provincia de Santa Cruz*, Milenio-Alfa.
- González, Horacio (1996). *Arlt. Política y locura*. Buenos Aires, Ed. Colihue.
- Goyogana, Francisco (2006). *Sarmiento y la Patagonia*. Buenos Aires, Lumiere.
- Gramsci, Antonio (1976). “Las tendencias populistas”. *Cuadernos de la cárcel: Literatura y vida nacional*. México, Juan Pablos Editor.
- Gramsci, Antonio (1974). *Literatura y cultura popular* Tomo 1. Buenos Aires, Cuadernos de Cultura Revolucionaria.
- Gramuglio, María Teresa (directora) (2002). *El imperio realista*, volumen 6 de la *Historia Crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires, Emecé.
- Grignon, C. y Passeron, J.C (1991). *Lo culto y lo popular Miserabilismo y populismo en Sociología y Literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Guerra, François-Xavier y Lempérière, Annick (comp.) (1998) *Los espacios públicos en Iberoamérica, ambigüedades y problemas*. Siglos XVIII-XIX. México, Fondo de Cultura Económica.
- Hall, Stuart (1984). “Notas sobre la deconstrucción de ‘lo popular’ ”. En: Samuel, Raphael (Comp.). *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Grijalbo.
- Halperin Donghi, Tulio (1989). *Una Nación Para El Desierto Argentino*. Buenos Aires, CEAL.
- Halperin Donghi, Tulio (2006). *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires, Sudamericana.

Hindess, Barry (1993). "Citizenship in the Modern West", en Bryen Turner (ed) *Citizenship and Social Theory*, Londres: Sage Publications.

Hobsbawm, Eric (2007). *La era del imperio. 1875-1914*. Buenos Aires, Crítica.

Iglesia, Cristina (2003). *La violencia del azar*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Juárez, Laura (2007). "Postales iluminadas, paisajes de la mirada y cuadros de color. Roberto Arlt y el viaje a España". En: Chicote, Gloria y Dalmaroni, Miguel (eds.) *El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España y América Latina (1880-1930)*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Juárez, Laura Susana (2008) *Roberto Arlt en los años treinta* (Tesis de posgrado). Presentada en Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para optar al grado de Doctora en Letras. Disponible en:
<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.261/te.261.pdf>

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI.

Lafuente, Horacio (2002). *Una sociedad en crisis. Las huelgas de 1920 y 1921 en Santa Cruz*. Buenos Aires, C.I.E.N.

Larra, Raul (1962). *Roberto Arlt, el torturado*, Buenos Aires, Quetzal.

Laurelli Elsa y Schweitzer Alejandro (2005). "La formación de regiones transfronterizas en el espacio de la Patagonia Austral". En: *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo N°1*, Buenos Aires. Pag 71-96.

Lechner, Norbert (1986). "Los derechos humanos como categoría política". En: Waldo Ansaldi (comp.). *La ética de la democracia. Los derechos humanos como límite frente a la arbitrariedad del poder*, Biblioteca de Ciencias sociales, vol.14. Buenos Aires: CLACSO Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Lenzi, Juan Hilarión (1939). *Gobierno de territorios. Conceptos básicos de la ley orgánica territorial*. Bs. As., Gobierno de la Municipalidad de Río Gallegos.

Lida de Malkiel, María Rosa (1976). "Para la toponimia argentina: Patagonia". En: *El cuento popular y otros ensayos*. Buenos Aires, Losada.

Lista, Ramón (1998). *Obras*. Buenos Aires, Editorial Confluencia.

Livon-Grosman, Ernesto (2003). *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Lobato, Mirta (2009). *La prensa obrera*. Buenos Aires, Edhasa.

Lojo, María Rosa (1994). *La "barbarie" en la narrativa argentina. Siglo XIX*. Buenos Aires, Corregidor.

Ludmer, Josefina (1999). *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires, Libros Perfil.

Lugones, Benigno (2011). *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)*. Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional.

Maggiore, Ernesto (2004). *Historias de frontera. Policías, bandidos, baqueanos, arrieros, comerciantes y troperos. Patagonia*. Comodoro Rivadavia, Andrade.

Máiz, Ramón (Compilador) (2007). *Nación y literatura en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo.

Marshall, Thomas Humphrey y Bottomore, Tom (1992). *Ciudadanía y clase social*, Madrid, Alianza Editorial.

Martín-Barbero, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, Gustavo Gili.

Martínez, Tomás Eloy (2005). *Ficciones verdaderas. Antología*. Buenos Aires, Planeta.

Masotta, Oscar (1982). *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Buenos Aires, CEAL.

Merbilhaá, Margarita (2006). "La época de organización del espacio editorial". En: de Diego, José Luis (dir.) *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires-México, FCE.

Mitchell, W. J. T. (1994). "Imperial Landscape". En: *Landscape and Power*, First Edition, Chicago.

Mogillansky, Gabriela (2004). "Modernización literaria y renovación técnica. *La Nación* (1882-1916)". En: Zanetti, Susana (coord) *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916*. Buenos Aires, Eudeba.

Monsivais, Carlos (1987). *Comunicación y culturas populares en Latinoamérica*. México, Gustavo Gili.

Montaldo, Graciela (2004). *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Montaldo, Graciela (2010). *Zonas ciegas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Monteleone, Jorge (1998). *El relato de viaje*. Buenos Aires, El Ateneo.

Moreno, Francisco P. (1969). *Viaje a la Patagonia Austral*. Buenos Aires, Hachette.

Myers, Jorge (2003). "Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa: *El Argos de Buenos Aires, 1821-1825*. En: Alonso, Paula (compiladora) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Navarro Floria, Pedro (1999). *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires, Ciudad Argentina.

Onega Gladys (1965). *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*. Santa Fe, UNL.

Opazo Marmentini (2000). Juan Enrique, "Ciudadanía y democracia. La mirada de las Ciencias Sociales". En: *Metapolítica. Del Estado a la ciudadanía*. Nº 15, Vol. IV, julio-septiembre; pp.52-79

Palti, Elías (2002). *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Pas, Hernán (2008). *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)*. Buenos Aires, Ediciones Katatay.

Pastormerlo, Sergio (2008). "Por qué no nos gusta Payró. Periodistas escritores, modernización de la prensa y nuevo público lector". Mar del Plata: III Congreso CELEHIS.

Pierini, Margarita (2002). "Alcaloides de papel. Una encuesta argentina de 1923 sobre literatura barata." En: *Revista de literaturas populares*, año 2, nº 2.

Pierini, Margarita (2008). "Entre historia y ficción: dos imágenes de la Patagonia Trágica en las novelas semanales". En: Luorno Graciela y Crespo, Edda (Coordinadoras) *Nuevos espacios. Nuevos problemas. Los territorios nacionales*. Neuquén, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, Universidad Nacional del Comahue y Centro de Estudios de Estado, Política y Cultura.

Pierini, Milagros y Porras, Gabriel (2006). "Políticas públicas y derechos humanos: un caso de discriminación". En: *Revista Espacios*, UNPA, año XII.

Pigafetta, Antonio (1970). *Primer viaje en torno del globo*. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre.

Piglia, Ricardo (2006). "Teoría del complot". En: Casa de las Américas. XLVI-245, La Habana.

Pigna, Felipe (2006). *Los mitos de la historia argentina III*. Buenos Aires, Editorial Planeta.

Popper, Julio (2003). *Atlanta*. Buenos Aires, Eudeba.

Pratt, Mary Louise (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Prieto, Adolfo (2003). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Prieto, Adolfo (2006). *El discurso criollista en la formación de la argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Prislei, Leticia (2001). “Imaginar la Nación, modelar el desierto: los 20 en tierras del Neuquén”. En: Prislei, Leticia (Dir.). *Pasiones sureñas. Prensa, Cultura y Política en la Frontera Norpatagónica (1884-1946)*. Buenos Aires, Prometeo.

Rama, Ángel (1884). *La ciudad letrada*. Montevideo, Fundación Internacional.

Ramos Mejía, José María (1912). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires, J. Lajoune

Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: FCE.

Retamoso Roberto (2002). “Roberto Arlt, un cronista infatigable de la ciudad”. En: Gramuglio, María Teresa (directora) *El imperio realista*, volumen 6 de la *Historia Crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires, Emecé.

Revel, Jacques y Peter Jean-Pierre (1980) “El cuerpo. El hombre enfermo y su historia”. En: Le Goff Jacques y Nora Pierre: *Hacer la historia*, vol III. Barcelona, Laia.

Rivera, Jorge (1986). *Roberto Arlt: Los siete locos*, Buenos Aires, Biblioteca Crítica Hachette.

Rivera, Jorge (1998). *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires, Atuel.

Rodríguez, Fermín (2010). *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.

Rodríguez; Leopoldo (1986). *Inmigración, nacionalismo y fuerzas armadas*. México, Editora Impresora Internacional.

Romano, Eduardo (2004). *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires, Catálogos.

Romano, Eduardo (1991). “Imágenes de los obreros y marginales en la prensa porteña hacia 1920”. En: *Unidos 23*. Buenos Aires, agosto, pp. 250-257.

Ruffini, Martha (2007). *La pervivencia de la República posible en los territorios nacionales. Poder y ciudadanía en Río Negro*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

Ruffini, Martha (2001). “Autoridad, legitimidad y representaciones políticas. Juegos y estrategias de una empresa perdurable: *Río Negro* y *La nueva Era* (1904-1930). En: Prislei, Leticia (Dir.). *Pasiones sureñas. Prensa, Cultura y Política en la Frontera Norpatagónica (1884-1946)*. Buenos Aires, Prometeo.

Ruffini, Martha (2006). “Federalismo y ciudadanía política en la mirada de los juristas argentinos obre los territorios nacionales”, *Revista Nordeste*, pp. 3-22.

Saítta, Sylvia (1997). *Prólogo*. En: Arlt, Roberto. *En el país del viento. Viaje a la Patagonia (1934)*. Buenos Aires, Ediciones Simurg.

Saítta, Sylvia (1998). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

Saítta, Sylvia (2000). *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*, Buenos Aires, Sudamericana.

Saítta, Sylvia (Directora) (2004). *El oficio se afirma*. Buenos Aires, Emecé Editores.

Saítta, Sylvia (2009). “Nuevo periodismo y literatura argentina”. En: Jitrik Noé. *Historia crítica de la literatura argentina. Rupturas*. Buenos Aires, Emecé Editores.

Salessi, Jorge (1995). *Médicos, maleantes y maricas* Rosario, Beatriz Viterbo.

Sarlo, Beatriz (1985). Prólogo a Roberto J. Payró. *Obras completas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Sarlo, Beatriz (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Sarlo, Beatriz (1992). *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Sarlo, Beatriz (2000). *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires, Editorial Norma.

Sarmiento, Domingo Faustino (2008). *Facundo*. Buenos Aires, Losada.

Sayago, Sebastián (2004). “La literatura como instrumento ideológico. Un estudio de la Patagonia representada en las narraciones de la revista *Argentina Austral*”. En: *Nombre falso. Comunicación y sociología de la cultura*.

Scavino, Dardo (2010). *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.

Sidicaro, Ricardo (1993). *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación, 1909-1989*. Buenos Aires, Sudamericana.

Silvestri Graciela (2011). *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Edhasa.

Sontag, Susan (1965). *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Buenos Aires, Kier

Suriano, Juan (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*. Buenos Aires, Manantial.

Svampa, Maristella (2006). *El dilema argentino: civilización o barbarie. De sarmiento al revisionismo peronista*. Buenos Aires, Taurus.

Tato, María Inés (2001). “Crónica de un desencanto: una mirada democratizadora de la política, 1911-1930”, en *Estudios Sociales*, XI-20.

Terán, Oscar (1987). *Positivismo y nación en la Argentina*, con una Selección de textos de J. M. Ramos Mejía, A. Alvarez, C. O. Bunge y J. Ingenieros, Buenos Aires, Punto sur Editores.

Terán, Oscar (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Varela, María Teresa (2006). “La prensa como dinamizadora del espacio público: el periódico *La Nueva Era* en Viedma, capital del Territorio Nacional de Río Negro durante el primer Yrigoyenismo”, *Revista Escuela de Historia*. Facultad Humanidades Universidad Nacional de Salta, N° 6.

Vargas Llosa, Mario (2005). *La verdad de las mentiras*. Madrid, Santillana.

Viñas, David (2003). *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Santiago Arcos Editor.

Viñas, David (2005). *Literatura argentina y realidad política II. De Lugones a Walsh*. Buenos Aires, Santiago Arcos Editor.

White, Hayden (1992). “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”. *El contenido de la forma*. Barcelona, Paidós.

Williams, Fernando (2010). *Entre el desierto y el jardín. Viaje, literatura y paisaje en la colonia galesa de la Patagonia*. Buenos Aires, Prometeo libros.

Williams, Raymond (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Williams, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.

Williams, Raymond (2001). *El campo y la ciudad*. Bs. As, Paidós.

Zeballos, Estanislao (1961). *Callvucurá y la dinastía de los Piedra*. Buenos Aires, Hachette.

Zubieta, Ana María (comp.) (2000). *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*. Buenos Aires, Paidós.

Índice

Introducción.....	3
1.Contexto sociopolítico: Santa Cruz y la Patagonia durante las tres primeras décadas del Siglo XX.....	18
1.1. Antecedentes: territorio patagónico y literatura de frontera.....	18
1.2. Narrativas de viaje.....	23
1.3. Santa Cruz y la Patagonia en la etapa territoriana.....	38
1.3.1. Los conflictos limítrofes con Chile.....	43
1.3.2.La Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia.....	46
2. Lineamientos teóricos para el análisis de la cultura literaria en la Patagonia.....	53
2.1. El campo de lo simbólico en el análisis del orden histórico y social. Significaciones imaginarias.....	53
2.1.1. El imaginario patagónico: representaciones del territorio austral.....	58
2.2.Intervenciones teóricas en torno a la cultura popular.....	63
2.2.1. Conceptualizaciones.....	63
2.2.2. Tensiones en el campo sociológico, historiográfico y antropológico: posibles formas de abordaje.....	66
2.2.3.Literatura popular.....	72
2.3.Cultura popular, naciones imaginadas y ciudadanía: dispositivos y artefactos. La Patagonia Austral en el marco de las ficciones identitarias nacionales.....	75
2.3.1. La nación como artefacto.....	75
2.3.2.El rol de la Imprenta y la prensa escrita en la emergencia de ficciones identitarias.....	81
2.4. Prensa, literatura popular y construcción del paisaje en la Patagonia Austral.....	88

3. Emergencia de la Patagonia como espacio simbólico en la prensa metropolitana.....	97
3.1. La prensa santacruceña en el marco de la modernización periodística.....	97
3.1.1. Los inicios del periodismo moderno.....	98
3.1.2. La prensa en el Río de la Plata durante las primeras décadas del Siglo XX.....	102
3.1.3. La prensa periódica en Santa Cruz (1900-1930).....	106
3.2. El espacio patagónico como referente textual en dos momentos del proceso de modernización periodística: las crónicas de Roberto J. Payró en <i>La Nación</i> y las aguafuertes de Roberto Arlt en <i>El Mundo</i>	109
3.2.1. Roberto J. Payró en <i>La Nación</i>	114
3.2.2. <i>La Australia Argentina</i>	120
3.2.3. El viaje.....	123
3.3. La tierra desierta.....	129
3.3.1. Arlt y el periodismo.....	130
3.3.2. Crónicas patagónicas.....	134
3.4 Configuraciones de civilización y de barbarie en las crónicas patagónicas.....	138
3.4.1 Rasgos de civilidad en la región: <i>La Australia Argentina</i>	138
3.4.2 La Patagonia en las crónicas arltianas.....	153
4. El habitante patagónico: la construcción discursiva del huelguista y del ciudadano nominal.....	166
4.1 Configuraciones discursivas y categorías teóricas.....	166
4.2 Actores sociales Santa Cruz en la década del veinte.....	174
4.2.1 Los antecedentes del conflicto.....	176
4.2.2. La huelga en el campo.....	178
4.2.3. La segunda huelga.....	179
4.3. Anarquismo: complot y enfermedad.....	180
4.3.1. Los actores del conflicto.....	183
4.3.2. Insalubridad, criminalidad y anarquía.....	185

4.4 Conspiración y bandolerismo / reivindicación laboral. Las huelgas patagónicas en la prensa metropolitana.....	188
4.4.1 Embestidas y complot: las huelgas patagónicas en las publicaciones santacruceñas <i>La Unión</i> y <i>El Nacional</i>	203
4.4.2. La prensa pro-obrera en Santa Cruz	211
4.5. Ciudadanos nominales. Configuraciones de la ciudadanía en el periódico riogalleguense <i>La Unión</i> (1929-1930).....	225
4.5.1. <i>La Unión</i> como portavoz del habitante territorialiano.....	230
4.5.2. Configuración de la representación parlamentaria como vía de continuidad del progreso.....	233
5. Literatura popular en las publicaciones santacruceñas.....	242
5.1. Literatura y folletín.....	243
5.2. Cruces: literatura popular e historia.....	250
5.3. La Patagonia en la novela por entregas.....	253
5.4. Literatura en la revista <i>Argentina Austral</i>	278
5.5. Peripecia sentimental y consolidación estatal.....	282
Epílogo.....	287
Bibliografía.....	296

